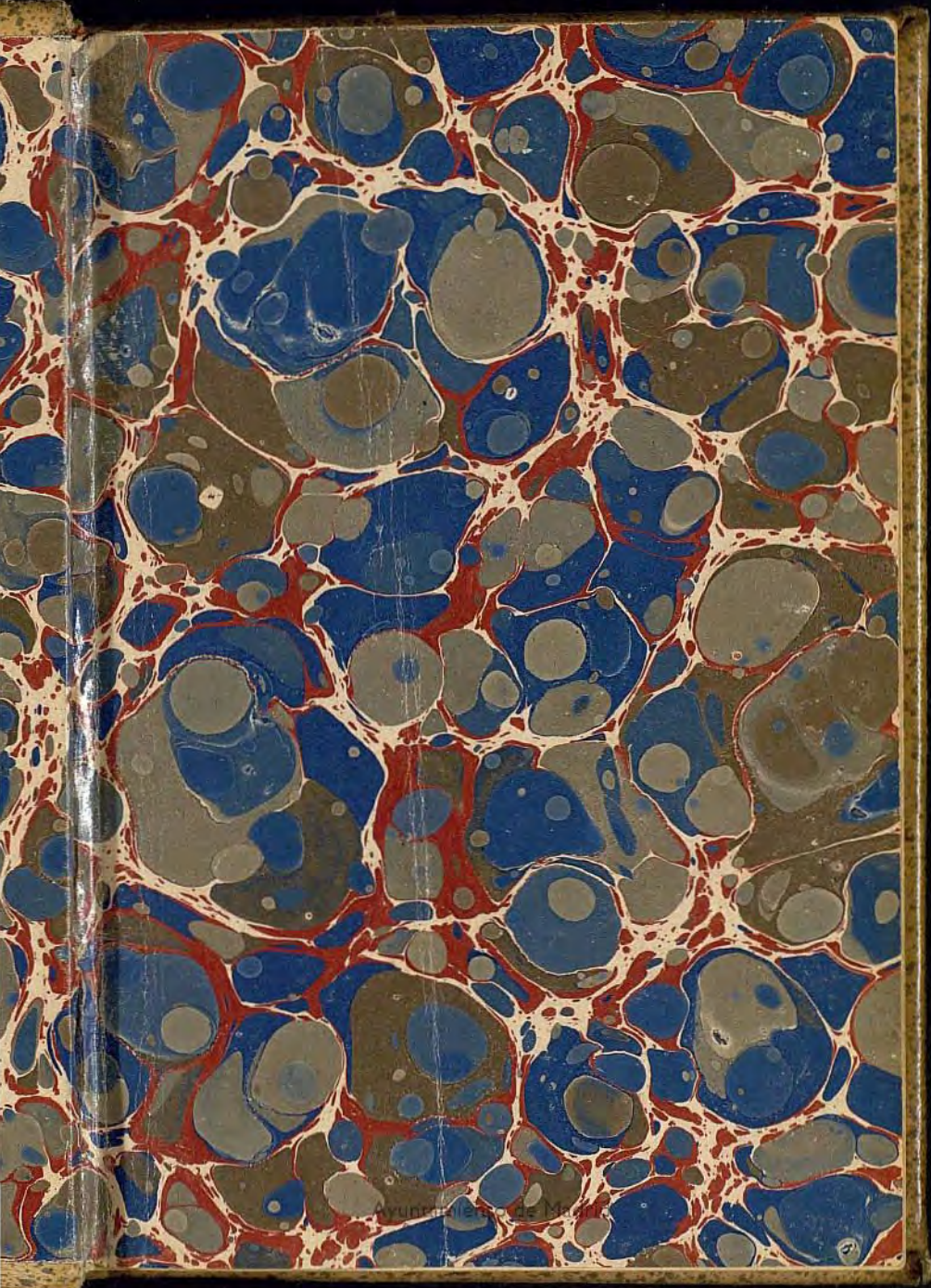


^A
3608



Cat

FORTUNATA Y JACINTA

Ayuntamiento de Madrid

Es propiedad. Queda hecho el depósito ue marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

BENITO
PEREZ
GIL

10773

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

FOR

B. PÉREZ GALDÓS

A
3608

FORTUNATA

Y

JACINTA

(DOS HISTORIAS DE CASADAS)

PARTE CUARTA

11 millar.



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1918

Ayuntamiento de Madrid

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

PARTE CUARTA

I

En la calle del Ave María.

I

Segismundo Ballester (el licenciado en Farmacia que estaba al frente de la botica de Samaniego) tenía frecuentes altercados con Maxi por los garrafales errores en que éste incurría. Llegó el caso de prohibirle que hiciese por sí solo ningún medicamento de cuidado. «¡Carambita, hijo, si da usted en confundirme los *alcoholatos* con las *tinturas alcohólicas*, apaga y vámonos! Este frasco es el *alcohol de coclearia*, y este otro la *tintura de acónito*... Vea usted la receta, y fijese bien... Si seguimos así, lo mejor sería que doña Casta cerrase el establecimiento.»

Y expresándose así, con infulas y asperezas de dómine, Ballester le quitó de las manos á su subalterno lo que entre ellas tenía. «Pero ¿qué demonios ha echado usted aquí?—dijo luego con enojo, llevándose el potingue á la nariz.—

Ó esto es *valeriana*, ó no sé lo que me pesco. ¡Cuando digo...! Hoy está usted muy malo. Más vale que se retire á su casa. Yo me las arreglo mejor solo. Cuidarse; llévase usted un derivativo... Mire, mire: llévase también un preparado de hierro. El derivativo se lo zampa en ayunas... Luego en cada comida se atiza una píldora de *hierro reducido por el hidrógeno*, con *extracto de ajenos*... Por la noche al acostarse se atiza usted otra... Con estos calores, conviene no abusar mucho del hierro, ¿sabe? y sobre todo, pásese usted y no lea tanto.»

Relevado por su regente de la obligación de trabajar, Rubín se fué al laboratorio, y tomando de debajo de la silla un librote, se puso á leer. Profundísima tristeza se revelaba en su rostro enjuto y granuloso. Caía en la lectura como en una cisterna; tan abstraído estaba y tan apartado de todo lo que no fuera el torbellino de letras en que nadaban sus ojos, y con sus ojos su espíritu. Tomaba extrañas é increíbles posturas. A veces las piernas en cruz subían por un tablero próximo hasta mucho más arriba de donde estaba la cabeza; á veces una de ellas se metía dentro de la estantería baja por entre dos garrafas de drogas. En los dobleces del cuerpo las rodillas juntábanse á ratos con el pecho, y una de las manos servía de almohada á la nuca. Ya se apoyaba en la mesa sobre el codo izquierdo, ya el sobaco derecho montaba sobre el res-

paldo de la silla, como si ésta fuera una muleta, ya, en fin, las piernas se extendían sobre la mesa cual si fueran brazos. La silla, sustentada en las patas de atrás, anunciaba con lastimeros crujidos sus intenciones de deshacerse; y en tanto el libro cambiaba de disposición con aquellos extravagantes escorzos del cuerpo del lector. Tan pronto aparecía por arriba, sostenido en una sola mano, como agarrado con las dos, más abajo de donde estaban las rodillas; ya se le veía abierto con las hojas al viento como si quisiera volar, ya doblado violentamente á riesgo de desencuadernarse. Lo que nunca variaba ni disminuía era la atención del lector, siempre intensa y fija al través de todos los sacudimientos de la materia muscular, como el principio que sobrevive á las revoluciones.

Ballester iba y venía, trabajando sin cesar, y cantaba entre dientes estribillos de zarzuelas populares. Era un hombre simpático, no muy limpio, de barba inculta, la nariz muy gruesa, personalidad negligente, terminada por arriba en una cabellera de matorral, que debía de tener muy poco trato con los peines, y por abajo en anchas y muy usadas pantuflas de pana, que iba arrastrando por los ladrillos de la rebotica y laboratorio.

—Pero, alma de Dios, ya que no trabaja usted... al menos despache menudencias—dijo, parándose ante Rubín.—Mire, allí está esa mu-

jer esperando hace un cuarto de hora... Diez céntimos de diaquilón. En aquella gaveta está. Vamos, menéese.

Rubín salía á la tienda y despachaba.

—¿En dónde están los frascos de *Emulsión Scott*?

—Mírelos, mírelos; si los tiene casi en la mano. Dígole que es preciso cuidar esa cabeza... ¡Otra vez á leer! Bueno; usted se acordará de mí... Leer, leer, y el aparato cerebro-espinal que lo parta un rayo... Tararí, tararí...

Seguía cantando, y el otro ¡plum! se chapuzaba otra vez en su lectura.

—¿Y qué lee?... vamos á ver—dijo Ballester mirando el libro.—*La pluralidad de mundos habitados*... Bueno va... ¡Cualquier día me iba yo á ocupar de si había personas en Júpiter! Cuando digo que usted, amigo Rubín, va á acabar mal. Aquí para entre los dos: ¿á usted qué le va ni qué le viene con que haya gente en Marte ó deje de haberla? ¿Le van á dar á usted algo por el descubrimiento? Tararí... tararí. Yo doy de barato—añadió luego, poniéndose á machacar en el mortero,—yo doy de barato que haya familia en las estrellas; es más, declaro que la hay. Bueno, ¿y qué? La consecuencia es que estarán tan jorobados como nosotros.

Rubín no contestaba. A cierta hora dejó el libro, metiéndolo en un rincón de la anaquelaría, que apestaba á fénico, entre dos pots de este

líquido; después se restregaba los ojos y estiraba los brazos y el cuerpo todo, tardando lo menos cinco minutos en aquel desperezo que activaba la circulación de su poca sangre. Cogía el hongo que de una percha colgaba, y á la calle. Poco tenía que andar por ella para ir á su casa. Entró en ésta con la cabeza baja, las cejas fruncidas. Su tía le dijo que Fortunata no había venido aún y que la esperarían para comer. Maxi ocupó su sitio en la mesa; doña Lupe le recogió el sombrero, y volviendo al poco rato, sentóse en el sofá de paja; ambos esperaron un rato en silencio.

—Cuidado que hoy tarda más que nunca—observó doña Lupe; y como notase en el rostro de su sobrino señales de desasosiego, se apresuró á entablar conversación más amena.

—Todo el día me he estado acordando de lo que hablamos anoche. ¡Ah!, si tú fueras otro, si tú tuvieras ambición, pronto seríamos todos ricos. El farmacéutico que no hace dinero en estos tiempos es porque tiene vocación de pobre. Tú sabes bastante, y con un poco de trastienda y otro poco de farsa y mucho anuncio, mucho anuncio, negocio hecho. Créeme, yo te ayudaría.

—No crea usted, tía, yo también he pensado en eso. Ayer se me ocurría una aplicación del *hierro dializado* á sin fin de medicamentos... Creo que encontraría una fórmula nueva.

—Estas cosas, hijo, ó se hacen en gordo ó no

se hacen. Si inventas algo, que sea *panacea*; una cosa que lo cure todo, absolutamente todo, y que se pueda vender en líquido, en pildoras, pastillas, cápsulas, jarabe, emplasto y en cigarrillos aspiradores. Pero hombre, en tantísima droga como tenéis, ¿no hay tres ó cuatro que bien combinadas sirvan para todos los enfermos? Es un dolor que teniendo la fortuna tan á la mano, no se la coja. Mira el doctor Perpiñá, de la calle de Cañizares. Ha hecho un capitalazo con ese jarabe... no recuerdo bien el nombre; es algo así como *latro-faccioso*...

—El *lacto-fosfato de cal perfeccionado*—dijo Maxi.—En cuanto á las *panaceas*, la moral farmacéutica no las admite.

—¡Qué tonto!... ¿Y qué tiene que ver la moral con esto? Lo que digo: no saldrás de pobre en toda tu vida... Lo mismo que el tontaina de Ballester: también me salió el otro día con esa música. ¿Nada os dice la experiencia? Ya veis: el pobre Samaniego no dejó capital á su familia, porque también tocaba la misma tecla. Como que en su tiempo no se vendían en su farmacia sino muy contados específicos. Casta bufaba con esto. También ella desea que entre tú y Ballester le inventéis algo, y deis nombre á la casa, y llenéis bien el cajón del dinero... Pero buen par de sosos tiene en su establecimiento...

Charla que te charla, doña Lupe miraba al reloj del comedor, mas no expresaba su impacien-

cia con palabras. Por fin sonó la campanilla débilmente. Era Fortunata que, cuando iba tarde, llamaba con timidez y cautela, como si quisiera que hasta la campanilla comentase lo menos posible su tardío regreso al hogar doméstico. Papitos corrió á abrir, y doña Lupe fué á la cocina. Maxi habló con su mujer en un tono que indicaba la complacencia de verla, y se quejó suavemente de que no hubiese entrado antes. Tenía ella los ojos encendidos como de haber llorado, y no era difícil conocer que disimulaba una gran pena. Pero Rubín no reparaba en lo cabizbaja y suspirona que estaba su mujer aquella noche. Hacía algún tiempo que la facultad de observación se eclipsaba en él; vivía de sí mismo, y todas sus ideas y sentimientos procedían de la elaboración interior. La impulsión objetiva era casi nula, resultando de esto una existencia enteramente soñadora.

A doña Lupe sí que no se le escapaba nada, y de todo iba tomando notas. Hablóse en la mesa del tiempo, del gran calor que se había metido, *impropio de la estación*, porque todavía no había entrado Julio, aunque faltaban pocos días; de los trenes de ida y vuelta, y de la mucha gente que salía para las provincias del Norte. Con cierta timidez, se aventuró Fortunata á decir que su marido debía dejarse de píldoras, y decirse á ir á San Sebastián á tomar baños de mar. Mostrándose muy apático, dijo el pobre chico

que lo mismo era tomarlos en Madrid con las *algas marinas del Cantábrico*; á lo que respondió su mujer con energía: «Eso de las algas es conversación, y aunque no lo fuera, lo que más importa es tomar las *brisas*.»

Picando con el tenedor en el plato para coger los garbanzos uno á uno, la señora de Jáuregui se decía lo siguiente: «Te veo venir... buena pieza. Ya sé yo las *brisas* que tú quieres. Después de zarandearte aquí, quieres zarandearte allá, porque se te va el amigo... Sí, lo sé por Casta. Los señores de la Plazuela de Pontejos se marchan mañana. Pero yo te respondo, picarona, de que con esa no te sales... ¡A San Sebastián nada menos! Estás fresca... Ya te daré yo *brisas*...»

Vino luego doña Casta con Olimpia á proponerles dar un paseo al Prado. Rubin vacilaba; pero su mujer se negó resueltamente á salir. Fué doña Lupe con sus amigas, y Fortunata y Maxi estuvieron solos hasta media noche en la sala, á obscuras, con los balcones abiertos, á causa del calor que reinaba, hablando de cosas enteramente apartadas de la realidad. Él proponía los temas más extravagantes, por ejemplo: «¿Cuál de nosotros dos se morirá primero? Porque yo estoy muy delicado; pero con estos achaques, quizás tenga tela para muchos años. Los temperamentos delicados son los que más viven, y los robustos están más expuestos á dar un es-

tallido.» Hacia ella esfuerzos por sostener plástica tan soporífera y desagradable. Otra proposición de Maxi: «Mira una cosa: si yo no estuviera casado contigo, me consagraria por entero á la vida religiosa. No sabes tú cómo me seduce, cómo me llama... Abstraerse, renunciar á todo, anular por completo la vida exterior y vivir sólo para adentro... este es el único bien positivo; lo demás es darle vueltas á una noria, de la cual no sale nunca una gota de agua.»

Fortunata decia á todo que sí, y aparentando ocuparse de aquello, pensaba en lo suyo, meciéndose en la dulce obscuridad y la tibia atmósfera de la sala. Por los balcones entraba muy debilitada la luz de los faroles de la calle. Dicha luz reproducía en el techo de la habitación el foco de los candelabros, con las sombras de su armadura, y esta imagen fantástica, temblando sobre la superficie blanca del cielo raso, atraía las miradas de la triste joven, que estaba tendida en una butaca con la cabeza echada hacia atrás. Maxi volvió á machacar: «Si no fuera por ti, no se me importaría nada morirme. Es más, la idea de la muerte es grata á mi alma. La muerte es la esperanza de realizar en otra parte lo que aquí no ha sido más que una tentativa. Si nos aseguraran que no nos moriríamos nunca, pronto se convertiría uno en bestia, ¿no te parece á ti?»

—¿Pues qué duda tiene?—respondía la otra

maquinalmente, dejando á su idea revolotear por el techo.

—Yo pienso mucho en esto, y me entregaría desde luego á la vida interior, si no fuera porque está uno atado á un carro de afectos, del cual hay que tirar.

—¡Ay, Dios mío, la que me espera mañana!— pensó la esposa. Era probado: siempre que su marido estaba por las noches muy dado á la somnolencia espiritual, al día siguiente le entraba la desconfianza furibunda y la manía de que todos se conjuraban contra él.

Poco después de esto, dijo Maxi que se quería acostar. Fortunata encendió luz, y él fué hacia la alcoba, arrastrando los pies como un viejo. Mientras su mujer le desnudaba, el pobre chico la sorprendió con estas palabras, que á ella le parecieron infernal inspiración de un cerebro dado á los demonios: «Veremos si esta noche sueño lo mismo que soñé anoche. ¿No te lo he contado? Verás. Pues soñé que estaba yo en el laboratorio, y que me entretenía en distribuir bromuro potásico en papeletas de un gramo... á ojo. Estaba afligido, y me acordaba de ti. Puse lo menos cien papeletas, y después senti en mí una sed muy rara, sed espiritual que no se aplaca en fuentes de agua. Me fui hacia el frasco del clorhidrato de morfina y me lo bebí todo. Caí al suelo, y en aquel sopor... tú vete haciendo cargo... en aquel sopor se me apareció un ángel

y me dijo, dice: «José, no tengas celos, que si tu mujer está en cinta, es por obra del *Pensamiento puro...*» ¿Ves qué disparates? Es que ayer tarde trinqué la Biblia y lei el pasaje aquel de...»

Maxi se estiró en la cama, y cerrando los ojos cayó al instante en profundo sueño, cual si se hubiera bebido todo el láudano de la farmacia.

II

Fortunata no se acostó en la cama, porque hacía mucho calor. Echóse medio vestida en el sofá, y á la madrugada, después de haber dormido algunos ratos, sintió que su marido estaba despierto. Oíale dar suspiros y gruñir como una persona sofocada por la cólera. Sintióle palpar en la mesa de noche buscando la caja de cerillas. Ésta se cayó al suelo, y en el suelo vió Fortunata la claridad lívida que los fósforos despiden en la obscuridad. La mano de Maxi descendió buscando la caja, y al fin pudo apoderarse de ella. Fortunata vió subir el azulado resplandor como difusa humareda. Este fenómeno desapareció con el restallido del fósforo y la instantánea presencia de la luz alumbrando la estancia. Los ojos del joven se esparcieron ansiosos por ella, y viendo á su mujer acostada, dijo: «¡Ah!... estás ahí... ¡qué bien haces el papel!»

Para evitar cuestiones tan á deshora, la esposa

fingió que dormía. Pero entreabriendo los ojos le vió encender la vela. Púsose Maxi la ropa necesaria para no levantarse desnudo, y se bajó de la cama cautelosamente. Cogiendo la vela, salió al pasillo. Fortunata le sintió reconociendo el cerrojo de la puerta, registrando el cuarto en que ella tenía su ropa, y después el comedor y la cocina. Tantas veces había hecho Maxi aquello mismo, que su mujer se había acostumbrado á tal extravagancia. Era que le acometía la pícara idea de que alguien entraba ó quería entrar en la casa con intenciones de robarle su honor.

Cuando Maxi volvió á la alcoba, ya principiaba á apuntar el día. «Si no te cojo hoy, te cojo mañana—rezongaba.—No hay nada; pero yo sentí pasos, yo sentí cuchicheos; tú saliste de aquí... Has vuelto á entrar, y estás ahí haciéndote la dormida para engañarme... Déjate estar... Yo estoy con mucho ojo, y aunque parezca que no veo nada, lo veo todo... A buena parte vienes... Que andaba un hombre por los pasillos, no tiene duda. No vale el jurarme que no había nadie. Pues qué, ¿no tengo yo oídos?... ¿Estoy yo tonto?»

Decía esto sentado al borde del lecho, la vela en la mano, mirando á su mujer, que continuaba fingiéndose dormida, con la esperanza de que se aplacara. Pero esto no era fácil, y una vez desatada la insana manía, ya había jaqueca para un rato. Acabando de vestirse, empezó á

dar trancos por la habitación, manoteando y hablando solo.

«No, no, no... Si creen que me la dan, se equivocan. Lo más horrible es que mi tía es encubridora... Pues qué, ¿entraría nadie en la casa si ella no lo consintiera? Y Papitos también es encubridora. Buenas propinas se calzará. Pero ya te arreglaré yo, *celestina* menuda. Que no me vengan con tonterías. Ayer noté yo bien marcadas en el felpudo de la entrada las suelas de unas botas de persona fina. Dicen que el aguador... ¡Qué aguador ni qué niño muerto!... Y anteayer había en esta misma alcoba la impresión, sí, la impresión de una persona que aquí estuvo. No lo puedo explicar; era como huellas dejadas en el aire, como un olor, como el molde de un cuerpo en el ambiente. No me equivoco; aquí entró alguien. Lucido, lucido papel estoy haciendo. ¡Dios mío! ¿De qué le vale á uno el poner su honor por encima de todas las cosas? Viene un cualquiera y lo pisotea, y lo llena de inmundicia. Y no le basta á uno vigilar, vigilar, vigilar. Yo no duermo nada, y sin embargo... Pero es preciso vigilar más todavía y no perder de vista ni un momento á mi mujer, á mi tía, á Papitos... Esta condenada Papitos es la que abre la puerta, y yo la voy á reventar.»

Fortunata creyó al fin que convenía hacer que despertaba. Lo particular era que en aquellas crisis el desventurado joven no pasaba de las

extravagancias del lenguaje á las violencias de obra; todo era quejas acerbísimas, afán angustioso por su honor y amenazas de que iba á hacer y acontecer.

—¿Qué disparates estás hablando ahí?—le dijo su mujer.—¿Por qué no te acuestas? Ya que tú no duermas, déjame dormir á mí.

—¿Te parece que después de lo que has hecho se puede dormir? ¡Qué conciencias, válgame Dios, qué conciencias éstas!... Tú lo negarás ahora... ¿Quién andaba por los pasillos? Claro, el gato. El pobre minino paga todas las culpas. Y tú, ¿á qué saliste? A jugar con el gato, ¿verdad? Justo. ¡Y eso me lo he de tragar yo! Lo que me anonada es que mi tía consienta esto, mi tía que me quiere tanto. Tú, ya sé que no me quieres; ¡pero mi tía!... Vamos que... Pues esa víbora de Papitos, con su cara de mona... ¡Qué humanidad, Dios mío! El hombre honrado no tiene defensa contra tanto enemigo; la traición le rodea; la deslealtad le acecha. Aquellos en quienes más confía le venden. Donde menos lo piensa, en el seno de la familia, salta un Judas. En la tierra no hay ni puede haber honor. En el cielo únicamente, porque Dios es el único que no nos engaña, el único que no se pone careta de amor para darnos la puñalada.

Fortunata se vistió á toda prisa. Sabía por experiencia que mientras más se le contradecía era peor. Un rato estuvo sentada en el sofá,

oyéndole disparatar y aguardando á que avanzara un poco la mañana para avisar á doña Lupe. Antes de ir á lavarse, pasó por la alcoba de su tía, que ya se estaba vistiendo, y le dijo: «Hoy está atroz... ¡pobrecito!... Á ver si usted le puede calmar.»

«Voy, voy allá... Veo que sin mí no os podéis gobernar. Si yo faltara... no quiero pensarlo. Mira, pon en planta á Papitos y que encienda lumbre... Le haremos chocolate en seguida, porque la debilidad es lo que le pone así, y hay que meterle lastre en aquel pobre cuerpo. Toma las llaves, saca de aquel chocolate que nos dió Ballester, *chocolate con hierro dializado*... ¡Qué chico, vaya por dónde le da!... Salgo al momento.»

Cuando su tía entró con el chocolate, Maxi seguía tan disparado como antes. «Lo que yo extraño, tía, lo que yo no puedo explicarme—dijo clavando en ella sus ojos que relampagueaban—es que usted consienta esto y lo encubra y me quiera matar, porque, sépalo usted: para mí el honor es primero que la vida.»

—Hijo de mi alma—le contestó doña Lupe poniendo el chocolate sobre la mesa,—después hablaremos de eso... Yo te explicaré lo que hay y te convencerás de que todo es una figuración tuya. Toma primero el chocolate, que estás muy débil...

El joven se dejó caer en el sofá, inclinándose

hacia la mesa próxima en que el desayuno estaba, y tomando un bizcocho lo mojó en el líquido espeso. Antes de probarlo se le fué la lengua otra vez acerca de lo mismo, si bien en tono más tranquilo. «No sé cómo me va usted á convencer, cuando yo tengo oídos, yo tengo ojos, y ante la evidencia no valen...»

Hizo un gesto de repugnancia y horror al probar el bizcocho mojado.

—Tía... ¡Fortunata!... ¿Qué es esto? ¿qué me dan?... Este chocolate tiene arsénico.

—¡Hijo, por María Santísima!—exclamó doña Lupe consternada, á punto que entraba su sobrina.

—¿Pero ustedes creen que á mí se me puede ocultar el gusto del arsénico?...—dijo enteramente descompuesto, los ojos extraviados.—Y no son tontas; ponen poca dosis.. un centígramo, para irme matando lentamente... Y apuesto á que ha sido Ballester el que les ha dado el ácido arsenioso... porque también él está contra mí... ¿Qué infierno es éste, Dios mío?...

—Vamos, esto no se puede sufrir. ¡Decir que le hemos envenenado el chocolate!...

—¡Gusto á arsénico... clavado... pero tan clavado!...

Levantóse en actitud de desesperación y volvió á la inquietud delirante de sus paseos...

—Tendré que dejarme morir de hambre... Es horrible... Mi casa llena de enemigos. Las per-

sonas que más me querían antes, ahora desean mi muerte.

—¡Conque arsénico!...—dijo Fortunata tomándolo á broma, con esperanza de obtener así mejor efecto.—Para que veas que eres un simple y un majadero, voy á tomarme yo el chocolate.

Y en el acto empezó á tomarlo. Su marido la miraba atónito.

—A ver si espichamos de una vez... Él podrá tener veneno, pero bien rico está... ¿Te convences ahora?... Me tomaría otra jicara. No creas, me vendría bien que esto matara, porque así me iba pronto de este mundo, que maldita la gracia que tiene con las jaquecas que me das y lo mucho que nos haces sufrir.

Doña Lupe, en tanto, trajo la cocinilla económica para hacer en presencia de Maxi otro chocolate. Aun así, fué preciso sostener una lucha penosa para que se decidiera á probarlo, pues insistía en que también aquél tenía gusto á arsénico... «Aunque no tanto, convengo en que no es tanto.» Después, tomando tonos de transacción, les dijo: «Yo creo que todo ello es cosa de Papitos... porque ustedes no saben lo mala que es y la inquina que me tiene.»

—Vamos, que es para pegarte—le contestó doña Lupe.—¡Tomarla así con la pobre Papitos!... Mira, cuando te den manías, échame á mí toda la culpa. Yo sé desenvolverme y probar

mi inocencia. Y ahora, ¿por qué no os vais los dos á dar un paseito por el Retiro? Hasta las nueve no hace calor; la mañana está deliciosa.

Fortunata apoyó esta proposición; pero él no tenía ganas de salir. Continuaba en el sofá, apoyado el codo en la mesilla y la cabeza en la mano, mirando al suelo como si quisiera contar los juncos de la esterita que había junto al sofá. Las dos mujeres se miraban, comunicándose con los ojos malas impresiones.

—Eso—murmuró él de una manera torva y recelosa.—Quieren echarme á la calle para...

—Pero alma de Dios, si va ella contigo...

—¿Y adónde me quiere llevar? Sabe Dios... Alguna trampa que me quieren armar. Si sólo fuera para asesinarme, pase; ¡pero si es para atentar al sagrado de mi honor!...

—Todo sea por Dios.

—¿No sabe usted, tía, que hace tres meses...? La *Correspondencia* lo trajo... Una mujer llevó á su marido al Retiro, y cuando iban por un paseo solitario salió el cómplice... sí, el cómplice, que estaba escondido tras unas matas, y entre ella y aquel tuno cogieron al pobre marido, le ataron de pies y manos y le arrojaron al estanque...

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿De dónde has sacado esos desatinos?

—La *Correspondencia* no ha traído tal cosa—dijo Fortunata.

—Vamos, lo habrás soñado tú.

—Yo no lo he soñado—gritó él levantándose con golpe de resorte.—Es verdad; lo he leído en la *Correspondencia*... y... ¡También me llaman embustero! Yo no digo más que la verdad. Las embusteras son ustedes... ustedes, con esas conciencias cargadas de crímenes...

Doña Lupe cruzaba las manos y miraba al cielo, invocando la justicia divina. Fortunata expresaba un gran abatimiento, cual si su paciencia tocase ya al punto en que agotarse debía.

—Mira—dijo la viuda,—vete á la botica, ponte á trabajar, y con la distracción se te despejará la cabeza.

Sabía por experiencia la señora de Jáuregui que en los ataques fuertes de su sobrino Balles-ter era la única persona que le hacía entrar en razón, desplegando ante él, ya la burla descarada, ya la autoridad seca y hasta cruel. Las personas de la familia, á quienes él quería, eran las más ineptas para dominarle, pues contra ellas iba la descarga de su recelo furibundo. «Bueno, bajaré—dijo Maxi tomando su sombrero.—Tengo que ajustarle las cuentas al señor de Balles-ter. De mí no se ríe más... Y en último caso, que me lo diga cara á cara. ¿A que no se atreve? Es un cobarde y un traïdor, que vendiendo amistad, hiere por la espalda.

Tía y esposa no le dijeron nada, y fueron tras él. Cogiendo de la percha del recibimiento la

caña que usaba, salió dando un fuerte portazo. Bajó rápidamente y estuvo hablando un rato con la portera. Desde el balcón le vieron las dos señoras salir á la calle, pasar á la acera de enfrente, mirar hacia la casa... Ocultáronse ellas entonces, y asomándose con cautela por entre los hierros viéronle seguir, gesticulando y haciendo molinete con el bastón. A cada instante se paraba y volvía hacia atrás. Daba unos cuantos pasos, y otra vez por la calle arriba. En una de estas vueltas salió Ballester á la puerta de la botica, y le llamó con gesto imperativo: «Aquí pronto... ¡Me gusta!... Venga usted aquí.»

En actitud semejante á la de un perro que ante el palo de su amo agacha las orejas y arrastra el rabo por el suelo, entró Rubín en la botica diciendo á su regente: «Buenos días, amigo Ballester. No le habia visto. Iba á tomar un poco el aire. Y usted, ¿qué tal?»

III

—Yo, bueno... ¿Conque á tomar el aire?...— contestó Segismundo con cara de muy mal genio.—El aire que me va usted á tomar ahora es ponerle las etiquetas á estos frascos de jarabes... Y cuidado con equivocarse. Las etiquetas rojas son las del *jarabe de corteza de naranja amarga con yoduro potásico*; las verdes, el mismo, con

hierro dializado. Como usted me trueque las pa-
peletas, le trituro.

Poníase á trabajar, y, cosa por demás extra-
ña, á pesar del desorden de su cabeza, no come-
tía una sola equivocación, ni aun cuando le die-
ron seis clases más de jarabes con sus correspon-
dientes letreros de diferentes colores. Ballester,
que ya tenía noticia, por una esquelita de doña
Lupe, del rudo acceso de aquella mañana, le vi-
gilaba disimuladamente, mirándole por el rabi-
llo del ojo; pero en una de las vueltas que dió al
laboratorio, Maxi dejó bruscamente el trabajo y
se fué á la calle sin sombrero. Al volver á la
tienda y notar la ausencia del joven, el regente
se quedó muy tranquilo y no dijo más que: «Ya
voló... bueno va.» Tomaba con calma las extra-
vagancias de su colega, y su deseo era que una
de aquellas escapatorias fuera la del humo. «Pero
no tendré yo esa suerte—decía,—y ya me le
volverán á traer para que le amanse.»

Maxi subió á su casa. Al abrirle la puerta no
se admiró Fortunata de lo descompuesto que
venía, porque ya no eran nuevas aquellas ines-
peradas apariciones. «Supongo—dijo él con tré-
mulo labio—que no me lo negarás ahora... Pue-
de que mi tía lo niegue... ¡es tan hipócrita!...
Pero tú, no; tú eres mala y sincera. Cuando das
el golpe mortal lo dices, ¿verdad? Y ahora, ante
los hechos palpables, evidentes, ¿qué tenéis que
decir?»

—¡Otra vez!... Pero hijo...—chilló doña Lupe saliendo al recibimiento.

—Usted, tía, se empeñará en negarlo ahora... pero ésta no lo niega. Cierto que no le cogeré, porque habrá saltado por el balcón; pero no me negarán que entró... Le he visto yo, le he visto pasar por delante de la botica... En la escalera ha dejado su huella, su rastro, rastro y huella, señores, que no se pueden confundir con nada... pero con nada.

—¡Pues estamos divertidas!—dijo doña Lupe á Fortunata, que daba suspiros mirando á su marido con lástima intensísima.

—La que me las va á pagar todas juntas es esa indecente de Papitos—gritó él dando algunos pasos hacia la cocina.

—¡Papitos! Está en la compra. ¡Pobre chica!... Ea, ya estamos hartas. Á ver si nos dejas en paz. Le encargaremos á Ballester que te amarre... Niño; niño, se acabaron las tonterías.

Diciendo esto le cogía por un brazo y le sacudía con ira materna y correccional. «Mira que no te podemos sufrir... Lo que tú tienes es mucho mimo.»

El desgraciado joven se dejó caer en un banco que en el recibimiento había, el cual semeja-ba banco de iglesia, y allí se transformó la máscara insana de su rostro, pasando de la furia á la consternación. «Garanticeme usted... pues... que

mi honor está... lo que llaman intacto... y yo me tranquilizaré.»

—¡Tu honor! ¿Pero quién diablos se ha metido con él? Si todo es humo, humo que hay dentro de esa cabeza.

—¡Humo!... ¡ah!...

—Sí, todo humo—dijo Fortunata, poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.—No pienses y no temerás nada. Es la imaginación, nada más que la imaginación... La loca de la casa, como decía tu hermano Nicolás.

—¿Sabes lo que vamos á hacer?—indicó doña Lupe algún tiempo después, aprovechando la relativa calma que en su sobrino se notaba.—Pues vamos á darle de almorzar.

Su mujer le agarró por un brazo para llevarle á la mesa, y él no hizo ninguna resistencia. Temían una y otra que no quisiese tomar nada, fundándose en que la comida estaba envenenada; pero con gran sorpresa de ambas, Maxi no manifestó recelo alguno sobre este particular. Tenía poco apetito, y para que pasara algo, las dos hubieron de hacer á competencia considerable gasto de palabras tiernas. Tan cariñosas se mostraron, que Maxi comió más que otros días, sin hacer observación alguna ni quejarse de lo mal condimentado que estaba todo. Hiciéronle café, y esto fué lo único que tomó con gana. De sobremesa trató doña Lupe de alegrarle los espíritus, charlando de cosas enteramente contra-

rias á aquella monserga del honor; mas él daba á conocer con suspiros profundos que la tormenta de su alma no estaba del todo extinguida. Pero la fuerza del ataque había pasado, y pronto vendría la completa serenidad. Al despedirse para volver á la botica, llevó á su mujer aparte y le dijo: «Prométeme no salir esta tarde... Prométeme no salir nunca sino conmigo.»

—¡Salir yo! ¡Qué disparates se te ocurren! No pienso en tal cosa—replicó ella sonriendo.—Aquí me estaré esperándote. A la noche iremos á casa de doña Casta, ¿quieres? Ó á paseo.

Mientras esto decía, doña Lupe, acechándola desde un rincón del pasillo, fijaba en ella una mirada astuta.

Aquella tarde estuvo Maxi en la botica bastante más calmado. En un rato que tuvo libre, se fué al rincón del laboratorio en que guardaba sus libros y cogió uno, disponiéndose á sumergirse en la lectura. Pero Ballester tomó una vara; se fué derecho á él, y arrebatándole el libro le amenazó con castigarle. «Ea, dejémonos de sabidurías, que eso es lo que nos trastorna. ¿A ver qué es esto?... ¡Hombre, qué bonito! *Errores de la teogonía egipcia y persa*... Esto reza el epígrafe del capítulo... Pero criatura, ¡que siempre ha de estar usted metiéndose en lo que no le importa! ¿Qué le va á usted ni qué le viene con que aquellos bárbaros, que ya se murieron hace miles de años, adoraran muchos dioses?...

Es gana de meterse en vidas ajenas. ¡Que tenían los dioses por gruesas! Bueno, ¿y qué? ¿Acaso los tiene usted que mantener? Lo que yo digo: es gana de entrometerse. No puedo ver tanta tontería (exaltándose más á cada frase y llegando hasta la cólera); no puedo ver que un cristiano se queme las cejas por averiguar cosas de las cuales ha de sacar lo que el negro del sermón... Que le escondo los libros, que se los quemó... Voy al momento.»

Esto último se lo decía á un parroquiano que mostraba una receta.

—A ver, marmolillo (por Maxi), menéese usted. Alcánceme el alcanfor, el nitro dulce, el polvo de regaliz...

Confeccionada la medicina en un dos por tres, volvió Ballester á coger la vara, y continuó la filípica de este modo:

—Lo mismo que la tontería en que ahora ha dado... que le van á quitar su honor, que entran hombres en la casa... que por todas partes se le tienden asechanzas á su honor... ¡Qué melodramáticos estamos y qué simples *semos*! Parece mentira que tales absurdos se le ocurran á quien está casado con una mujer que es *la casta Susana*, si, señor, me ratifico, *la casta Susana*, mujer que antes se dejaría descuartizar que mirarle á la cara á un hombre. ¿Y si lo sabe usted, para qué arma esas tragedias? ¡Ah!, si yo tuviera una hembra así, tan hermosa, tan virtuosa; si yo tu-

viera á mi lado una virgen como esa, la adoraría de rodillas y primero me apaleaban que darle un disgusto. ¡Su honor! Si tiene usted más honor que... vamos no sé con qué compararlo. Tiene usted un honor más limpio que el sol... ¿qué digo sol, si el sol tiene manchas? Más limpio que la limpieza. Y todavía se queja... Nada, yo le voy á curar á usted con esta vara. En cuanto hable del honor, ¡zás!... No hay otra manera. Lo que yo digo: esas cosas las hace usted por lo muy mimadito que está. Tía que le cuida, mujer guapa que le mima también y que se mira en las niñas de sus ojos... Como que es la verdad... Carambita, pues si yo tuviera una mujer así...

Al llegar á esta parte de la reprimenda que Segismundo le espetaba más serio que un ladrillo, Rubín se había tranquilizado tanto, que casi estaba dispuesto á oírle con benevolencia y hasta con jovialidad. Y concluyó por sonreír, y al cabo de un gran rato le dijo:

— Amigo Ballester, le convido á usted á Variedades esta noche. ¿Quiere?

— ¿Pues no he de querer? Bueno va. Pedradas de esas vengan todos los días, ilustre amigo mío. Iremos... en el bien entendido de que venga Padilla esta noche á quedarse de guardia. Vamos ahora, mi queridísimo colega, á hacer estas píldoras de *protoyoduro de mercurio*. Prepare usted el regaliz y el mucílago de goma arábiga. Re-

ceta de cuidado. Mucho ojo... Le digo á usted que no hay ciencia más sublime que la Farmacia. ¡Cuánto más bonita que averiguar si hubo ó no tantas ó cuantas docenas de dioses! Vamos allá; mucho cuidado con este precioso mercurial. Aviado estará el enfermo para quien sea. No, no le arriendo la ganancia. Pero á fe que se habrá divertido bastante en este mundo con las mozas guapas, y si buenos azotes le cuesta ahora, buenas ínsulas se habrá calzado. ¡Eh!... cuidado con las dosis. No sea usted tan vivo de genio. Mire que va á jorobar al paciente, y la saliva que eche va á llegar hasta aquí... ¡Qué hermosa es la Farmacia! Para mí hay dos artes: la Farmacia y la Música. Ambas curan á la humanidad. La Música es la Farmacia del alma, y la... viceversa, ya usted me entiende. Nosotros, ¿qué somos si no los compositores del cuerpo? Usted es un Rossini, por ejemplo, yo un Beethoven. En uno y otro arte todo es combinar, combinar. Llámense notas allá; aquí las llamamos drogas, sustancias; allá sonatas, oratorios y cuartetos... aquí vomitivos, diuréticos, tónicos, etc... El *quid* está en saber herir con la composición la parte sensible... ¿Qué le parecen á usted estas teorías?... Cuando desafinamos, el enfermo se muere.

A poco llegó el practicante que sólo hacía servicio en la botica por las noches, y llevándole aparte, le dijo Segismundo: «Amigo Padilla,

hoy mismo le voy á proponer á doña Casta que vengas de día, porque esta calamidad de Rubin tiene la cabeza como un cesto, y me temo que si se queda solo envenene á toda la parroquia.»

IV

Aquella noche, después de comer, fueron todos á casa de doña Casta, donde debían reunirse para ir á paseo. Pero á poco de estar allí, entró Ballester diciendo que se había levantado un airote muy fuerte y amenazaba tormenta, por lo que unánimemente se acordó no salir; se encendió luz en la sala, y doña Casta dijo á Olimpia que tocara la pieza para que la oyeran Maximiliano y Ballester.

Olimpia era la menor de las hijas de Samaniego, y hubiera causado gran admiración en la época en que era moda ser tísico, ó al menos parecerlo. Delgada, espiritual, ojerosa, con un corte de cara fino y de expresión romántica, la niña aquella habría sido perfecta beldad cincuenta años ha, en tiempo de los tirabuzones y de los talles de silfide. Quería doña Casta que sus niñas tuvieran un medio de ganarse la vida para el día en que por cualquier contingencia empobreciesen, y Olimpia fué llevada al Conservatorio desde edad temprana. Siete años estuvo tecleando, y después tecleaba en casa bajo la

dirección de un reputado maestro, que iba dos veces por semana. Tratábase de que ganara premio en los exámenes, y para esto la niña estuvo por espacio de tres años estudiando una dichosa pieza, que no acababa de dominar nunca. Pieza por la mañana, pieza por tarde y noche. Ballester se la sabía ya de memoria sin perder nota. No había logrado Olimpia *decir* toda, toda la pieza, desde el *adagio patético* hasta el *presto con fuoco*, sin equivocarse alguna vez, y siempre que tocaba delante de gente, se embarrullaba y hacía un pisto de notas que ni Cristo lo entendía. Por eso doña Casta la mandaba tocar cuando había personas extrañas, para que fuese perdiendo el miedo al *público*.

La determinación de no salir á paseo puso á la señorita de mal talante, porque no podía hablar con su novio, que á aquella hora estaba clavado en la esquina de la calle de los Tres Peces, esperando á que saliese la familia para incorporarse. Era un chico de mérito, que estudiaba el último año de no sé qué carrera, y escribía artículos de crítica (gratis) en diferentes periódicos. A pesar de sus notables prendas, doña Casta no le veía con buenos ojos, porque la crítica, francamente, como oficio para mantener una familia, no le parecía de lo más lucrativo. Pero Olimpia estaba muy apasionada; leía todos los artículos de su novio, que éste le llevaba recortados de los periódicos y pegados

en cuartillas, y con esta lectura se iba ilustrando considerablemente. Todo aquel fárrago de sentencias estéticas lo guardaba con las cartas y los mechones de pelo. Doña Casta no permitía aún al apreciable joven entrar en la casa.

Tocó la niña su pieza con no poca fatiga, á ratos aporreando las teclas como si las quisiera castigar por alguna falta que habían cometido, á ratos acariciándolas para que sonaran suavemente, con ayuda del pedal, arqueando el cuerpo, ya de un lado, ya de otro, y poniendo cara afligida ó de mal genio, según el pasaje. Parecía que los dedos eran bocas, y que estas bocas tenían hambre atrasada por las muchas notas que se comían. En ciertas escalas difíciles algunas notas se anticipaban á sus predecesoras y otras se quedaban rezagadas; pero cuando llegaba un efecto fácil, la pianista decía «aquí que no peco», y se indemnizaba de las pifias que cometiera antes. Durante el largo martirio de las teclas, las exclamaciones de admiración no cesaban. «¡Qué dedos los de esta chica!... Me río yo de Guelbenzu... ¡Y qué talento artístico, qué expresión!», decía el gran tuno de Ballester. Y doña Casta: «Ahora viene el paso difícil, ahora... En este trozo no tiene pero... ¡Qué limpieza... qué manera de frasear!...» Doña Lupe también hacía aspavientos, y Fortunata se veía obligada á expresar su entusiasmo, aunque no entendía una palabra de tal cencerrada, y en su interior

se pasmaba de que aquello se llamase *arte sublime*, y de que las personas formales aplaudiesen música semejante á la de un taller de calderería. Cualquier tonadilla de los pianitos de ruedas que van por la calle le gustaba y la conmovía más.

Olimpia tocaba con fe y emoción, presumiendo que el espejo de los críticos la oía desde la calle. Cuando concluyó, estaba rendida, sudorosa, le dolían todos los huesos y apenas podía respirar. Ni siquiera tenía aliento para dar las gracias por las flores que todos le echaban. La tos que le entró parecía anunciar un ataque de hemoptisis. «Hija mía—le dijo su mamá viéndola ir hacia el balcón,—no te asomes, que estás sudando. Toma, ponte esta toquilla.»

Y se la ponía, y no pudiendo refrenar las ganas de salir al balcón, salió con Fortunata, y ambas estuvieron contemplando el alma en pena que se paseaba en la acera de enfrente.

Al poco rato entró Aurora, la mayor de las *Samaniegas*, que era muy distinta de su hermana, pelinegra, bien parecida sin ser una hermosura, de esas que á un color anémico unen cierta robustez fofa y lozanía de carnes incoloras. Su pecho era desproporcionadamente abultado, su cuello corto, las caderas y el talle bien torneados, y las costuras de las mangas parecían próximas á reventar por causa de la gordura creciente de los brazos. La cabeza era bonita, de

poco pelo y muy bien arreglada. Tenia más entendimiento que su hermana; vestía con esa sencillez airosa de las mujeres extranjeras que se ganan la vida en un mostrador de tienda elegante, ó llevando la contabilidad de un restaurant. Su traje era siempre de un solo color, sin combinaciones, de un corte severo y como expeditivo, traje de mujer joven que sale sola á la calle y trabaja honradamente.

Expliquemos esto. Aurora Samaniego tenia treinta años, y era viuda de un francés que vino á España representando casas extranjeras de droguería. A poco de casarse, allá por el 65, el francés se fué con su mujer á Burdeos y allí heredó de sus padres un establecimiento de ropa blanca, que mejoró á fuerza de trabajo, poniendo en él las bases de una fortuna. Pero entre Bismarck y Napoleón III lo echaron todo á perder, pues por causa de estos dos personajes sobrevino la guerra de 1870, que tantas esperanzas había de segar en flor. Fenelón, que era hombre bonísimo y de inteligencia mercantil, tenia el defecto del *chauvinisme*. Empuñó las armas, se agregó á un cuerpo de ejército, y á los primeros disparos los prusianos le dejaron seco.

Viuda y con poco dinero, aunque también sin hijos, Aurora volvió á Madrid, donde las disposiciones y hábitos de trabajo que había adquirido no pudieron tener empleo por no existir aquí *grandes almacenes*, y los que hay están

servidos por esos **gandulones** de horteras, que usurpan á las muchachas el único medio decoroso de ganarse la vida. Había aprendido la viuda de Fenelón cuanto hay que saber en lo concerniente al ramo de ropa blanca; estaba fuerte en contabilidad; tenía nociones claras del orden económico y del régimen á que debe sujetarse un negocio bien montado, y hablaba el francés á la perfección. Pero todos estos méritos habrían sido inútiles hasta el fin del mundo, si no se le ocurriera á Pepe Samaniego establecer el comercio de ropa blanca *con arreglo á los últimos adelantos del extranjero*, y llevar á él á persona tan inteligente y para el caso como su prima. El plan era vastísimo. Aurora estaría al frente del departamento de equipos de boda y canastillas de bautizo, ropa de niños y de señora. El capital para la instalación de esta importante industria habíalo facilitado D. Manuel Moreno-Isla, que tenía confianza en la honradez y tino de Pepe Samaniego. La tienda estaría en una casa nueva de la subida á Santa Cruz, frente por frente á la calle de Pontejos, y sus escaparates serían de seguro los más vistosos y elegantes de Madrid. Inauguración, el 1.º de Septiembre.

Samaniego estaba en París haciendo compras, y en la fecha á que esto se refiere ya empezaban á venir algunas cajas. En la tienda provisional, que estaba próxima á la definitiva, había ya mucho trabajo. Aurora, al frente de una gracioso-

sa pléyade de oficialas habilísimas, estaba disponiendo las piezas-modelo que se habían de presentar en los primeros días como muestras de las ricas confecciones de la casa. De sol á sol vivía entre oleadas de batista con espuma de encajes riquísimos, cortando y probando, puntada aquí, tijeretazo allá, gobernando su hato de cosedoras con tanta inteligencia como autoridad.

Por las noches, cuando llegaba á su casa, rendida, su madre gustaba de que estuvieran presentes doña Lupe, Fortunata ó las demás amigas, para dar rienda suelta á su vanidad. En cuanto la veía entrar se le iluminaba el rostro, y ya no se hablaba más que del establecimiento nuevo y de las cosas no vistas que en él admiraría el Madrid elegante. Las cuatro mujeres no paraban el pico hasta las doce y por eso Balles-ter aquella noche, al ver que se armaba el nublado de ropa blanca, cogió por un brazo á Maxi y le dijo: «Nosotros nos vamos á ver una piececita en Variedades.» Dicho se está que Olimpia, no participando de la presunción ni del entusiasmo mercantil de su mamá, seguía posada en el antepecho del balcón del gabinete, viendo pasar la sombra melancólica del aburrido Aristarco y arrojándole desde arriba alguna palabrilla para que endulzara el plantón.

—Estarás muy cansada, siéntate—decía doña Casta á su hija, armando el corrillo.—¿Cómo va eso?

—Hoy han estado probando el gas en la nueva tienda. Será una cosa espléndida. Ya están llegando cajas de novedades: cosas hay, *por ejemplo*, tan bonitas, que en Madrid no se ha visto nada igual. Aquí no saben poner escaparates. Verán, verán el nuestro, con *todo lo que hay de más lindo*, para llamar la atención y hacer que la gente se pare y entre á comprar algo. Después que entran, se les enseña más, se les *hace ver* esta y la otra cosa de precio, se les engatusa, y al fin caen. Los tenderos de aquí apenas tienen el arte del *etalage*, y en cuanto al arte de vender, pocos lo poseen. Hay muchos que pertenecen todavía á la escuela de Estupiñá, que reñía á los que iban á comprar.

—Yo creo—dijo doña Lupe con expresión avariciosa—que Pepe Samaniego va á hacer un gran negocio. Madrid está por explotar. Todo consiste en tener pesquis. ¡Oh!, pues en el ramo de Farmacia, Dios mío, hay una verdadera mina. Yo estoy bregando con Maxi para que invente, para que salga por ahí con su poco de *panacea*. Pero nos hemos vuelto todos muy morales y muy rigoristas. Vean por qué esta nación no adelanta, y los extranjeros nos explotan llevándose todo el dinero.

Esta última frase llevó la conversación al primitivo terreno, del cual se había desviado un poco con aquello de la *panacea*.

—Por eso—dijo doña Casta,—un estableci-

miento montado como los mejores del extranjero, no puede menos de hacerse de oro, pues habiéndolo aquí, las señoras de la grandeza no tendrán que ir á Bayona y á Biarritz á comprar la última novedad.

Aurora vestía un traje de percal, azul claro, con cinturón de cuero, y en éste una gran hebilla. Su atavío era todo fresca, sencillez de obrera elegante. Fué un rato para adentro á tomarse la colación ó golosina que su madre le guardaba siempre, y volvió con un platito en una mano y una cucharilla en la otra. Era compota de ciruelas lo que tomaba, con un pedazo de rosca.

—¿Ustedes gustan?... Pues decía que en las cajas que están ahora en la Aduana de Irún, vienen unos trajecitos de niño, de punto, que han de hacer sensación. El modelo llegó ayer en gran velocidad, y también vino un fichú, del cual estamos haciendo imitaciones de clase inferior, con puntilla ordinaria. Verán, verán ustedes... Pues el faldón de bautizo, *por ejemplo*, que estamos arreglando con encaje *Valenciennes*, no se podrá poner menos de quinientos francos. (Aurora tenía la costumbre de contar siempre por francos.) Es verdaderamente encantador. Lo traeré aquí cuando esté acabado para que lo vean ustedes.

—Mejor será que vayamos nosotras allá—dijo doña Lupe,—y así veremos y hociquea-

remos todo antes de que se abra al público.

Fortunata decía también algo, aunque no mucho, porque lo de la tienda no despertaba en ella gran interés. Después que apuró el platillo de la compota, volvió Aurora para adentro, y trajo unas yemas en un papel. ¡Qué golosa era! Ofreció una á Fortunata, que la tomó, y doña Casta se dispuso á obsequiar á sus amigas con vasos de agua. Ponía esta señora sus cinco sentidos en los botijos para enfriar el agua, y tenía á gala el que en ninguna parte la hubiese tan fresca y rica como en su casa. Después de traer un plato con azucarillos, fué á escanciar el precioso contenido de los botijos, pues eran varios, y en ellos graduaba la temperatura, poniéndolos ó no en el balcón. Doña Lupe le ayudaba en la traida de aguas, y en tanto Aurora le pasó á Fortunata el brazo por la cintura y ambas salieron al balcón de la sala. Cada cual se comía una yema de chocolate, y después tomaron otra de coco.

Lejos del oído impertinente de doña Lupe y doña Casta, Aurora se secreteó con Fortunata: «Se han ido todos esta tarde... El primo Manolo va también con ellos.»

V

Aquí cuadra bien decir que Fortunata y la viuda de Fenelón se habían hecho muy amigas. Ésta mostraba á la de Rubín una gran simpatía, y con esta simpatía la dulce confianza que de ella emanaba, y por fin, con el verdadero derroche de indulgencia que en favor de sus faltas hacía, apoderóse poco á poco de todos sus secretos. Por de contado, estas intimidaciones sólo tenían lugar á espaldas de doña Lupe y muy lejos de doña Casta, pues ni una ni otra habrían consentido que tales temas se trajesen á las honestas y decorosas conversaciones de aquella casa.

Enlazadas por la cintura, brazo con brazo, estuvieron un rato las dos mujeres sin decirse nada, comiéndose las yemas y mirando á la calle. De pronto se echó á reír Aurora.

—Mira el tonto de Ponce, haciéndole cucamonas á Olimpia. Yo creo que mi hermana es la única mujer que en el mundo existe capaz de querer á un crítico. Merecería en castigo casarse con él. *Solamente* que como es mi hermana, no le deseo esta catástrofe.

—Vaya, que está apurado el hombre—decía Fortunata, riendo también.—Le hace señas para que baje... Sí, ahora va á bajar. Estás tú fresco... Será que quiere darle uno de esos artículos que

escribe y en los cuales cuenta el argumento de los dramas para que nos enteremos. Vaya, hombre, no te apures, que ya le hablarás otra noche. Ahora no puede ser... ¡Qué pesados son estos novios! ¿verdad?

Pasado otro rato, y cuando los brazos soltaron las cinturas y ambas estaban limpiándose los dedos en sus respectivos pañuelos, Aurora volvió á decir: «Pues sí, todos partieron esta tarde y el primo Moreno con ellos. Creo que van á San Juan de Luz.»

Fortunata volvió la cara para el balcón del gabinete, donde estaba Olimpia. Después miró á su amiga, diciéndole en tono muy seco: «Van á San Sebastián y á Biarritz, y á principios de Septiembre irán todos á París.»

—Niñas—dijo doña Casta, tocándoles en los hombros.—¿De qué agua quieren ustedes?... ¿*Progreso* ó Lozoya?

—Lo mismo me da—replicó Fortunata.

—Toma Lozoya, y créeme—insinuó doña Lupe, con su vaso en la mano.—Por más que diga ésta, *Progreso* es un poquito salobre.

—Eso va en gustos... Y también influye el hábito—arguyó Casta con la suficiencia y formalidad de un catador de vinos.—Como yo me he criado bebiendo el agua de *Pontejos*, que es la misma que la de la Merced, que hoy llaman *Progreso*, toda otra agua me parece que sabe á fango.

No insistiré en lo mucho que se dijo sobre este tratado de las aguas de Madrid. Mientras las dos señoras mayores cotorreaban dentro, Fortunata y Aurora lo hacían en el balcón. Las once y media serían cuando sintieron la voz de Ballester. Éste y Maxi las miraban desde la acera de enfrente. «Si bajan ustedes—dijo Rubín—las espero aquí.»

—Olimpia—gritó Ballester.—Venimos de ver la obra que se estrenó anteanoche. ¡Qué mala es! ¿Tiene usted ya noticias de ella?

—¿Yo?... ¿Qué está usted diciendo?

—Como usted se trata con autoridades.

Al decir esto pasaba el crítico junto á él.

—Oiga usted, Olimpia... La obra es una ferocidad; pero ciertos amigos del autor la pondrán en las nubes. Quisiera yo verles para que me dijeran á mí por qué engañan de este modo al público.

—Déjeme usted en paz... ¡Qué tonto es usted!—replicó Olimpia, y se metió para adentro.

—¿Bajais ó no?—dijo Maxi, y su mujer le contestó que esperase en la botica, que ellas bajarían. Aurora y Fortunata se reían mirando á Ponce, que iba escapado por la calle arriba como alma que lleva el diablo.

Retiráronse las de Rubín á su domicilio, teniendo ambas señoras la satisfacción de ver á Maxi tan mejorado de los desórdenes cerebrales de aquella mañana, que no parecía el mis-

mo hombre. Síntomas favorables eran la obediencia á cuanto se le mandaba, y lo juicioso y sosegado de sus respuestas. Aquella noche durmió con tranquilidad, y nada ocurrió que saliera del canon ordinario. A la tarde siguiente convinieron marido y mujer en dar un paseo á prima noche. Fué ella á buscarle á la botica á la hora concertada, y no le encontró. «Ha ido á cortarse el pelo—le dijo Ballester, ofreciéndole una silla.—Con las murrias de estos últimos tiempos, el pobre chico no caía en la cuenta de que se iba pareciendo á los poetas melenudos... Le he mandado que se trasquilase esta misma tarde. Tenga usted presente una cosa: hay que imponérsele, combatirle el abandono, las lecturas y no consentir que se ensimisme. Antes que dejarle caer en las melancolías, vale más darle un disgusto. Yo siempre le hablo gordo, y crea usted... me ha cogido miedo. Es lo que hace falta.»

—¡Pobrecito!...—exclamó Fortunata.—¿Pero ve usted por dónde le ha dado?... Yo no he visto un desatinar semejante.

Segismundo, que en aquel momento tenía poco que hacer, dejólo todo por atender cortésmente á la señora de su amigo y serle grato en lo que de él dependiera. Era hombre que tenía que contenerse mucho para no ser galante y aun atrevido con cualquier mujer en cuya presencia estuviese. Con Fortunata se había per-

mitido alguna vez tal cual broma; aquel día se corrió más. Llevándose los dedos á su rebelde cabellera para hacer con ellos púas de peine, se la atusó, y arqueando el cuerpo, inclinóse hacia la señora para decirle con retintín:

—Muy triste está usted desde ayer... No, no me lo niegue... ¿Pues yo no veo lo que pasa? Leo en las caras.

—Pues en la mía poco habrá leído usted.

—Más de lo que se piensa... Leo pasajes tier-nísimos... estrofas de despedida... ayes de soledad...

—¡Ay, qué majadero!

—¡Oh!, á mí no se me escapa nada... Convengo en que hay motivos para que usted esté tan patética... Pero hay otra cosa... A mí me gusta remontarme á los orígenes, me gusta buscar el por qué, y francamente, cuando miro ese por qué, no puedo menos de lamentar la equivocación que usted viene padeciendo desde tiempos remotos.

Fortunata le miraba sonriendo, pues no creía que debía enojarse.

—Sí, no puedo menos de deplorar—prosiguió el regente inflándose—que usted sea tan consecuente con personas que no lo merecen... Habiendo en el mundo tanto corazón leal, ir á buscar precisamente el más inconstante y...

—¿Qué disparates está usted diciendo?

—¡Oh!, no son disparates—replicó el farma-

céutico, dando algunos pasos delante de ella y procurando que dichos pasos fueran todo lo airosos posible.—Perdóneme usted mi atrevimiento. Yo las gasto así; siempre he sido Juan Claridades, y cuando una idea quiere salir de mí, le abro la puerta para que salga, porque si la dejo dentro, estallo... Pues decía... ¿Se va usted á enfadar?

—No, hombre, qué me voy á enfadar yo. Suéltela, suéltela.

—Pues decía... (Ballester tomaba una actitud que á él le parecía aristocrática), decía que á quien debiera usted querer es á mí... Ya ve usted que no me muerdo la lengua.

—¡Ay, qué gracia! Me gusta usted por lo corto de genio.

—Al pan pan y al vino vino. Queriéndome á mí, verá lo que es corazón amante, consecuente y tropical. Pero le advierto una cosa...

—¿Qué?

—Que si se decide á quererme... usted no se decidirá; pero si se decide, tenga cuidado de no decírmelo de sopetón... porque me moriré de gusto... Sería como una descarga eléctrica.

—Estése tranquilo... Sí, se lo iré diciendo poco á poco... preparándole, como cuando se dan las malas noticias...

—No tanto, no tanto...

—Vaya, que es usted malo... Aquí, entre tanta medicina, ¿no hay nada que le cure la cabeza?

—¡Pues si lo hubiera, amiga mía, si lo hubiera!... Y creen muchos que la peor cabeza de esta casa es la del pobre Maxi, cuando la mía es una pajarera. Verdad que dos palabras de quien yo me sé me harían la persona más cuerda y más feliz de la tierra...

Viendo en esto que entraba Rubín, dió otro giro á su charla. «Aquí le estaba diciendo á su cara mitad que le voy á dar unas píldoras... ¡Dios, qué píldoras!»

—¿Para ella?

—No, hombre, para usted.

—¿Y de qué son?

—Bueno va; ya quiere saber de qué son. Carambita, cuando uno discurre algo nuevo, debe reservarse el secreto. Es un específico.

—Este Segismundo está ido—dijo Fortunata.—Vámonos.

—Yo no tomo píldoras sin saber la composición—indicó Maxi con la mayor buena fe.

—Estos hombres felices son muy impertinentes. Todo lo quieren averiguar... ¡Y ahora se va de paseito con su tórtola! ¡Qué babosos... *semos!* ¡Luego se queja el nene!... (tirándole de una oreja), se queja de vicio... el niño mimado de la Providencia... Abur, divertirse.

Salió á despedirles á la puerta de la botica, se puso muy tieso, y estirándose todo lo posible sobre la base de sus zapatillas, les siguió con la vista hasta que desaparecieron en lo alto de la calle.

VI

Iban pasando los cansados días del verano, que es en Madrid la estación de las tristezas, porque el sueño y el apetito escasean, la sociedad disminuye, y los que aquí se quedan parece que comen el pan de la emigración. En la familia de Rubin nada ocurría de particular, pues Maxi no empeoraba, aunque todas las mañanas tenía su excitación correspondiente, más ó menos aparatosa; pero mientras no llegase á un grado de furor como el de la célebre mañanita del arsénico, las dos mujeres podían llevarlo con paciencia. De noche las depresiones se manifestaban levemente, y á veces no se conocían. Ballester había conseguido, combinando la persuasión con la severidad, apartarle en absoluto de toda lectura favorable á la concentración del ánimo.

Entre Fortunata y doña Lupe no era todo concordia, como se puede haber comprendido, pues la señora de Jáuregui, observadora sagaz, había comprendido que desde principios de Junio su sobrina andaba en malos pasos. Todas las personas relacionadas con la familia de Rubin sabían la historia de la mujer de Maxi, y el dramático papel que desempeñaba en ella el señorito de Santa Cruz. Algunas quizás tenían co-

nocimiento de aquella tercera salida de la aventurera al campo de su loca ilusión; pero nadie se atrevió á llevar el cuento á *la de los Pavos*. Esta, no obstante, lo sabía por obra del puro cálculo y de sus facultades olfatorias. Arrancóse una vez á *armar la gorda* «para que no crea—pensaba—que me trago sus mentiras y que estoy aquí haciendo el papamoscas». Pero Fortunata, recordando al instante las lecciones de su amigo Feijóo, trazó la raya divisoria que éste le recomendara, y vino á decir en substancia: «De aquí para allá, señora, gobierna usted; de aquí para acá están *mis cosas*, y en ellas no tiene usted que meterse.»

No se dió por vencida la orgullosa viuda del alabardero, y volvió á la carga dos ó tres veces, en esta forma: «Si el pobre Maxi estuviera bueno, él te arreglaría como cumple á todo hombre que se estima; pero no lo está, y tengo que tomar yo á mi cargo el decoro de la familia. Me he dicho mil veces: «¿daré el estallido ó no daré el estallido?» En la situación de ese pobrecito, mi estallido sería su muerte. Por eso me contengo y me trago todo el veneno. ¿Ves? mi cabeza se está llenando de canas desde que veo estas ignominias sin poderlas remediar...»

Fortunata volvió el rostro para ocultar sus lágrimas. Esta escena ocurría en el gabinete, hallándose las dos cosiendo sus trajes de verano.

—Después de lo que pasó en Noviembre del

año pasado—prosiguió la viuda con serenidad que espantaba;—después de tu enmienda verdadera ó falsa; después que se te perdonó (y por mi voto no se te habría perdonado); después que echamos tierra al horrible crimen, me parece que estabas obligada á portarte de otra manera. No vengas ahora con lagrimitas, que han de parecer pura hipocresía. Porque yo digo una cosa. Óyeme atentamente.

Doña Lupe dejó la costura y se preparó á hablar, como los oradores de profesión. «Yo me pongo en el caso de una mujer que siente una pasión antigua, con raigones muy hondos y que no se pueden arrancar. Hay casos, y verdaderamente esto es para mirarlo despacio. Pues si tú hubieras venido á mí y me hubieras dicho: «Tía, esto me pasa. Me persiguen: yo no sé si podré defenderme; soy débil; ayúdeme usted...» ¡Oh!, la cosa variaba mucho. Porque yo te habría dirigido, yo te habría dado fortaleza, consuelo... Pero no; se te antoja campar por tus respetos, y hacer y acontecer como una mozueta sin juicio... Eso es un disparate. Ahí tienes, ahí tienes el motivo de todas tus desgracias: el no contar para nada con las personas que deben guiarte. Total: que cuando acudas pidiendo socorro ya será tarde, y esas personas te dirán: «Entiéndete ahora, húndete, y cúbrete de vergüenza y date á los demonios.»

Pronunciada esta elocuente filípica, continuó

la señora un buen espacio de tiempo dando resoplidos, y Fortunata no levantaba los ojos de su costura. Discurría sobre la extrañeza de aquellos conceptos de la viuda, que parecía dispuesta á ciertos temperamentos indulgentes en caso de que se la consultara, y de que se la tuviera por dispensadora infalible de protección y por sancionadora de las acciones. «Esta mujer quiere ser el Papa—pensaba,—y con tal que la hagan Papa, se aviene á todo. Pero lo que es por mí...» A Fortunata le repugnaba la moral despótica de doña Lupe, en la cual entreveía más soberbia que rectitud, ó una rectitud adaptada jesuíticamente á la soberbia. No se conformaba esto con las ideas absolutas de la joven criminal. Ella quería para sus actos la absolución completa ó la completa condenación. Infierno ó cielo, y nada más. Tenía *su idea*, y para nada necesitaba de consejos ni de la protección de nadie. Se las componía sola mucho mejor, y cualquiera que fuese su cruz, no le hacía falta Cirineo. Sus acciones eran decisivas, rectilíneas; iba á ellas disparada como proyectil que sale del cañón.

Enterada doña Lupe, en aquellos secretesos que con su amiga Casta tenía, de que los de Santa Cruz se habían marchado á veranear, tomó pie de esta circunstancia para endilgarle á su sobrina otro discurso, aunque en tono menos catilinario que los anteriores.

Era aquella señora esencialmente gubernamental, y edificaba siempre sobre la base sólida de los hechos consumados todos sus planes y raciocinios. «Mira tú por dónde podríamos llegar á entendernos—le dijo una tarde que la volvió á coger á mano para el caso.—He sabido que la persona que te trae dislocada no está ya en Madrid. ¿Qué mejor ocasión quieres para emprender la reforma de tu estado interior, que está como una casa en ruinas? Yo estoy dispuesta á ayudarte todo lo que pueda. No debiera hacerlo; pero tengo caridad y me hago cargo de las flaquezas humanas. Otra tomaría por la calle de en medio; yo creo que en cosas tan delicadas se debe proceder con cierto ten con ten. Habrías de empezar por ponerme en antecedentes, por confiarme hasta los menores detalles, enténdelo bien, hasta los menores detalles; por ponerme al tanto de lo que piensas, de lo que sientes, de las tentaciones que te dan por la mañana, por la tarde y por la noche; en fin, habías de declarar todos, toditos los síntomas de esa maldita enfermedad, y darme palabra de hacer cuanto yo te mandare.» Hablaba, pues, la viuda como si tuviera en el bolsillo las recetas para todos los casos patológicos del alma.

Por cumplir, más que por gusto, Fortunata tuvo la condescendencia de decir algo, reservando, como es natural, lo más delicado. Doña Lupe se entusiasmó tanto con aquella muestra

de sumisión, que hizo gala de sus facultades profesionales, y terminó así: «Te aseguro que si me obedeces, te quitaré eso de la cabeza y serás lo que no eres: un modelo de mujeres casadas. Por de pronto, me comprometo á que no vuelvas á caer, aun en el caso de que se te tendiera el lazo otra vez. ¡Vaya con el caballerito! Es cosa de dar parte á la policía. Tú déjate llevar; pon el pleito en mis manos, déjame á mí... y verás. ¿Apuestas á que me planto un día en casa de doña Bárbara y le canto clarito? Tú no sabes quién soy, tú no me conoces. ¡Y has sido tan tonta que no has querido valerte de mí!... Bien merecido tienes lo que te pasa. Pues lo que es ahora, que quieras que no, tomo cartas en el asunto... Has de concluir por adorarme como se adora á una madre.»

Y al finalizar estaba doña Lupe radiante. Casi casi se aventuró á hacer á su sobrina una maternal caricia; tales eran su gozo y satisfacción. Un pensamiento se le salía del magín á cada instante; pero lo reservaba en la hoja más escondida de su gramática parda. Ni la sombra de este pensamiento dejaba entrever á Fortunata. Guardábalo para sí y se recreaba con él á solas. «¿Le habrá dado dinero?» Siempre que se hacía esta pregunta, se contestaba afirmativamente. «Tiene que haberle dado algo; quizás grandes cantidades. ¿Pero dónde demonios las tiene? ¿Qué hace que no me las da para que se las

coloque?... Como si lo viera: es que tiene vergüenza de poner en mis manos dinero adquirido por tales medios. Esta delicadeza la honra... Y no es otra cosa; le da vergüenza de decírmelo. Pero al fin ello saldrá.»

Y una tarde que el matrimonio había ido á paseo, la gran capitalista, no pudiendo enfrenar por más tiempo su curiosidad, mandó á Papitos á un recado, por quedarse sola, y con determinación admirable hizo un registro en la cómoda y baúl de Fortunata. Valiéndose del sin fin de llaves que tenía, abrió todos los cajones y revolió en ellos cuidadosamente, esmerándose en dejar las cosas, después de bien examinadas, en la misma disposición que antes tenían. Este proceder jesuítico lo practicaba siempre que metía sus manos escudriñadoras en donde no debían estar. Busca por allí, busca por allá, y nada. Los billetes se esconden tan fácilmente, que no hay manera de encontrarlos. Pero tenía doña Lupe tan fino olfato para descubrir dinero, que estaba segura de dar con los billetes si los había. «¿Tendrán cosidos en la ropa?—pensó.— Puede ser. ¡Esa socarrona parece que no sabe jota, y sabe más...!» En la cómoda no había nada que á dinero se pareciese, ni tampoco cartas. Algunas joyas y chucherías vió, que le parecieron recuerdo ó prenda de amores; pero lo que es *guano*, ni el olor.

«Es muy particular—gruñía la viuda re-

gistrando el baúl, después del reconocimiento minucioso que en la cómoda hizo.—¡Y no se comprende que siendo él tan rico y ella una pobre!...» El baúl, que sólo contenía ropas viejas, no dió tampoco nada de sí. «Pues tiene que haber algo...—rezongó la señora,—tiene que haber algo. En alguna parte está el escondrijo. Dinero hay, ó no hay dinero en el mundo.»

Cansada de su inútil escrutinio, y guardando las llaves, que formaban apretado racimo, digno del arsenal de una compañía de ladrones, doña Lupe se sentó á meditar, y poniéndose una mano sobre el pecho de algodón y acariciándoselo, se rascó con los dedos de la otra la frente, allí donde principia el cabello, como quien estimula la generación de una idea, y dijo: «Pues si efectivamente no le ha dado nada, hay que reconocer que ese hombre es el mayor de los indecentes.»

VII

Apretaba el calor, y las escenas que he descrito se repetían, reproduciéndose con ese amaneramiento que suele tomar la vida humana en ciertos periodos, cual fatigado artista que descuida la renovación de la forma. Los paseitos por la noche para tomar el tranvía del *barrio*; las excursiones á algún teatro de verano; las

tertulias en casa de Samaniego ó de Rubín; las garatusas del crítico en la calle; la romántica figura de Olimpia colgada en el balcón como una muestra ó insignia que dijera: «aquí se ama por lo fino»; las extravagancias de Ballester; los espasmos de Maxi, todo continuaba repitiéndose de día en día con regularidad de programa.

En Agosto ocurrió algo que no estaba en los papeles, y fué del modo siguiente: Una mañana fué Torquemada á ver á doña Lupe para tratar de negocios. Con su traje de verano, tenía el buen D. Francisco aspecto semejante al de los militares que vienen de Cuba, pues á más del trajecito azul, se había encasquetado un sombrero de paja de ala ancha. Su camisa de rayas coloradas parecía la bandera de los Estados Unidos, y para recalcar más su facha americana, llevaba una joya en la corbata y una cadena de reloj interminable, que le daba muchas vueltas de una parte á otra del pecho. Los pantalones eran tan cortos, que al sentarse se le veía media pierna. Allí venía bien decir que el *difunto era más chico*. Todo ello parecía prendas heredadas, ó venidas á su poder por embargo judicial, ó cogidas á algún filibustero. Servíale el sombrero de abanico cuando estaba en visita, con la ventaja de que las personas circunstantes participaban de la ventilación que daba aquella prenda tropical tan bien manejada.

Un rato llevaban de interesante conferencia,

cuando sonó la campanilla, y á poco entró Maxi en el gabinete, que era donde su tía y D. Francisco estaban. Fortunata estaba planchando. En cuanto vió llegar á su marido, fué á ver qué se le ofrecía, pues algo desusado debía de ser. A tal hora, las diez de la mañana, no venía jamás á casa el pobre chico. Echándose un pañuelo por los hombros, porque el calor de la plancha la obligaba á estar al fresco, pasó al gabinete. Lo mismo ella que su tía se pasmaron de ver en el semblante del joven una alegría inusitada. Los ojos le brillaban, y hasta en la manera de saludar á D. Francisco advirtieron algo extraño, que las llenó de alarma. «Hola, D. Paco; yo bien, ¿y usted?... ¿Y doña Silvia y Rufinita, siguen tomando los baños del Manzanares?» Este lenguaje tan confianzudo, era lo más contrario al temperamento y á la timidez de Maxi.

—¿Qué traes por aquí á esta hora?—le preguntó su tía, disimulando su sorpresa.

Fortunata le examinaba atentamenté, sentada lejos del grupo principal, en una silla próxima á la puerta de la alcoba de doña Lupe. Él no se sentó, y después de aquel saludo tan campechano que le echó al usurero, se puso de espaldas al balcón con las manos en los bolsillos, mirando á todos como quien espera recibir felicitaciones. «Pues nada—dijo,—que estoy de enhorabuena.»

—Qué, ¿te ha caído la lotería?

—No es eso... ¿Para qué quiero yo loterías? Ni falta... Es mucho más que eso, porque he encontrado lo que buscaba. Ya le dije á usted que estaba pensando, que sólo me faltaba una fórmula para completar...

—¡La combinación!... Pues qué, ¿has encontrado la *panacea*?—expresó la tía con incredulidad.

—No es mal nombre si usted se lo quiere dar —dijo el pobre chico, exaltándose más á cada palabra.—De *pan*, que significa todo... y *akos* que es lo mismo que decir *remedio*. Que lo sana y purifica todo, vamos...

—¡Gracias á Dios que haces algo de provecho!—declaró doña Lupe, recelosa, observando las miradas de Maxi, cuyo resplandor de júbilo era enteramente febril.

—Anoche estuve toda la noche discurriendo muy intranquilo, los sesos como ascuas, porque al plan, mejor dicho, al sistema no le faltaba más que una fórmula para estar completo... ¡La maldita fórmula!... Por fin, ahora, hace un ratito, se me ocurrió; di un brinco de alegría. Ballester, que no comprende esto, ni lo comprenderá nunca, se enfadó conmigo y no me quería dar papel y tinta para escribir la fórmula y dejarla consignada... Temo que se me escape, que se me vaya de la cabeza... Mi memoria es una jaula abierta, y los pájaros... pif...

Doña Lupe y Fortunata se miraron con tris-

teza. «Bueno—dijo la tía viendo que le venía encima una nube.—Tranquilízate, escribirás la fórmula, harás tu *panacea*, tendrá un gran éxito y ganaremos mucho dinero.»

—¡Ah!...—exclamó él con la expresión que se da á toda idea de un trabajo abrumador.—No crea usted... para exponer el sistema completo con claridad bastante para que todos lo comprendan, se necesita quemarse las cejas... ¡digo! Tendré que pasar las noches de claro en claro. No importa; cuando esto empiece á correr, verán ustedes; adquiriré una reputación y una gloria tan grandes, pero tan grandes, que...

—Adiós mi dinero—murmuró doña Lupe, y Fortunata dijo para sí algo parecido.

—El problema que quedaba por resolver—dijo Maxi acercándose á su tía y dando castañetazos con los dedos—era el de la emanación de las almas. ¿De dónde emana el alma? ¿Es parte de la substancia divina, que se encarna con la vida y se desencarna con la muerte para volver á su origen?... ¿ó es una creación accidental hecha por Dios, subsistiendo siempre impersonal? Aquí estaba el intrínquilis.

Doña Lupe dió un gran suspiro, mirando á D. Francisco que guiñaba los ojos de una manera entre burlesca y compasiva.

—¡Hijo, por Dios!—dijo Fortunata acercándose,—no discurras esas cosas, que dan dolor de cabeza... Sí, está muy bien; pero todo lo que

hay que averiguar sobre esto está ya averiguado... No te calientes la cabeza.

—Querida mía (rechazándola con dulzura y tomando un tonillo enfático), si en este *via crucis* de trabajos y persecuciones que me espera; si en el camino doloroso y glorioso de este apostolado no me quieres acompañar tú, lo sentiré por ti más que por mí; pero tú al fin vendrás. ¿Cómo no, si eres pecadora, y para los pecadores, para su redención y para su salvación es para lo que yo pienso lo que pienso y propongo lo que propongo?

Fortunata volvió á la apartada silla en que antes estuvo, y doña Lupe, después de llevarse las manos á la cabeza, hizo un gesto de conformidad cristiana. Le faltaba poco para echarse á llorar. En este punto creyó oportuno Torquemada intervenir, con esperanza de que sus discretas razones enderezaran el torcido *intellectus* del desdichado joven. «Mire usted, amigo Maximiliano: yo creo que todo lo que debemos saber sobre eso ya nos lo han enseñado. Y lo que no, más vale que no lo sepamos... porque el mucho apurar las cosas le quita á uno la fe. Esta vida no es más que un mediano pasar: así lo encontramos y así lo hemos de dejar; y por mucho que miremos para el cielo no ha de caer el maná... «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», dijo quien dijo, y no hay más. ¿Qué saca usted de ponerse á cavilar sobre si el alma es

esto ó aquello? Si al fin nos hemos de morir... Tengamos la conciencia tranquila; no hagamos cosas malas, y ruede la bola... y no temamos el materialismo de la muerte; que al fin polvo somos y...

—Basta, no siga usted—dijo Maxi ceñudo, cortándole el discurso.—Si usted es materialista, nunca nos entenderemos.

—No, si lo que yo digo es que el alma tiene el pago que merece, y como el cuerpo no es más que á la manera de un cascarón, cuando éste se pudre, á mí no me asusta el materialismo de hacerse uno polvo.

—Ya... comprendido—dijo el otro con mayor exaltación y acentuando la contrariedad que experimentaba.—Usted es de la escuela de mi hermano Juan Pablo: *fuerza y materia*. Ya discutiremos eso. Yo expondré mi doctrina; que exponga Juan Pablo la suya, y veremos quién se lleva tras sí á la señora humanidad.

Diciendo esto giró sobre un tacón, y rápidamente salió, marchándose á su cuarto. Su mujer fué tras él muy afligida. Maxi se sentó en la mesilla en que tenía algunos libros y recado de escribir. Apoyando la mano en el hombro de él, su mujer miró los garrapatos que trazaba con febril mano sobre un papel.

—Ved aquí fijados los puntos capitales—balbucía él escribiendo.—«Solidaridad de substancia espiritual. La encarnación es un estado

penitenciario ó de prueba. La muerte es la liberación, el indulto, ó sea la vida verdadera. Procuremos obtenerla pronto...»

—Chico, descansa ahora un ratito—dijole su esposa tratando de quitarle la pluma de la mano.—Bastante has trabajado hoy con esos cálculos tan difíciles... Mañana seguirás... No, no creas que me parece mal; yo te ayudaré á pensar... hablaremos de esto. Yo también discurre.

Contra lo que esperaba, Maxi no se irritó. Tenía su semblante expresión seráfica; sus modales eran suaves, y más parecía un iluminado antiguo, cuya demencia se elaboraba en la soledad claustral, que el insensato de estos tiempos, educado para el manicomio en los febriles apettitos de la sociedad presente.

—Tú también discurre—le dijo con dulzura.—Lo sé; tú piensas, porque sientes; tú me comprendes, porque amas. Has pecado, has padecido; pecar y padecer son dos aspectos de una misma cosa; por consiguiente, tienes el sentimiento de la liberación... Usando una parábola: te escuece en las muñecas el grillete de la vida.

Fortunata se quedó en ayunas de toda esta cantinela; pero por no contrariarle, respondía que sí. «Lo que es por padecer no ha de quedar, porque toda mi vida ha sido un puro suplicio... Pero ahora no te ocupes más de eso.»

Doña Lupe miraba por el hueco de la puerta entornada.

—Tú me ayudarás—prosiguió Maxi con ráfagas de inspiración religiosa en sus ojos encandilados;—tú me ayudarás á propagar esta gran doctrina, resultado de tantas cavilaciones, y que no habría llegado á ser completamente mía sin el auxilio del cielo. El gran misterio de la revelación se ha renovado en mí. Lo que sé lo sé porque me lo ha dicho quien todo se lo sabe.

Observando entonces que su tía le miraba, extendió la mano para llamarla, y le dijo: «Tía, pase usted... Aquí no hablamos en secreto. También usted será conmigo en la inmensa... en la inmensa y dolorosa propaganda... Por cierto que no me explico, que no sé cómo ustedes dejan entrar aquí á ese materialista...»

—¡Don Francisco!... Hijo, ¿pues qué mal puede hacerte?

—Mucho, tía, mucho; porque todos los de esa infame secta no me pueden ver ni pintado, y si ese hombre sigue entrando en esta casa con tanta confianza, podría intentar el descrédito de mi sistema, robándome antes mi honor.

Y miraba á Fortunata como para buscar en su rostro la aseveración ó apoyo de lo que decía. Ella lo comprendió. «Tiene razón, tía... ese materialista que no entre más aquí.»

—Pues no entrará, hijo, no entrará... Vaya. Yo le diré que se largue con su materialismo á los infiernos.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres tomar algo?—le dijo su mujer con cariño.

—Me siento tan bien como nunca me he sentido, créanmelo (demostrando en su tono y semblante la placidez de su alma). Desde que dí con la tan rebuscada fórmula, paréceme que soy otro... Antes mi vida era un martirio; ahora no me cambio por nadie. No me duele nada; me siento bien, y para colmo de felicidad, no tengo ganas de comer ni de dormir...

—Pues es preciso que tomes algo.

—No lo necesito... créanmelo. Verán cómo no lo necesito. Si soy otro; si no tengo ya carne, ni para nada la quiero. No tengo más que el esqueleto, y él se basta para llevar el alma.

A Fortunata se le humedecieron los ojos. Poco después, cuando salió un instante, encontró á doña Lupe lloriqueando. «Está perdido—le dijo la señora de Jáuregui,—enteramente perdido... Ya esto no tiene soldadura.»

VIII

Aquella tarde pasaron las dos pobres mujeres ratos muy malos. Quedóse él como aletargado en el sofá de la alcoba, más propiamente en éxtasis, porque tenía los ojos abiertos, y no parecía enterarse de nada de lo que á su alrededor pasaba. Fortunata tomó su costura y se le sentó

al lado, esperando á ver en qué paraba aquello. Doña Lupe entraba y salía, dando suspiros y haciendo algún puchero. Al llegar la hora de comer, Maxi se despabiló un poco, resistiéndose á tomar alimento. Ellas no tenían ganas de probar bocado, y le instaban á él á que lo hiciese, empleando los más extraños medios de persuasión. Por fin, doña Lupe obtuvo resultado con este argumento: «No sé yo cómo vas á resistir esa vida de trabajos sin comer algo. Se dice de Cristo que ayunaba, pero no que estuviera días y días sin probar bocado. Al contrario, su institución fundamental, la Eucaristía, la hizo cenando...»

Con esto, Maxi se avino á tomar un plato de sopa y un poco de vino; pero de aquí no le hicieron pasar. Después parecía más exaltado. Tomándole las manos á su mujer, le dijo:

«Yo no soy más que el precursor de esta doctrina; el verdadero Mesías de ella vendrá después, vendrá pronto; ya está en camino. Quien todo se lo sabe me lo ha dicho á mí.»

Fortunata no entendía palotada.

Doña Lupe mandó recado á Ballester, que fué á verle después de anochecido. No sabía vencer el farmacéutico su genio vivo y zumbón, ni mostrarse tan habilidoso como el caso exigía, y aunque Fortunata le tiraba de los faldones de la levita para que tomase un tono más contemporizador, el maldito no se podía contener:

«Vaya con la que saca ahora... Pero, hombre de Dios, ¿á usted qué le importa que el alma venga de acá ó venga de allá? ¿Qué se mete usted en el bolsillo con esto? ¿Cree que le van á dar algo por el descubrimiento? Anteayer me dió usted la gran jaqueca con aquello de *la cosa en sí*... Pues pongamos que sea *la cosa en no*. Yo digo que esto es música pura; *la cosa en sí bemol*. ¡Ah, qué tontita es la criatura y que refistoleral Porque esto de meter las narices en la eternidad, es una cosa que á Dios le debe cargar mucho. A nadie le gusta que le estén atisbando de cerca y viendo lo que hace ó deja de hacer. Por esto Dios, á todos los scbones y entrometidos que le siguen los pasos y le cuentan las arrugas, les castiga volviéndoles tontos. Conque, saque usted la consecuencia. Parece mentira que un hombre que podría ser el más feliz del mundo, casado con esta perla de Oriente y sobrino de esta tía, que es otra perla, se devane los sesos por cosas que no le importan. ¡Si nadie se lo ha de agradecer!... En fin, que si estas señoras me autorizan, yo le curo á usted con el extracto de fresno administrado en vírgulas, uso externo, por la mañana y por la tarde.»

Maxi le miraba con desdén, y el otro, viendo que sus cuchufletas no hacían el efecto de costumbre, púsose más serio y tomó por otros rumbo. Al salir, acompañado hasta la puerta por las dos señoras, les dijo: «Le voy á dar la *hat-*

chisschina, ó *extracto de cáñamo indiano*, que es maravilloso para combatir el abatimiento del ánimo, causante de las ideas lúgubres y de la manía religiosa. Efecto inmediato. Verán ustedes... Si se le da á un anacoreta, en seguida se pone á bailar.»

Como la nueva fase del trastorno de Maxi era pacífica, tía y esposa estaban en expectativa. Por las noches no se movía de la cama, y si bien es verdad que hablaba solo, hacíalo en voz baja, en el tono de los chicos que se aprenden la lección. Á pesar de esto, Fortunata se ponía tan nerviosa que no podía pegar los ojos en toda la noche, durmiendo algunos ratos de día. El enfermo no iba ya á la botica, ni mostraba deseos de ir á parte alguna, pareciendo caer en profunda apatía y reconcentrar toda su existencia en el hervidero callado y recóndito de sus propias ideas. Fuera de los paseos que daba en el comedor ó en la alcoba, no hacía ejercicio alguno, y después de la inapetencia de los primeros días le entró un apetito voraz, que las dos mujeres tuvieron por buen síntoma. A la semana manifestó deseos de salir, pero una y otra trataron de disuadirle. Estaba tranquilo, y como hablara de algo distinto de aquellas manías de la emanación del alma y de la doctrina que iba á predicar, se expresaba con seso y hasta con donaire. Poco á poco iban siendo menos los ratos de extravío, y se pasaba largas horas completamen-

te despejado y tratando de cualquier asunto con discreta naturalidad. Fortunata hacía que le ayudase á estirar ropa ó á devanar madejas, y él se prestaba á todo con sumisión; doña Lupe solía encargarle que le arreglase alguna cuenta, y con esto se entretenía, y nadie le tuviera por dañado en la parte más fina de la máquina humana. A principios de Septiembre, habiendo llegado á estar tres días sin mentar para nada aquel galimatías del alma, las dos señoras estaban muy alegres confiando en que pasaría pronto el ramalazo. Volvieron los paseos de noche, y por fin le permitieron salir solo, y reanudó sus trabajos en la botica, cuidadosamente vigilado por Ballester.

Fortunata tenía además otros motivos de hondísima pena. *Aqué*l no le había escrito ni una sola carta, faltando á su solemne promesa. ¡Ingrato! ¿Qué le costaba poner dos letras diciendo, por ejemplo: *Estoy bueno y te quiero siempre?* Pero nada, ni siquiera esto... Revelaba estas tristezas á su única confidente, Aurora, en aquellos ratos de charla sabrosa que las señoras mayores les permitían. La inauguración de la tienda de Samaniego, que se verificó hacia el 15 de Septiembre, tuvo á la viuda de Fenelón muy atareada en aquellos días. Pocas veces se vió en un comercio de Madrid tanto movimiento ni más claras señales de que había caído bien en la gracia y atención del público. Las novedades

de exquisito gusto, traídas de París por Pepe Samaniego, atraían mucha gente, y las señoras se enracimaban y caían como las moscas en la miel. Los dependientes no tenían manos para enseñar, y Aurora estaba rendida de trabajo, porque los encargos de *trousseaux* y ajuares se sucedían sin interrupción. Doña Casta no estaba tranquila el día en qué no iba á meter las narices en la tienda y taller, para traerle luego el cuento á doña Lupe de los encargos que había, y de lo que se estaba haciendo para la Casa Real y otras que sin ser reales tienen mucho dinero. Fortunata iba poco, por propia inspiración y también por consejo de Aurora, pues no convenía que la viesen allí las de Santa Cruz, que frecuentaban mucho el taller y tienda.

Los domingos pasaban juntas las dos amigas toda la tarde en la casa de una ó de otra, y allí era el comer dulces y el contarse cositas, sentadas al balcón, viendo las idas y venidas del critico desde la calle de los Tres Peces á la de la Magdalena. Él no tendría criterio, pero lo que es piernas...

Un domingo de los últimos de Septiembre, la Fenelón llevó á la otra una noticia importante: «Mañana vienen. Hoy ha estado Candelaria limpiando toda la casa.»

Lo que Fortunata sintió era una combinación de pena y alegría que no la dejaba hablar. Porque deseando que volviese, al mismo tiempo

tenía presentimientos de una nueva desgracia. ¡Cuidado que no haberle escrito ni una sola letra, pero ni una...! Aurora convenía en que era una gran bribonada. Después que pusieron á esto los comentarios propios del caso, la de Fenelón dijo á su compinche algo más que fué oído con extraordinaria curiosidad y atención: «¿Crearás que se me ha metido una cosa en la cabeza?... Ello no será; pero bien podría ser. Ayer estuvo doña Guillermina en la tienda. Pepe le había ofrecido una cantidad para su obra, si salía bien la inauguración; y nada... que se plantó allí á cobrar... Pues hablando de la familia, dijo que el primo Moreno viene también mañana con ellos. Se fué con ellos y con ellos vuelve. Yo sé que han pasado el verano en Biarritz, y después han ido todos á París... ¿Qué te parece á ti? El primo Manolo no viene á España más que, *por ejemplo*, en invierno; nunca ha venido en Septiembre. Y eso de pegarse á la familia de Santa Cruz, ¡él, que gusta de andar siempre solo! Ello no será; ¡pero hay tantas cosas que parece que no pueden ser y luego son! Antes de que partieran, me pareció á mí, por ciertas cosas que vi y oí, que al *buen hombre* le gustaba demasiado Jacinta. ¡Si habrá algo!... ¿A ti qué te parece?»

Fortunata estaba absorta y como lela. Le parecía increíble lo que su amiga contaba.

—¡Porque es muy rara esa persecución! ¡Siempre con ellos... un hombre que no hace su nido

en ninguna parte!... Yo no sé, no sé. ¿Habrà algo?... ¿qué te parece á ti?

—Pues...—dijo la de Rubín pensándolo mucho,—á mí me parece que no.

—Pues como haya algo, no se me ha de escapar, porque estoy allí, como quien dice, en mi garita de vigilancia. Desde la ventana de mi entresuelo, veo los miradores de la casa de Santa Cruz y los de Moreno. Como haya telégrafos, cuenta que les atrapo el *juego*... A ti que te parece... ¿Habrà...?

—Me parece que no—volvió á decir Fortunata, pensándolo cada vez más.

IX

La noticia del regreso de los de Santa Cruz, que le fué comunicada por Casta, avivó en la viuda de Jáuregui los deseos de emprender su campaña reparadora en favor de su sobrina. Cogióla muy á mano aquel día, y le endilgó otra perorata: «Ahora ó nunca. El enemigo en puerta. Estoy á tus órdenes, por si quieres consejos ó un plan de defensa en toda regla.» Dicho esto, trató de meterle los dedos en la boca para salir de dudas respecto á si había recibido ó no alguna cantidad gruesa de manos de su amante.

Fortunata no apartaba los ojos de la ropa que

estaba repasando. «Comprendo—expuso la señora con acento parlamentario—que tengas coriedad para confesarme ciertas cosas, y por mi parte, te soy franca: no te tengo yo por peor de lo que eres; no creo, como podrían creerlo otras personas, que tu debilidad es interesada, y que quieres á ese hombre porque es rico, y que no lo querías si fuese pobre. No, yo no te hago ese disfavor... para que veas. Tengo la seguridad de que, arrastrada y todo como eres, loca y sin pizca de juicio, tus faltas nacen del amor y no del interés; y los mismos disparates que haces por un hombre poderoso que te da grandes cantidades, los harías si fuera un pobre pelagatos y tuvieras que comprarle tú á él una cajetilla.»

—¿Qué está usted ahí hablando de grandes cantidades? —preguntó Fortunata mirándola con sorpresa y casi echándose á reir.

—No, si esto no es para que me digas la cifra exacta. Cállatela... haz el favor... que ciertas cosas vale más que se queden dentro. No vayas á creerte que pretendo me entregues á mi esos capitales para colocártelos... No, ya sabrás tú manejarlos bien...

—¿Pero qué está usted diciendo... señora?...

—No, yo no digo nada. Me repugnaría, puedes creerlo, manejar esos fondos.

—¿Pero qué fondos ni qué...? Usted está soñando.

—Vaya... ¡si pretenderás que me trague yo.

esa rueda de molino más grande que esta casa!
¡Si me querrás hacer creer que no te da...!

—¡A mí!

—No me hagas tan tonta...

—No sé de dónde ha sacado usted... Para que lo sepa de una vez: no tengo nada. Me daría si me viera en una necesidad. Me ha ofrecido... pero yo no he querido tomarlo.

Iba doña Lupe á soltarle otra andanada. «Valiente turrón te ha caído, grandísima idiota. Por no saber, no sabes ni siquiera perderte.» Pero se contuvo y se tragó su ira, desahogándola después en agitado soliloquio: «No he visto otra. No tiene vergüenza, ni tampoco sentido común. ¡Qué canalla y al mismo tiempo qué bestia! Si hubiera un infierno para los tontos, ahí debieras ir tú de cabeza.»

Maximiliano volvía lentamente á la vida regular, sin que esto quiera decir que se le quitara de la cabeza la idea aquella. Habíase transformado, y así como en las crisis hepáticas hay derrames de bilis, en aquella crisis mental parecía haberse verificado un derrame de sentimientos. No sólo era ya pacífico, sino tiernísimo, y sus afectos se habían sutilizado, como el licor que pasa por el alambique. Las fórmulas de cariño que con su tía y su mujer usaba eran extraordinariamente suaves y hasta empalagosas; se afligía cuando causaba alguna molestia, y agradeciendo mucho los cuidados que se le

prodigaban, los rehuía como pudiera. Iniciábase en él cierta tendencia á imponerse privaciones y sufrimientos, y la mortificación, que antes le sublevaba, por liviana que fuese, ya le complacía. Si en la conversación, ó en aquellas polémicas que con su familia tenía á las horas de comer, se le escapaba una palabra más alta que otra, luego sentía remordimientos de haberla pronunciado, y si no la recogía, pidiendo perdón de ella, era porque la timidez le ponía un freno.

Un día hubo de decirle á Papitos, porque no le había limpiado las botas: «Vaya con la chiquilla esta... ¡Verás tú!» Y al salir de la casa sintió tal pena de haberse expresado con displicencia y ardor, que le faltaba poco para derramar una lágrima. «¡Cuándo se me quitará esta costumbre viciosa de ultrajar á los humildes!... ¿Qué más da que estén las botas con ó sin betún? La que debe tener lustre es el alma, no el calzado. Parece mentira que los humanos demos tal valor á estas niñerías. ¡Injusto estuve con la pobre chiquilla! ¡Inocente y angelical criatura! Soy un animal... ¿Pero quién es el guapo que de estrellas abajo entiende y practica la justicia? El tenido por justo hace setenta y dos barbaridades cada día. Trabajo cuesta el desprenderse de esta sarna moral heredada, con la cual nace uno y con la cual vive hasta que llega la hora de la liberación.»

—¿Qué trae usted ahí entre ceja y ceja? ¿Saco la vara?—le dijo Ballester con aquella dureza que era, según él, el más eficaz tratamiento.—Porque hoy me parece que venimos muy *evangelísticos*. Cuidadito. Ya sabe usted cómo las gasto.

—Pégume usted. No me importa—le contestó Maxi, dejando el sombrero en la percha.—Lo merezco, como lo merece toda persona que se enfada porque no le han limpiado las botas. ¡Qué humanidad tan imbécil! Amigo Segismundo, ¡qué hermosa es la muerte!

—Si me vuelve usted á decir que es hermosa la muerte—replicó el otro cogiendo la vara y esgrimiéndola cómicamente,—le lleno el cuerpo de chichones. ¡Decir que es guapa esa tarasca, mamarracho, más fea que el no comer! Mírela usted allí, mírela allí con esa cara que da asco... mírela, y como diga que es guapa, le pulverizo.

Señalaba á un emblema pintado en el techo de la botica, en el cual estaban, decorativamente combinados, la serpiente de Esculapio, el reloj de arena del Tiempo, un alambique, una retorta, el busto de Hipócrates y una calavera.

—Si quiere usted contemplar toda la gracia del mundo, míreme á mí—dijo Ballester que, dejando la vara, dió una vuelta, cogiéndose los faldones de la levita.—¿Estoy guapo, si ó no?

Ballester ostentaba aquel día zapatillas nue-

vas, estrenaba traje de lanilla de los más baratos, y se había ido á la peluquería, donde después de cardarle la cabellera, se la habían rizado con tenacillas.

—Vaya, que está usted elegante—dijo Maxi, poniéndose á pesar unas dosis para píldoras.

—Pues más he de estarlo mañana. Mañana se casa mi hermanita con Federico Ruiz, un chico de mucho talento. ¿Le conoce usted? Los periódicos, que hablan constantemente de él, anteponen siempre á su nombre algún mote muy salado. Ahora le llaman *el distinguido pensador*. ¿A que no le llaman á usted así, á pesar de lo mucho que piensa? Porque usted no piensa con juicio y él sí.

Por la noche estaban en la botica, además de Ballester, los dos practicantes Padilla y Rubín. Como apareciese en la acera de enfrente el célebre crítico, Segismundo se vió acometido de la ira cómica que le producía la presencia de aquel personaje de tan indudable importancia en la república de las letras. «Tengo á ese caballero—decía—sentado en la boca del estómago... sobre todo desde que elogió aquella obra tan mala, estrenada este invierno, diciendo que en ella se *planteaba el problema*, y qué sé yo qué. Veréis: es aquel dramita moral en que se recomienda el matrimonio y las buenas costumbres; como que allí resulta que todos los solteros somos unos pillos; y porque un joven se retira

tarde y se gasta algún durete en picos pardos, me le llaman monstruo y el papá le maldice... Hay una escena en que todos se desmayan, porque sale uno muy malo, que resulta ser un hombre dedicado á la ciencia, el cual dice con la mayor frescura que él no cree en Dios aunque le fusilen. Total: que cuando la vi representar, pensé que me tragaba todos los eméticos que hay en mi farmacia. La moraleja de la obra es que sin religión no hay felicidad, y por eso la pone en las nubes este ángel de Dios, que es el alcaíde de la cursilería.»

Cerró la noche y Ponce se acercó para fotografiarse con su amada. Del balcón descendía una cuerda, á la que el joven ataba un papel.

—Le manda su último artículo—dijo el regente á sus amigos, acechando en la puerta de la farmacia.—Ahora baja la cuerda con un dulce... Como anoche, lo mismo que anoche. Veréis, veréis la broma que le tengo preparada.

Con nerviosa presteza fué á la rebotica y sacó del cajón un objeto del tamaño de una yema, blanco y de apariencia azucarada. Padilla se desternillaba de risa, y Maxi observaba con atención simpática.

—Pero es preciso que me ayudéis. Tú, Padillita, que le conoces, sales, te haces el encontradizo, le hablas de literatura dramática, le entretienes un rato volviéndole la cara para allá, y entretanto, yo, con muchísimo disimulo, me escu-

ro pegado á la pared, en el momento en que baja el bramante con el dulce. Quito la yema, ¿sabes?... y pongo ésta. La hice anoche. Es estricnina, á la dosis que se echa á los perros, bien neutralizado el sabor con regaliz, y forrada de azúcar. Se la come y revienta como un triqui-traque.

Padilla se partía de risa, y Maxi lo tomaba á broma.

—Hombre, matarle no—dijo Padilla.—Si la hubieras hecho de jalapa, escamonea ó cosa así...

—No, chico; si yo lo que quiero es que reviente... Iré á presidio... Me pierdo. ¿Y qué? No se la perdono... ¡Ultrajar á los hombres de ciencia y á los solteros!

Llevando su broma hasta el fin, Ballester porfiaba que la yema era venenosa; mas como el otro rechazara la complicidad en aquel homicidio, dióse á partido el exaltado boticario, diciendo que la pelotilla era de azúcar con aceite de croto, que es el derivativo drástico por excelencia. Maxi, que le había ayudado á hacerla, se sonreía. Como en estos dimes y diretes se pasó bastante tiempo, cuando Ballester quiso poner en ejecución la chuscada, ya había bajado el hilo con una yema de coco, y el crítico se la estaba comiendo. El otro se consoló pensando que otra noche consumaría su trágica venganza. «Él se la tiene que comer...—dijo guardando la bola.—Como me llamo Segismundo, se la tiene

que tragar, y entonces diré como mi tocayo:
«¡Vive Dios que pudo ser!»

X

Aquella noche, cuando Maxi subió á comer, encontró á su mujer un poco enferma. Le dolía la cabeza y tenía náuseas. Doña Lupe, que la estaba observando siempre, veía en su mal un pretexto para esconder de la familia los pesares que la consumían. «Lo que tú tienes—pensaba—es el afán de volver al reclamo. Estás luchando contigo misma. Quieres ir y no te determinas.» Algo de esto debía de ser, pues Fortunata se metió en su alcoba, resistiéndose á tomar alimento. Maximiliano no le instaba á que comiera, pues aquella actitud de su mujer tomábala él por querencia de privaciones, por iniciación del aniquilamiento, ó apetito de muerte y liberación. Doña Lupe, fatigada de lidiar con tanta insensatez de una y otra parte, se retiró, dejándoles solos y diciendo: «Haced lo que queráis. Allá os arregléis á vuestro gusto. Yo estoy rendida.» Comió sola, y con Papitos les mandaba de algún plato, que volvía casi intacto. Después entró un instante en la alcoba para preguntarles qué tal estaban, y se fué á descansar. «No puedo resistir más esta vida de perros—decía.—Dios tenga compasión de mí.»

Fortunata habría deseado que su marido se durmiese y la dejase en paz. Pero no parecía él dispuesto á hacerle el gusto en esto. Presentábase aquella noche bastante locuaz, lo que la disgustó mucho, pues pocas veces se había sentido con menos ganas de conversación. A poco de acostarse, observó que su marido, sentado frente á la mesa donde estaba la luz, sacaba del bolsillo un paquete, después otro, objetos envueltos en papeles, y los ponía frente á sí, como un hombre que se prepara á trabajar. El ligero ruido estridente que hace el papel al ser desdoblado, ruido que se acrecía con el silencio de la noche, molestaba á Fortunata atrayendo su atención. Lo primero que hizo Maxi fué sacar de un envoltorio de regular tamaño multitud de paquetes chicos muy bien doblados, como los que en Farmacia se llaman *papeletas*, forma en que se dividen y expenden las dosis de las medicinas en polvo. Pero después vió la joven que desliaba otro paquete de forma larga y... ¡Ay, Dios mío, era un cuchillo!... Lo estuvo él contemplando un rato por un lado y por otro, y acercaba la yema del dedo á la punta como para probar si era bien aguda. La esposa sintió sudor frío en todo su cuerpo... No pudo contenerse, y como si despertase á un durmiente para librarle de los fingidos horrores de angustiosa pesadilla, le dijo: «Maxi, hijo, ¿qué haces?» Él la miró con gran tranquilidad.

—Yo creí que dormías. ¿No tienes sueño? Pues charlaremos de cosas agradables.

—Como quieras. Pero más vale que te acuestes y dejes las cosas agradables para mañana.

—No... De seguro que te gustará lo que voy a decirte. Espera un poco.

Recogió todos sus paquetes y el cuchillo, y trasladándose á la silla que estaba junto á la cama, lo puso todo sobre la mesa de noche.

—Ajajá... Ahora verás—dijo sonriendo cariñosamente, como el que se dispone á dar á la persona amada la sorpresa de un regalito.—Esto, ya lo ves, es un puñal.

Fortunata se estremeció como si la hoja fría le tocara las carnes, y se puso á dar diente con diente.

—Lo compré hoy en la tienda de espadas de la calle de Cañizares. Aquí dice: *Toledo, 1873*. Es bonito, ¿verdad? Hace días que vengo pensando en cuál es la mejor manera de hacerle al alma el gran favor de mandarla para el otro barrio. ¿A ti qué te parece? No decido nada sin tu consejo, y lo que tú prefieras, eso preferiré yo.

La infeliz mujer estaba tan medrosa, que apenas podía hablar.

—Guarda eso, por Dios... Mira que me da mucho miedo.

—¡Miedo!—exclamó él con asombro y desconuelo.—Pues yo creí que habría conseguido infundirte mi idea y que ya mi idea te era fami-

liar. ¡Miedo á la muerte! es decir, ¡miedo á la libertad y amor al calabozo! ¿Ahora salimos con eso? Si lo primero, mil veces te lo he dicho, es mirar á la muerte como el fin de los padecimientos, como miran á la playa los infelices que luchan con las olas agarrados á un madero.

—No, si no tengo miedo—dijo ella con deseos de tranquilizarle, porque observó que se exaltaba.—Pero es que... esas cosas, más vale dejarlas para de día. Ahora, á dormir.

—¡Dormir!... Ahí tienes otra tontería. Dormir, y ¿qué saca uno de dormir? Pues embrutecerse, olvidarse de lo principal, que es el desprendimiento y la evasión. Querida mía, ó estás conmigo ó estás contra mí; decídetelo pronto. ¿Estás dispuesta á tomar la llave de la puerta y escaparte conmigo? ¿Sí? Pues lo primero es no tener horror á la muerte, que es la puerta, estar siempre mirándola, y prepararse para salir por ella cuando llegue la hora feliz de la liberación.

Fortunata se arropó bien, porque le había entrado más frío. ¡Ay, qué miedo tan grande!

—El momento de la liberación es aquel en que uno se considera suficientemente purificado para apechugar con el paso de un mundo á otro, y dar ese paso por sí mismo. Las religiones dominantes prohíben el suicidio. ¡Qué tontas son! La mía lo ordena. Es el sacramento, es la suprema alianza con la divinidad... Bueno; pues las personas que por medio de la anulación social,

y cultivando la vida interior, llegan á purificarse, comprenden por su propio sentido cuándo llega el momento de tomar el portante. La liberación no debiera llamarse suicidio. La expresión mejor es ésta: matar á la bestia carcelera. Llega un momento en que el alma no puede ya aguantar la esclavitud, y es preciso soltarse. ¿Cómo? Mira.

Fortunata tiritaba, discurriendo si se levantaría para llamar á doña Lupe.

—Esto es un puñal... bien afilado... Hay que tener en cuenta que la bestia se defiende, por muy decaída que esté. La carne es carne, y mientras tenga vida hace la gracia de doler. Por eso conviene que la liberación sea con el menor dolor posible, porque la misma alma, con toda su fortaleza, se amilana, siente lástima de la bestia carcelera é intercede por ella. Tú fijate bien, y si el arma blanca no te gusta, me lo dices con franqueza. ¿Prefieres el arma de fuego? Pueden fallar los tiros, y entonces el alma se impacienta; suele suceder que la bala no toma la dirección conveniente, y queda la bestia á medio matar, con medio cuerpo muerto y medio cuerpo vivo. Por eso yo te traigo aquí los medios tóxicos, que son callados y seguros.

Empezó á mostrar aquellas papeletas tan bien hechas y bien dobladas, sobre las cuales había escrito con clarísima letra el nombre de cada droga. Mirábalas Fortunata con indecible te-

rror, y se tapaba la nariz y la boca, temerosa de que, respirando tales ingredientes, pudiera envenenarse.

—Vete enterando. Esta substancia que ves aquí, blanca y en cristalitos, es la *estricnina*... Muerte segura y tetánica, y que produce muchas angustias, por lo cual no te la recomiendo. La *atropina* es ésta, y ésta la *cicutina*. ¿Ves? Polvos blancos. La *cicutina* tiene una ventaja, y es que con ella se liberó el señor de Sócrates, lo que la hace venerable. Ambos son venenos virosos, es á saber: que se queda uno dormido y en sueños se acaba. Pero yo me pregunto: En las tinieblas del sueño, ¿no producirán los pataleos de la bestia horribles martirios? ¿Qué te parece á ti? ¿Preferiremos la *digitalina*, que mata por asfixia? ¿O nos fijaremos en los mercuriales? Míralos aquí: el *yoduro de mercurio*, rojo; el *cianuro de mercurio*, blanco. También tengo un preparado de fósforo, que mata por envenenamiento de la sangre. Pero lo bueno está aquí, míralo: el verdadero *ojo de boticario*, la bendición de Dios. Esto sí que mata, y pronto. ¿Ves este polvo gris? Es la *gelsemina*, la maravilla de la toxicación. La bestia se estremece sólo de verla, porque sabe que con esto no hay bromas. Muerte instantánea.

—Basta, basta—dijo Fortunata, que ya no podía resistir más.—Si no guardas todo eso, me levanto y me voy.

Él la miró con semblante en que se pintaban un desconsuelo siniestro y un asombro compasivo. Esta mirada le aumentó á ella el miedo; y comprendiendo que era forzoso disimularlo, acariciándole la manía para évitár cualquier barbaridad, le dijo:

—Todo está muy bien... yo comprendo... Claro, la bestia hay que matarla. Pero si quieres que yo te quiera, ha de ser con condición de que no me traigas acá venenos...

—¡Ah!, corriente... Si prefieres las armas de fuego... Pero en este caso hay que ejercitarse. Preciso es que mueras primero tú, después yo... ¿Y si me falla el tiro y me quedo vivo y viene gente y me sujetan?...

—No, hijo, no, cada cual coge una pistola, y apunta uno para el otro como en los desafíos... Se da la señal, ¡pum!, y ya verás cómo quedan las dos bestias.

Maximiliano meditaba.

—No me parece muy practicable tu solución.

—Sí, chico, sí; te digo que sí. Hazme el favor de coger todos esos polvos y tirarlos por la ventana al patio. No, mejor será que los envuelvas en un paquete y me los des; yo los guardaré. Te prometo guardarlos. Pero qué, ¿desconfías de mí?... Gracias, hombre.

De veras que desconfiaba, porque cuando ella extendió sus manos para coger las papeletas, acudió él á defenderlas como se defiende una

propiedad sagrada. «Tate, tate; déjame esto aquí. Yo lo guardaré...»

—Bueno; mételo en el cajón de la mesa de noche, y también el cuchillito. Yo te prometo no tocarlo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro... No parece sino que yo te he engañado alguna vez. ¡Qué cosas tienes!... Pero te has de acostar...

—Si no tengo sueño, á Dios gracias. Cuando duermo algo, sueño que soy hombre, es decir, que la bestia me amarra, me azota y hace de mí lo que le da la gana... ¡Infame carcelero!

Impaciente, Fortunata se lanzó á las determinaciones que exigen los casos graves. Echóse de la cama tal como estaba, y casi á la fuerza, mezclando los cariños con la autoridad, como se hace con los niños, le hizo acostar. Quitóle la ropa, le cogió en brazos, y después de meterle en la cama se abrazó á él, sujetándole y arrullándole hasta que se adormeciera. Decíale mil disparates referentes á aquello de la liberación, de la hermosura de la muerte y de lo buena que es la matanza de la bestia carcelera. «A cada bestia le llega su San Martín» repetía, con otras frases que habrían sido humorísticas, si las circunstancias no las hicieran lúgubres.

Ella durmió muy poco. Al amanecer, viéndole en profundo letargo, levantóse cautelosamente y echó mano al puñal y las papeletas.

Escondido el primero, vació todo el contenido de las segundas en un periódico, metiéndolo todo revuelto en un cucurucho para llevárselo á Ballester. Con ayuda de doña Lupe, que se horripilaba oyendo contar el paso de la noche anterior, pusieron en cada papelillo cantidad proporcionada de sal ó azúcar molida, y bien dobladitos como estaban, volvieron á meterlos en la mesa de noche. Lo primero que él hizo al despertar fué ver si le habían quitado su tesoro, y como extrañase no hallar el puñal, díjole su mujer: «El puñal lo he guardado yo... Es monísimo. Descuida, que no lo perderé. ¿Tienes ó no confianza en mí? Tocante á esos polvos, encárgate tú de guardarlos; y si el caso llega, chico, no seré yo quien les haga ascos, porque, bien mirado, para lo que sirve esta vida... Lucidas estamos; ¡siempre penando, siempre penando! Espera que te espera, y cada día un desengaño... Te aseguro que el vivir es una broma pesada.

—Dame un abrazo—le dijo Maxi arrojándose á ella medio vestido.—Así te quiero. Tú has padecido, tú has pecado... luego eres mía.

Y como en aquel momento entrara su tía trayéndole el chocolate, se fué hacia ella, en pernetas, con intento de abrazarla, diciéndole:

—También usted ha padecido, también usted ha pecado, querida tía.

—¡Pecar yo!...

—Y es usted de mi tanda.

—Todo lo que quieras, con tal que te tomes ahora este chocolatito.

—Lo tomaré, lo tomaré, aunque no tengo apetito. Venga... Por aquello de cumplir.

—Dices bien; una cosa es enamorarse de la muerte, y otra es cumplir nuestras obligaciones mientras no llega el momento—dijo doña Lupe con naturalidad.—De mí te sé decir que estoy harta de la vida, pero harta, y si no he tomado ya una determinación, es porque como tiene una tanto que hacer, no le queda tiempo ni para pensar en lo que le conviene. Pero ya lo arreglaremos, hijo, y á mí me tienes dispuesta á darle la morrada á la bestia cuando menos ella se lo piense. Ya no la puedo sufrir.

Tía y esposa, disimulando su tristeza, le contemplaban mientras tomó el chocolate, admiradas de que lo tomase con gana. Las ganas tenía-las la bestia, él no.

XI

Á eso de las diez salió Fortunata para llevar á Ballester el paquete de substancias venenosas. «Ahí tiene usted la que nos preparaba su amigo—le dijo con desabrimiento.—¡Vaya un cuidado que tiene usted! Vea lo que llevó á casa...»

Ballester examinaba las terribles drogas...

Después se puso muy serio. «Ese tonto de Padillita tiene la culpa. No sé cómo le permitió andar en esto. Descuide usted, que le echaré hoy una buena peluca. Lo mejor será que no trabaje más aquí; cualquier día nos mete en un conflicto... Pero siéntese usted...»

Al ofrecerle una silla, Ballester parecía poner especial cuidado en dar á conocer sus botas nuevas, resplandecientes; en que Fortunata admirase su levita y su cabellera rizada á fuego, la cual despedía fuerte olor á heliotropo. En todo reparó ella, demostrándolo con una sonrisa picaresca.

—Se ríe usted de lo reguapo que me he puesto hoy, ¿verdad? Acostumbrada á verme hecho un cavador... Pues le diré: hoy se casa mi hermana con ese á quien llaman el *distinguido pensador*, Federico Ruiz. Voy á la boda, y esta noche le traeré á usted los dulces.

Fortunata volvió á su tema: «Es preciso tomar una determinación. Las medicinas que usted le da no le hacen ningún efecto. Hoy hemos hablado mi tía y yo. Antes de llevarle á un manicomio es preciso probar algún otro medicamento. ¿No se decide usted á darle eso que decía... no me acuerdo cómo se llama... eso que suena así como un estornudo...?»

—¡Ah!, el *hatchiss*... Lo prepararemos. Usted manda en esta casa... es usted el ama, y me manda á mí; y si me pide una cataplasma he-

cha con picadillo de mi corazón, al momento se la hago.

—¿Ya está usted con sus guasas?

—Y ahora me toca á mí pedirle un favor...

—Usted dirá.

—Esta noche traigo los dulces de la boda. Mando al segundo una parte, otra la dejo aquí para los amigos que vengan. ¿Irá usted arriba á casa de doña Casta, ó vendrá aquí?

—Iremos arriba... Si paseamos, puede que entremos aquí. Según esté ese.

—Bueno; esta noche ha de venir mi amigo el crítico. Padilla le invitará á entrar y le ofrecerá dulces. Quiero que se coma uno que tengo yo aquí preparado para él... No sabe usted cuánto le odio.

Fortunata, que tenía la cabeza caldeada con ideas de envenenamiento, se asustó.

—¿Pero qué demonios le va usted á dar á ese infeliz? Si es un buen chico.

—Nada, no se asuste usted... No es más que un derivativo... La fiesta consiste en que luego le invite doña Casta á subir y que suba...

—No sea usted bruto. ¡Si es un chico muy bueno! Me han dicho que mantiene á su madre...

—¡Que mantiene á su madre! Pues estará lucida. ¿Y con qué la mantiene? ¿Con los artículos?

—Le dan dos duros por cada uno. Ya ve usted. Y hace cuatro todas las semanas.

—Buen pelo, buen pelo... Pero en fin, aunque

mantenga á su madre y á su abuela y á toda su familia, y sea un excelente chico, yo le quiero dar esta broma inocente. ¿Me hará usted el favor que le pido?

—¿Cuál?

—No le pido á usted que me dé un beso, porque si le pidiera ese pedazo de la gloria, usted no me lo daría, y si me lo diera, al instante me tendrían que poner en manos del amigo Ezquerdo... Pues mis aspiraciones se concretan hoy, querida amiga, á que usted, si está aquí cuando entre ese niño ilustrado, le ofrezca la yema que yo tengo dispuesta. Dándosela usted no sospechará... Además, usted le dirá á doña Casta ó á Aurora que le inviten á subir para que oiga tocar la pieza...

—Quítese usted de ahí... Yo no me meto en esas intrigas. ¡Pobre muchacho! Me pongo de su parte. ¡Qué malo es usted!

—Más mala es usted... En pago de su infamia le voy á dar una buena noticia.

—¿A mí noticias?...

—Y tan buena que le ha de saber á usted mejor que los dulces que le enviaré esta noche... ¡Ay!, me consuela una cosa, amiga mía, y es que si conmigo es usted ingrata, lo es también con otros. ¡Mal de muchos!...

—¿Qué está diciendo?

—Pues que bien le pasean á usted la calle... Y la niña sin parecer por ninguna parte. El

niño rompía el pescuezo mirando para los balcones, y usted atormentándole con su ausencia. ¡Pobre señor!... Toda la tarde calle arriba, calle abajo...

Fortunata palideció, y con la mayor seriedad del mundo se dejó decir:

—¿Quién... y cuándo?...

—No se haga usted la tonta... ¡Pues ayer tarde, cuando se retiró, iba con una cara de mal humor!... Plantón como aquel no se ha llevado nunca. Yo le miraba y me decía: «bien merecido te está... Aguántate, cachete... Todos somos iguales». ¿Quiere usted que le dé un consejo? Pues trátele á la baqueta. Que suspire, que pasee, que le tome la medida á la calle. Toda la hiel no ha de ser para mí... ¿Quiere que le dé otro consejo? Pues á usted le conviene un corazón como este que yo tengo aquí guardadito, virgen, créalo usted, virgen. Acéptelo, y déjese de querer á ingratos...

Fortunata se había puesto tan desasosegada, que no oía las amorosas confianzas del farmacéutico. «Abur, abur—dijo levantándose.—Tengo que volverme á mi casa.»

—Vamos á ver... Y si vuelve esta tarde, ¿qué le digo?

—Quítese usted allá...—indicó ella corriendo hacia la puerta, y el otro detrás.

—¿Qué le digo?... Porque aunque no le he hablado nunca, le hablaré, si usted me lo man-

da. ¿Dígame que no parezca más por aquí?... ¡Ay, qué mujer! Allá va como una exhalación. Está tocada, tan tocada como su marido... Todo por no enamorarse de un hombre digno, como, por ejemplo... un servidor. ¡Ah! Segismundo, paciencia. Imita á los pescadores de caña; espera, espera, que al fin ella picará.

Doña Lupe, cuando entró su sobrina, bastante sofocada por haber subido muy á prisa la escalera, admiróse de verla tan alegre. «Sabe Dios—dijo para sí,—sabe Dios por qué estarán los tiempos tan divertidos... Probablemente esta salidita, con pretexto de llevarle á Ballester los polvos, sería para verle... El le diría que pasaba á tal hora... ¡Y qué colorada viene! Sin duda ha habido hocicadas en el portal.»

Maxi continuaba tranquilo. Más bien parecía un convaleciente que un enfermo. Estaba muy débil y no apetecía más que sentarse junto á los cristales del balcón del gabinete, contemplando con incierta mirada á los transeuntes. Esto no le hacía maldita gracia á Fortunata, porque... «si *al otro* le da la gana de pasar también esta tarde y Maxi le ve, se va á excitar mucho». Por tal motivo estuvo muy inquieta, y á cada instante se asomaba y volvía para adentro, tratando de que su marido se pusiese en otra parte. Pero al otro no le dió la gana de pasar aquella tarde. Lo que hizo fué mandar un recadito á su amiga, sacándola del purgatorio de incertidum-

bre y tristeza en que estaba. Servía de Celestina para estas comunicaciones la tía de Fortunata, Segunda Izquierdo, que en Mayo último se le había presentado, miserable y llorosa, á que le diera una limosna. Desde entonces iba todas las semanas, y su sobrina la socorría, unas veces con dinero, otras con comida sobrante ó alguna prenda de vestir. Santa Cruz la amparaba también, y ella se servía de su mendicidad para introducir en la morada de Rubín los mensajes de amor; y tan ladinamente lo hacía, que la sagaz doña Lupe no sospechaba nada. Pues aquella tarde, después de mucho tiempo de entrar allí *con las manos vacías*, puso en las de Fortunata una esquelita. Al fin, ¡oh dicha increíble!... Cuando pudo, leyó la feliz mujer el papelito, en el cual se la citaba á tal hora y á tal sitio para el día siguiente.

Por la noche fueron todos á casa de doña Casta, quien tomó por su cuenta á Maxi, prodigándole mil cuidados, ofreciéndole golosinas y tratando de refrescarle el cerebro con una plácida disertación sobre las aguas de Madrid y sobre las propiedades por que se distinguen las de la Alcubilla, Abroñigal, y fuente de la Reina, de las del Lozoya.

La viuda de Fenelón llegó á la hora de costumbre, y á poco subió el mozo de la botica con la bandeja de dulces que mandaba Ballester. No tardaron en presentarse el señor y la señora del

tercero de la derecha. Él, por una de esas ironías tan comunes en la vida, era el hombre más grave, seco y desapacible del mundo, comadrón de oficio, y se llamaba *D. Francisco de Quevedo* (hermano del cura castrense Quevedo, á quien conocimos en la tertulia del café, junto con el *Pater* y *Pedernero*). Su mujer competía en elegancia con una boya de las que están ancladas en el mar para amarrar de ellas los barcos. Su paso era difícil, lento y pesado, y cuando se sentaba, no había medio de que se levantara sin ayuda. Su cara redonda semejaba farol de Alcaldía ó Casa de Socorro, porque era roja y parecía tener una luz por dentro; de tal modo brillaba. Pues á esta monstruosidad la llamaba Ballester *doña Desdémona*, por ser ó haber sido Quevedo muy celoso; y con este mote la designaré, aunque su verdadero nombre era doña Petra. No tenía niños este matrimonio, y mientras D. Francisco se pasaba la vida sacando á luz los hijos del hombre, su esposa sacaba y criaba pájaros, para lo cual tenía muy buena mano. Estaba la casa llena de jaulas, y en ellas se reproducían diversas familias y especies de aves cantoras. Y para colmo de contrastes, era la señora del comadrón una mujer chistosísima, que contaba las cosas con mucha sal. En cambio, D. Francisco de Quevedo no tenía más chiste que el que podría tener un caimán.

XII

Aurora y Fortunata, después de cumplir un rato con la visita, riéndole las gracias á *doña Desdemona*, se fueron al balcón. La viuda tenía que contar á su amiga cosas de mucha importancia, y al instante empezó el secreteo. «Ya no me queda duda. Ciertos son los toros. ¿Sabes que el primo Moreno no sale de la tienda? Allí se va por las mañanas, y no quita los ojos del portal de Santa Cruz, acechando si entran ó salen. El muy tonto, ¡qué mal lo disimula! Parece mentira que se chifle así un hombre de su edad... porque anda ya cerca de los cincuenta; un hombre enfermo... porque los médicos dirán lo que quieran, pero el mejor día hace el *crac*... ¿Y que más prueba de su embrutecimiento que estar aquí? ¿Por qué no se va al extranjero como otros años? Buen pajarraco está. Ya ves: un hombre, *por ejemplo*, que podría haber hecho la felicidad de cualquier muchacha honrada, se ve ahora sin amor, sin familia propia, solo, triste... ¡Ah!, le conozco bien: es un disoluto, un inmoral, un corrompido. No le gustan más que las casadas. Me lo ha dicho á mí misma... á mí me lo ha dicho.»

—¿Pero tú?...

—Espera, te contaré—dijo Aurora con cautela, asegurándose de que ningún curioso se destacaba de la tertulia para acecharlas.—Pues

este primo Moreno, aunque pariente lejano, y más lejano por ser rico y nosotras pobres, nos visitaba alguna vez... hará de esto trece ó catorce años. Mamá le consideraba mucho, y cuando venía á casa le recibía poco menos que con palio. Tuvo mamá en un tiempo la ilusión, ¡qué tontería!, de casarme con él. Yo tenía diez y ocho años, él treinta y pico. ¿Te vas enterando?

Fortunata atendía con toda su alma.

—¿Quieres que te hable con franqueza? Pues á mí no me disgustaba; pero nunca me dijo nada... Tenía buena figura y unos aires de caballero como los tienen pocos... Mamá y papá hechos unos tontos con aquella esperanza... ¡qué inocentes! Es muy lagarto ese hombre. ¡Casarse conmigo! Sí, para mí estaba. A lo mejor, meses y meses sin parecer por aquí. Yo me acordaba de él y de cuando venía á casa; como que al verle entrar nos quedábamos todos turulatos y nos parecía que entraba por esa puerta la Divina Majestad... Pues como te digo, dejó de venir. En aquel tiempo conocí á Fenelón; fué mi novio y me pidió. Mamá tenía todavía ilusiones; papá se había curado de ellas. Nos casamos... ¿Pues creerás que al mes de casados, viene el primo á Madrid y empieza á hacerme la corte por lo fino?

Fortunata parecía que estaba oyendo leer el relato más novelesco, según el interés y asombro que mostraba.

—Pues verás. Fenelón era un bendito, de éstos que juzgan á todo el mundo por sí mismos, y que no ven el mal aunque se lo cuelguen de la nariz. No se enteraba de la persecución, y yo pasando la pena negra. ¡Ay hija, qué peligro tan grandel! Siempre que salía, ¡pin! me le encontraba. Yo no sé... parecía que me olía como los perros huelen la caza. Una tarde que llovía, me cogió y casi á la fuerza me metió en su coche. Estuve á dos dedos del abismo, casi á dedo y medio; pero no, no caí. ¡Dios mío, qué hombre! Es absurdo.

—¿Pero tú le querías?—preguntó la de Rubín, que con la idea del querer resolvía todos los problemas.

—Yo... te diré... me pasaba una cosa particular. Temblaba siempre que nos encontrábamos... le tenía miedo, y... de ti para mí, me gustaba. Pero, lo que yo digo: ¿por qué no se casó conmigo?

—Claro.

—Yo le hubiera querido mucho, y no le habría faltado por nada de este mundo. Pero estos hombres, ¡qué malos son, pero qué malos! Pues verás. Me voy á Burdeos con mi marido, pasan meses y meses, llega el verano y nos vamos á pasar una corta temporada en Royan, un pueblo de baños de mar. Pues hija, estaba yo una tarde en el muelle viendo desembarcar á los pasajeros que venían en el vaporcito de Burdeos,

cuando me veo al primo Moreno. Me quedé... ¡ay!, no te quiero decir nada.

—¿Y tu marido, estaba contigo?

—No; ese es el caso. Fenelón había ido á París á hacer compras. En París estaba Moreno, le vió... y chitito callando se fué á Royan, sabiendo que me cogía sola y descuidada. Descuido fué, que aquella vez, hija, no pude zafarme como cuando la del coche... ¡Ay!, estas cosas te las cuento á ti, porque sé que eres muy callada y no me has de hacer traición. ¡Si mamá lo supiera!... En fin, que el muy tunante se divirtió todo lo que quiso, y después la del humo. Llegó el 70, y al pobrecito Fenelón le mataron esos infames prusianos. Fué un dolor... ¡ah! ¡por ser valiente, por empeñarse en salir en una descubierta! Era un hombre tan patriota, que por salvar á su querida Francia habría dado él cien vidas que tuviera... Pero vamos al otro, á ese solterón estragado... Cuando enviudé, dije: «Pues ahora, si de veras le gusto...» ¡Quiá! Me le encontré en Madrid al año siguiente, y como si tal cosa. ¿Crearás que me dijo algo de amor? ¿Crearás que se acordaba de cumplir las promesas que me había hecho? Buen cumplimiento nos dé Dios. Hija, frialdad igual no he visto. Te aseguro que me daban ganas, *por ejemplo*, de clavarle un puñal... Cierto que me ofreció lo que yo quisiera para establecerme... pero no quise tomar nada de aquellas manos. ¡Monstruo!

Cuando le dió al primo Pepe el dinero para la gran tienda, puso por condición que me había de colocar al frente de las labores... Pero no se lo agradezco, palabra de honor, no se lo agradezco...

—A tu primo no le gustan más que las casadas. ¡Valiente tuno!—dijo Fortunata moviendo la cabeza, como quien comprende tarde lo que debió de comprender antes.

—Estos solterones vagabundos y ricos son así... Están viciosos, estragados, mimosos; y como se han acostumbrado á hacer su gusto, piden *mediodía á catorce horas*. Ahí le tienes ya, aburrido, enfermo; no sabe qué hacerse; quiere calor de familia y no le encuentra en ninguna parte. Bien merecido le está; me alegro. Que lo pague. Y para mayor desgracia, se engolosina ahora con Jacinta. Lo que á él le enciende el amor es la resistencia; y las que tienen fama de honradas, le entusiasman, y las que sobre tener fama, lo son, le vuelven loco. Con Jacinta debe de haber sostenido una guerra tremenda, sí, tremenda; pero al fin ella se ha rendido, no te quepa duda. Yo fui Metz, que cayó demasiado pronto; y ella es Belfort, que se defiende; pero al fin cae también... ¡Ah!, las señas son mortales. El primo va á la casa todos los días, y la acecha cuando sale, para hacerse el contradizo... Algunas tardes no parece por la tienda. ¿Tendrán citas? He aquí mi idea. Te juro que lo he de

averiguar. Imposible que yo no lo averigüe. Aunque tuviera que perder mi colocación, aunque me quedara sin camisa que ponerme... ¡Qué infamia! Y miren la otra, la mosquita muerta, con su cara de Niño Jesús y su fama de virtud. Si, santidades á cuarto; véase la clase. Te aseguro que el día en que esto estalle y haya la gran tragedia, será el día más feliz de mi vida. ¿Pues qué cree ese? ¿Que se puede engañar, y engañar, y engañar siempre, y burlarse de los pobres maridos? Pues ya cayó otro; *solamente* que ahora no da con mi Fenelón, que era un santo y no sospechaba de nadie más que de los prusianos. Ahora da con un hombre templado, tu amigo, que no se conformará con esta deshonra, ¿verdad? Te aseguro que le va á arder el pelo al tal primito, con todo su mal de corazón y su extranjerismo.

Fortunata no chistó. Aquella revelación la había dejado tan atontada, cual si le descargasen un fuerte golpe en la cabeza.

Jacinta... ¡Jesús!... el modelito, el ángel, la mona de Dios... ¿Qué diría Guillermina, la *obispa*, empeñada en convertir á la gente y en ver la que peca y la que no peca?... ¿Qué diría?... ja, ja, ja... ¡Ya no había virtud! ¡Ya no había más ley que el amor!... ¡Ya podía ella alzar su frente! ¡Ya no le sacarían ningún ejemplo que la confundiera y abrumara! Ya Dios las había hecho á todas iguales... para poderlas perdonar á todas.

II

Insomnio.

I

A las doce de un hermoso día de Octubre, D. Manuel Moreno-Isla regresaba á su casa de vuelta de un paseito por *Hide Park*... digo, por el Retiro. Responde la equivocación del narrador al *quid pro quo* del personaje, porque Moreno, en las perturbaciones superficiales que por aquel entonces tenía su espíritu, solía confundir las impresiones positivas con los recuerdos. Aquel día, no obstante, el cansancio que experimentaba, determinando en él un trabajo mental comparativo, permitíale apreciar bien la situación efectiva y el escenario en que estaba. «Muy mal debe de andar la máquina, cuando á mitad de la calle de Alcalá ya estoy rendido. Y no he hecho más que dar la vuelta al estanque. ¡Demonio de neurosis ó lo que sea! Yo, que después de darle la vuelta á la *Serpentine*, me iba del tirón á *Cromwell road*... friolera; como diez veces el paseo de hoy... Yo, que llegaba á mi casa dispuesto á andar otro tanto, ahora me siento fatigado á la mitad de esta condenada calle de Alcalá... ¡Tal vez consista en estos endiabla-

dos pisos, en este repecho insoportable!... Esta es la capital de las setecientas colinas. ¡Ah!, ya están regando esos brutos, y tengo que pasarme á la otra acera para que no me atice una ducha este salvaje con su manga de riego. «Eso es, bestias, encharcad bien para que haya fango y paludismo...» Pues por aquí, los barrenderos me echan encima una nube de polvo... «Animales, respetad á la gente...» Prefiero las duchas... En fin, que este salvajismo es lo que me tiene á mí enfermo. No se puede vivir aquí... Pues digo; otro pobre. No se puede dar un paso sin que le acosen á uno estas hordas de mendigos. ¡Y algunos son tan insolentes!... «Toma, toma tú también.» Como me olvide algún día de traer un bolsillo lleno de cobre, me divierto. ¡Aquí no hay policía, ni beneficencia, ni formas, ni civilización!... Gracias á Dios que he subido el repecho. Parece la subida al Calvario, y con esta cruz que llevo á cuestras, más... ¡Qué hermosos nardos vende esta mujer! Le compraré uno... «Deme usted un nardo. Una varita sola... Vaya, deme usted tres varitas. ¿Cuánto? Tome usted... Abur.» Me ha robado. Aquí todos roban... Debo de parecer un San José, pero no importa... «Yo no juego á la lotería; déjeme usted en paz.» ¿Qué me importará á mí que sea mañana último día de billetes, ni que el número sea bonito ó feo?... Se me ocurre comprar un billete y dárselo á Guillermina. De seguro que

le toca. ¡Es la mujer de más suerte!... «Venga ese décimo, niña... Sí, es bonito número. Y tú, ¿por qué andas tan sucia?» ¡Qué pueblo, válgame Dios, qué raza! Lo que yo le decía anteayer á D. Alfonso: «Desengáñese Vuestra Majestad, han de pasar siglos antes de que esta nación sea presentable. A no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte, trayendo aquí madres sajonas.» Ya poco me falta. Francamente, es cosa de tomar un coche; pero no, aguántate, que pronto llegarás... Un entierro por la Puerta del Sol. No, lo que es aquí no me he de morir yo, para que no me lleven en esas horribles carrozas... Dan las doce. Allá están los cesantes mirando caer la bola. Buena bola os daría yo. Ahí viene Casa-Muñoz. ¿Pero qué veo? ¿Es él? Ya no se tiñe. Ha comprendido que es absurdo llevar el pelo blanco y las patillas negras. No me mira, no quiere que le salude. Realmente, es muy ridícula la situación de un hombre que se tiñe el día en que se decide á renunciar á la pintura, porque la edad lo exige ó porque se convence de que nadie cree en el engaño... Allí va en un coche la duquesa de Gravelinas... No me ha visto... «Abur, Feijóo...» ¡Qué bajón ha dado ese hombre!... Vamos, ya entro por mi calle de Correos. ¿Si habrá venido á almorzar mi primo?... Lo que es hoy me tiene que hacer un reconocimiento en toda regla, porque me siento muy mal... Que me ausculte bien, porque este

corazón parece un fuelle roto. ¿Será esto un fenómeno puramente moral? Puede ser. Ya veo yo el remedio... ¡Pero qué verdes están las uvas, qué verdes! Los balcones tan tristes como siempre. ¡Ah!... sale al mirador Barbarita para hablar con la *rata eclesiástica*... «Adiós, adiós... vengo de dar mi paseito... Estoy muy bien; hoy no me he cansado nada...» ¡Qué mentira tan grande he dicho! Me canso como nunca. Ahora, escalera de mi casa, sé benévola conmigo. ¡Subamos... ¡Ay, qué corazón, maldito fuelle! Despacito, tiempo hay de llegar arriba. Si no llego hoy, llegaré mañana. Seis escalones á la espalda. ¡Dios mío, lo que falta todavía!»

Cuando llegó al principal, su hermana le esperaba en la puerta. «¿Te has cansado mucho?» «Así, así. ¿Dónde está Tom? Que venga.»

Moreno entró en su habitación, seguido del criado. Éste era inglés y le acompañaba en todos sus viajes. Decía el antipatriota que los sirvientes españoles son tan torpes que no saben ni cerrar una puerta. El suyo era de esos que hacen de la servidumbre una profesión inteligente, y se adelantan á los más insignificantes deseos de sus amos para satisfacerlos. En inglés le dijo Moreno que echase agua en uno de los búcaros que en la estancia había, para poner los nardos, y sin soltar éstos de la mano se dejó caer en el sofá. Vestía el caballero americana oscura y pantalón de cuadros, sombrero de copa, y los

indispensables botines blancos cubriendo las botas holgadísimas, con suelas de un dedo de grueso. «¿Ha venido mi primo?», preguntó á Tom dándole las flores.

—El señor doctor está en la habitación de *miss* Guillermina.

—*Dígale usted* que estoy aquí.

La fatiga del paseo y de la escalera le duraba aún cuando vió entrar al más simpático de los doctores, Moreno Rubio, despidiendo tufo de alegría, como un preservativo contra las tristezas de la medicina. Médico de gran saber y aplicación, había alcanzado mucha fama y tenía una clientela brillantísima.

—Hoy me vas á examinar bien...—le dijo su primo.—Figúrate que soy un desconocido que se te presenta en tu consulta. Déjate de bromas conmigo, y no me ocultes la verdad. Mira que te desacredito si no lo haces así.

—Bueno, hombre, descuida; te registraremos en toda regla—replicó el médico sonriendo y sentándose junto á él.—¿Te has cansado mucho?

—¿No me ves? También es gana de hacer preguntas. En cuanto almorcemos, me entrego á ti como un cadáver de la sala de disección.

—Pues mejor es antes (sacando la trompetilla y tornillándola).

—Bueno, pues ya puedes empezar. (Quitándose la americana.) ¿Me echo en la cama? Es

mejor, sí; aquí me tienes como un muerto, con las manos cruzadas.

—No, extiende los brazos. Así...

El doctor abrió la camisa y aplicó un extremo de la trompeta, inclinándose para poner su oído en el otro. «No te muevas... Ahora respira fuerte... da un suspiro; pero un suspiro grande, como los de los enamorados.»

—Me parece que tú estás de guasa. Pepe, por Dios, mira que esto es serio, muy serio. Llevo más de diez noches sin pegar los ojos, y tu dichosa digital no me alivia nada.

—Cállate y déjame oír...

—¿Qué notas?... ¿qué?

—Pero ten paciencia. Aguarda... Pues esto está muy malo. Hay aquí dentro un zipizape de mil demonios.

—¿Qué clase de ruido sientes? La sistole es demasiado fuerte y...

—Algo de eso.

—El empuje de la corriente sanguínea...

—Sí; pero prevalece un síntoma muy perro, un síntoma...

—¿Cuál es? dímelos. ¿Cómo se llama?

—Amor.

—¡Vaya! Llamaré otro médico. Tú no me sirves... con tus guasitas de mal gusto. ¡Ni qué tendrá que ver!...

—¡Pues no ha de tener que ver!—dijo Moreno Rubio poniéndose serio y guardando su instru-

mento.—No sé qué te figuras tú. ¿Quieres romper de un golpe la armonía del mundo espiritual con el mundo físico? Ya lo sabes; te lo he dicho mil veces. No necesito auscultarte más. Tienes desórdenes en la circulación, los cuales podrán ser muy graves si no cambias de vida.

—No parece si no que hago yo la vida del perdido (levantándose y volviéndose á poner su ropa).

—Haces la vida del caprichoso, que es peor. Te conviene una tranquilidad absoluta; renunciar á los deseos vehementes, á las cavilaciones que la no satisfacción de ellos te produce; viajar menos, ahogar todo apetito loco de los sentidos, renunciar á todos los excitantes malsanos; no me refiero solamente al café y al te, sino más principalmente á los excitantes imaginativos é ideales; huir de las emociones, y cortarte la coleta de banderillero, con intención de no dejártela crecer más; trazar una raya en tu vida y decir: «ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí». Si tuvieras treinta ó treinta y cinco años, te aconsejaría que te casaras; pero vale más que te hagas la cuenta de que por reciente providencia judicial... ó divina, han desaparecido todas las mujeres que hay en el mundo, casadas, solteras y viudas...

—¡Bah! ¡bah! Siempre la misma historia—dijo Moreno-Isla, tomándolo á broma.—¿Pero tú eres un médico ó un confesor?

—Las dos cosas—afirmó el otro con serenidad y energía.—Si no haces lo que te he dicho, Manolo, si no lo haces, te mueres, y pronto. De modo que ya sabes mi opinión. No vuelvas á consultarme. No sé más. He agotado mi ciencia contigo. Si hay algún colega que encuentre el medio de poner de acuerdo tus costumbres y tus pasiones con una ordenada y sana función vascular, llámalo y entiéndete con él.

El criado anunció que el almuerzo estaba servido. «Vamos en seguida—dijo el enfermo, cogiendo á su primo por el brazo.—Espérate un poco, que te quiero consultar otra cosa.»

Detuviéronse un instante en la habitación, y D. Manuel, poniéndole una cara muy seria, hizo á su primo esta pregunta: «Vamos á ver, sin guasa. En mi estado, sea bueno, sea malo, en mi estado presente, fíjate bien, tal como ahora estoy, ¿podría yo tener hijos?»

Moreno Rubio soltó la carcajada.

—Hombre, no digo que no. Podrías tener una escuela de párvulos.

—Quiero decir... pero respóndeme en serio... quiero decir si tal como estoy, con la tubería descompuesta...

—Ya lo creo, por poder...

—Esto te lo digo, porque después de eso me decidiría á aceptar lo que propones, el retraimiento, cortar la coleta, etc...

—Mira, inocente, no te cuides de aumentar

la especie. Mientras menos seres humanos nazcan, mejor. Para lo que vale esta vida...

—Creo lo mismo... pero á mí me gustaría tener la seguridad de que... Es un ejemplo, un por si acaso nada más. No creas que me parece mal tu plan de vida vegetativa. Yo lo adoptaría, si, señor; pero á su tiempo.

—Primo—le dijo el otro mirándole con socarronería,—si quieres hijos, haberlo pensado antes.

—No, tonto, si no es que yo los quiera, ni maldita la falta que me hacen á mí chiquillos. Si esto te lo pregunto hipotéticamente. Me basta con tener conciencia de mi aptitud... Curiosidades de enfermo.

—Qué ¿no vienen?—dijo presentándose en la puerta la hermana de Moreno-Isla.

—Vaya unas prisas. Ya vamos. ¡Para la gana que uno tiene!...

—Pero la tengo yo, canastos—dijo el médico.

II

Por la tarde pidió Moreno su coche y estuvo haciendo visitas hasta las siete. Comió en casa de los de Santa Cruz, y éstos le notaron sombrero, padeciendo chocantes distracciones, y tan indiferente á todo que ni siquiera tomaba con calor la defensa de sus principios y gustos extranjeros cuando Barbarita, por combatirle la

murria, sacaba á relucir algún tema de entretenida polémica sobre este punto. Algo dijo, sin embargo, que animó la desmayada conversación de aquélla noche. «¿Saben ustedes cuál es una de las cosas que me cargan más en España? La costumbre que tienen las criadas de ponerse á cantar cuando trabajan. Parecía natural que en mi casa me viera yo libre de este tormento. Pues no señor. Tiene mi tía Guillermina una criadita cuya boca vale por dos murgas. No vale mandarla callar. Obedece durante diez minutos, y de repente vuelve otra vez con *el señor alcalde mayor*. Dice que se olvida. Creánmelo ustedes. Le rompería la cabeza.»

—¡Y me quieres hacer creer que en el extranjero...! Pero Manolo...

—¡Ah! no, señora... esté usted segura de que si en Londres una criada se permitiera cantar, pronto la pondrían de patitas en la calle. Es que ni se les ocurre tal disparate.

—Lo creo; tan sosas son.

—Es que esta pícara raza, que no conoce el valor del tiempo, tampoco conoce el del silencio. No podrá usted meterle en la cabeza á esta gente la idea de que la persona que se pone á pegar gritos cuando yo escribo, ó cuando pienso, ó cuando duermo, me roba. Es una falta de civilización como otra cualquiera. Apoderarse del silencio ajeno es como quitarle á uno una moneda del bolsillo.

Estas cosas hacían gracia, y aquella noche las rieron más, para animarle. Invitado por Juan á ir al Teatro Real, lo rehusó. Había en la casa muy poca gente: Guillermina en su rincón, don Valeriano Ruiz Ochoa y Barbarita II. Barbarita I había concebido el loco proyecto de casar á Moreno con esta sobrina suya, que era muy mona; y comunicado el pensamiento á Jacinta, ésta lo encontró de lo más insensato que se le podría ocurrir á nadie. «¡Pero mamá, si mi hermana no tiene más que diez y ocho años, y Moreno anda ya cerca de los cincuenta, y además está enfermo!»

—Cierto que hay diferencia de edades—decía la señora riendo,—pero es un gran partido. Ándate con repulgos, y verás cómo le cae á tu hermana un subteniente, un oficial de la clase de quintos ú otra lotería semejante. Este hombre es un buenazo muy rico, y eso que padece no es sino aburrimiento, mal de soltería, lo que los ingleses llaman *esplín*. Cásale y se le quitan diez años de encima.

Jacinta no se convencía, y en cuanto á la enfermedad, su opinión era muy distinta de la de su suegra. Aquella noche le cogió por su cuenta para echarle un buen réspice. Estaban en el despacho, apartados de los dos grupos de tresillistas (D. Baldomero, Ruiz Ochoa, su señora, Pepe Samaniego y otros). Barbarita II y su hermana tenían delante á Moreno, que en los pri-

méros momentos de aquella situación decía de dientes para adentro: «Creo que si no estuviera presente la polla, le diría algo. Me enfada esta niña con su inocencia y su cara bonita. Parece que se la pone al lado como un escudo contra mí... Es fatalidad ésta: las pocas veces que la cojo sola, no adelanto nada. Si le digo cualquier reticencia delicada, se hace la tonta. Evita el encontrarse sola conmigo, y ahora trae siempre á rastras el espantajo angelical de su hermana para asustarme.»

—Pero qué callado está usted...—observó Jacinta sonriendo.—¿Qué, se siente usted peor? Dice mamá que si usted se casa, se le quitarán diez años de encima. Conque decidirse...

La fisonomía del misántropo se iluminó al oír esta peregrina receta.

—También yo lo creo—dijo.—Vea usted: un remedio que parece tan fácil, es imposible.

—Justo; como se ha concluído el género femenino... Tiene usted razón: ya no hay mujeres.

—Para mí como si no las hubiera... ¿Qué le dije á usted ayer? Ya no se acuerda. Si ya se sabe: cosa que yo le diga á usted es como si la escribiera en el agua.

—De veras que se me ha olvidado. ¿Te acuerdas tú, Bárbara?

—No, si Bárbara no estaba presente.

—No importa. Todo lo que usted me dice á mí, al instante voy á contárselo á mi hermana.

—Sí, es usted muy cuentera. ¿Y por qué se lo cuenta usted á su hermana?

—Porque le hace gracia.

Moreno no pudo disimular la profunda tristeza que se apoderaba de él.

—¿Pero qué tiene usted?... Esta noche le encuentro más *esplinado* que nunca.

—¿No nos contaba ayer que dejó tres novias en Londres?—apuntó Barbarita, que gustaba de buscarle la lengua.

—Sí; pero á esas no las quiero—replicó Moreno con la ingenuidad de un niño. Y luego, revolcándose en aquella tristeza, contra la cual nada podía su dominio de hombre de sociedad, se espetó otro monólogo:—Ya estoy entrando en el período pueril... La tontería y la incapacidad me invaden... Esta mujer, con su frialdad y su ironía, me ha puesto el pie sobre la cabeza y me la ha aplastado, como la Virgen la de la serpiente... Ya empiezo á estar en ridículo...

—¿Por qué no le repite usted esta noche á mi hermana lo que le dijo la semana pasada?—dijo Barbarita H al melancólico caballero.

—¿Yo... que...? (asustado, como quien despierta de un sueño). Yo... no le he dicho nada.

—Sí, la semana pasada, cuando fuimos á la Casa de Campo, y se puso usted á contar el cuento de aquella inglesona que le quiso pegar un tiro porque le dijo no sé qué en un tren.

—No me acuerdo—dijo el misántropo con todas las apariencias de un estúpido.

—Este hombre—indicó Jacinta,—cuando tocan á olvidarse, no hay quien le gane. Me dijo usted que se casaba si yo me comprometía á buscarle la novia...

—¡Ah!... Pues no; me desdigo, recojo la proposición. Si ha empezado usted sus trabajos, délos por inútiles. Pagaré indemnización, si es preciso.

—Ya lo creo que es preciso... Poquito que había yo hecho ya. ¡Vaya que la formalidad de usted...!

Ambas se pusieron muy serias. Notaban en Moreno palidez mortal, gran abatimiento, y un cierto olvido, extraño en él, de la atención constante que se debe prestar á las señoras cuando se platica con ellas. Jacinta se inclinó un poco hacia él abriendo su abanico sobre las rodillas, y le dijo en tono muy cariñoso: «Amigo mío, es preciso que usted se cuide y mire más por su salud. Esta tarde nos encontramos á Moreno Rubio en casa de Amalia, y me dijo que lo que usted padece no es nada, pero que si se descuida y no hace lo que él le manda, lo va á pasar mal. Usted no es un niño, y debe comprenderlo. ¿Por qué no hace caso de lo que le dicen las personas que le quieren bien y que se interesan por usted?»

Moreno la miraba extático. Algunos mono-

silabos salieron de su boca; pero aquellos pedazos rotos de su pensamiento más bien parecían de aquiescencia que de protesta. Jacinta siguió hablándole en un tono dulce, tiernísimo, y más bien parecía una madre que una amiga.

—¡Cuánto nos alegraríamos de verle á usted bueno y sano, y qué fácil sería con buena voluntad!... Porque lo que usted tiene no es más que malas ideas. Así me lo dijo su primo, y viene bien esta opinión con lo que yo creía. Es lástima que teniendo todos los medios de ser feliz no lo sea. ¿Qué le falta á usted?...

Moreno sentía que el corazón se le hacía pedazos. «¿Pues no dice que qué me falta?... Si me falta todo, absolutamente todo. ¡Ay, qué mujer! Si sigue en esta cuerda, creo que me pongo más en ridículo.»

—¿Qué le falta á usted? Nada. Si no se le pusieran en la cabeza cosas imposibles, estaría tan campante. Lo que tiene usted es mucho mimo. Es como los chiquillos.

«¡Ya lo creo; soy como los chiquillos!» pensaba el infeliz caballero.

—Moreno Rubio lo ha dicho y tiene razón: usted tiene en su mano su salud y su vida. Si las pierde es porque quiere. Parece mentira que un hombre de su edad no sepa ponerse á las órdenes de la razón.

«¡La razón! Buena tía indecente está» observó D. Manuel dentro de su pensamiento.

—Y sacudir las malas ideas y atemperar el espíritu; no desear lo que no se puede tener, y hacer vida ramplona, sin empeñarse en que todas las cosas se desquicien para acomodarse á su gusto y satisfacción. ¿Qué es el *esplín* más que soberbia? Sí, lo que usted tiene es soberbia, el *usted* satánico. Estos inglesotes se figuran que el mundo se ha hecho para ellos... No, señor mío, hay que ponerse en fila y ser como los demás... ¿Conque se cuidará usted, hará lo que le manda su primo y lo que le mande yo?... porque yo también soy médica... Otra cosa: aquí en España está usted siempre renegando y echando pestes. Esto no le gusta, ¿pues para qué vive aquí? ¿Por qué no se va á Inglaterra?

—Ya me quiere echar... ¿ve usted?...—dijo Moreno mirando á Barbarita y esforzándose en sonreír para ocultar su turbación.—Y luego quieren que no viaje.

—No; no le conviene andar siempre de ceca en meca, como un viajante de comercio que va enseñando muestras. Márchese á su Londres, estése allí quietecito, muy quietecito, y si se le presenta una inglesa fresca y de buen genio, cásese, apechugue con ella, aunque sea protestante... ¡Ay, Dios!, que no me oiga Guillermina; sí, cásese, y verá cómo se le pasan todas las murrías, y tendrá niños... Me comprometo á ser madrina del primero... digo, si es que le bautizan. Y hasta madre me comprometo á ser si me

le dan... le tomo, aunque esté sin cristianar. Yo le bautizaré. Pero no hay que hablar de esto. Me contento con ser madrina del primer Morenito que nazca, y le diré á mi marido que me lleve á Londres para el bautizo...

Moreno se levantó. Se sentía muy mal, y las palabras de la Delfina le excitaban extraordinariamente.

—¿Pero se va usted?... ¿Se ha puesto malo? ¿Es que no le gustan mis sermones?

«Si no me voy, la entrego—pensaba el misántropo, apretando los labios...—Esta pícara me está asesinando.»

—¿Te vas, Manolo?—le preguntó D. Baldomero desde el otro extremo de la habitación.

—¡Si me echan, padrino...! Su hijita de usted me quiere desterrar.

—¡Ay, qué pillo!... Si es todo lo contrario.

Barbarita I se adelantó, diciendo: «Extravagante, coge del brazo á la polla y pásate un momento de aquí á mi gabinete y de mi gabinete aquí. ¿Te sientes mal? Eso no es más que nervios. Distráete un poquito. Bárbara, anda.

Moreno le dió el brazo á Barbarita II, y empezaron los paseos. De su conversación insubstancial cogió al vuelo Jacinta algunas cláusulas, cuando la pareja, en aquel ir y venir de una estancia á otra, pasaba junto á ella: «¿Yo? no... me lo puede creer...» «¡Ay, qué cosas se le ocurren!... ¡Pero qué malo es usted!...» «En cuanto

vaya allá me voy á convertir al judaísmo.» «¡Jesús!...» «¿Que yo tengo novio? ¿De dónde ha sacado eso?...» «Lo apuntaré para que no se me olvide...» «No, si á mi no me gustan los pollos...»

—Si ésta fuera más lista—dijo la señora de Santa Cruz á su nuera,—creo que le cazaba.

Pero Jacinta era muy incrédula en este particular, y miraba tristemente á la pareja cuando pasaba. Al retirarse, Moreno pudo hablarle un instante sin testigos.

—Se hará lo que usted desea... Se ha de cumplir todo el programa... todo, hasta en lo que se refiere al *nene*. Tendrá usted su *Morenito*.

Jacinta observó en su mirada una expresión tan tétrica, que no pudo menos de decirse: «Está ya completamente trastornado.»

Moreno salió con paso inseguro... La cabeza se le desvanecía, y al bajar la escalera tuvo que agarrarse al barandal para no caerse... «Cuando digo que me he vuelto tonto, pero tonto de remate... Ya no sé pensar. No sé adónde diablos se me ha ido la razón... Esta mujer me ha embrujado... Nada, enteramente imbécil.»

III

En la soledad de su alcoba encontróse mi hombre más dueño de sí mismo, habiendo vencido aquella turbación inexplicable con que sa-

liera de la casa de Santa Cruz. Despidió á su criado después de quitarse la ropa, y envuelto en su bata se tendió en el sofá. En aquellas tristes horas engañaba el insomnio paseándose á ratos por la habitación, á ratos echado y descabezando un ligero intranquilo sueño. Acudían entonces á su memoria las acciones é imágenes de aquel día ó de los anteriores, á veces las de fechas muy remotas y que no tenían relación alguna con su situación presente. Aquella noche, cosa rara, apenas salió el ayuda de cámara, Moreno se quedó profundamente dormido en el sofá, sin soñar nada; pero despertó á la media hora, no pudiendo apreciar el tiempo que su letargo durara. Al despertar huyó de tal modo el sueño de su cerebro y hallábase tan inquieto, que ni siquiera admitía como probable la idea de dormir. A la manera que el jugador saca las piezas del ajedrez y las va poniendo sobre el tablero de casillas blancas y negras, así fué sacando sus ideas. Tenía por pareja á sí mismo en aquel juego... «Adelante un peón.»

«¡Te has lucido! ¡Campaña como esta!... ¿Cuánto tiempo hace que estás en España? A poco más, año completo. ¿Y para qué? Para nada. ¡Pobre hombre! Lo que me pareció fácil, resulta no ya difícil, sino imposible... Para más contrariedad, delante de esa bendita y maldita mujer, me convierto en el más insípido de los colegiales. ¿Por qué es esto? Y dime otra cosa, idio-

ta: ¿qué tiene esa mona para que de este modo te hayas embrutecido por ella? Otras son más guapas, otras tienen más ingenio, otras hay más elegantes; y sin embargo, es el número uno, el número único. ¡De gustarme pasa á enloquecerme, y noto en mí lo que no había notado nunca: una alegría, una tristeza... ganas de llorar, de reir y aun de hacer el tonto delante de ella! Nada, que á los cuarenta y ocho años me sale el sarampión y la edad del pavo. Tampoco me había pasado nunca lo que me pasa ahora: cortarme, sentir que quiero ser atrevido y no puedo. Le voy á decir una galantería intencionada, y me sale una simpleza. Me infunde un respeto que jamás conocí. La sigo á Biarritz, la acompaño á París, y cuanto más la trato, más atado me veo por este maldecido respeto... Me cortaría yo este respeto como se corta una mano gangrenada. ¿A qué viene tal respeto? ¿Qué quiere decir esto? Sea lo que quiera, de esa mujer digo yo lo que hasta ahora no he dicho de ninguna: y es que, si fuera soltera, me casaría con ella...»

Se agitó tanto, que tuvo que levantarse y ponerse á pasear. «Vaya que este mundo es una cosa divertida. Yo desgraciado, ella desgraciada, porque su marido es un ciego y desconoce la joya que posee. De estas dos desgracias podríamos hacer una felicidad, si el mundo no fuera lo que es: esclavitud de esclavitudes y todo

esclavitud... Me parece que la estoy viendo cuando le dije aquello... ¡Qué risita, qué serenidad y qué contestación tan admirable! Me dejó pegado á la pared. Tan pegado estoy, que no he vuelto por otra; y cuando preparo algo para decirselo, ¡anda valiente!... le digo todo lo contrario. Que se vuelva uno tan estúpido, es cosa que no me cabía en la cabeza. ¡Ay, Dios! Si me muero, y el pensamiento vive más allá de la muerte, estaré viendo toda la eternidad esta carita graciosa, con su expresión celestial; estos ojos serenos y risueños, esta cabellera obscura, con ráfagas blancas que le hacen tanta gracia... esta boca, que no habla sin que me duela el alma. ¡Pobre ángel! Su única pasión es la maternidad, sed no satisfecha, desconsuelo inmenso. Su pasión se me comunica y me abrasa; yo también quiero tener un hijo, yo también. ¡Si me parece que le estoy viendo! ¡Si está aquí, en los linderos de la vida, mirándome, diciéndome que le traiga, y no falta más que... traerlo! Vendría si ella quisiera. Tengo la seguridad de que vendría; es una idea que se me ha clavado aquí. Y yo le digo: «Por un niño, bien se podría dar la virtud...» ¡Ah, no tener valor para decirle esto!... ¿Pero cómo? ¡Si no hay palabra que se presste á decirlo!...

La palpitación que sentía era tan fuerte, que tuvo que sentarse. Se ahogaba. En la región cardíaca, ó cerca de ella, más al centro, sentía

el golpe de la sangre, con duro y contundente compás. Era como si un herrero martillase junto al mismo corazón remachando á fuego una pieza nueva que se acababa de echar.

«Esto es horrible. Si rompe, que rompa de una vez... ¡Ay de mí!... Si me quisiera, el corazón se me curaría; como que no es enfermedad lo que tiene, sino impaciencia... hormiguilla... ¿Qué habré hecho yo para ser tan desgraciado? Ahora caigo en la cuenta de que no me he divertido nunca. Todas mis aventuras han sido el deseo corriendo detrás del fastidio. ¡Y cree la gente que yo he sido un hombre feliz, que yo estoy enfermo de congestión de goces! ¡Estúpidos!»

Sin saber cómo ni por qué, ciertas impresiones de aquel día se reprodujeron en su mente. Entre ellas, la menos fugaz fué ésta: Por la mañana, entrando en el Retiro, se le puso delante uno de esos pobres asquerosos que suelen pedir en los extremos de la población, y que á veces se corren hasta el centro. Era un hombre cubierto de andrajos, y que andaba con un pie y una muleta; la otra pierna era un miembro repugnante, el muslo hinchado y cubierto de costras, el pie colgando, seco, informe y sanguinolento. Mostraba aquello para excitar la compasión. Era la pierna para él su modo de vivir, su finca, su oficio, lo que para los mendigos músicos es la guitarra ó el violín. Tales espectáculos

indignaban á Moreno, que al verse acosado por estos industriales de la miseria humana, trinaba de ira. Pues cuando se volvía para no verle, el maldito, haciendo un quiebro con su ágil muleta, se le ponía otra vez delante, mostrándole la pierna. Al aburrido caballero se le quitaban las ganas de dar limosna, y por fin la dió para librarse de persecución tan terrorífica. Alejóse del pordiosero, renegando. «¡Ni esto es pais, ni esto es capital, ni aquí hay civilización... ¡Qué ganas tengo de pasar el Pirineo!»

Pues bien, aquella noche se le representó el pobre paralítico con tanta viveza, que casi casi creía verle en su alcoba. Hubo un instante en que la alucinación de Moreno llegó á ser tan efectiva, que se incorporó, y cogiendo un libro que en la próxima silla estaba... «Mira, si no te marchas con tu pierna podrida...» Después cayó otra vez su cabeza en el sofá y se puso la mano sobre los ojos. «El infeliz se ha de buscar la vida de alguna manera. No tiene él la culpa de que no haya en esta tierra maldita establecimientos de beneficencia. Si le veo mañana le doy un duro... Vaya si se le doy... ¡Qué envidia le va á tener mi tía Guillermina! Volvámonos ahora para la pared, á ver si duermo un poco. Así; cerraré los ojos. No; mejor será que los abra, y que me figure que quiero despabilarme. Lo que se desea no se tiene nunca. Ea, figurémonos que hago esfuerzos para no dormirme. ¿Y para

qué quiero yo dormir? Mejor es estar así, pensando uno en sus cosas. Estas rayas del papel, azules y verdes, se quiebran á distancia de veinticinco centímetros; no, de veinte. La flor gris alterna con la flor azul. Bonito dibujo. ¡Cómo se le quedaría la cabeza al que lo inventó!... Y aquí hay una pequeña mancha... Creo que si me pusiera á mirar la luz, me dormiría más pronto. Vuelta otra vez.»

Miró la luz puesta sobre la mesa central, grande, redonda y cubierta con rico tapete. La lámpara era de aceite, compuesta de dos candilones de bronce unidos por un vástago. Ambas luces tenían pantallas verdes, con añadidura de raso del mismo color, al modo de faldones que caían por una sola parte de las dos circunferencias. La claridad se esparcía por la mesa, y el resto de la habitación estaba en penumbra, manchada con verdosa pátina de tapiz viejo. Sobre la mesa había unos guantes, varios libros, dos retratos en bonitos marcos, uno de ellos del gordo Arnáiz, un papelera, juego de te de finísima porcelana, una cajita de marfil y otros objetos muy lindos. «Aquel guante—dijo Moreno—que monta sobre la papelera, parece exactamente un lebrél que corre tras la caza... ¡Qué silencio tan solemne hay ahora! El chorrear de la fuente de Pontejos es lo que se siente siempre, y alguno que otro coche que pasa por la Puerta del Sol... Son los trasnochadores

que se retiran. Así iba yo en mi *cab* al salir del club de Picadilly... sólo que mi *cab* corría como una exhalación, y estos carruajes andan poco y parece que se deshacen sobre los adoquines. ¡Y cómo se me refrescan las memorias!... Parece que estoy mirando á aquella prójima que se me apareció una noche en Haymarket, al salir de aquel bar... ¡No me ha ocurrido otra!... ¡Y cómo se parecía á esta tonta de Aurora Fenelón! Todo pasó, todo va cayendo atrás y revolviéndose en la estela que deja el barco...»

De repente dió un salto, y levantándose se puso á dar paseos.

«Mañana mismo me voy—dijo;—sí, me voy para siempre. ¡Morirme yo aquí para que me lleven en esos carros tan cursis! No; gracias á Dios que tomo una resolución; y lo que es ésta viene fuertecilla. Me ha entrado de repente y con un empuje... No veo la hora de que amanezca para mandarle á Tom que haga el equipaje. Mañana haré mis compras. No puede uno ir de España sin llevar los regalitos de abanicos y panderetas... ¡Ay, qué feliz me siento con esta idea que me ha dado! ¡Irme!... ¡Si esto debiste resolverlo hace tiempo! ¿Para qué estás aquí, para consumirte más? Vamos, no dirá ella que no la obedezco; sus deseos son órdenes. Me ha dicho: «Amigo mío, vete», y me voy. ¿Me quedará cuando me vaya? ¿Pensará en mí?... Bien podría ser... ¡Si se convenciera de que el amor

que tiene á su marido es como echar rosas á un burro para que se las coma; si se convenciera de esto!... Pero vaya usted á esperar que se convenza. No puede ser. Quiere locamente á ese mico, y se morirá queriéndole. A mí se me figura que le desprecia y le ama: hay estos dualismos en el corazón humano. Pero yo digo: ¿no pasará por su mente alguna vez la idea de quererme á mí? Me contentaría con esto, con que la idea hubiera pasado una vez; vamos, dos veces. Bien puede haber dicho: «¡qué bueno es este Moreno! Si yo fuera su mujer no me daría disgustos, y habríamos tenido un chiquillo, dos ó más». Quién sabe... ¿Habrá dicho esto alguna vez? No sé por qué me figuro que sí lo ha dicho. Qué sé yo... dentro de mí anida este convencimiento como un germen de esperanza, como una semilla que está dentro de la tierra y que no ha brotado, pero que vive... Si me constara que ella se ha dicho esto, yo, al verla tan religiosa, me volvería el hombre más católico del mundo... Por agradarle, ¡cuántas funciones y misas había de costear yo! Y no haría esto con hipocresía, porque amándola vendría la fe, la fe, sí, que se ha ido yo no sé adónde... Creo que ya amanece. No tengo sueño, ni lo tendré más. Mañana me voy, y me iría esta tarde si tuviera tiempo de arreglar el viaje... Y otra cosa. ¿Iré á despedirme de ella? No sé qué determinar. Si la veo no me voy. ¿Pues por qué no? Me

iré. Ella me ha dicho que me vaya, desea que me vaya. De lejos la querré lo mismo que de cerca, y ella me querrá tal vez. Seré para ella como un sueño, y los sueños suelen herir el corazón más que la realidad.»

Volvió á echarse, y se entretuvo contemplando con errante mirada las paredes de la habitación. Había allí un San José, cuadro grande, de familia, que como pintura valía poco, pero Moreno lo tenía en gran estima, porque estuvo muchos años en la alcoba donde él nació. Se asociaba á las impresiones de su niñez aquel santo tan guapote, reclinado sobre nubes, con su vara, su niño, y aquella capa amarilla cuyos pliegues hacían competencia al celaje. Se le refrescó de tal modo al buen caballero en aquel momento la memoria de su padre, que parecía que le estaba viendo y oyéndole el metal de voz. A su madre no la había conocido, porque murió siendo él muy niño. También se acordó de cuando su hermana y él (aquella misma hermana viuda que allí vivía) iban á la casa del abuelito, en la Concepción Jerónima, cogidos de la mano. Y una tarde, al revolver la calle Imperial, se perdieron, es decir, se perdió ella, y él por poco se muere del susto. Pues un día que iba por la Plaza de Provincia, vió el burro de un aguador, suelto: el dueño estaba en la taberna próxima. Entráronle ganas á Manolito de montarse en el pollino, y como lo pensó lo

hizo. Pero el condenado animal, en cuanto sintió el jinete, salió escapado, y aunque el chico hacía esfuerzos por detenerlo, no podía... Total, que llegó hasta la calle de Segovia, muy cerca del puente. Y no fué que el burro se parara, sino que el jinete se cayó, abriéndose la cabeza. Todavía tenía la señal. Por suerte, los hermanos García, boteros, que tenían su taller de corambres debajo del Sacramento, y le vieron caer, le conocían, y recogiénole, le llevaron á casa de su abuelito. ¡La que se armó allí! Acordábase D. Manuel de aquel lance como si hubiera ocurrido el día anterior; veía á su abuelito, D. Antonio Moreno, que todavía usaba chorreras, corbatin de suela y casaca á todas las horas del día. Hasta en el almacén (droguería al por mayor) estaba de frac. Pues luego vino el papá, y estuvo dudando si pegarle ó no... Lo peor de todo fué que al asno no se le vió más el pelo, y la familia tuvo que pagar por él una fuerte indemnización. «Si parece que fué ayer», decía Moreno, tocándose la frente en el sitio donde estaba la cicatriz.

Cuando ya clareaba el día, sintió ruido en la casa; mas al punto comprendió lo que era. «Ya está en pie la *rata eclesiástica*. Ahora se va á oír siete misas lo menos... y á tratar de tú á la Santísima Trinidad. ¡Pobrecilla, qué sacará de esol... Pero en fin, saque ó no saque, es una felicidad ser así...»

IV

Guillermina dió dos golpecitos en la puerta, y abriéndola un poco asomó por ella su cara sonrosada y sus ojos vivos. «Hijo, al ver luz en tu alcoba, dije: ese pobrecillo estará en vela todavía. Veo que acerté. ¿Qué es eso? ¿Has pasado otra mala noche?»

—Ya lo ves. Pasa. No he dormido nada. ¿Y tú?

—¿Yo? del lado que me acuesto, amanezco. No duermo más que cuatro horas; pero van de un tirón. ¿No ves que llevo á casa rendida? Y lo que tengo que cavilar lo cavilo por el día.

—¡Qué felicidad! ¿Te vas ahora á misa?

—Sí, para lo que gustes mandar—replicó la santa, y su semblante recién lavado despedía tanta frescura como regocijo.

—¡Y tan tranquila!... Porque tú estás muy tranquila... con tus misas por la mañana y el resto del día dando cada sablazo que tiembla el misterio. ¿Sabes una cosa? Te tengo envidia... me cambiaría por ti...

—Pues tonto (avanzando hacia él), lo que yo hago es lo fácil, ¿qué más tienes que... hacerlo?

—Siéntate un ratito—dijo Moreno, haciéndolo en el sofá y dando una palmada en el asiento.—Más santidad que en oír siete misas hay en practicar las obras de misericordia, acompa-

ñando á los enfermos y dando un ratito de conversación á quien se ha pasado toda la noche en vela. Dime una cosa: ¿Cómo llevas las obras de tu asilo?

—¿Pues no lo sabes? (sentándose). Bien. Gracias á las almas caritativas, la construcción va echando chispas. Jacinta lo ha tomado con tanto calor, que hoy trabaja más que yo, y maneja el sable con un garbo que me deja tamaña.

—Tienes unas amigas que valen cualquier cosa. Esta noche he pensado en ti y en tus devociones. Te asombrarás si te digo que desde la madrugada se me ha metido aquí un sentimiento desconocido, algo como ganas de hacerme religioso, de pensar en Dios, de dedicarme á obras de piedad...

—¡Manolo!... (poniéndose muy seria). Si empiezas con tus bromitas, me voy.

—No, no es broma—replicó él; y tenía en su cara tal expresión de abatimiento, que la santa se quedó como lela mirándole...

—¿Pero estás de chanza ó...? Manolo ¿en qué piensas?... ¿Qué te pasa?

—Hay horas en la vida que parecen siglos por las mudanzas que traen. Hace un rato, verás, ¡qué cosa tan extraña! Me acordé de un pobre que me pidió limosna esta mañana... Era un infeliz que tiene una pierna deforme y repugnante, llena de úlceras... Me pidió limosna y le

arrojé una moneda de cobre, diciéndole con horror: «Quítese usted de delante de mí, so pille-te.» Pues esta noche he tenido aquí la visita de aquel hombre... Le he visto como te estoy viendo á ti; y primero me inspiraba repugnancia, después compasión, y acabé por decirle: «¿Quieres cambiarte conmigo?» Porque con su pierna podrida, su muleta y su libertad, disfruta él de una tranquilidad que yo no tengo. Su conciencia está como un charco empozado en el cual no cae jamás la piedra más pequeña. ¡Pobre de mí! Cambiaría con él; cambiaría mi riqueza por su mendicidad, mi corazón enfermó por su pierna inerte y mi desasosiego por su paz. ¿Qué crees tú?

—Creo que Dios te toca en el corazón—dijo la dama guiñando los ojos y poniendo sobre la cabeza del triste caballero su mano derecha, en la cual tenía el libro de misa y el rosario.—No tienes tú cara de bromas. Alguna procesión muy grande te anda por dentro. Y si otras veces te da la vena por decirme herejías y hacerme rabiar, no creas que te he tenido por malo. Eres un bendito; y si vivieras siempre con nosotros y no te pasaras la vida entre protestantes y ateos, tú serías otro.

—¿Pero no sabes que me voy mañana?

—¿Te vas? ¿de veras? (con vivo desconsuelo). Mal negocio. Buscando siempre la frialdad; huyendo siempre del calor de la familia.

—No, si aquí es donde no me quieren—manifestó Moreno con aire sombrío.

—¿Que no te queremos? Vaya con lo que sales... Tontín, no digas disparates.

—Mi vida está completamente truncada y rota. No hay manera de soldarla ya... Cree que si me quisieran yo me quedaría aquí; yo sería bueno, y por darte gusto á ti y á tus amigas me haría muy religioso, muy amigo de Dios y de la Virgen; emplearía todo mi dinero en obras de caridad; protegería la devoción...

El asombro de la santa era tan grande, que no lo podía expresar. Abría la boca, maravillada, cual si presenciara un milagro.

—¿Pero de veras que tú...? Mira, hijo: si quieres que yo crea en ese estado de tu espíritu, es preciso que me lo pruebes...

—¿Cómo he de probártelo?

—Vamos á ver—dijo la virgen y fundadora con resolución.—¿Á que no haces una cosa?

—¿Á que sí la hago?

—¿Á que no te vienes conmigo á San Ginés?

—Á que sí.

Levantóse para tirar de la campanilla.

—Necesito verlo para creerlo—dijo Guillermina, echando de sus ojos chispazos de alegría.

—Deja, yo llamaré á Tomás. El pobre chico no se habrá levantado todavía.

—Creo que sí... ¡Tom!...

—Yo te haré el te... Vamos, vete vistiendo.

Aquella salida matinal le agradaba, porque rompía las tediosas rutinas de su existencia.

—Vaya que si voy yo á la iglesia... (disponiéndose con actividad febril). Y oiré todas las misas que quieras, y rezaré contigo... Dime, ¿no va Jacinta á esta hora á San Ginés?

—Hombre, tan temprano no. Un poco más tarde que yo, suele ir Bárbara.

—Pues me alegro de que seamos nosotros los primeros, los más madrugadores, los más impacientes por cumplir y santificarnos... ¡Tom!

El inglés entró, y á poco, cuando ya su amo estaba vestido, le trajo el te. Guillermina, sirviéndole el desayuno, le decía: «Abrígate bien, que las mañanas están frescas. No sea cosa que por empezar tu vida nueva vayas á coger una pulmonía.»

—Mejor... Me he convencido de que vivir es la mayor de las sandeces—le dijo él bajando la escalera.—¿Para qué vive uno? Para padecer. El pobre de la pierna es el que lo pasa regularmente. Porque aquello no duele. Lleva su pierna por delante como si fuera una cosa bonita que el público desea conocer.

—Hay mucha miseria—observó la dama tomando el tema por otro lado,—y los que tenemos que comer nos quejamos de vicio. Mientras más padezcamos aquí, más gozaremos allá.

(El misántropo no dijo nada á esto. Seguía tan pensativo.)

—El mendigo de la pierna se irá al cielo derecho, con su muleta, y muchos de los ricos que andan por ahí en carretela, irán tan muellemente en ella á pasearse por los infiernos. Yo le pido á Dios que me dé la más asquerosa de las enfermedades, y... no me quiere hacer caso; siempre tan sana. Paciencia; Él nos da siempre lo que nos conviene.

Tampoco á esto dijo nada Moreno. Entraron en San Ginés, y Guillermina se fué derecha á la capilla de la Soledad, á punto que empezaba la primera misa. Mientras ésta duró, la ilustre dama, aunque no apartaba su atención del Oficio, pudo advertir que su sobrino estaba tras ella, cumpliendo con todo el ritual como cualquier devoto, arrodillándose y levantándose en las ocasiones convenientes. Pero á la segunda misa observóle distraído é inquieto. Iba de un lado para otro, examinaba los altares y las imágenes como si estuviera en un museo. Esto la disgustó, y tal fué su incomodidad, que no se atrevió á comulgar aquel día, porque no se encontraba con el espíritu absolutamente sereno y limpio. Ya en la cuarta misa, el caballero aquel, no sólo se distraía, sino que perturbaba la devoción de los fieles, pasando delante de los altares donde se decía misa sin hacer la más ligera genuflexión ni reverencia. «Tendré que decirle que se vaya—pensaba la santa.—Esa no es manera de estar en la iglesia.»

Hallábase Moreno contemplando una imagen yacente encerrada en lujosa urna de cristal, cuando sintió á su lado este susurro:

—Bonita efigie, ¿verdad? Es el Cristo que sacamos en la procesión del Santo Entierro.

Volvióse y vió á su lado á Estupiñá, calado hasta las orejas el gorro negro de punto, señalando la imagen con gesto de cicerone.

—La mortaja, de fina holanda, la bordaron las señoras Micaelas, y es regalo de doña Bárbara. Escultura soberbia... y es de movimiento, porque le clavamos en la cruz ó le *descendemos* según conviene.

Y como el caballero no le dijese nada, Placido se alejó rezando entre dientes. Sentóse en un banco, y desde entonces, sin dejar de atender á sus devociones, no le quitaba ojo al señor de Moreno, sin poder explicarse su presencia en la parroquia. «Es lo que me quedaba que ver—decía,—D. Manolo aquí... él, que no tiene religión! Es que gusta de ver las buenas imágenes... Por ahí empecé yo.»

Menudo réspice le echó la fundadora á su sobrino cuando salieron. «Pero, hijo: me has quitado la devoción con tus paseos por la iglesia. Ya decía yo que te habías de cansar.»

—Pues tía, para primer día de curso, no puedes quejarte. Todo es empezar. Ya ves que oí una misita. ¿Qué querías? ¿Que fuera como tú? Te aseguro que me satisfizo el ensayo. Pasé un

rato muy agradable, en un estado de tranquilidad que me ha hecho mucho bien. ¿Te quejas de que me paseaba por la iglesia?... Es que cuando uno va á hacer vida nueva, le gusta enterarse... Quería yo mirar bien las imágenes. Créelo: si siguiera en Madrid, me haría amigo de todas ellas. Me gusta verlas tan hermosas, con sus ropas de lujo y sus miradas fijas en un punto. Parece que están viendo venir algo que no acaba de venir. Las que nos miran parece que nos dicen algo cuando las miramos, y que efectivamente nos han de consolar si les pedimos algo. Comprendo el misticismo; lo veo claro... ¡Ay!, si yo me quedara aquí...

—¿Por qué no te quedas?... ¡Qué tonto!—le dijo la santa con desconsuelo.

—¡Imposible!... Me tengo que marchar... Y allá voy á estar muy triste; como si lo viera...

—Entonces... quédate. ¿Quieres que te dé una ocupación? Buena falta te hace. Te nombro sobrestante de mis obras, administrador de mis colectas y sacristán mayor de mi capilla nueva, cuando esté concluida.

Moreno se echó á reir con gana.

—¡Monaguillo mayor!... Lo aceptaría... Te juro que lo aceptaría... Me estoy volviendo enteramente infantil. ¡Monaguillo en jefe! ¡Y yo encendería las velas, yo quitaría el polvo á las imágenes y las pondría tan guapas, yo charlaría con las beatas!... No lo creerás, pero dentro de mí

está haciendo algo que se compagina muy bien con ese oficio humilde.

—Si eres tú un buenazo. La ociosidad, lo mucho que te has divertido y el *esplín* inglés te ponen así. Y yo te juro que te aburrirás más si no vuelves á Dios tus miradas. Haz lo que yo, Manolo: dale un puntapié al mundo; hazte chiquito para ser grande; bájate para subir. Tú ya no eres pollo; tú no te has de casar ya. Ni te conviene el andar siempre de viaje como una carta con el sobre mal puesto que recorre todas las estafetas del mundo. Mujeres, ¿para qué sirven sino para perdición? Ten un cuarto de hora de arrojo, y ofrécele á Dios lo que te queda de vida. No es esto decir que te metas fraile: hay mil maneras de ganarse la dicha eterna. Oye lo que se me ocurre: ¿Por qué no dedicas tu dinero, tu actividad y todo tu espíritu á una obra grande y santa, no á una obra pasajera, sino á esas que quedan para bien de la humanidad y gloria de Dios? Levanta de nueva planta un buen edificio, un asilo para éste ó el otro fin, por ejemplo, un gran manicomio en que se recoja y cuide á los pobrecitos que han perdido la razón...

—Tú tienes la manía de los edificios, y quieres pegármela á mí...

—Es lo primero que se me ha ocurrido. ¿Te parece mala idea? Un manicomio modelo, como los que habrás visto en el extranjero. Aquí es-

tamos en eso muy atrasados. Harías una inmensa obra de caridad, y Madrid y España te bendecirían.

—¡Un manicomio!—dijo Moreno, sonriendo de un modo que le heló la sangre á su generosa tía.—Sí, no me parece mal. Y lo estrenaríamos tú y yo...

V

Despidióse Guillermina en la puerta de la casa para ir al asilo, y él subió. ¡Cosa más rara! Apenas se cansaba al acometer la escalera. Sentíase muy bien aquella mañana: el espíritu confortado, la palpitación muy adormecida, el apetito despierto. Al entrar en su casa pidió más té, y mientras Tom se lo servía, le dijo en español:

—Mañana nos vamos. Haz el equipaje. Avisarás á Estupiñá... Que me haga el favor de venir, para que me traiga de las tiendas algunas cosillas. No puede uno ir de España á Inglaterra sin llevar á los amigos alguna chuchería que tenga color local.

Luego siguió hablando consigo mismo: «Es un mareo. Si no lleva usted panderetas con figuras de toros, chulos ú otras porquerías así, se lo comen vivo. Veremos si encuentro algunas acuarelas. También necesito mantas, moñas de toros, y trataré de encontrar algún cacharro de

carácter. No hay peor calamidad que ser amigo de coleccionistas.» Estupiñá, que en aquella temporada frecuentaba el trato de Moreno, por haberle éste confiado la administración de su casa de la Cava, se presentó dispuesto á llevarle todo el contenido de las tiendas de Madrid para que escogiese. Panderetas de las más abigarradas, abanicos y algunos cuadritos fueron llegando sucesivamente en todo el transcurso del día, y D. Manuel escogía y pagaba. Aquello le entretuvo agradablemente, y se reía pensando en la felicidad que iba á repartir entre sus amistades londinenses. «Esta suerte de picas con el caballo pisándose las tripas está pintiparada para las de Simpson, que son tan marimachos. Esta pandereta, con la chula tocando la guitarra, para *miss* Newton. Si ella viera los originales, ¡qué desilusión! Esta pareja del andaluz á caballo y la maja en la reja pelando la pava, para la sentimental y romancesca *miséres* Mitchell, que pone los ojos en blanco al hablar de España, el país del amor, del naranjo y de las aventuras increíbles... ¡Ah! Este D. Quijote, reventando á cuchilladas los cueros de vino, para el amigo Davidson, que llama á D. Quijote *don Cuiste*, y se las tira de hispanófilo... Bien, bien. De cacharros estamos tal cual. Estos botijos son horribles. Toda la cerámica moderna española no vale dos cuartos. A ver, Plácido: ¿serías tú capaz de buscarme un vestido de torero completo?... Lo

quiero para un amigo que sueña con ponérselo en un baile de trajes... Estará hecho un mamarracho. Pero á nosotros no nos importa. ¿Podrás buscármelo?»

—Pues ya lo creo—dijo Plácido, para quien no había nunca dificultades tratándose de compras.—¿Usado ó sin usar?

—Hombre, sin usar... En fin, como le encuentres...

Salió Estupiñá como si Mercurio le hubiera prestado sus alados borceguies, y á poco entró el doméstico, á quien su amo tenía también ocupado en la busca de ciertos encargos. Tom se había aficionado mucho á los toros; no perdía corrida, y entre sus amigos contaba á varias eminencias del arte del cuerno. Por esto le dió Moreno el encargo de buscarle alguna moña, de las que guardan los aficionados como venerandas reliquias; y convenía que tuviese manchas de sangre y muchos pisotones, con señales de la trágica brega. Muy desconsolado entró el inglés diciendo que no encontraba moñas, ni aun ofreciendo por ellas un ojo de la cara.

—Mira, chico—le dijo su amo;—no te apures. Puesto que no se encuentran moñas, llevaremos otra cosa. ¿Has visto por ahí, en el Prado y Recoletos, á un tío muy feo que lleva una cesta, y en ella, puestos en cañas, formando como un gran árbol, multitud de molinillos de papel dorado y plateado y de todos colores... ¿sabes?

molinillos que dan vueltas con el viento, y que los niños compren por dos ó tres peniques? Pues tráete una docena; los llevamos y decimos que esas son las moñas que se les ponen á los toros cuando salen á la plaza, brrrr... reventando al mundo entero con aquellos cuernos tan afilados... Y se lo creen... Si conoceré yo á mi gente.

Tom se reía; pero en su interior rechazaba aquella superchería, por dos móviles de conciencia: el móvil de la rectitud inglesa y el de la formalidad de aficionado á toros. Con el fraude propuesto por su amo se cometían dos graves faltas: engañar á una nación y ultrajar el respetable arte de la Tauromaquia, el verdadero *sport* trágico. No sé qué se decidió de esto. En tanto Rossini llenaba la casa de abanicos y panderetas, y Moreno escogía y pagaba, entreteniéndose luego en envolverlos en papeles y en ponerles rótulos con el nombre del destinatario.

Había resuelto hacer muy pocas visitas de despedida, pretextando el mal estado de su salud. Después de almorzar bajó al escritorio, y se ocupó en liquidar y poner en claro su cuenta personal. No intervenía en ningún negocio, y el trabajo de banca, que en otro tiempo le había gustado tanto, aburriale ya. Pero aquel día pareció que se le despertaban las aficiones, porque habló largamente de negocios con Ruiz Ochoa, recomendándole no dejase de interesarse en alguna subasta de pastas de oro para el Ban-

co. «Me parece que este año he de comprar algún oro... Bien podéis andar aquí con mucho pulso en eso de acuñar tanta plata, porque este metal va para abajo y ha de ir mucho más. Al precio que tienen aquí las libras, vale más expedir oro, y por mi parte me he de llevar todo el que pueda.» En esto entró Ramón Villuendas, preguntando á cómo tomaban las libras, y la conversación vino á recaer sobre el mismo tema. Él estaba mandando oro y más oro...

—Este pico dádselo á Guillermina—dijo Moreno al ver en la cuenta de alquileres de sus casas un sobrante con que no contaba.

Entraron otras personas y se habló de muy diferentes cosas. Mientras duró aquella conversación, pensaba Moreno si iría ó no á despedirse de los de Santa Cruz. Si no iba se ofendería quizás su padrino, y yendo podían sobrevenirle contrariedades mayores, incluso la de arrepentirse del viaje y aplazarlo... No había más remedio que ir. ¿Pero á qué hora? ¿A la de comer? Titubeaba, y de vuelta á su casa, estuvo discutiendo un largo rato sobre aquel problema de la hora. «Adoptado un partido—se dijo,—lo mejor será que no la vea más en carne y hueso, porque lo que es en idea, viéndola estoy á todas horas. ¡Qué chiquillo me he vuelto!... En fin, tengo tiempo de pensarlo de aquí á mañana, porque lo que es hoy, no iré.»

A eso de las cinco fué el misántropo á una tienda de la Plaza Mayor á ver las mantas granadinas con que quería obsequiar á sus amigos ingleses. Allí estuvo un cuarto de hora, y el tendero le propuso mandarle con Plácido lo mejor que tenía para que escogiese. Ya era casi de noche, y valía más que el señor examinase de día el género. Así se convino, y volvióse á su casa. Al entrar en el portal sintió un golpecito en el hombro. Era Jacinta que le pegaba un paraguazo. Quedóse el buen señor como si le hubieran dado un tiro. Quiso hablar y no pudo. Jacinta le cogió del brazo, y rebasados los primeros escalones, empezó el diálogo.

—¿Conque al fin se va usted?

—Al fin me arranco. Ya era tiempo...

—Pero qué, ¿se cansa usted mucho hoy?... Pues vamos despacio, más despacio si usted quiere... ¡Ah!, ya me ha contado Guillermina que hoy estuvo usted muy santito... Así me gusta á mí la gente.

—¿Por qué no fué usted á verme?... ¡Estaba yo más salado!...

—Si no lo sabía. ¿Vuelve usted mañana?

—¿De veras que va usted á ir á verme?... ¡Cómo se reirá de mí!

—¡Reirme! ¡Qué cosas se le ocurren! Iré á tomar ejemplo.

—¿A que no va?

—¿A que sí?

—Pues allí me tendrá, haciéndole la competencia á Estupiñá... Verá usted, verá usted... cada día más.

—¡Cada día! ¿Pero no se va usted mañana?

—Es verdad, no me acordaba... Bueno, pues no me iré.

—Eso no; le conviene á usted marcharse, y allí seguirá haciendo su noviciado.

—Allá no vale.

—¿Cómo que no vale?

—Porque allá me cogen por su cuenta unas amigas protestantes que tengo, y que quiera que no, me hacen renegar... Usted tendrá la culpa; sobre su conciencia va. ¿Conque me quedo ó me voy?

—Pues con esa responsabilidad tan grande no me atrevo á aconsejarle. Haga usted lo que le parezca mejor... Vaya, por fin llegamos. ¿Se ha cansado usted mucho?

—Un poquitito... pero con usted siempre contento. ¿Quiere usted volver á bajar?

—¿Otra vez?

—Sí, para volver á subir... Como si quisiera usted ir al cuarto pisó.

—No me lo perdonaría si usted me acompañaba fatigándose tanto.

Entraron, y Jacinta se metió en el cuarto de la santa. Moreno fuese al suyo y se dejó caer en el sofá, echándose el sombrero para atrás. Pensaba descansar un ratito y pasar luego á la ha-

bitación de Guillermina. «No, no paso; no quiero verla más. ¿Para qué atormentarme? Se acabó. Pongámosle encima una losa.» Al poco rato, sintiendo que Jacinta salía, acercóse á la puerta con ánimo de verla. Pero no pudo ver nada. Como aún no habían encendido la luz del recibimiento, sólo columbró un bulto, una sombra, y pudo oír dos ó tres palabras que se dijeron al despedirse Jacinta y la *rata eclesiástica*. Esta fué entonces al cuarto de su sobrino, y hallóle dando vueltas en él. «¿Qué tal te encuentras, catecúmeno?», le dijo con mucho cariño.

—Regular; casi bien... Espero dormir esta noche.

—Recógete temprano.

—Eso pienso hacer... y mañana... Oye una cosa: ¿no te ha dicho Jacinta que mañana pienso volver á San Ginés?

—No; no me lo ha dicho.

—¿No te ha dicho que ella iría á verme tan devoto?

—No... no hemos hablado una palabra de ti.

—¿Ni dijo que había subido conmigo y que?...

—No... nada.

Moreno sintió que la horrible pulsación de su pecho era anegada por una onda glacial. En aquel punto tuvo que sentarse, porque le flaqueaban las piernas y se le desvanecía la cabeza.

—Pues si quieres volver mañana, yo vendré á llamarte. Se entiende, si pasas buena noche.

—Iremos á pasar un rato—dijo Moreno de una manera lúgubre,—y á echarle á mi desesperación una hora de esparcimiento, como se le echa carne á una fiera para que no muerda.

—Si tú le pidieras al Señor... pero bien pedido... que te curara esos *esplines*, te los curaría... Pídeselo, hijo; ¡si sabré yo lo que me digo!

—¿Qué has de saber tú?... ¿Qué has de saber lo que hay del lado allá de la puerta negra?

—¿Ahora sales con eso?... Tú podrás haber perdido parte de la fe; pero toda no se pierde nunca. Esas cosas se dicen sin creer en ellas, por fatuidad. Con todas tus bromas, si te rascan, aparece el creyente...

—No, tonta; yo no creo en nada, en nada, en nada—le dijo Moreno con énfasis, complaciéndose en mortificarla.

—Todo sea por Dios... Entonces, ¿para qué vienes conmigo á la iglesia?

—Toma, por distraerme un rato, por verte á ti, por ver á Estupiñá, figuras raras de la humanidad, excentricidades, tipos, como todo esto que yo llevo á Londres para los aficionados á lo característico y al color local.

Guillermína daba suspiros. No quería incomodarse.

—Para rarezas tú...—dijo al fin echándose á reír.—Á ti sí que te debían enseñar por las fe-

rias... *á dos reales, un real los niños y soldados.* Cree que ganaba dinero el que te expusiera.

—Con un cartelón que dijese: «se enseña aquí el hombre más desgraciado del mundo».

—Por su culpa, por su culpa; hay que añadir eso. Ser desgraciado y no volver los ojos á Dios, es lo último que me quedaba que ver. Eso es, bruto, encenágate más; hazte más materialista y más gozón, á ver si te sale la felicidad... Eres un soberbio, un tonto... Mira, sobrino, me voy, porque si no me voy, te pego con tu propio bastón.

Y él estaba tan abstraído que ni siquiera la sintió salir.

VI

Comió con regular apetito en compañía de su hermana y de Guillermina. Cuando concluyeron dijo á ésta que había dado orden en el escritorio de que le entregaran el sobrante de su cuenta personal; con cuya noticia se puso la fundadora como unas castañuelas, y no pudiendo contener su alegría, se fué derecha á él, y le dijo: «¡Cuánto tengo que agradecer á mi querido ateo de mi alma! Sigue, sigue dándome esas pruebas de tu ateísmo, y los pobres te bendecirán... ¿Ateo tú? ¡Ni aunque me lo jures lo he de creer!» Moreno se sonreía tristemente. Tal

entusiasmo le entró á la santa, que le dió un beso... «Toma, perdido, masón, luterano y anabaptista; ahí tienes el pago de tu limosna.»

Sentíase él tan propenso á la emoción, que cuando los labios de la santa tocaron su frente le entró una leve congoja, y á punto estuvo de darlo á conocer. Estrechó suavemente á la santa contra su pecho, diciéndole: «Es que lo uno no quita lo otro; y aunque yo sea incrédulo, quiero tener contenta á mi *rata eclesiástica*, por lo que pudiera tronar. Supongamos que hay lo que yo creo que no hay... podría ser... Entonces mi querida *rata* se pondría á roer en un rincón del cielo para hacer un agujerito, por el cual me colaría yo...»

—Y nos colaríamos todos—indicó la hermana de Moreno, gozosa, pues le hacían mucha gracia aquellas bromas.

—¡Vaya si le haré el agujerito!—dijo Guillermina.—Roe que te roe me estaré yo un rato de eternidad, y si Dios me descubre y me echa una peluca, le diré: «Señor, es para que entre mi sobrino, que era muy ateo... de jarabe de pico, se entiende, y me daba para los pobres.» El Señor se quedará pensando un rato, y dirá: «Vaya, pues que entre sin decir nada á nadie.»

A las diez estaba el misántropo en su habitación, disponiéndose para acostarse. «¿Se te ofrece algo?», le dijo su hermana.

—No. Trataré de dormir... Mañana á estas

horas estaré oyendo cantar el *botijo e leche*. ¡Qué aburrimiento!

—Pero hombre, ¿qué más te da? Con no comprárselo si no te gusta... Si esa pobre gente vive de eso, déjales vivir.

—No, si yo no me opongo á que vivan todo lo que quieran—replicó Moreno con energía.—Lo que no quita que me cargue mucho, pero mucho, oír el tal pregón...

—Vaya por Dios... Otras cosas hay peores y se llevan con paciencia.

Después llegó Tom, y la hermana de Moreno se retiró, á punto que entraba Guillermina con la misma cantinela: «¿Quieres algo?... Á ver si te duermes, que no es mal ajetreo el que vas á llevar mañana. Mira: de París telegrafías, para que sepamos si vas bien...»

Daba algunos pasos hacia fuera y volvía: «Lo que es mañana no te llamo. Necesitas descanso. Tiempo tienes, hijo; tiempo tienes de darte golpes de pecho. Lo primero es la salud.»

—Esta noche sí que voy á dormir bien—anunció D. Manuel, con esa esperanza de enfermo que es gozo empapado en melancolía.—No tengo sueño aún; pero siento dentro de mí un cierto presagio de que voy á dormir.

—Y yo voy á rezar porque descanses. Verás, verás tú. Mientras estés allá, rezaré tanto por ti, que te has de curar, sin saber de dónde te viene el remedio. Lo que menos pensarás tú, tontin,

es que la *rata eclesiástica* te ha tomado por su cuenta y te está salvando sin que lo adviertas. Y cuando te sientas con alguna novedad en tu alma, y te encuentres de la noche á la mañana con todas esas máculas ateas bien curadas, dirás «¡milagro, milagro!»; y no hay tal milagro, sino que tienes el padre alcalde, como se suele decir. En fin, no te quiero marear, que es tarde... Acuéstate prontito, y duérmete de un tirón siete horas.

Le dió varios palmetazos en los hombros, y él la vió salir con desconsuelo. Habría deseado que le acompañase algún tiempo más, pues sus palabras le producían mucho bien.

—Oye una cosa... Si quieres llamarme temprano, hazlo... Yo te prometo que mañana estaré más formal que hoy.

—Si estás despierto, entraré. Si no, no—dijo Guillermina volviendo.—Más te conviene dormir que rezar. ¿Necesitas algo? ¿Quieres agua con azúcar?

—Ya está aquí. Retírate, que tú también has de dormir. Pobrecilla, no sé cómo resistes... ¡Vaya un trabajo que te tomas!...

Iba á decir «¿y todo para qué?», pero se contuvo. Nunca le había sido tan grata la persona de su tia como aquella noche, y se sintió atraído hacia ella por fuerza irresistible. Por fin se fué la santa, y á poco Moreno ordenó á su criado que se retirara. «Me acostaré dentro de un

ratito—dijo el caballero;—pues aunque creo que he de dormir, todavía no tengo ni pizca de sueño. Me sentaré aquí y revisaré la lista de regalos, á ver si se me queda alguno... ¡Ah!, conviene no olvidar las mantas. La hermana de Morris se enfadará si no le llevo algo de mucho carácter...» La idea de las mantas llevó á su mente, por encadenamiento, el recuerdo de algo que había visto aquella tarde. Al ir á la tienda de la Plaza Mayor en busca de aquel original artículo, tropezó con una ciega que pedía limosna. Era una muchacha, acompañada por un viejo guitarrista, y cantaba jotas con tal gracia y maestría, que Moreno no pudo menos de detenerse un rato ante ella. Era horriblemente fea, andrajosa, fétida, y al cantar parecía que se le salían del casco los ojos cuajados y reventones, como los de un pez muerto. Tenía la cara llena de cicatrices de viruelas. Sólo dos cosas bonitas había en ella: los dientes, que eran blanquísimos, y la voz pujante, argentina, con vibraciones de sentimiento y un dejo triste que llenaba el alma de punzadora nostalgia. «Esto sí que tiene carácter», pensaba Moreno oyéndola; y durante un rato tuvieronle encantado las cadencias graciosas, aquel amoroso gorjeo que no saben imitar las celebridades del teatro. La letra era tan poética como la música.

Moreno había echado mano al bolsillo para sacar una peseta. Pero le pareció mucho, y sacó

dos peniques (digo, dos piezas del perro), y se fué.

Pues aquella noche se le representaron tan al vivo la muchacha ciega, su fealdad y su canto bonito, que creía estarla viendo y oyendo. La popular música revivió en su cerebro de tal modo, que la ilusión mejoraba la realidad. Y la jota esparcía por todo su ser tristeza infinita, pero que al propio tiempo era tristeza consoladora, bálsamo que se extendía suavemente untado por una mano celestial. «Debí darle la peseta» pensó, y esta idea le produjo un remordimiento indecible. Era tan grande su susceptibilidad nerviosa, que todas las impresiones que recibía eran intensísimas; y el gusto ó pena que de ellas emanaban, le revolvían lo más hondo de sus entrañas. Sintió como deseos de llorar... Aquella música vibraba en su alma, como si ésta se compusiera totalmente de cuerdas armoniosas. Después alzó la cabeza, y se dijo: «¿Pero estoy dormido ó despierto? De veras que debí darle la peseta... ¡Pobrecilla! Si mañana tuviera tiempo, la buscaría para dársela.»

El reloj de la Puerta del Sol dió la hora. Después Moreno advirtió el profundísimo silencio que le envolvía, y la idea de la soledad sucedió en su mente á las impresiones musicales. Figurábase que no existía nadie á su lado, que la casa estaba desierta, el barrio desierto, Madrid desierto. Miró un rato la luz, y bebiéndola con los

ojos, otras ideas le asaltaron. Eran las ideas principales, como si dijéramos las ideas inquilinas, palomas que regresaban al palomar después de pasearse un poco por los aires. «Ella se lo pierde...—se dijo con cierta convicción enfática.—Y en el desdén se lleva la penitencia, porque no tendrá nunca el consuelo que desea... Yo me consolaré con mi soledad, que es el mejor de los amigos. ¿Y quién me asegura que el año que viene, cuando vuelva, no la encontraré en otra disposición? Vamos á ver... ¿por qué no había de ser así? Se habrá convencido de que amar á un marido como el que tiene es contrario á la naturaleza; y su Dios, aquel buen Señor que está acostado en la urna de cristal, con su sábana de Holanda finísima, aquel mismo Dios, amigo de Estupiñá, le ha de aconsejar que me quiera. ¡Oh!, sí; el año que viene vuelvo... En Abril ya estoy andando para acá. Ya verá mi tía si me hago yo místico, y tan místico, que dejaré tamañitos á los de aquí... ¡Oh!... mi niña adorada bien vale una misa. Y entonces gastaré un millón, dos millones, seis millones, en construir un asilo benéfico. ¿Para qué dijo Guillermina? ¡Ah!, para locos; sí, es lo que hace más falta... y me llamarán la *Providencia de los desgraciados*, y pasmaré al mundo con mi devoción... Tendremos uno, dos, muchos hijos, y seré el más feliz de los hombres... Le compraré al Cristo aquel tan lleno de cardenales una urna de plata... y...»

Se levantó, y después de dar dos ó tres paseos volvió á sentarse junto á la mesa donde estaba la luz, porque había sentido una opresión molestísima. Las pulsaciones, que un instante cesaron, volvieron con fuerza abrumadora, acompañadas de un sentimiento de plenitud torácica. «¡Qué mal estoy ahora!... Pero esto pasará, y me dormiré. Esta noche voy á dormir muy bien... Ya va pasando la opresión. Pues sí, en Abril vuelvo, y para entonces tengo la seguridad de que...»

Tuvo que ponerse rígido, porque desde el centro del cuerpo le subía por el pecho un bulto inmenso, una ola, algo que le cortaba la respiración. Alargó el brazo como quien acompaña del gesto un vocablo; pero el vocablo, expresión de angustia tal vez ó demanda de socorro, no pudo salir de sus labios. La onda crecía; la sintió pasar por la garganta y subir, subir siempre. Dejó de ver la luz. Puso ambas manos sobre el borde de la mesa, é inclinando la cabeza apoyó la frente en ellas, exhalando un sordo gemido. Dejóse estar así, inmóvil, mudo. Y en aquella actitud de recogimiento y tristeza, expiró aquel infeliz hombre.

La vida cesó en él á consecuencia del estallido y desbordamiento vascular, produciéndole conmoción instantánea, tan pronto iniciada como extinguida. Se desprendió de la humanidad; cayó del gran árbol la hoja completamen-

te seca, sólo sostenida por fibra imperceptible. El árbol no sintió nada en sus inmensas ramas. Por aquí y por allí caían en el mismo instante hojas y más hojas inútiles; pero la mañana próxima había de alumbrar innumerables pimpollos, frescos y nuevos.

Ya de día, Guillermina se acercó á la puerta y aplicó su oído. No sentía ningún rumor. No había luz. «Duerme como un bendito... Buen disparate haría si le despertara.» Y se alejó de puntillas.

III

Disolución.

I

A mediados de Noviembre, Fortunata estaba algo desmejorada. Observándola, Ballester se decía: «¡Cuando digo yo que me debía querer á mí en vez de consumir su vida por ese botarate! ¡Qué mujeres éstas! Son como los burros, que cuando se empeñan en andar por el borde del precipicio, primero los matan á palos que tomar otro camino.»

Desde la rebotica, donde estaba trabajando, la vió pasar por la calle. «Allá va la nave... Siempre tan puntual á la citita. Doña Lupe furiosa, el pobre Rubin ido, y esta paloma volando al tejado del vecino. ¡Qué lejos está ella de que le he descubierto el escondrijo! Trabajo me costó; pero me salió con la mía. Y no es que me proponga delatarla... cosa impropia de un caballero como yo. Hágole para mi gobierno. Yo soy así; me gusta seguir los pasos de la persona que me interesa... De seguro que al volver del tortoleo entra por aquí... ¡Ah!, qué memoria la tuya, Segismundo; ya no te acordabas de que

para hoy le prometiste tener hechas las píldoras de *hatchisschina*, que le quieren dar al pobre Maxi, á ver si le levantan y aclaran un poco aquellos espíritus tan entenebrecidos. Vamos á ello, y que la alegría más expansiva y la más placentera ilusión de vida (*sacando de un armario el frasco del extracto indiano*) iluminen el cacumen de mi infeliz amigo á la acción de este precioso excitante.»

Dos ó tres horas después de esto Fortunata entraba en la botica. El farmacéutico observó pintada en su semblante la consternación. Sin duda tenía una pena grande, grande, horrible, de esas que no pueden expresarse sino con la imagen retórica de una espada traspasando el pecho. «Amigamía—le dijo Ballester,—no tema usted que la mortifique con consuelos vulgares. Usted padece hoy, y no es cosa de poco más ó menos, sino alguna tribulación muy gorda lo que usted tiene dentro. No, no me lo niegue. Su cara de usted es para mí un libro, el más hermoso de los libros. Leo en él todo lo que á usted le pasa. No valen evasivas. Ni pretendo que me confie sus penitas, hasta que no se convenza de que el médico llamado á curárselas soy yo.»

—Vaya, Ballester—dijo Fortunata con malísimo humor.—No estoy ahora para bromas.

—Lo creo... Tiene usted el corazón como si se lo estuvieran apretando con una sogá...

—¡Ay!, sí... sí—exclamó con arranque la joven, á quien faltaba poco para echarse á llorar.

—Y usted ha llorado, porque los ojos también lo están diciendo.

—Sí, sí... Pero déjese de tonterías y no se meta en lo que no le importa. Está usted hoy muy agudo.

—*Siempre lo fue Don García.* Para otras personas tendrá usted secretos; para mí no. Sé de dónde viene usted. Sé la calle, número de la casa y piso... Y si me apura, sé lo que ha ocurrido. Desazón; que si tú, que si yo; que no me quieres, que sí, que tira, que afloja, que vira, que vuelta; que me engañas, que no, que tú más, y hemos concluido, y adiós, y allá va la lagrimita.

La señora de Rubín dejó caer su cabeza sobre el pecho, dando un chapuzón en el lago negro de su tristeza. Ballester la miraba sin osar decirle nada, respetando aquel dolor, que por lo muy verdadero no podía disimularse. Por fin, Fortunata, como quien vuelve en sí, se levantó de la silla, y le dijo:

—Esas píldoras, ¿las ha hecho usted?

—Aquí están (entregándole la cajita). Y á propósito, á usted no le vendrá mal tomarse una.

—¿Yo?... Lo mío no va con píldoras... Quéde-se usted con Dios; me voy á mi casa.

—Consolarse—le dijo Segismundo en la puerta.—La vida es así; hoy una pena, mañana una

alegría. Hay que tener calma, y tomar las cosas como vienen, y no ligar todo nuestro ser á una sola persona. Cuando una vela se acaba, debe encenderse otra... Conque tengamos valor, y aprendamos á despreciar... Quien no sabe despreciar, no es digno de los goces del amor... Y por último, simpática amiga mía, ya sabe que estoy á sus órdenes, que tiene en mí el más rendido de los servidores para cuanto se le ocurra, amigo diligente, reservadísimo, buena persona... Abur.

Subió la joven á su casa. Doña Lupe no estaba, porque en aquellos días iba infaliblemente á las subastas del Monte de Piedad. Maximilia no permanecía largas horas en su despacho ó en la alcoba, sin salir ni siquiera á los pasillos, sumergido en una meditación que más bien parecía somnolencia, por lo común echado en el sofá, la vista fija en un punto del techo, al modo de penitente visionario. No molestaba á nadie; no se resistía á tomar el alimento ni las medicinas, sometiéndose silenciosamente á cuanto se le mandaba, como si lo dominante en aquella fase del proceso encefálico fuera la anulación de la voluntad, el no ser nada para llegar á serlo todo. Considerándose sola en la casa, Fortunata anduvo de una parte á otra, buscando una ocupación que la distrajera y consolara. Imposible. Mientras más trabajaba, con más energía y claridad repetía su mente lo que le había pasa-

do aquella mañana. «Yo me voy á volver loca —se dijo poniéndose á mojar la ropa.— Más loca estoy que el pobre Maxi, y esto me acabará de rematar.»

Sin que se interrumpiera la acción mecánica, el espíritu de la pobre mujer reproducía fielmente la escena aquella, con las palabras, los gestos y las inflexiones más insignificantes del diálogo. En medio de la reproducción iban colocándose, como anotaciones puestas al acaso, los comentarios que se le ocurrían. El trabajo de su cerebro era una calenturienta y dolorosa mezcla de las funciones del juicio y de la memoria, revolviéndose con desorden y alumbrándose unas á otras con aquella claridad de relámpago que á cada instante despedían.

«Tontería grande fué decírselo... Él está hace tiempo muy frío, y como con ganas de romper. ¡Cansado otra vez, cansado; y allá por Junio, sí, bien me acuerdo de que era en Junio, porque estaban poniendo los palos para el toldo de la procesión del Corpus, me dijo que nunca más me dejaría, que se avergonzaba de haberme abandonado dos veces, y qué sé yo cuántas mentiras más!... Lo que hace ahora es buscar un pretexto para llamarse andana... ¡Cristo! ¡qué cara me puso cuando le dije aquello...! «No seas bobito, ni fies tanto en la virtud de tu mujer. ¡Pues qué te crees? ¿Que no es ella como las demás? Para que lo sepas: tu mujer te ha falta-

do con aquel señor de Moreno, que se murió de repente una noche. La suerte tuya fué que dió el estallido; y es que los corazones revientan de la fuerza del querer... Créete, como Dios es mi padre, que la *mona del Cielo* le quería también, y tenían sus citas... no sé dónde... pero las tenían. Tan listo como eres, y á ti también te la dan...» ¡Bendito Dios, qué cara me puso! ¡Ah!, el amor propio y la soberbia le salían á borbotones por la boca...»

Después sentía claramente en su oído la vibración de aquella réplica que le había hecho estremecer, que aún la abrumaba, porque las palabras se repetían sin cesar como la pieza de una caja de música, cuyo cilindro, sonada la última nota, da la primera. «¿Pero qué te has figurado, que mi mujer es como tú? ¿De dónde has sacado esa historia infame? ¿Quién te ha metido en la cabeza esas ideas? Mi mujer es sagrada. Mi mujer no tiene mancilla. Yo no la merezco á ella, y por lo mismo la respeto y la admiro más. Mi mujer, entiéndelo bien, está muy por encima de todas las calumnias. Tengo en ella una fe absoluta, ciega, y ni la más ligera duda puede molestarme. Es tan buena, que sobre serme fiel, tiene la costumbre de entregarme todos sus pensamientos para que yo los examine. ¡Ojalá pudiera yo entregarle los míos! Y ahora, cuando tú me traes esos absurdos cuentos, me veo tan por bajo de ella, que no puede ser más.

Tú misma me estás castigando con eso de decirme que mi mujer es como tú, ó que en algo puede parecerse á ti. Me castigas porque me demuestras la diferencia; te comparo con ella, y si pierdes en la comparación, échate á ti la culpa... Para concluir, si vuelves á pronunciar delante de mí una palabra sola referente á mi mujer, cojo mi sombrero... y no vuelves á verme más en todos los días de tu vida.»

Comentario: «¡Y yo que me había hecho la ilusión de que no era honrada, para salir ahora con que no tengo más remedio que confesar que lo es! ¿Habrás visto visiones Aurora? Lo aseguro de un modo, que no sé... Puede que se equivoque... Puede que el caballero ese estuviera prendado de ella; eso no quiere decir que ella pescase, ni mucho menos...»

Otra vez sentía retumbar en su oído las tremendas palabras de *aquel*: «Si vuelves á pronunciar delante de mí, *etc...*» Y el comentario parecía producirse en el cerebro paralelamente á la repetición de la filípica: «¡Ah!, tuno, no hablabas antes de ese modo. En Junio, sí, bien me acuerdo, todo era *te quiero y te adoro*, y bastante que nos reíamos de la *mona del Cielo*, aunque siempre la teníamos por virtuosa. ¿Que es sagrada, dices?... ¿Entonces, para qué la engañas? ¡Sagrada! Ahora sales con eso. *Cojo mi sombrero y no me vuelves á ver...* Eso es que tú lo quieres hace tiempo. Estás buscando un motivo, y te

agarras á lo que dije. *Te comparo con ella, y si pierdes en la comparación, échate a ti misma la culpa.* Eso es decirme que soy un trasto, que yo no puedo ser honrada aunque quiera... ¡Cómo me requemaba oyendo esto y cómo me requemo ahora mismo! Se me aprieta la garganta, y los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Decirme á mí esto, á mí, que me estoy condenando por él!... Pero, Señor, ¡qué culpa tendré yo de que esa niña bonita sea ángel! Hasta la virtud sirve para darme á mí en la cabeza. ¡Ingrato!»

Reproducción de algo que ella le había contestado: «Mira, no lo tomes tan á pechos. Podrá ser mentira. ¿Yo qué sé? No creerás que lo he inventado yo. Para que veas que no me gustan farsas contigo, eso que te incomoda tanto es cosa de Aurora...»

Y él: «Como yo la coja, le arranco la lengua. Es una vibora esa mujer, una envidiosa, una intrigante. Andate con cuidado con ella.»

Comentario: «De veras que estuve muy imprudente. No se debe hablar mal de nadie sin tener seguridad de lo que se dice. Desde aquel momento no me volvió á mirar como me mira siempre. Le chafé su amor propio. Es como cuando se sienta una, sin pensarlo, sobre un sombrero de copa, que no hay manera, por más que se le planche después, de volverlo á poner como estaba. Esta sí que no me la perdona. Perdona él todo; pero que le toquen á su sober-

bia no lo perdona. «¿Estás enfadado?»—«¡Si te parece que no debo estarlo!...»—«Hazte el cargo de que no he dicho nada.»—«No puedo; me has ofendido; te has rebajado á mis ojos. Como tú no tienes sentido moral, no comprendes esto. No calculas el valor que se quitan á si mismas las personas cuando hablan más de la cuenta.»—«No me digas esas cosas.»—«Se me salen de la boca. Desde que calumniaste á mi pobre mujer, la veneración y el cariño que le tengo se aumentan, y veo otra cosa: veo lo miserable que soy al lado suyo; tú eres el espejo en que miro mi conciencia, y te aseguro que me veo horrible.»

Comentario: «Cuando toma este tonito, le pegaría... Eso es decirme que soy una indecente. Y siempre que saca esas *tiologías*, es porque me quiere dejar. Yo no puedo vivir así, Dios mío; esto es peor que la muerte.»

Reproducción: «¿Te vas ya?»—«¿Te parece que es temprano todavía?»—«¿Vienes el lunes?»—«No puedo asegurártelo.»—«Ya empiezas con tus mañas.»—«Tú sí que te pones pesada.»—«No quiero disputar. Dime lo que quieras.»—«Si rompemos, no me echas á mí la culpa, porque eres tú quien la tiene.»—«¿Yo?»—«Sí, tú, por salir con alguna patochada ordinaria.»—«Bueno; lo que quieras... Tú siempre has de tener razón... Adiós.»—«Hasta la vista.»

Y al cabo de un rato su mente saltó de im-

provisio con una idea nueva, expresada en medio de los ahogos de la desesperación, como un rayo que atraviesa las nubes y momentáneamente las horada, las ilumina con sus refulgentes dobleces. «¿Pero qué demonios es esto de la virtud, que por más vueltas que le doy no puedo hacerme con ella y meterla en mí?»

Entonces advirtió que no habia mojado la ropa. Su tarea estaba por empezar, y los rollos de camisas, chambras y demás prendas continuaban delante de ella muertos de risa, lo mismo que el barreño de agua. Papitos, que entró en el comedor con los cuchillos ya limpios, fué el choque que la hizo salir de su abstracción.

II

El día de San Eugenio propuso doña Casta ir de merienda al Pardo; pero las de Rubín no querían ni oír hablar de nada que á diversión se pareciese. Bueno tenían ellas el espíritu para meriendas. Fueron *las Samaniegas* con *doña Desdémona*, Quevedo y otros amigos. Por la noche, doña Casta se empeñaba en que todas habían de comer bellota de la provisión que trajo. Estaban de tertulia en casa de Rubín. Sólo faltaba Aurora, á quien Fortunata esperaba con ansia, y siempre que sentía pasos en la escalera, iba á la puerta para abrirle antes de que llamase. Por

fin llegó la viuda de Fenelón, fatigadísima. Los encargos en aquel mes eran considerables; las bodas aristocráticas menudeaban, y la pobre Aurora no podía desenvolverse. Como que por cumplir y hacer las entregas á tiempo se había traído alguna labor para trabajar en su casa. Velaría hasta las doce ó la una. Brindóse la de Rubin á ayudarla, y con la venia de las dos señoras mayores, se fueron á la casa próxima. Fortunata deseaba estar sola con su amiga para hablar largo y tendido sobre diferentes cosas.

Encendieron luz en el gabinete, y sobre una gran mesa que allí había, por el estilo de las mesas de los sastres, Aurora, sacando sus avíos, se puso á cortar y á preparar. Fortunata la ayudaba á desenvolver los patrones y á hilvanarlos sobre la tela. A cada momento se arrancaba Aurora del pecho una aguja enhebrada, ó se la clavaba en él, pues el pecho era su acerico, y allí tenía también una batería de alfileres. Extendiendo sus miradas sobre los patrones, con atención de artista; cogiendo, ora la aguja, ora las tijeras; ya inclinada sobre la mesa, ya derecha y mirando desde lejos el efecto del corte; moviendo la cabeza para obtener la oblicuidad de la mirada en ciertas ocasiones, empezó á charlar, arrojando las palabras como un sobrante de la potencia espiritual que aplicaba á su obra mecánica.

—Hoy ha sido el funeral. ¡Cosa estupenda,

según me ha dicho Candelaria! El catafalco llegaba hasta el techo, y la orquesta era magnífica; muchas luces... Ahí tienes para qué les sirve el dinero á esos *celibatarios* egoistas. Estaban las de Santa Cruz y Ruiz Ochoa, *las Trujillas*, y qué sé yo quién más... Como no nos vemos desde hace muchos días, no te he podido contar la impresión que recibí aquella mañana. Verás: pasaba yo á eso de las ocho y media por la plaza de Pontejos para ir á mi obrador, cuando vi que del portal salía despavorido el criado inglés... Según después supe, iba en busca de mi primo Moreno Rubio, que vive en la calle de Bordadores. Yo dije: «¿qué pasará?», y Samaniego salió de la tienda preguntando: «¿qué hay?»—«¿Cómo que qué hay?» El inglés entonces, con un terror que no puedo pintarte, nos dijo: «Señor muerto; señor como muerto.» Corrió allá Pepe, y yo detrás. En el portal había un corrillo de gente; unos salían, otros entraban, y todos se lamentaban del suceso. Subí con Pepe... la puerta estaba abierta. Los gritos de Patrocinio Moreno se oían desde la escalera. ¡Ay, qué paso, hija! Yo tenía un miedo que no te puedo ponderar. Acerqueme poco á poco á la habitación. Allí estaba la santa, todavía con el manto puesto y el libro de misa en la mano... Parecía una imagen. Y Moreno... no me quiero acordar; sentado en una silla junto á la mesa... Dicen que le encontraron con la cabeza apoya-

da en las manos, seco, rígido y sin sangre. No puedo pintarte el horror que me causó lo que vi. Le habían incorporado en el asiento. Toda la pechera de la camisa estaba manchada de sangre, la barba llena de cuajarones... los ojos abiertos. (Aquí suspendió Aurora su trabajo, poniendo todo su espíritu en lo que relataba)... No quise entrar. De la puerta me volví, y no sé cómo llegué al taller, porque me iba cayendo por el camino; tal impresión me hizo. Hay que reconocer que ese hombre tenía que concluir de mala manera; pero eso no quita que una le tenga lástima. (Volvió á poner toda la atención en su trabajo.) Estuve muy mala aquel día, y á ratos me entraban ganas de llorar. Mal se portó conmigo, muy mal... ¡Ah!, ya veo yo que todo se paga en este mundo.

—¡Pobre señor!—exclamó Fortunata.—A mí también me dió lástima cuando lo supe. Pero, ¿no sabes una cosa? Que hoy hemos tenido la gran bronca *ese* y yo, porque le dije aquello...

—¿Lo de...?—apuntó Aurora, suspendiendo otra vez el trabajo y mirando á su amiga con intención picaresca.

—Sí... Se enfadó tanto, que concluimos mal ¡Ay, qué pena tengo! Porque si es calumnia, ¡figúrate qué barbaridad ir con esa historia!

—Calumnia no—dijo la de Fenelón, atendiendo más á su corte.—Podrá ser equivocación. ¿Quién demonios sabe lo que pasa en el interior

de *la mona*? Que el difunto Moreno andaba loco por ella, no tiene duda. Falta saber, *por ejemplo*, si ella le correspondía ó no.

—Tú me dijiste que sí, y que tenían citas...

—Sí; pero te lo dije como una suposición nada más—replicó la astuta mujer con cierto despego, como si deseara mudar de conversación.—Tú te precipitaste al llevarle ese cuento. Se habrá volado. Hay que tener tacto, amiga mía, y no herir el amor propio de los hombres. Ya debías suponer que le sabría mal.

—¿Y tú qué crees? Hablando ahora como si estuviéramos delante de un confesor. ¿Tú qué crees? ¿Es, como quien dice, ángel, ó qué?

Aurora dejó las tijeras, y se clavó en el pecho la aguja enhebrada. Después de calcular su respuesta, la soltó en esta forma:

—Pues hablando con verdad, y sin asegurar nada terminantemente, te diré que la tengo por virtuosa. Si mi primo hubiera vivido, no sé adónde habrían llegado las cosas. Él hacía el trovador de la manera más infantil del mundo. ¡Quién lo diría!... ¡un hombre tan corrido!... Ella... no sé... creo que se reía de él.. Y bien merecido le estaba, por pillo. Quizás le miraba con alguna simpatía... pero lo que es citas, amiga mía, me parece que no las hubo, digo, me parece; y si algo de esto dije, fué como un *tal vez*, y me vuelvo atrás.

Tornó á su faena dejando á la otra en la mayor confusión.

—Y en último resultado—le dijo después,—¿á ti qué más te da que sea honrada ó deje de serlo? Lo que te importa es que él te quiera á ti más que á ella.

—¡Oh, no...—exclamó Fortunata con toda su alma;—es que si no fuera honrada esa mujer, á mí me parecería que no hay honradez en el mundo y que cada cual puede hacer lo que le da la gana... Paréceme que se rompe todo lo que la ata á una, no sé si me explico, y que ya lo mismo da blanco que negro. Créetelo: esa duda no se me va de la cabeza á ninguna hora; siempre estoy pensando en lo mismo, y tan pronto me alegro de que sea mala como de que no lo sea. ¡Ah!, no sabes tú lo que yo cavilo al cabo del día. Las cosas que me pasan á mí no tienen nombre.

—Pues para que te tranquilices de una vez—dijo la otra sin mirarla.—Tenla por honrada, y cuando hables de esto con *él* hazle entender que lo crees así, y no aspire á que *él* te dé su respeto; conténtate con el amor.

—Quitate de ahí, mujer—saltó Fortunata muy nerviosa.—Si esto se acaba... ¡Si me está faltando ese perro! Si en quince días no le he visto más que dos veces. Siempre llega tarde, y como de mala gana. ¡Oh!, yo le conozco bien las mañas; me le sé de memoria. Nada, que quiere

echarme al agua otra vez; lo veo, lo estoy viendo. Hoy se lo dije claro, y no me contestó nada.

—Entonces tenemos á *la mona del Cielo* de enhorabuena.

—¡Ah!, no... Me parece que ahora la veleta marca para otro lado. Me está faltando con alguna que ni su mujer ni yo conocemos. Más claro: á las dos nos está dando el plantón *hache*, y yo estoy que no sé lo que me pasa, más muerta que viva... llena de rabia, llena de celos. No he de parar hasta cogerle, y de veras te digo que si le cojo, y si cojo á la otra, me pierdo. Yo vengaré á *la mona del Cielo*, y me vengaré á mí. No quisiera morirme sin este gusto.

—Dime una cosa... ¿Te has fijado en determinada mujer?—le preguntó su amiga mirándola de hito en hito.

—No sé; esta noche se me ocurrió si será Sofía la Ferrolana, ó la Peri, ó Antonia, esa que estaba con Villalonga.

—Es natural, piensas en las que conoces. ¿Qué me das, querida mía, si te lo averiguo?

Al decir esto, Aurora abandonó todo trabajo y se puso delante de su amiga en la actitud más complaciente.

—¿Que qué te doy? Lo que tú quieras. Todo lo que tengo... Te lo agradeceré eternamente.

—Bueno; pues déjame á mí, que como yo coja el cabo del hilo, hemos de llegar á la otra punta. Verás por qué lo digo: en mi taller hay una

chiquilla, muy graciosa por cierto, que me parece, me parece...

—¡En tu taller!...

—Sí; pero no te precipites... No es ella tal vez... Quiero decir que por ella he de coger el cabo del hilo, y verás... iré tirando, tirando, hasta dar con lo que queremos saber. Tú confíate en mí, y no hagas nada por tu parte. Prométeme que no te has de meter en nada. Sin esa condición, no cuentes conmigo.

—Pues bien, yo te lo prometo. Pero me has de decir todo lo que vayas averiguando. Te digo que si la cojo... No me importa ir al Modelo; te juro que no me importa. Si ya me parece que la tengo entre mis uñas...

Doña Casta entró, abriendo la puerta con su llavín. Era tarde, y Fortunata tuvo que retirarse. Aurora se quedó trabajando un momento más, y decía para sí: «Estas tontas son terribles cuando les entra la rabia. Pero ya se aplacará. ¡Pues no faltaría más... Estaría bueno!...

III

Una tarde doña Lupe vió entrar á su sobrina tan desolada, que no pudo menos de irsele encima llena de irascibilidad, no pudiendo sufrir ya que no le confiase sus penas, cualquiera que fuese la causa de ellas. «¿Te parece que éstas

son horas de venir? Y haz el favor, para otra vez, de dejarte en la calle tus agonias y no ponérteme delante con esa cara de viernes, pues bastantes espectáculos tristes tenemos en casa.»

Fortunata tenía su interior tan tempestuoso que no pudo contenerse, y estalló con esa ira pueril que ocasiona las reyertas de mujeres en las casas de vecindad. «Señora, déjeme usted en paz, que yo no me meto con usted, ni me importa la cara que usted tenga ó deje de tener. Pues estamos bien... Que no pueda una ni siquiera estar triste, porque á la señora ésta le incomodan las caras afligidas... Me pondré á bailar, si le parece.»

No estaba acostumbrada doña Lupe á contestaciones de este temple, y al pronto se desconcertó. Por fin hubo de salir por este registro: «Eso de que me ocupe ó no me ocupe, no eres tú quien lo ha de decidir. ¿Pues qué? ¿Han tocado ya á emanciparse? Estás fresca. ¿Crees que se te va á tolerar ese cantonalismo en que vives? ¡Me gustan los humos de la loca ésta!... Ya te arreglaré, ya te arreglaré yo.»

Estaba la otra tan violenta y tenía los nervios tan tirantes, que al apartar una silla la tiró al suelo, y al poner su manguito sobre la cómoda, dió contra un vaso de agua que en ella había.

—Eso es, rónipeme la sillita... Mira cómo has derramado el agua.

—Mejor.

—¿Sí?... Ya te mejoraré yo, ya te arreglaré.

—Usted, señora, se arreglará sus narices, que á mí no me arregla nadie...

—No quiero incomodarme, no quiero alzar tampoco la voz—dijo doña Lupe levantándose de su asiento,—porque no se entere ese desventurado.—Salió un momento con objeto de cerrar puertas para que no se oyera la gresca, y á poco volvió al gabinete, diciendo:—Se ha quedado dormido. Si te parece, haz bulla para que no descanse el pobrecillo. Te estás portando... ¡Silencio!

—Si es usted la que chilla... Yo bien callada entré. Pero se empeña en buscarme el genio.

—Mete ruido, mete ruido. Ni siquiera has de dejar dormir al pobre chico.

—Por mi parte, que duerma todo lo que quiera.

—Y lo que más me subleva es tu terquedad—dijo doña Lupe bajando la voz,—y ese empeño de gobernarte sola, sí, esa independencia estúpida... tú te lo guisas y tú te lo comes. Así te sabe á demonios. Bien empleado te está todo lo que te pasa, muy bien empleado.

Tanta turbación había en el alma de la esposa de Rubín, que la ira estaba en ella como prendida con alfileres, y el menor accidente, una nada, determinaba la transición de la rabia al dolor y de la energía convulsiva á la pasividad más desconsoladora. Algo se derrumbaba dentro

de ella, y perdiendo toda entereza, rompió á llorar como un niño á quien le descubren una travesura gorda. Doña Lupe se vanaglorió mucho de aquel cambio de tono, que consideraba obra de sus facultades persuasivas. Fortunata se dejó caer en una silla, y más de un cuarto de hora estuvo sin articular palabra, oprimiendo el pañuelo contra su cara.

—Pues sí, tía... es verdad que debiera yo... contarle á usted... No lo hice porque me parecía impropio. ¡Qué barbaridad! Traer á esta casa cuentos de... Soy una miserable; yo no debo estar aquí... Hasta llorar aquí por lo que lloro es una canallada. Pero no lo puedo remediar. El alma se me deshace. Yo tengo que decirle á alguien que me muero de pena, que no puedo vivir. Si no lo digo reviento... Usted crea lo que quiera... pero soy muy desgraciada. Yo sé que me lo merezco, que soy mala, mala de encargo... pero soy muy desgraciada.

—Ahí tienes—le dijo doña Lupe moviendo la mano derecha, con dos dedos de ella muy tiesos, en ademán enteramente episcopal;—ahí tienes lo que te pasa por no hacer lo que yo te digo... Si hubieras seguido los consejos que te di este verano, no te verías como te ves.

La otra estaba tan sofocada, que su tía tuvo que traerle un vaso de agua.

—Serénate—le decía,—que ahora no te he de reñir, aunque bien lo mereces. No, no necesitas

explicarme lo que te pasa; justo castigo de Dios. ¿Crees que no tengo yo pesquis? Me basta verte la cara. Ello tenía que suceder, porque los malos pasos conducen siempre á malos fines... El resultado es que sale todo lo que yo digo. El pecado trae la penitencia. Otra vez te da carpetazo ese hombre, ¿acerté?

—Sí, si... ¡Pero qué infame!...

—Anda, que los dos estáis buenos. Tal para cual. Las relaciones criminales siempre acaban así. Uno se encarga de castigar al otro, y el que castiga ya encontrará también su trancazo en alguna parte. Pues estás lucida... Tras de cornuda, aporreada, y después sacada á bailar.

—¡Pero qué infame!—volvió á decir Fortunata, mirando á su tía con los ojos llenos de lágrimas.—¿Pues no ha tenido el atrevimiento de decirme, entre bromas y veras, que yo estaba enredada con Ballester? Pretextos, *tiologías* y nada más. De seguro que no lo cree.

—Aguanta, que todo te lo tienes bien merecido. Ni vengas á que yo te consuele... Acudiendo con tiempo, no digo que no. Abres ahora los ojos y te encuentras horriblemente sola, sin familia, sin marido, sin mí.

Fortunata, con un pánico semejante al de quien se está ahogando, agarróse á la falda de doña Lupe, y vuelta á soltar un raudal de lágrimas.

—No, no, no... yo no quiero estar sola... triste

de mí. Dígame usted algo, siquiera que tenga paciencia, siquiera que me porte ahora bien... Sí, me portaré bien; ahora sí, ahora sí.

—Ahora sí. Vaya, hija, no madrugues tanto. Tú no te acuerdas de Santa Bárbara sino cuando truena. ¿Qué sacaría yo de consolarte ahora y corregirte, si el mejor día volvías á las andadas?

—Ahora no... ahora no...

—Quien no te conoce que te compre... Al extremo á que han llegado las cosas, me parece que no debo intervenir ya ni tomar vela en ese entierro. Sería hasta indecoroso para mí. Resultaría... así como cierta complicidad en tus crímenes. No, hija, has acudido tarde... ¡Te he estado metiendo la indulgencia por los ojos sin que tú la quisieras ver, y ahora que te ahogas vienes á mí!... ¡Ay!, no puedo, no puedo.

Y sin decir más se fué á la cocina, pensando que toda severidad era poca contra aquella mujer, y que convenía aterrorizarla, á ver si se sometía al fin de una manera absoluta.

Pronto se hizo de noche. Los días menguaban, entristeciendo el ánimo de los que ya, por otros motivos, estaban tristes. A las seis y media la casa estaba á oscuras, y doña Lupe retardaba el encender luces todo lo posible. Fortunata, en el cuarto de su marido, y casi á tientas, llegó al sofá donde él estaba echado, y le preguntó si tenía ganas de comer, sin obtener respuesta.

Oía los suspiros que daba el infeliz, y en una de aquellas aproximaciones, Maxi, cogiéndole las manos, se las apretó con afecto. Algo había en el alma de Fortunata que respondía á tal demostración de ternura. Sentía hacia él cariño semejante al que inspira un niño enfermo, efusión de lástima que protege y que no pide nada.

Doña Lupe trajo luz, y mirando á los esposos con sus ojos encandilados por el vivo resplandor de la llama de petróleo, dijo, sin duda por animar á Maxi con una broma: «¿Ya estáis haciendo los tortolitos?... Más cuenta te tiene comer. ¿Quieres que ésta coma aquí contigo?»

—Sí, sí, yo comeré aquí—dijo la esposa prontamente.—Y él comerá también, ¿verdad, hijo? ¿Verdad que comerás con tu mujer? Ella te cortará los pedacitos de carne y te los irá dando.

—Pues yo os mandaré la comida—indicó doña Lupe, poniendo la pantalla al quinqué y acortando la llama.—Tengo hoy un arroz con menudillos que es lo que hay que comer.

En el rato que estuvieron solos, antes de que entrara Papitos con el servicio y la sopa, Maxi endilgó á su mujer algunas frases enteramente ceñidas al endiablado asunto que constituía su demencia. Fortunata le apoyó en todo, mostrándose muy penetrada de la urgencia de establecer, como realidad social, el principio de solidaridad de la substancia divina. A todo decía que sí, y mientras comían, notó que el enfermo se

animaba extraordinariamente, llegando hasta mostrarse alegre, locuaz y poniendo un singular calor en sus proyectos de apostolado. En un momento que salió fuera, preguntóle Fortunata á su tía: «¿Y le dió usted al fin esas píldoras?»

—Sí por cierto. Esta mañana en ayunas se tomó una, y á las cuatro le di otra. ¿No lo dispuso así Ballester?...

—Si... Vea usted por qué está tan avisgado. ¡Vaya con el cáñamo ese! Pero los disparates son los mismos; sólo que ahora no ve las cosas de un modo tan negro, sino que las toma por lo risueño.

Volvió al lado de él, y le fué dando los menudillos con el tenedor, y él se los comía con gana, sin cesar de hablar y aun de reir. Su risa plácida no parecía la de un demente.

Fortunata sentía leve consuelo en su alma, y se decía: «¡Si Dios quisiera que se pusiera bueno!... Pero cómo va Dios á hacer nada que yo le pida... ¡Si soy lo más malo que Él ha echado al mundo! Para mí esta casa se tiene que acabar. ¿Adónde me retiraré? ¿Qué será de mí? Pero adonde quiera que vaya me gustará saber de este pobrecito, el único que me ha querido de verdad, el que me ha perdonado dos veces y me perdonaría la tercera... y la cuarta... Yo creo que me perdonaría también la quinta, si no tuviera esa cabeza como un campanario. Y esto es por culpa mía. ¡Ay, Cristo, qué remordi-

miento tan grande! Iré con este peso á todas partes, y no podré ni respirar.»

Después de comer estaba él animadísimo, cual no lo había estado en mucho tiempo; pero sus conceptos eran de lo más estrafalario que imaginarse puede. Como entraran doña Silvia y Rufinita, de visita, doña Lupe se fué con ellas á la sala, y los esposos se quedaron solos. Maxi se levantó y estiró todo el cuerpo, elevando los brazos. Los huesos crujieron; hizo diferentes contorsiones, que parecían un trabajo de gimnasia, y luego volvió á sentarse, abrazando á su mujer y quedándose ante ella (pues estaba sentado en una banqueta junto al sofá), en actitud semejante á la que toman los amantes de teatro cuando van á decirse algo muy bonito en décimas ó quintillas.

IV

—Vida mía—le dijo en el tono más dulce del mundo,—gracias mil por el consuelo que me has dado con tus palabras.

Fortunata no sabía qué palabras eran aquellas que le habían consolado; pero lo mismo daba. Hizo un signo afirmativo, y adelante.

—Porque estando tú conforme conmigo, no deseo más. Mis aspiraciones están cumplidas.

¡Viva el gran principio de la liberación por el desprendimiento, por la anulación!...

—¡Vivaaa!...

—Así lo dirán las multitudes cuando esta doctrina se propague; pero esto no nos toca á nosotros, sino al que vendrá después. Cumplamos tú y yo la ley de morir cuando nos creamos llegados al punto de caramelo de la pureza. Matemos á la bestia cuando de ella esté completamente desligada su prisionera, la substancia espiritual, como del erizo se desprende la castaña bien madura.

—Nada, hijo, que la mataremos.

—Me gusta verte así. ¿Hay nada más hermoso que la muerte? ¡Morir, acabar de penar, desprenderse de todas estas miserias, de tantos dolores y de toda la inmundicia terrenal! ¿Hay nada que pueda compararse á este bien supremo?... ¿Concibe el alma nada más sublime?

—¿Y después?—dijo Fortunata, que aun sabiendo con quién hablaba, oía con mucho gusto aquella manera de considerar la muerte.

—¡Oh!, después, sentirse uno absolutamente puro, perteneciente á la substancia divina; reconocerse uno parte de ella, y todito con aquel gran todo... ¡Qué dicha tan grande!

—¡No padecer!...—murmuró la prójima inclinando su cabeza sobre el pecho de él.—¡No temer si le hacen á uno ésta ó la otra perrería!...

¡No verse en agonías nunca, y gozar, gozar, gozar!...

Su mente se dejó ir en alas de aquella sublime idea, perdiéndose en los espacios invisibles y sin confines.

—¡Sentir luego la irradiación del bien en sí, y contemplarse uno en aquel todo etéreo y substancial, infinitamente perfecto y sano, hermoso, transparente y placentero!...

Esto era ya un poco metafísico, y Fortunata no lo comprendía bien. Lo accesible para ella era la idea primera: morir, desprenderse de las lacerias de este mundo, y sentirse luego persona idéntica á la persona viva, gozando todo lo que hay que gozar y amando y siendo amada con arrobamientos que no se acaban nunca.

—Querida mía—le dijo Maxi moviendo mucho la cabeza y los músculos de la cara, señal de una fuerte excitación nerviosa,—los dos moriremos después que hayamos cumplido nuestra misión. Y para que te penetres bien de la tuya, te voy á decir lo que he sabido por revelación celestial.

Fortunata se preparó á oír el gran disparate que su marido anunciaba, y puso una carita muy gravemente atenta.

—Pues yo sé una cosa que tú no sabes, aunque quizás lo presentes, y que seguramente sabrás muy pronto. Quizás hayas empezado á notar algún síntoma; pero aún tu espíritu no

tendrá más que presentimientos de este gran suceso.

La miraba de tal modo, que ella empezó á asustarse. ¿Qué sería, Dios, qué sería? Maxi estuvo un rato en silencio, clavados en ella sus ojos como saetas, y por fin le dijo estas palabras, que la hicieron estremecer: «Tú estás en cinta.»

Quedóse un rato la infeliz mujer como petrificada. Trataba de tomarlo á broma; trataba de negarlo; pero para ninguna de estas determinaciones tenía valor. Terror inmenso llenaba su alma al ver que Maxi decía lo que decía con expresión de la más grande seguridad. Pero lo último que á Fortunata le quedaba que oír fué esto, dicho con exaltación de iluminado y con atroz recrudecimiento de las sacudidas nerviosas de la cabeza: «Ha sido una revelación. El espíritu que me instruye me ha traído anoche esta idea... Misterio bonitísimo, ¿verdad? Tú estás embarazada... Y tú lo presumes; mejor dicho, lo sabes, te lo estoy conociendo en la cara; lo ocultas porque ignoras que esto no ha de arrojar ninguna deshonra sobre ti. El hijo que llevas en tus entrañas es el hijo del Pensamiento Puro; que ha querido encarnarse para traer al mundo su salvación. Fuiste escogida para este prodigio, porque has padecido mucho, porque has amado mucho, porque has pecado mucho. Padece, amar y pecar... ve ahí los tres infinitivos del verbo de la existencia. Nacerá de ti el verdade-

ro Mesías. Nosotros somos nada más que precursores, ¿te vas enterando? Nada más que precursores, y cuando des á luz, tú y yo habremos cumplido nuestra misión, y nos liberaremos matando nuéstras bestias.»

Del salto se puso Fortunata al otro extremo de la habitación. Habíale entrado tal pánico, que por poco sale al pasillo pidiendo socorro. Maxi tenía la cara descompuesta y transfigurada, y sus ojos parecían carbones encendidos. Ni siquiera reparó que su mujer se había alejado de él, y continuó hablando como si aún la tuviera al lado. La infeliz, turbada y muerta de miedo, se acurrucó en el rincón opuesto, y cruzadas las manos miraba al desgraciado demente, diciendo para sí: «¿En qué lo habrá conocido?... Dios, ¡qué hombre! ¿Será farsa todo esto de la locura? ¿Será que se finge así para poder matarme sin que la justicia le persiga?... ¡Pero cómo habrá descubierto!... ¡Si no lo he dicho á nadie! ¡Si no se me conoce nada todavía!... ¡Ah!, lo que este hombre tiene es mucha picardía. Eso de la revelación lo dice para engañar á la gente... Sin duda se lo figura, se lo teme, ó me lo ha conocido no sé en qué... ¿Lo habré dicho yo en sueños?... Aunque no; podrá haberlo adivinado por su propia locura. ¿No dicen que las grandes verdades las saben los niños y los locos?... ¡Ay, qué miedo me ha entrado! ¡Dios mío, librame de esta tribulación! Este hombre me

quiere matar, y hace todas estas comedias para vengarse de mí y asesinarme á lo bóbilis bóbilis...»

El iluminado fué hacia su mujer, cogiéndola por un brazo. Tal temor sentía ella, que hasta se encontró con fuerzas inferiores á las de su marido, que era tan débil. «Moñuca mía—le dijo, apretándole el brazo con nerviosa energía y mirándola con una expresión en que la desdichada veía confundidos al amante y al asesino.—Nos liberaremos, por medio de una sangría suelta, desde que hayas cumplido tu misión. ¿Cuándo será? Allá por Febrero ó Marzo.»

«Debe ser por Marzo—pensó Fortunata;—pero para ti estaba... Ya me pondré yo en salvo. Mátate tú si quieres, que yo tengo que vivir para criarlo; ¡y voy á ser tan feliz con él!... Va á ser el consuelo de mi vida. Para eso lo tengo, y para eso me lo ha dado Dios... ¿Ves cómo me salí con mi idea?... Mi hijo es una nueva vida para mí. Y entonces no habrá quien me tosa... ¡Oh!, si no lo sintiera aquí dentro, yo y tú seríamos iguales, tan loco el uno como el otro, y entonces sí que debíamos matarnos.»

Oíase el run run de las despedidas de doña Silvia y Rufinita en el pasillo. A poco entró la de Jáuregui, y viéndola su sobrino, se volvió al sofá, dejando á su mujer en pie en medio del cuarto.

—¿Qué tal?—dijo doña Lupe.—¿Hay sueño? Son las once.

—Ha venido usted á turbar nuestra felicidad —replicó Maxi, sentado y moviendo las piernas en el aire.—Mi elegida y yo deseamos estar solos, enteramente solos. Los misterios inefables que á ella y á mí...

—¿Pero qué volteretas son esas que das? (no sabiendo si reir ó ponerse seria). Pareces un saltimbanquis.

—Que á ella y á mí se nos han revelado... los misterios inefables, digo... nos llevan á un éxtasis delicioso, de que no pueden participar las personas vulgares.

—¡Llamarme á mí persona vulgar!...

—La vulgaridad consiste en estar muy apegada á los bienes terrenos... es decir, en hacerle mimos á la bestia.

—¿Pero qué? ¿también vas á dar vueltas de carnero?—dijo asustada doña Lupe, viéndole apoyar las manos en el sofá y doblar luego la cabeza hasta tocar con ella la gutapercha.

—Lo que yo dé, á usted no le importa, mujer de poca fe... La noche está fría y necesito que las extremidades entren en calor. Dentro del cráneo me han encendido un hornillo.

—¿Ve usted... ve usted?... —indicó Fortunata, no recatándose de decirlo en alta voz.—El efecto de esas condenadas píldoras. Creo que no deben dársele más. Ya ve usted cómo se pone:

se le trastorna más el cerebro y adivina los secretos.

—¿Cómo que adivina los secretos?... Pero niño, ¿qué haces?

Rubín se sentaba y se levantaba, dando botes en el asiento como un jinete que monta á la inglesa.

—Allá por Marzo será el gran suceso, la admiración del mundo—gruñía el infeliz dando vueltas sobre sí mismo.—Lo anunciará una estrella que ha de aparecer por Occidente, y los cielos y la tierra resonarán con himnos de alegría.

—¿Pero qué estás diciendo? Vamos, hijo de mi alma, estate tranquilo.

—Lo que yo quisiera saber ahora es dónde está mi sombrero—dijo él mirando debajo de la mesa y del sofá.

—¿Y para qué quieres el sombrero?

—Quiero salir, tengo que ir á la calle. Pero lo mismo da salir con la cabeza descubierta. Hace un calor horrible.

—Sí, vámonos al Retiro. Fortunata, coge la vela, y tú por delante.

Y agarrándose al brazo del joven sin ventura, le llevaron á la alcoba. Del salto se plantó Maxi en la cama, quedándose un instante con los brazos y las piernas en alto. Después dejaba caer pesadamente las extremidades para volver á levantarlas.

—¡Bonita noche nos va á hacer pasar!—exclamó doña Lupe cruzando las manos.

Fortunata, desalentada y meditabunda, se dejó caer en el sofá.

—¿A que no me aciertan ustedes en dónde estoy?—dijo el pobre demente.—Me he caído del cielo sobre un tejado. ¿Qué hace mi mujer ahí que no viene en mi socorro?

—Pues sí, señor, ¡bonita noche!—repetía doña Lupe echando un suspiro por cada palabra.

Intentaron acostarle. Pero no fué posible. Se les escapaba de la manos con viveza de niño, que á veces parecía agilidad de mono. Su risa causaba espanto á las dos señoras, y últimamente no se le entendía una palabra de las muchas que de su boca soltaba atropelladamente, pronunciándolas de un modo primitivo, como los chiquillos que empiezan á hablar. Por fin el desgaste nervioso hubo de rendirle, y se quedó quieto en el sofá, con una pierna sobre la mesa, la otra en una silla, la cabeza debajo de un cojín y los brazos extendidos en cruz. Una mano daba contra el suelo, y tenía la otra metida debajo del cuerpo, dando al brazo una vuelta que parecía inverosímil. No quisieron ellas variarle la difícil postura, temiendo que si le tocaban se alborotaría de nuevo y les daría otra jaqueca. Doña Lupe dormitaba, sentada en una silla junto á la cama del matrimonio; pero Fortunata no pegó los ojos en toda la noche. Ya amanecía cuando le

acostaron. Apenas daba acuerdo de sí, y gemía al moverse como si tuviera molido á palos su ruin y desdichado cuerpo.

V

Creo que fué el día de la Concepción cuando Rubín salió de su cuarto con un cuchillo en la mano detrás de Papitos, diciendo que la había de matar. El susto de la tía y de Fortunata fué muy grande, y les costó trabajo quitarle el arma homicida, que era un cuchillo de la mesa, con el cual no era fácil quitar la vida á nadie. Pero el paso fué terrible, y los chillidos de Papitos se oyeron en toda la vecindad. Salió despavorida del cuarto del señorito, y él detrás, frío y resuelto, como si fuera á hacer la cosa más natural del mundo. La mona se refugió entre las faldas de su ama, gritando: «¡que me mata, que me quiere matar!»; y Fortunata corrió á sujetarle, lo que no hubiera conseguido á pesar de su superioridad muscular sin la ayuda de doña Lupe. La resistencia de él era puramente espasmódica, y mientras se defendía de los cuatro brazos que querían contenerle y arrancarle el cuchillo, decía con voz ronca: «¡Le siego el pescuezo y la...!» Después se supo que Papitos tenía la culpa, porque le había irritado contradiciéndole estúpida-mente. Doña Lupe lo sospechó así, y mientras

Fortunata se le llevaba otra vez á su cuarto, procurando calmarle, la señora cogió á la chiquilla por su cuenta, y con la persuasión de tres ó cuatro pellizcos, hizole confesar que ella era culpable de lo ocurrido. «Mire, señora—replicaba ella bebiéndose las lágrimas:—él fué quien empezó, porque yo no chisté. Estaba recogiendo el servicio, y él saltó contra mí, diciéndome que para arriba y que para abajo... Yo no lo entendía y me eché á reir... Pero *dimpués* salió con unos disparates muy gordos. ¿Sabe, señora, lo que dijo? Que la señorita Fortunata iba á tener un niño, y qué sé yo qué más. No pude *por menos* de soltar la carcajada, y entonces fué cuando *garró* el cuchillo y salió tras de mí. Si no doy un *blinco* me divide.»

—Bueno; vete á la cocina, y aprende para otra vez. A todo lo que él diga, por disparatado que sea, dices tú *amen* y siempre *amén*.

Aquel hecho era quizás síntoma de un nuevo aspecto de locura, y las dos señoras no cabían ya en su pellejo de temor y zozobra. No pasaron ocho días sin que el caso se repitiera. Maxi pudo apoderarse de un cuchillo, y fué hacia su tía, diciendo que la quería *liberar*. Gracias á que estaba allí el Sr. Torquemada, no fué difícil desarmarle; pero el susto no había quien se lo quitara á doña Lupe, que tuvo que tomarse una taza de tila. Por cierto que la señora se conceptuaba infeliz entre todas las señoras y da-

mas de la tierra, por las muchas pesadumbres que sobre su alma tenía. No era sólo el estado lastimosísimo del más querido de sus sobrinos; otras cosas la mortificaban atrozmente, abatiendo su grande espíritu. Entre Fortunata y ella mediaron ciertas palabras, que imposibilitaban absolutamente toda concordia.

—¡Vaya—le dijo doña Lupe una noche,—que te estás luciendo! ¿A qué esas reservas cuando más indicada estaba la confianza? ¿Cómo es que lo ha sabido Maximiliano, que está demente, antes que yo, que estoy en mi sano juicio? ¿A qué esos escondites conmigo?»

Después de una larga pausa, Fortunata, con muchísimo trabajo, se determinó á responder esto: «Yo no se lo he dicho. Él lo adivinó. Esto no podía yo decirlo á nadie de esta casa, y á él menos...»

—¡Y á él menos!—repitió doña Lupe, clavando en la delincuente sus miradas como flechas.

—Sí, porque él no debía saberlo nunca—prosiguió la otra haciendo el último esfuerzo.—A usted pensaba yo decírselo, pero no me determiné por la vergüenza que me daba. Ahora que lo sabe, lo que tengo que hacer es pedirle que tenga compasión de mí, recoger mi ropa y marcharme de esta casa... Ahora sí que será para siempre.

La viuda de Jáuregui se tomó tiempo para dar contestación á estas gravísimas palabras.

Un sin fin de ideas se le metió en la cabeza, y estuvo aturdida largo rato, sin saber con cuál de ellas quedarse. El rompimiento definitivo le arrancaba una tira de su corazón, con dolor agudísimo, por no serle posible retener las cantidades que Fortunata había puesto en sus manos. La elasticidad de su conciencia no llegaba nunca en sus estirones á la apropiación de lo ajeno, ni directa ni indirectamente. Lo ajeno era sagrado para ella, y aunque aumentase lo suyo cuanto pudiera á costa del prójimo, jamás llegaba á la absorción de lo que se le confiaba. Devolvería, pues, lo que se le había entregado, con los aumentos que á su buena administración se debían. Ciertó que ésta devolución era para ella un trance doloroso, algo como la separación de un hijo que se va á la guerra á que le maten, pues aquel *guano*, entregado á su dueño, pronto se perdería en el desorden y los vicios.

Pero si esta pena la estimulaba á transigir una vez más, su decoro, y más aún su amor propio, se sublevaban airados contra aquella infame, que traía al hogar doméstico hijos que no eran de su marido. Esto no se podía sufrir sin cubrirse de baldón; esto no lo toleraría doña Lupe, aunque tuviera que dar, no sólo el dinero ajeno, sino el propio... Tanto como el propio, no, vamos; pero en fin, así lo pensaba para poder expresar de una manera enfática su grandísimo enojo.

—¡Qué diría la gente!... ¡qué las amigas, ante quienes doña Lupe oficiaba como guardadora de la moralidad y de los buenos principios! Cierto que para el mundo la situación que crearía la maternidad de la de Rubín sería una situación legal, toda vez que Maxi, enfermo y encerrado quizás para entonces en un manicomio, no había de llamarse á engaño; pero en este caso, la afrenta sería mayor por añadirse á ella la mentira. Y todos tendrían á doña Lupe por encubridora, y le cortarían lindos sayos. Si ya le parecía á ella oírlo: «Miren esa, tan orgullosa y rígida, tapando el matute que la otra bribona ha introducido en su casa. Lo hará por la cuenta que le tiene. El padre de la criatura es hombre rico y habrá pagado bien el alijo.» La idea de que pudieran decir esto hacía brotar de la frente augusta de la viuda gotas de sudor del tamaño de garbanzos.

«Ella misma—pensó—no se ha recatado para decirme que el pobre Maxi está tan inocente de esto como yo. Lo cantará lo mismo á todo el mundo, porque ella es así, muy bocona... Pero entre dos afrentas, prefiero que le haya dado por pregonar la verdad, pues así no hará catálogos la gente, ni tendrá nadie que decir si el chico es ó no es...»

De todo esto se deducía que aquella pícara había traído una maldición á la casa; ella tenía la culpa de la demencia de Maxi. Bien lo vati-

ciñó doña Lupe: mucha mujer para tan poco hombre. Naturalmente, el pobre chico tenía que morirse ó perder la cabeza. Lo que había que desear ya era que la prójima se perdiese completamente de vista; que entre la familia y ella mediasen abismos infranqueables; que pudiera decir doña Lupe á los amigos: «Esa mujer se ha muerto para mí.» La sombra de Jáuregui parecía venir en ayuda de las determinaciones de su ilustre viuda, porque á ésta le faltaba poco para ver á su marido salirse de aquel cuadro en que retratado estaba, tomar vida y voz para decirle: «Si no arrojas de tu casa á esa pájara, me voy yo, me borro de este lienzo en que estoy, y no me vuelves á ver más. Ó ella ó yo.» Y cuando la pájara repitió que se marchaba, doña Lupe no pudo menos de decirle con acritud: «¿Pero qué haces que no has echado ya á correr?... Francamente, me pasma que tengas pachorra para estar aquí todavía. Otra de más frescura no habrá.» Llevándola á su gabinete, le habló de la entrega de las cantidades que en su poder tenía. Fortunata dijo con mucha calma y frialdad que no se llevaba el dinero, y que sólo tomaría los réditos. «¿Cómo voy á colocarlo yo? Téngalo usted; yo guardo el recibo y vendré todos los trimestres á recoger el premio.»

Doña Lupe abrió tanta boca, que por poco se le entra una mosca en ella. Su primer impulso fué negarse á ser administradora y apoderada

de semejante persona; pero tal prueba de confianza la anonadaba. Insistió en dar el dinero; insistió más la otra en dejarlo en manos que tan bien lo sabían aumentar, y así quedó el asunto. *La de los Pavos* temía que entre ella y su sobrina quedase aquella relación, aquel cable telegráfico, por donde vinieran á comunicarse la honradez más pura y la inmoralidad. Conservar el dinero era sostener una especie de parentesco... ¡Oh!, no; esto parecía como transacción con la afrenta. Pero al propio tiempo, entregar los santos cuartos á su dueña era lo mismo que tirarlos á la calle. Sus amantes se los gastarían en un decir Jesús... y era lástima que tan bonito capital se destruyese.

Mucho se disputó sobre esto, haciendo ambas alardes de delicadeza; pero, al fin, el dinero quedó en poder de doña Lupe. Ascendía la suma á treinta mil reales, los veinte mil dados por Feijóo, y diez mil y pico que habían producido desde aquella fecha, colocados por Torquemada en préstamos á militares. Precisamente en los días últimos del año, cuando ocurrió lo que ahora se cuenta, casi toda la suma estaba sin colocar, y la tenía la señora en su cómoda esperando una *proporción* que D. Francisco tenía en tratos con un señor comandante. La suma que poseía Fortunata en acciones del Banco se conservaba en esta misma forma, porque así lo había dispuesto D. Evaristo. Guardaba la tía de

Maxi el extracto de la inscripción en un hueco de su vargueño, y no se sacaba sino al fin de los semestres, para ir al Banco á cobrar el dividendo. Sobre esta clase de valores no hubo disputa entre las dos mujeres, porque desde luego pensó Fortunata llevárselos, y la otra no gustaba de conservar fondos de que no podía disponer para sus ingeniosas combinaciones financieras. La custodia de la inscripción le molestaba y la ponía tan en cuidado sin ningún beneficio, que no sintió verla salir de su casa. Los treinta mil reales quedaron bien agasajaditos en un rincón de la cómoda. Eran para doña Lupe como un hijo adoptivo á quien quería como á los hijos propios.

VI

La evasión (pues así debe llamársela) de su mujer no fué notada por Maxi en los primeros días. Pero cuando se hizo cargo de ella, manifestó una inquietud que puso á la pobre doña Lupe en mayor aburrimiento del que tenía. Pensó seriamente en llevar á su infeliz sobrino á un manicomio. Mucha pena le daba separarse de él, entregándole á la asistencia de gentes mercenarias; pero no había otro remedio. Para tratar de esto y acordar lo más conveniente llamó á Juan Pablo, que á la sazón había pasado de Penales á Sanidad, y podría tal vez poner á

su hermano en Leganés, en un departamento de distinguidos, con pago de media pensión ó quizás sin pagar un cuarto.

Entretanto, Fortunata, al salir de la casa de su marido, y antes de dirigirse á su nueva morada, encaminó sus pasos á la de D. Evaristo. Era éste la primera persona á quien tenía que consultar sobre la critica situación en que se encontraba. Referirle lo ocurrido era ya para ella un verdadero castigo de su perversidad, porque de sólo pensar que lo refería, le entraba espanto. ¡Bueno se iba á poner Feijóo al saber que la chulita había hecho mangas y capirotes de la doctrina práctica expuesta con tanto ardor y cariño por el simpático anciano cuando dispuso la separación! ¡Cuánto mejor no haberse separado de aquel hombre sin igual! ¡Ella le habría soportado en su vejez caduca, y habría sido feliz cuidándole como se cuida á un niño inocente! Al llegar á la plaza de los Carros, y al ver la calle de Don Pedro, pensó que no tendría valor para contarle á su amigo sus últimas calaveradas. Subió temblando por la ancha escalera, que estaba aquel día alfombrada y con muchos tiestos, porque la noche antes se había celebrado en la legación, con gran comistraje y mucha fiesta, el aniversario del Emperador. Así se lo dijo doña Paca á Fortunata, cuando ésta le preguntó por su amo. «Anoche ha estado muy inquieto, porque hemos tenido convite y

recepción en el principal, y los coches no cesaron de alborotar en la calle hasta la madrugada. Esta casa es ordinariamente muy silenciosa; pero cuando hay ruido, parece que se hunde el mundo. ¡Figúrese usted qué nos importará á nosotros que cumpla no sé cuántos años ese señor Emperador, á quien parta un rayo! ¡Valiente jaqueca nos dió anoche!... Pase usted. Hoy le encontrará un poco aturdido á consecuencia de la mala noche.»

Don Evaristo se hallaba ya en lastimoso estado. Las piernas las tenía casi completamente paralizadas, y salía á paseo en un cochecillo ó sillón de ruedas, que empujaba su criado. Iba á las Vistillas á tomar el sol, y á veces se extendía hasta la plaza de Oriente por el Viaducto. Al centro de la villa no venía nunca, y para las relaciones y amistades que en las partes más animadas de Madrid tenía, aquella existencia parálitica y con tantos achaques, aquella vida circunscrita al barrio extremo, eran como una muerte anticipada, pues del verdadero Feijóo, tal como le conocimos, no quedaba ya más que una sombra. Estaba completamente sordo, teniendo que auxiliarse de una trompetilla para recoger algunos sonidos; su inteligencia sufría eclipses, y la memoria se le perdía en ocasiones casi por completo, quedándose en la tristeza del instante presente, sin ayer, sin historia, como si cayera de una nube en mitad de la vida,

á la manera de un bólido. Sus distracciones eran ya puramente pueriles. Se pasaba las horas muertas haciendo el juego del *bilboquet*, ó bien entretenido en enredar con los muchos gatos que había en la casa. Todas las crías de la hermosa *menina* de doña Paca se conservaban, al menos mientras les duraba el donaire de la infancia gatesca. Sentado al sol junto al balcón en un sillón muy cómodo, Feijóo arrojaba á sus graciosos amigos una pelota atada con un hilo, y se divertía con las monísimas cabriolas y morisquetas que hacían los pequeñuelos. Otras veces les tiraba la pelota á lo largo de la enorme estancia, ó ataba al hilo un pedazo de trapo, recogiénolo como recoge el pescador su aparejo, para verlos correr tras él. Cuando entró Fortunata, el juego del hilo y de la pelota estaba suspendido, por ley de variedad, y D. Evaristo tenía en la mano su *bilboquet*, saltando la bola, y acertando muy raras veces á clavarla en el palo. Dos ó tres gatitos blancos con manchas grises enredaban sobre el buen señor. Uno se le subía por la manta que le envolvía las piernas; otro estaba en su regazo sentado sobre los cuartos traseros, refregándose las patas con la lengua y el hocico con la pata; y un tercero se le había subido á un hombro, y allí seguía con vivaracha atención los brincos de la bola del *bilboquet*, marcándolos con la pata en el aire. Lo que él quería era meterle mano á la bola aquella tan bonita.

Al ver entrar á su amiga, el inválido puso una cara muy risueña. Todos sus sentimientos los expresaba ya riendo. La mandó sentar á su lado, y aun quiso seguir en su solaz inocente; pero tuvo que suspenderlo para coger la trompetilla. Fortunata cogió en sus manos uno de los gatitos para acariciarlo.

—¿Qué hay?—dijo D. Evaristo mirándola de un modo que parecía indicar agradecimiento de las caricias que al micho hacía.—¡Ah!, ese es el más tunante de todos... ¡Sabe más... y tiene más picardías! Conque á ver, chulita, ¿qué hay?

Fortunata no sabía cómo empezar. Contrariá-bala mucho tener que decir las cosas á gritos, y temía que se enterasen los criados, la vecindad y hasta el embajador con toda su gente extranjera. ¿Y cómo se podía contar una cosa tan delicada dando berridos, al modo que cantan los serenos las horas, ó como los pregones de las calles? Algo dijo que llevó al ánimo de D. Evaristo el convencimiento de que su chulita se veía en un mal paso. De repente soltó mi hombre la risa infantil y babosa, diciendo: «¿Apostamos á que ha habido algún *rasgo*? Precisamente lo que más prohibí, los dichosos *rasgos*, que siempre traen alguna desgracia.»

La consternada joven no podía asegurar que sus últimas diabluras mereciesen la denominación y categoría de *rasgos*; pero indudablemente eran una cosa muy mala. Sobre todo, no ha-

bía hecho maldito caso de las sabias recetas de vida social que le diera su amigo. Para hacerle comprender mejor que con largas explicaciones algo de lo que ocurría, sacó la inscripción, que llevaba dentro de un sobre y éste envuelto en un papel.

—¿Qué es eso, la inscripción?—dijo el anciano riéndose más.—¿Pues qué... ji, ji, ji... ha habido rompimiento con ese bendito?...

Y se puso la trompetilla en la oreja para coger con ella la respuesta.

—Completamente ido de la cabeza... manicomio.

—¡Que no comel!

—Al manicomio... que le van á poner en Leganés...

—¡Ah! ¿Y doña Lupe?

—Ella y yo...

Fortunata hizo con sus dos dedos índices un signo muy expresivo, poniéndolos punta con punta.

—¿Habéis reñido?... ji, ji, ji... ¡Qué cosas! Doña Lupe muy lagarta...

El gatito que se había subido en el hombro del señor, estaba muy preocupado con la trompetilla. Ignoraba sin duda lo que era aquello, y quería saberlo á todo trance, porque alargaba la pata como para hacer un reconocimiento de tan misterioso objeto. La curiosidad del animalito interrumpía la audición, que era ya bastante

penosa. Feijóo tomó la inscripción, diciendo: «¿Pero qué ocurre?... ¿doña Lupe?... ji, ji, ji... Todavía sostendrá que yo le hice el amor. No hay quien se lo quite de la cabeza. Y todo porque me solía parar en la esquina de la calle de Tintoreros, esperando á la mujer de Inza, ji, ji, ji... el de la tienda de mantas.»

Después de esta brillante ráfaga de memoria, la preciosa facultad se eclipsó por completo, y el ayer se borró absolutamente del espíritu del buen caballero. Miraba á su chulita con estupidez y cierta expresión de duda ó sorpresa. Fortunata seguía pegando gritos, pero él no se enteraba; lo poco que oía era como si oyese el ruido del viento: no le sacaba sentido. Cansada de inútiles esfuerzos, la joven se calló, mirando á su amigo con hondísima pena. Y mirándola él también, de repente volvió á su risa pueril, motivada por las cosquillas que en el cuello le hacía el gatito... «Si es un granuja éste... si no me deja vivir.» Fortunata daba suspiros, sin que el anciano se enterase de esta expresiva manifestación de disgusto; y al fin, ella, comprendiendo que era inútil esperar de aquella ruina apuntalada un consuelo y un consejo, decidió retirarse. Al darle un cariñoso abrazo, el anciano pareció volver en sí, recobrando su acuerdo, y se le refrescó la memoria. «Chulita, no te vayas—le dijo, dándole un palmetazo en el muslo.—¡Ah!... ¡qué tiempos aquellos! ¿Te acuerdas?

¡Qué días tan felices! Lástima que yo no hubiera tenido veinte años menos. Entonces sí que habríamos sido dichosos.» Ella decía que sí con la cabeza. Luego D. Evaristo pareció instantáneamente asaltado por una idea que le inquietaba. Después de meditar un instante, aprovechando aquella ráfaga de inteligencia que cruzaba por su cerebro, cogió el sobre que contenía la inscripción, y devolviéndoselo, le dijo: «No dejes esto aquí. Puedo morirme de un momento á otro, y tu dinero corre peligro de extraviarse. Es mejor que lo guardes tú. No tengas cuidado. Las acciones son nominativas, y nadie más que tú puede disponer de su importe.» Y como si el despejo de su inteligencia no hubiera tenido más objeto que permitirle aquella importante advertencia, en cuanto la hizo, la nube le invadió otra vez toda la caja del cerebro, volvió á la risa infantil, y á preocuparse más de que la bola del *bilboquet* se pinchase en el palito que de todo lo que á su desgraciada amiga pudiera referirse.

Salió, pues, Fortunata de la triste visita con la impresión de haber perdido para siempre aquel grande y útil amigo, el hombre mejor que ella tratara en su vida y seguramente también el más práctico, el más sabio y el que mejores consejos daba. Verdad que ella hizo tanto caso de estos consejos como de las coplas de Calainos; pero no dejaba de conocer que eran excelentes, y que debió al pie de la letra seguirlos.

VII

De aquel anciano chocho y que más bien parecía un niño, no podía la esposa de Rubín esperar ya ninguna protección ni amparo moral. Sólo en muy contados momentos lúcidos se revelaba en él un recuerdo vago de lo que había sido. Le lloró por muerto con verdadera efusión de hija desconsolada, y se aterraba de la orfandad en que iba á quedar cuando más necesitaba de una persona sesuda y discreta que la dirigiera. La impresión de vacío y soledad que sacó de la casa, poníala en grandísima tristeza. En la Cava Baja pasó por junto á un pianito que tocaba aires de ópera con ritmo picante y amoroso. Esta música le llegaba al alma. Paróse un rato á oirla, y se le saltaron las lágrimas. Lo que sentía era como si su espíritu se asomara al brocal de la cisterna en que estaba encerrado y desde allí divisara regiones desconocidas. La música aquella le retozaba en la epidermis, haciéndola estremecer con un sentimiento indefinible que no podía expresarse sino llorando. «Yo debo de ser muy bruta—pensó, alejándose,—porque me gusta más esta música de los pianitos de la calle que la pieza que toca Olimpia, y que dicen que es cosa tan buena. A mi me pa-

rece que, cuando la oigo, me aporrean los oídos con la mano del almirez.»

Había resuelto Fortunata, de acuerdo con su tía Segunda, albergarse en la casa de ésta, que vivía otra vez en la Cava. Allá se encaminó desde la calle de Don Pedro, y antes de entrar en el portal de la pollería, el mismo portal y el mismo edificio donde tuvo principio la historia de sus desdichas, una vecina le dijo que Segunda estaba en el puesto de la plazuela comiendo con unas amigas. Fuése allá, y vió á su tía con otras dos tarascas junto á una mesilla, comiendo un guiso de cordero en platos de Talavera. Jarro de vino y botijo de agua completaban el servicio. Las tres damas estaban con los moños al aire, hablando á un tiempo en alta voz, con ese despárpajo y esa independencia de modales que caracterizan á los vendedores ambulantes que viven siempre al aire libre y tienen la voz hecha á la gritería de los pregones. Segunda Izquierdo era una mujerona corpulenta y con la cara arrebatada, el pelo entrecano. Se parecía bastante á su hermano José; pero no conservaba tan bien como éste la hermosura de aquella *raza de gente guapa*, porque las miserias, las enfermedades y la vida aperreada de los últimos años habían hecho efectos devastadores en su cara y cuerpo. Los que trataron á Segunda en su edad de oro apenas la conocían ya, porque su cara estaba toda llena de costurones, y en el

cuello y quijada inferior llevaba unas rúbricas que daban fe de otros tantos abscesos tratados quirúrgicamente. El ojo derecho no estaba ya todo lo abierto que debía, á causa de una rija, y el párpado inferior del mismo había adquirido notoria semejanza con un tomate, á consecuencia de la aplicación de un puño cerrado, de lo que resultó una inflamación que vino á parar en endurecimiento. Ni aun su hermosa dentadura conservaba Segunda, pues un año hacía que empezaban á emigrar las piezas una tras otra. El cuerpo se iba pareciendo al de una vaca que se pusiera en dos pies.

En cuanto vió venir á su sobrina, cogió de encima de la mesilla una llave enorme, que parecía la llave de un castillo, y alargándosela le dijo que subiera á la casa si quería. Las otras dos tiorras miraron á la joven con descarada curiosidad. Á una de ellas la conocía Fortunata; á la otra no. Sentóse un momento en una banqueta que le ofrecieron, porque estaba cansada; pero sintiéndose molesta por las preguntas impertinentes de las amigas de su tía, subió al cuarto que debía de ser su albergue... hasta sabe Dios cuándo. Aquel barrio y los sitios aquellos eranle tan familiares, que á ojos cerrados andaría por entre los cajones sin tropezar. ¿Pues y la casa? En ella, desde el portal hasta lo más alto de la escalera de piedra, veía pintada su infancia, con todos sus episodios y accidentes, como

se ven pintados en la iglesia los Pasos de la Pasión y Muerte de Cristo. Cada peldaño tenía su historia; y la pollería y el cuarto entresuelo y después el segundo tenían ese *revestimiento de una capa espiritual* que es propio de los lugares consagrados por la religión ó por la vida. «¡Las vueltas del mundo!—decía dando las de la escalera y venciendo con fatiga los peldaños.—¡Quién me había de decir que pararía aquí otra vez!... Ahora es cuando conozco que, aunque poco, algo se me ha pegado el señorío. Miro todo esto con cariño; ¡pero me parece tan ordinario!... Aquellas dos tiburonas... ¡qué tipos! Pues ¿y mi tia?...»

El cuarto que entonces tenía Segunda en aquella casa era uno de los más altos. Estaba sobre el de Estupiñá. No había llegado Fortunata al segundo, cuando vió bajar á éste, y le entraron ganas de saludarle. Puso él una carátula durísima al verla; pero á pesar de esto, la joven sentía ganas de decirle algo. Érale simpático; conocía sus apetitos *parlamentarios*, y aunque por sus amistades con los de Santa Cruz podía contarle ella en el número de sus enemigos, le miraba con buenos ojos, teniéndole por hombre inofensivo y bondadoso. «Aunque usted no quiera, D. Plácido, buenos días.» El gran Rossini no se dignó volver hacia ella su perfil de cotorra, y refunfuñando algo que la nueva inquilina no pudo entender, siguió

por la escalera abajo, haciendo sonar con desusado estrépito los peldaños de piedra.

Fortunata vió el cuarto. ¡Ay Dios, qué malo era, y qué sucio y qué feo! Las puertas parecía que tenían un dedo de mugre, el papel era todo manchas; los pisos muy desiguales. La cocina causaba horror. Indudablemente la joven se había adecentado mucho y adquirido hábitos de señora, porque la vivienda aquella se le representaba inferior á su categoría, á sus hábitos y á sus gustos. Hizo propósito de lavar las puertas y aun de pintarlas, y de adecentar aquel basurero lo más posible, sin perjuicio de buscar casa más á la moderna, quisiera ó no Segunda vivir en su compañía. El gabinetito que ella había de ocupar tenía, como la sala, una gran reja para la Plaza Mayor. Estuvo un rato ocupada en hacer mentalmente la colocación de sus muebles, la cama, la cómoda, una mesa y dos sillas. Por cierto que todo esto tenía que comprarlo, pues de la casa matrimonial no había de sacar nada. Recorriendo el cuarto, pensó que si el casero se conformaba á hacer algunas reparaciones, no quedaría mal. Era menester blanquear la cocina, tapar con yeso algunos agujeros y enormes grietas que por todas partes había, empapelar el gabinete, que iba á ser su alcoba, y pintar las puertas. Ya pensaba en la jaqueca que le iba á dar al administrador, cuando se acordó (su gozo en un pozo) de que

el administrador era Estupiñá. «De seguro que en cuanto le hable de obras en la casa, se va á poner hecho un tigre. Claro, me tiene tirria; ¿pues qué es él más que un servilón de los de Santa Cruz? Con todo, pienso decirle algo, porque en último caso, con dejarle el cuarto hemos concluído. Y ahora que recuerdo, esta casa era de D. Manuel Moreno-Isla, que el año pasado le dió la administración á D. Plácido. Me lo contó mi tía; y D. Plácido es tan tirano, que no da una paletada de yeso aunque le fusilen. Falta saber de quién es ahora la casa... ¿La habrá heredado doña Guillermina?...» Quedóse meditando en que su destino no le permitía salir de aquel círculo de personas que en los últimos tiempos la había rodeado. Era como una red que la envolvía, y como pensara escabullirse por algún lado, se encontraba otra vez cogida. «No; habrán heredado la casa los señores de Ruiz Ochoa, ó la mujer de Zalamero... Y después de todo, ¿á mí qué me importa que herede la finca Juan ó Pedro? Yo no la he de heredar.»

Si tuviera agua en abundancia, se pondría al instante á lavar toda la casa; pero desde el siguiente empezaría. Vió que la reja daba á un balconcillo ó terraza, y al punto determinó poner allí todos los tiestos de flores que cupiesen. La vista del cuadrilátero de la plaza era bonita, despejada y alegre. El jardín lucía muy bien desde arriba, con sus dos fuentecillas y el caba-

llo panzudo, del que Fortunata veía los cuartos traseros, como los de un cebón, y el Rey aquel encima, con su canuto en la mano. Acercábase Navidad, y ya estaban preparando los puestos de Noche-Buena. Distinguió también á su tía y á las otras dos matronas que, ayudadas de un jayán, estaban claveteando tablas y armando un toldo. Poco después, mirando para la acera de la Casa-Panadería, alcanzó á ver á Juan Pablo, sentado en uno de los puestos de limpia-botas, y leyendo un periódico mientras le daban lustre al calzado. Después le vió pasar á la acera de enfrente y seguir hasta el rincón de la escalerilla, como si fuese al café de Gallo.

VIII

Como antes se ha dicho, á los pocos días de la desaparición de su mujer Maxi empezó á echarla de menos, mostrándose receloso y apeteciendo su compañía, con cierta mimosidad impertinente que ponía furiosa á doña Lupe. Juan Pablo y ella disertaron largamente sobre lo que se debía hacer, y por fin el primogénito dijo que intentaría aplicar á su hermano un buen sistema terapéutico antes de recurrir al extremo de encerrarle en un manicomio. No se habían probado las duchas, ni el sacarle de paseo al campo, ni el bromuro de sodio, que estaba dan-

do tan buen resultado contra la peri-encefalitis difusa y contra la meningo-encefalitis, etc..., y siguió echando términos de medicina por aquella boca, pues entonces le daba por leer libros de esta ciencia, y con una idea tomada de aquí y otra de allá, hacía unos pistos que eran lo que había que ver.

Dicho y hecho. Todas las mañanas iba Juan Pablo á buscar á su hermano, y unas veces engañado, otras casi á la fuerza, le llevaba á San Felipe Neri, y allí le arreaba una ducha escocesa capaz de resucitar á un muerto. Algunas tardes sacábale á paseo por las afueras, procurando entretener su imaginación con ideas y relatos placenteros, absolutamente contrarios al farrago de disparates que el infeliz chico había tenido últimamente en su cerebro. A los quince días de este enérgico tratamiento, mejoró visiblemente, y su hermano y médico estaba muy satisfecho. Más de una vez se expresó Maxi durante el paseo como la persona más razonable. De su mujer no hablaba nunca; pero como saltase en la conversación algo que de cerca ó de lejos se relacionara con ella, se le veía caer en sombrías meditaciones y en un mutismo tétrico del cual Juan Pablo, con todas sus retóricas, no le podía sacar. Una mañana, al salir de la ducha, y cuando el enfermo parecía entonado por la reacción, ágil y con la cabeza muy despejada, se paró en la calle, y cogiendo suave-

mente las solapas del gabán de su hermano, le dijo: «Pero vamos á una cosa. ¿Por qué ni tú, ni mi tía, ni nadie queréis decirme dónde está mi mujer? ¿Qué ha sido de ella? Tened franqueza, y no hagáis más misterios conmigo... ¿Es que se ha muerto y no me lo queréis decir? ¿Teméis que la noticia me altere?»

Juan Pablo no supo qué contestarle. Viendo en la cara y en los ojos de su hermano señales de nerviosa inquietud, trató de desviar la conversación. Pero el otro se aferraba á ella repitiendo sus preguntas y parándose á cada instante. «Pues mira—le respondió al fin haciendo un gesto campechano.—Hazte cuenta que se ha muerto... porque lo que yo te digo... ¿A ti qué más te da que viva ó muera? ¿Para qué quieres tú mujer? Las mujeres no sirven más que para dar disgustos, chico. Ve aquí por lo que yo no he querido casarme nunca.»

—¡Muerta!—dijo Maxi sin alzar la voz, pero con extraordinaria luz en los ojos.—¡Muerta!... De modo que yo me puedo volver á casar.

Al decir esto, se insubordinaba; no quería ir por la acera, sino por el empedrado, dando manotadas y tropezando con algunos transeuntes. Juan Pablo le metió en un coche para llevarle á su casa. Enterada la tía, apoyó la misma idea respecto á Fortunata, diciéndole: «Hijo, todos nos tenemos que morir. No te asombres de que le haya tocado á ella la china antes que á ti.

Si Dios se la ha querido llevar, ¿qué quieres que hagamos? Conformarnos, mandar decirle sus misas correspondientes... y yo te aseguro que ya lleva dichas más de cuatro, y consolarnos poco á poco como podamos.»

Desde que ocurrió esto, la mejoría iniciada con el nuevo tratamiento pareció desmentirse. El enfermo no alborotaba; pero volvió á chapuzarse en hondísimas abstracciones. Sin duda en su cerebro había aparecido una nueva idea, ó reproduciéndose alguna de las antiguas, que ya se tenían por abandonadas ó dispersas. Durante muchos días no nombró á su mujer, hasta que una noche, yendo de paseo con Juan Pablo por las calles, se paró y le dijo: «¿Me quieres hacer creer que se ha muerto?... ¡Qué tontería! En ese caso, ¿por qué no nos vestimos de luto?»

—¡Qué atrasado de noticias estás! ¿No sabes que hay ahora una ley prohibiendo el luto?

—¡Una ley prohibiendo el luto! ¿Si creerás que á mí me comulgas con ruedas de molino? Mira, chico: aunque parece que estoy trastornado, veo más claro que todos vosotros.

Y no se habló más del asunto. Conviene apuntar, antes de pasar adelante, que aquella abnegación de Juan Pablo y el asiduo interés que por la salud de su hermano mostraba, serían absolutamente inexplicables, dado el egoísmo del señor de Rubín, si no se acudiera, para encontrar la causa, á ciertas ideas relacionadas

con la economía política ó la ciencia que llaman financiera. Tiempo hacía que Juan Pablo tenía un proyecto de conversión de su deuda flotante, proyecto vasto, para cuyo éxito necesitaba el concurso de la casa Rostchild, por otro nombre, su tía. Respecto á la necesidad del empréstito, no cabía la menor duda; era cuestión de vida ó muerte. Lo que restaba era que doña Lupe se prestase á hacerlo, pues la garantía moral de una de las entidades contratantes no era, ni con mucho, tan sólida como la de Inglaterra ó Francia. Empezó, pues, el primogénito de Rubin por prestarle, en aquel delicado asunto de la enfermedad de Maxi, la oficiosa ayuda que se ha visto. Iba de continuo á la casa, y en todo cuanto hablaba con su tía era de la opinión de ésta, ya fuese de Política, ya de Hacienda lo que se tratara. Hizo entusiastas elogios del señor de Torquemada; explanó acaloradamente la necesidad de arreglar sus propios asuntos con aquello de *año nuevo vida nueva*, estableciendo en sus gastos un orden tan escrupuloso, que no haría más el primer lord de la Tesorería inglesa. Cuando hallaba ocasión, echaba una puntadita; pero doña Lupe tenía más conchas que un galápago, y se hacía la tonta... pero tan tonta que habría que pegarle.

Apretado por el crecimiento aterrador de su deuda flotante, el filósofo desplegaba un tesón y constancia más que fraternales en el cuidado

de Maxi. En Enero del 76 había conseguido domarle, hasta el punto de que le llevaba consigo á la oficina; teniale allí ocupado en ordenar papeles ó en tomar algún apunte, y por las noches solia llevarle á la tertulia del café, donde estaba el pobre chico como en misa, oyendo atentamente lo que se decia, y sin desplegar sus labios. Rara vez sacaba de su cabeza aquel viejo y maldecido tema de la *liberación voluntaria* y de la *muerte de la bestia carcelera*; pero una noche que estaban solos en el café, lo sacó, como se trae del desván un trasto viejo y se le limpia el polvo, á ver si lo ha deteriorado el tiempo ó lo han roído los ratones. Con gran serenidad, Juan Pablo, oficiando de maestro de filosofia, dijo lo siguiente: «Mira: el dogma de la *solidaridad de substancia* ha sido declarado cursi por todos los sabios de la época, congregados en un concilio ecuménico que acaba de celebrarse en... Basilea. Las conclusiones son tremendas. Como no lees la prensa, no te enteras. Pues se ha decretado que son mamarrachos netos todos los individuos que creen en la *liberación por el desprendimiento*, y en que se debe dar la *morci-lla á la bestia*. A los que sostienen la herejía filosófica de que va á venir un nuevo Mesías, encarnándose en una buena moza, etc., etc..., se les declara memos de capirote y se les condena á comer virutas.»

—Mira, tú—dijo Maximiliano con el acento

más grave del mundo y como quien hace una confidencia importante.—Eso del Mesías, acá para entre los dos, no lo he creído yo nunca, ni era dogma ni cosa que lo valga. Lo dije porque tuve un sueño, y al despertar se me quedó parte de él en la cabeza, y me andaba aquí dentro como un cascabel. Lo que hay es que me había entrado en aquellos días una idea de lo más estafalario que te puedes imaginar, una idea que debía de ser criada aquí en el seno cerebral donde fermenta eso que llaman celos. ¿Qué crearás que era? Pues que mi mujer me faltaba y estaba en cinta. ¿Ves qué disparate?

—Ave María Purísima, ¡qué barbaridad!

—Sentía en mí, detrás de aquella idea, una calentura de celos que me abrasaba. Para averiguar si era fundada aquella picara idea, fui ¿y qué hice? Pues saqué la cancamurria del Mesías que iba á venir, diciéndole que ella lo tenía en su seno, y que el papá era el *Pensamiento puro*... En fin, que con esta farsa pensaba yo arrancarle la confesión de lo que se me había metido entre ceja y ceja. ¿Qué resultó? Nada; porque aquella noche me puse muy enfermo; pero después he comprendido mi desatino, he visto claro, muy claro, y... Dios la perdone.

Empezó á tomar su café, y en tanto Juan Pablo se decía con tristeza: «¡Pero qué malo está esta noche! ¡Dios, qué malo!» Maxi repitió hasta seis veces el *Dios la perdone*, y cuando entra-

ron Leopoldo Montes y otro amigo, se calló. A la hora y media de tertulia, dió en celebrar con extremada hilaridad los donaires que Montes contaba. Después tomó parte en la conversación, expresándose con tanta serenidad y con juicios tan acertados, que se maravillaban de oírle todos los presentes. Juan Pablo discurría así: «Pues no está tan *guillati* como pensé, y lo que dijo antes revela más bien talento agudísimo. ¡Por vida de la santísima uña del diablo! Si consigo yo ponerte bueno, mi querida tía, *alias* la baronesa de Rostchild, no tendrá más remedio que hincar la jeta y darme lo que necesito.»

IV

Vida nueva.

I

El 4 del mes de Enero, Fortunata sintió un campanillazo y salió á abrir, mirando antes por el ventanillo, cubierto de una chapa de hierro con agujeros (estilo primitivo). Era Estupiñá, que miraba á los tales agujeritos del modo más autoritario. Abrió la joven, y el gran Plácido, con gesto displicente, las cejas algo fruncidas, mostrando en una mano el bastón cuyo puño era una cabeza de cotorra (regalo que le trajeron de Sevilla los señoritos de Santa Cruz), alargó con la otra un papel que tenía un sello. «El recibo del mes», dijo en tono de déspota asiático que dicta una orden de pena de muerte.

—Pase, D. Plácido (sonriendo con gracia).— Tengo que hablarle.

—Yo no paso. Vengan los cuartos. No tengo ganas de conversación.

Decir aquel hombre que no tenía ganas de conversación, era como si el mar dijese que no tiene agua. Pero el tesón podía en él más que su liviano apetito.

—¡Jesús, qué mal genio ha echado este hom-

bre! Si le voy á dar la *guita*. No tendrá usted mejores inquilinas que nosotras.

—Sí... Buenas jaquecas me ha dado la Segunda. No... yo no paso, no sea majadera.

—Quiero que vea usted cómo está la casa, para que se convenza de que aquí no pueden vivir cristianos.

—Pues mudarse.

—Pero, hijo, ¡qué *tirantístico* se ha vuelto! No he visto casero más malo... ¿Pero ni siquiera me blanqueará la cocina, que parece una carbonería? ¡Y hay cada agujero!... Yo no puedo vivir entre tanta suciedad. ¿Sabe lo que le digo? Que si no quiere usted hacer las obras, las haré yo por mi cuenta... ¡vaya!

—Eso es otra cosa. Siempre que sea bajo mi vigilancia y...

—Pase, pase y verá...

Al fin Plácido se dignó entrar por el pasillo adelante. Fué á la cocina, echó un vistazo á la alcoba interior, que estaba llena de grietas...

—No se pueden hacer obras cada vez que lo pide un inquilino, porque sería el cuento de nunca acabar. Mañana, si á mano viene, se mudan ustedes, y el que tomé el cuarto, como vea la cal fresca, pide más obras. No podemos. El mes pasado me gasté más de veinte mil reales en reparaciones. Conque despácheme, que tengo prisa.

—¿Pero se ha vuelto usted cohete? Siéntese un momento. Dígame una cosa...

—No tengo que decir cosas. Que me voy...

—¡Ay, qué pólvora de hombre! Mire que así va á vivir poco.

—Mejor. Bastante he vivido ya.

—Siéntese. En seguidita le doy el dinero. Pero dígame una cosa que quiero saber. ¿De quién es ahora esta casa?

—Eso á usted no le importa. ¿Cree que estoy yo para perder el tiempo? La casa es de su amo. Le repito que no tengo ganas de conversaci3n. ¿Es que quiere usted comprar la finca? Vamos; al avío... Ya sabe que soy hombre de pocas palabras.

—¿De pocas? ¡Digo... pues si lo fuera de muchas!... Si usted el día que nació estaba charlando por siete. Dígame... ¿de quién es la casa?

—De su amo. Conque... Bastante hemos hablado... y finalmente: la finca es magnífica; está tasada en treinta y cinco mil duros. Sólo el pedernal de los cimientos y la berroqueña de la escalera valen un dineral. ¿Pues y las paredes? El otro día, al abrir un hueco, los albañiles no le podían meter el pico. Nada, que *talmente* se rompen las herramientas en este ladrillo recocho que parece un diamante... Pues para concluir... no tengo ganas de conversaci3n. Cuando se abrió el testamento del señor D. Manuel Moreno-Isla, que en gloria esté, testamento hecho tres años ha, se encontró que dejaba esta casa y el solar de la calle de Relatores á doña Guillermina

Pacheco, su tía... La señora ha hipotecado ambas fincas para acabar el asilo, y por eso verá usted que éste va echando chispas. Lo acabarán este año... Conque...

Extendió la mano, y con la otra mostraba el bastón, como si fuera un bastón de autoridad.

—¡Doña Guillermina mi casera!—dijo Fortunata, pensativa, entregando el dinero.—Pues á ella le voy á pedir que me haga las obras. Es amiga mía.

—¡Qué ha de ser amiga de usted... qué ha de ser!—replicó Estupiñá con sarcasmo.—Y si quiere usted verla furiosa, háblele de obras que no sean las del asilo. Adiós; que haya salud... ¡Ah!, me olvidaba: cuidado con los tiestos de la ventana. Como yo vea rezumos de agua, la echo á usted; cuente que la echo... ¡María Santísima, y cuánta planta tiene usted aquí! Es un jardín... Me parece mucho peso... ¡Qué vistas tan hermosas! Mal año ha sido éste para los puestos de Navidad. Están los pobres vendedores que trinan. Ya se ve... con tanta agua... Y hoy me parece que tenemos nieve. En toda mi vida no he visto un invierno tan frío como éste. ¿Sabe usted que se murió el sordo, el del puesto de carne? Anoche... de repente. Yo le vi tan bueno y tan sano anteayer, y... ¡qué vida ésta!... En fin, voy á ver si les saco algo á los del segundo de la izquierda. Me deben cinco meses. ¡Ay, qué gente! Si la señora me dejara, ya les habría puesto los tras-

tos en la calle; pero mi ama es así, no quiere desahucios. «Por Dios, Plácido, no les echés... los pobrecitos ya pagarán; es que no pueden.» «Pero señora, con que me dieran lo que gastan en aguardiente y lo que se dejan en la pastelería de Botín...» Total, que con caseras como la mía, estos bribones de inquilinos están como quieren.

Tanto charló aquel hombre, que Fortunata, después de haberle rogado para que entrara, le tuvo que echar con buen modo: «Pero D. Plácido, mire que se le va á hacer tarde...»

—¡Ah!, sí... ¡La culpa la tiene usted, que es lo más habladora!... Abur, abur...

Fortunata no salía nunca á la calle. Ella misma se arreglaba su comida, y Segunda, que tenía puesto en la plazuela, le traía la compra.

En los días que siguieron á la primera visita del administrador de la casa, no pudo la prójima apartar de su pensamiento á la que por tan breve espacio de tiempo fué su amiga. «¡Quién le había de decir á ella y quién me había de decir que viviría en su casa! ¡Qué vueltas da el mundo! En aquellos días, ni á mí se me pasaba por la cabeza venirme aquí, ni esta casa era tampoco de ella. Y cuando D. Plácido le cuente que soy su inquilina, ¿qué dirá? ¿Se pondrá furiosa y querrá echarme á la calle? Tal vez no, tal vez no...» Cuando esta idea ú otra semejante le refrescaba el recuerdo de la inaudita escena y al-

tercado en el gabinete de la santa, sentía la pobre mujer que la conciencia se le alborotaba, y no podía aplacarla ni aun arguyéndose que *la otra la había provocado*. «Me cegué, no supe lo que hice. De veras digo que si tuviera ocasión, le habría de decir á doña Guillermina que me perdonara.»

La soledad en que vivía, favoreciendo en ella esta resurrección mental de lo pasado, inspirábale juicios muy claros de sus acciones y sentimientos. Todo lo veía entonces transparentado por la luz de la razón, á la distancia que permite apreciar bien el tamaño y forma de los objetos, así como la paz del claustro permite á los fugitivos del mundo ver los errores y maldades que cometieron en él. «Y á Jacinta, ¿le pediría yo perdón?», se preguntaba sin acertar con la respuesta. Tan pronto se le ocurría que sí como que no. La Delfina la había ofendido y ultrajado, cuando ella no hacía más que contarle á la santa sus penas y el conflicto en que estaba. Por fin, á fuerza de meditar en ello, amasando sus ideas con la tristeza que destilaba su alma, empezó á prevalecer la afirmativa. Ciertó que debía pedirle perdón por el intento que tuvo de arañarle la cara, ¡qué barbaridad!, y por las palabras que se dejó decir. Mas para que esta idea triunfase por completo, faltaba aclarar el siguiente punto:

¿Había faltado Jacinta con el señor de More-

no? Porque si había faltado, allá se iba la una con la otra, y tan buena era Juana como Petra. Nunca pudo la señora de Rubín llegar en sus cavilaciones á una solución terminante en este punto obscurísimo. Ya afirmaba la culpabilidad de la *mona del Padre Eterno*, ya la negaba. «Daría yo cualquier cosa—exclamaba invocando al cielo—por saber esa verdad, que ahora no saben más que Dios y ella, pues el tercero que la sabía se ha muerto. La sabrá también el confesor de Jacinta, si es que lo ha confesado. Pero nadie más, nadie más. Pues no sé qué daría yo por salir de la duda. Esta curiosidad me quema la sangre... Flojilla diferencia va de una cosa á otra... Si pecó, todo varía en mí, y no me rebajo yo á pedirle perdón; pero si no faltó... ¡ay!, la dichosa *mona* me tiene debajo de su pie como tiene San Miguel al diablo.»

De aquí pasaba á otro eslabón de ideas: «Y ahora estamos las dos de un color. A ninguna de las dos nos quiere. Estamos lucidas... Ambas nos podríamos consolar... porque en mi terreno, yo soy también virtuosa, quiere decirse que yo no le he faltado con nadie; y si ella se hace cargo de esto, bien podría venir á mí, y entre las dos buscaríamos á la pindongona que nos le entretiene ahora, y la pondríamos que no habría por donde cogerla... Vamos á ver: ¿por qué Jacinta y yo, ahora que estamos iguales, no habíamos de tratarnos? Por más que digan, yo me he afi-

nado algo. Cuando pongo cuidado digo muy pocos disparates. Como no se me suba la mostaza á la nariz, no suelto ninguna palabra fea. Las señoras Micaelas me desbastaron, y mi marido y doña Lupe me pasaron la piedra pómez, sacándome un poco de lustre. ¿Por qué no nos habíamos de tratar, olvidando aquellas bromas que nos dijimos?... Esto en el caso de que sea honrada, porque si no, no me rebajo. Cada una tiene su aquel de honradez.»

Pasaba sin pensarlo á otro eslabón: «Pero ella no querrá... Tiene mucho orgullo y mucho tupé, mayormente ahora, que se la comerá la envidia. ¡Ah!, que no me venga ahora hablando de sus derechos... ¿Qué derechos ni qué pamplinas? Esto que yo tengo aquí *entre mí*, no es humo, no. ¡Qué contenta estoy!... El día en que *esa* lo sepa, va á rabiar tanto, que se va á morir del berrinchín. Dirá que es mujer legítima... ¡Humo! Todo queda reducido á unos cuantos latines que le echó el cura, y á la ceremonia, que no vale nada... Esto que yo tengo, señora mía, es algo más que latines; fastidiese usted... Los curas y los abogados, ¡mala peste cargue con ellos!, dirán que esto no vale... Yo digo que sí vale; es mi idea. Cuando lo natural habla, los hombres tienen que callar la boca.»

Y su convicción era tan profunda, que de ella tomaba fuerza para soportar aquella vida solitaria y tristesima.

II

Una mañana, al levantarse, vió que había caído durante la noche una gran nevada. El espectáculo que ofrecía la plaza era precioso: los techos enteramente blancos; todas las líneas horizontales de la arquitectura y el herraje de los balcones, perfilados con purísimas líneas de nieve; los árboles ostentando cuajarones que parecían de algodón, y el Rey Felipe III con pelliza de armiño y gorro de dormir. Después de arreglarse volvió á mirar la plaza, entretenida en ver cómo se deshacía el mágico encanto de la nieve, cómo se abrían surcos en la blancura de los techos, cómo se sacudían los pinos su desusada vestimenta, cómo, en fin, en el cuerpo del Rey y en el del caballo se desleían los copos y chorreaba la humedad por el bronce abajo. El suelo, á la mañana tan puro y albo, era ya al mediodía charca cenagosa, en la cual chapoteaban los barrenderos y mangueros municipales, disolviendo la nieve con los chorros de agua y revolviéndola con el fango para echarlo todo á la alcantarilla. Divertido era este espectáculo, sobre todo cuando restallaban los airosos surtidores de las mangas de riego, y los chicos se lanzaban á la faena armados con tremendas escobas. Miraba esto Fortunata, cuando de repen-

te... ¡ay, Dios mío! vió á su marido; era él, Maximiliano, que entraba en la plaza por el arco del Siete de Julio, y tuvo que retroceder saltando más que de prisa, porque el chorro de agua le cortó el paso. Instintivamente se quitó la joven de su ventana; pero después se volvió á asomar, diciéndose: «Si aquí no puede verme... Lo que menos piensa él es que está tan cerca de mí... Vamos; da la vuelta... Se ha metido por los soportales. Sin duda va al café de Gallo á reunirse con su hermano, la otra cabeza de campanario. ¿Pero cómo es que le dejan salir solo? ¿Se habrá puesto bueno? ¿Estará mejor? ¡Pobre chico!...»

Y no se volvió á acordar más de él hasta la noche, cuando estaba acostada, sola en la casa, pues su tía no había entrado aún.

«Es una barbaridad que le dejen salir solo á la calle. El mejor día hace cualquier desavío y da un disgusto... Pues ahora que le he visto suelto, voy á tener miedo, y me pondré á discurrir si se meterá aquí el mejor día... La suerte es que no sabrá donde estoy; buen cuidado tengo yo de que no lo sepa. ¿Pero quién está segura de ningún secreto en estos tiempos? A lo mejor, cualquier chusco se lo canta y ya tenemos jaqueca para rato... ¡Como no le dé por venir á matarme!... Eso tendrá que ver. Pero muy descuidada habría de cogerme, porque le desahogo yo de un par de porrazos... Pero, ¿y si entra, se esconde, me acecha, y ¡pim! me pega

un tiro?... No; yo tengo que estar con mucho cuidado. Ni á Cristo le abro yo la puerta. Y voy á decirle á mi tía que necesito tomar una criada. Una chiquilla modosa y dispuestilla, así como Papitos, me vendría muy bien. ¡Sola todo el día en esta jaula!... ¡Ah!, gracias á Dios; ya siento el llavín de mi tía, que entra. ¿Será ella, ó será alguno que le ha quitado el llavín y viene á matarme?... Tía, tía, ¿es usted?

—Yo soy; ¿qué se te ocurre?...

—Nada; ya estoy tranquila. Es que me da mucho miedo de estar sola, y me parece que entran ladrones, asesinos y qué sé yo...

Ninguna noche conciliaba el sueño antes de que diera las doce el reloj de la Casa-Panadería. Oía claramente algunas campanadas; después el sonido se apagaba alejándose, como si se balanceara en la atmósfera, para volver luego y estrellarse en los cristales de la ventana. En el estado incierto del crepúsculo cerebral, imaginaba Fortunata que el viento venía á la plaza á jugar con la hora. Cuando el reloj empezaba á darla, el viento la cogía en sus brazos y se la llevaba lejos, muy lejos... Después volvía para acá, describiendo una onda grandísima, y retumbaba ¡plam! tan fuerte como si el sonoro metal estuviera dentro de la casa. El viento pasaba con la hora en brazos por encima de la Plaza Mayor, y se iba hasta Palacio, y aún más allá, cual si fuera mostrando la hora por toda la

villa y diciendo á sus habitantes: «Aquí tenéis las doce, tan guapas.» Y luego tornaba para acá, ¡plam!... ¡ay! era la última. El viento entonces se largaba refunfuñando. Otras noches se entretenía la joven discuriendo que la hora de la Puerta del Sol y la hora de la Panadería se enzarzaban. Empezaba ésta, y le respondía la otra. De tal modo se confundían los toques, que no conociera aquella hora ni la misma noche que la inventó. Las doce de acá y las doce de allá eran una disputa ó guirigay de campanadas. «Vamos, que también se oye la Merced... Tantísima hora, tantísima hora, y no sabe una si son las doce ó qué...»

Para tener compañía y servicio, tomó por criada á una niña, hija de una de las placentas amigas de Segunda. Llamábase Encarnación, y parecía muy formalita. Su ama le leyó la cartilla el primer día, diciéndole: «Mira: si algún sujeto que tú no conoces, por ejemplo, un señorito flaco, de mal color, así un poco alborotado, te pregunta en la calle si vivo yo aquí, dices que no. No abras nunca la puerta á ninguna persona que no sea de casa. Lllaman, miras, y vienes y me dices: «Señorita, es un hombre ó una mujer de estas y estas señas.» Conque fíjate bien en lo que te mando. Tu tía te habrá hecho la misma recomendación. Si no nos obedeces, ¿sabes lo que hacemos? Pues cogerte y mandarte á la cárcel. Y no creas que te van á sacar;

allí te estarás lo menos, lo menos, tres años y medio.»

La chica cumplía estas órdenes al pie de la letra. Un domingo llamaron. «Señorita, ahí está un hombre con barbas largas, muy aseñorado... y tiene la voz así, como *respetosa*.» Miró Fortunata por los agujeros de la chapa. Era Ballester. «Dile que pase.» Se alegraba de verle para saber lo que ocurría en la familia, y para que le contara por qué demonios andaba suelto Maxi por esas calles.

De tan gozoso, estaba turbado el bueno del farmacéutico. Venía vestido con los trapitos de cristianar, peinado en la peluquería, con una raya muy bien sacada desde la frente á la nuca, y las mechas negras chorreando olorosa grasa, las botas nuevas y sombrero de copa muy lustroso. «¡Qué deseos tenía de verla á usted!... No me atrevía á venir... Pero doña Lupe me ha instado tanto para que venga, que al fin... No, no, no tema que Maximiliano descubra donde usted está. Hay mucho cuidado para que no se entere de nada. Y eso que ahora, si viera usted, ha recobrado la razón; parece que está juiciosísimo; habla de todo con tino, y no hace ningún disparate.»

Fortunata estaba algo cohibida, pues á pesar de la convicción de que hacía gala con respecto á ciertas legitimidades, le daba vergüenza de no poder disimular ya su estado ante un

amigo de la familia de Rubín. Se puso muy colorada cuando Segismundo le dijo esto: «Doña Lupe me ha dado un recadito para usted. Me ha encargado decirle si quiere que le avise á don Francisco de Quevedo... Es hombre que sabe su obligación, muy cuidadoso y muy hábil...»

—No sé; veremos... lo pensaré... todavía...— balbució ella cortadisima, bajando los ojos.

—¿Cómo todavía? Me ha dicho doña Lupe que será en Marzo. Estamos á 20 de Febrero. No, no se descuide usted... que á lo mejor podría verse sorprendida... Estas cosas deben prepararse con tiempo.

Tomando una actitud galante, añadió: «Porque yo me intereso vivamente por usted en todas las circunstancias, en todas absolutamente. Soy el mismo Segismundo de siempre; y cuando usted necesite de un amigo leal y callado, acuérdesese de mí...»

Y elevando el tono casi hasta lo patético, saltó de repente con esto: «No me vuelvo atrás de nada de lo que he dicho á usted en otras ocasiones.» Como ella aparentase no interesarse en este giro de la conversación, volvió Ballester á tomar el tono fraternal de esta manera: «Me voy á permitir hablar á Quevedo. Debemos estar prevenidos... Le diré que venga á ver á usted... Es persona de confianza, y ya sabe él que no tiene que decir nada al amigo Rubín.»

Lo que tenía á Fortunata muy sorprendida y

maravillada era el interés que mostraba hacia ella, según le dijo el regente, la viuda de Jáuregui.

«Yo no sé lo que es, amiga mía; pero *la ministra*, de unos días á esta parte, me ha preguntado como unas seis veces si la había visto á usted... «Yo no voy—me dijo,—pero hay que mirar algo por ella y no abandonarla como á un perro.» Por esto me decidí á venir, y ahora me alegro, porque veo que usted me ha recibido, y que continuaremos siendo buenos amigos. Que damos en que vendrá Quevedo. Sí; preparémonos, porque estas cosas unas veces se presentan bien y otras mal. No le faltará á usted nada. ¡Qué caramba! Hay que afrontar las situaciones, y... ¡Oh! ¡qué cabeza ésta! ¿Pues no se me olvidaba lo mejor? (Metiéndose la mano en el bolsillo.) *La ministra* me ha dado para usted este paquetito de dinero. Por fuera está escrita la cantidad: mil doscientos cincuenta y dos reales. Debe de ser lo que le corresponde á usted por réditos de algún dinero. Para concluir: siempre que se le ofrezca á usted alguna cosa, sea del orden que fuese, piensa usted un rato, y dice: «¿A quién acudiré yo? Pues á ese tarambana de Segismundo.» Con mandarme un recadito... Aunque yo cuidaré de venir algún domingo ó los ratos que tenga libres, porque ahora, como estoy solo con Padilla, dispongo de muy poquito tiempo. Si pudiera, vendría mañana y tarde todos

los días, contando con su permiso. Pero en este pícaro mundo se llega hasta donde se puede, y el que, impulsado por el querer, va más allá del poder, cae y se estrella.»

Repitió sus ofrecimientos y se fué, dejando á Fortunata la impresión de que no estaba tan sola como creía, y de que el tal Segismundo era, en medio de sus tonterías y extravagancias, un corazón generoso y leal. Mucho le extrañaba á la infeliz joven que Aurora no hubiese ido á verla, y sintió que se le olvidara, durante la visita del regente, preguntar á éste por *las Samaniegas*. Pero ya se lo preguntaría cuando volviese.

Con el cambio de vida y domicilio, reanudó la señora de Rubín algunas relaciones de familia que estaban absolutamente quebrantadas, siendo de notar entre ellas la de José Izquierdo, que empezando por ir á cenar con su hermana y sobrina algunas noches, acabó, conforme á su genial parasitario, por estar allí todo el tiempo que tenía libre. Fortunata encontró á su tío transfigurado moralmente, con un reposo espiritual que nunca viera en él, suelto de palabra, curado de su loca ambición y de aquel negro pesimismo que le hacía renegar de su suerte á cada instante. El bueno de *Platón*, encontrando al fin el descanso de su vida vagabunda, se había sentado en una piedra del camino, á la sombra de frondoso árbol cargado de fruto (valga la

figura), sin que nadie le disputase el hartarse de ella. No existía por aquel entonces en Madrid un *modelo* mejor, y los pintores se lo disputaban. Veíase Izquierdo acosado, requerido; recibía esquelas y recados á toda hora, y le desconsolaba el no tener tres ó cuatro cuerpos para servir con ellos al arte. Ni había oficio en el mundo que más le cuadrase, porque aquello no era trabajar, ¡qué demonio!; era *retratarse*, y el que trabajaba era el pintor, poniendo en él sus cinco sentidos y mirándole como se mira á una novia. En aquellos días de Febrero del 76, como se pusiera á hablar con su hermana y sobrina de las muchas obras que traía entre manos, no acababa. En tal estudio hacía de *Pae Eterno*, en el momento de estar fabricando la luz; en otro de Rey D. Jaime, á caballo, entrando en Valencia. Allí de Nabucodonosor, andando á cuatro patas; aquí de un *tío en pelota que le llaman Eneas*, con su padre, á *la pela*. «Pero lo mejor que estamos pintando ahora... y que lo vamos sacando *de lo fino*..., es aquel paso de Hernán Cortés cuando manda dar fuego á las judías naves...» Ganaba mi hombre todo lo que necesitaba, y era venturoso, y la sujeción del día la compensaba con las largas expansiones de charla y copas que se daba de noche en algún café, convidando á los amigos. A su sobrina le prestaba servicios, haciéndole cuantos encargos eran compatibles con sus tareas artísticas. Solía ella enviarle con algún

mensaje á casa de su costurera, ó se valía de él para recados y compras. Más de una vez le mandó á la gran tienda de Samaniego por tela ó encajes para el ajuar que estaba haciendo; pero siempre le encargaba que no la descubriese allí, pues ya que Aurora no había ido á verla, lo que propiamente era una falta de educación, y hablando mal y pronto, una cochinada, no quería ella tampoco aparentar que solicitaba su amistad; y si razones tenía *la Samaniega* para retraerse, también ella las tenía para no rebajarse. «A fina me ganará; pero á orgullosa no.»

V

La razón de la sinrazón.

I

La mejoría de Maximiliano continuaba, de lo cual coligieron su tía y su hermano que la separación matrimonial había sido un gran bien, pues sin duda la presencia y compañía de su mujer era lo que le sacaba de quicio. Todo aquel invierno continuó el tratamiento de las duchas circular y escocesa y el bromuro de sodio. Al principio, cuando no le sacaba á paseo Juan Pablo, sacábale su misma tía, teniendo ocasión de notar lo bien concertados que eran sus juicios. Observaron, no obstante, que en el caletre del joven se escondía un pensamiento relativo al paradero de su consorte, y temían que este pensamiento, aunque contenido en proporciones menudas por el renacimiento armónico de la vida cerebral, tuviera el mejor día fuerza expansiva bastante para volver á trastornar toda la máquina. Pero estos temores no se confirmaron. En Diciembre y Enero la mejoría fué tan notoria, que doña Lupe estaba pasmada y contentísima. En Febrero ya le permitieron sa-

lir solo, pues no se metía con nadie y se le habían acentuado considerablemente la timidez y la docilidad. Era como un retroceso á la edad en qué estudió los primeros años de su carrera, y aun parecía que se renovaban en él las ideas de aquellos lejanos días, y con las ideas el encojimiento en el trato, la sobriedad de palabras y la falta de iniciativa.

Su vida era muy metódica; no se le permitía leer nada, ni él lo intentaba tampoco, y siempre que iba á la calle, doña Lupe le fijaba la hora á que había de volver. Ni una sola vez dejó de entrar á la hora que se le mandaba. Para que tales días se pareciesen más á los de marras, el único gusto del joven era pasear por las calles sin rumbo fijo, á la ventura, observando y pensando. Una diferencia había entre la deambulación pasada y la presente. Aquella era nocturna, y tenía algo de sonambulismo ó de ideación enfermiza; ésta era diurna, y á causa de las buenas condiciones del ambiente solar en que se producía, resultaba más sana y más conforme con la higiene cerebro-espinal. En aquella la mente trabajaba en la ilusión, fabricando mundos vanos con la espuma que echan de sí las ideas bien batidas; en ésta trabajaba en la razón, entreteniendo en ejercicios de lógica, sentando principios y obteniendo consecuencias con admirable facilidad. En fin, que en la marcha que llevaba el proceso cerebral, le sobrevi-

no el *furor de la lógica*, y se dice esto así, porque cuando pensaba algo, ponía un verdadero empeño maniático en que fuera pensado en los términos usuales de la más rigurosa dialéctica. Rechazaba de su mente con tenaz repugnancia todo lo que no fuera obra de la razón y del cálculo, no desmintiendo esto ni en las cosas más insignificantes.

Que al poco tiempo de sentir en sí este tic del razonamiento lo aplicó al oscuro problema lógico de la ausencia de su mujer, no hay para qué decirlo. «Que vive no tiene duda; éste es un principio inconcuso que ni siquiera se discute. Ahora dilucidemos si está en Madrid ó fuera de Madrid. Si se hubiera ido á otra parte, alguna vez recibiría mi tía cartas suyas. Es así que jamás llega á casa el cartero del exterior, y cuando va es para traer alguna carta de las hermanas de mi tío Jáuregui; luego... Pero propongamos la hipótesis de que dirige las cartas á otra persona para que yo no me entere. Es inverosímil; pero propongámosla. En tal caso, ¿qué persona sería ésta? En todo rigor de lógica no puede ser doña Casta, porque la señora de Samaniego no gusta de tales papeles. En todo rigor de lógica tiene que ser Torquemada. Pero Torquemada, anteayer, entró en el gabinete de mi tía, y yo, desde el pasillo, le oí preguntarle claramente si había sabido de la señorita... Luego Torquemada no es. Luego no siendo Torquemada,

no hay intermediario de cartas; y no habiendo intermediario de cartas, no puede haber correspondencia, luego está en Madrid.»

Quedóse muy satisfecho, y después de detenerse un rato á ver un escaparate de estampas, volvió á pegar la hebra: «Podría ponerse en duda que entre ella y mi tía haya comunicación, y en caso de que no la hubiera, el problema de su residencia seguiría como boca de lobo; pero yo sostengo que hay comunicación. Si no, ¿qué significa el papelito de apuntes que sorprendí el otro día sobre la cómoda de mi tía, y en el cual, pasando al descuido la vista, distinguí este renglón que decía: *Corresponden á F. 1.252 reales?* F. quiere decir *ella*. Luego hay comunicación entre mi tía y ella, y como esta comunicación no es postal, resulta claro como la luz del día que reside en Madrid.»

Largos ratos se pasaba en este ejercicio de la razón. Á veces se decía: «Rechacemos todo lo fantástico. No admitamos nada que no se apoye en la lógica. ¿De qué vive? ¿Vivirá honradamente? No aventuremos ningún juicio temerario. Podrá vivir honradamente y podrá vivir de mala manera. Yo llegaré á descubrir la verdad enterita sin preguntar una palabra á nadie. Pues todos callan ante mí, yo callo ante todos. Veo, oigo y pienso. Así sabré todo lo que quiero. ¡Qué hermosa es la verdad; mejor dicho, estos bordes del manto de la verdad que alcanzamos

á ver en la tierra, porque el cuerpo del manto y el de la verdad misma no se ven desde estos barrios!... Dios mío, me asombro de lo cuerdo que estoy. La gente me mira con lástima, como á un enfermo; pero yo, en mí, me recreo en lo sano de mis juicios. Dichoso el que piensa bien, porque él está en grande.»

Entró en el café del Siglo, donde creía encontrar á su hermano; pero Leopoldo Montes le dijo que habiendo aceptado Villalonga la Dirección de Beneficencia y Sanidad, había encargado á Juan Pablo un trabajo delicadísimo y muy enojoso... cosa de poner en claro unas cuentas de lazaretos, y me le tenía en la oficina de sol á sol. Allí le llevaban el café. No le venia mal á Juan Pablo que el director le encargase trabajos extraordinarios, pues esto significaba confianza, y tras la confianza vendría un ascenso. Hablaron de empleos y de política, diciendo Maximiliano cosas muy buenas.

Refugio, la querida de Juan Pablo, estaba aquel invierno muy mal de ropa, y no iba al café del Siglo, sino al de Gallo, porque le cogía cerca (la pareja moraba en la Concepción Jerónima), y además porque la sociedad modesta que frecuentaba aquel establecimiento, permitía presentarse en él de trapillo ó con mantón y pañuelo á la cabeza. Agregábansele á Refugio algunas personas con quienes tenía amistad fácil y adventicia, de esas que se con-

traen por vecindad de casa ó de mesa de café. Eran un portero de la Academia de la Historia, con su esposa, y un cobrador municipal de puestos del mercado, con la suya, ó lo que fuese. Este matrimonio solía ir los domingos acompañado de toda la familia, á saber: una abuela, que había sido *victima* del 2 de Mayo, y siete menores. El café se compone de dos crujías, separadas por gruesa pared y comunicadas por un arco de fábrica; mas á pesar de esta rareza de construcción, que le asemeja algo á una logia masónica, el local no tiene aspecto lúgubre. En la segunda sala, donde se instalaba Refugio, había siempre animación campechana y confianzuda; y como el espacio es allí tan reducido, toda la parroquia venía á formar una sola tertulia. En ella imperaba Refugio como en un salón elegante en el cual fuera estrella de la moda. Dábase mucho lustre, tomando aires de señora, alardeando de expresarse con agudeza y de decir gracias que los demás estaban en la obligación de reir. Poníase siempre en un ángulo, que tenía, por la disposición del local, honores de presidencia. Cuando Maxi iba, su cuñada le hacía sentar á su lado, y le mimaba y atendía mucho, con sentimientos compasivos y de protección familiar, permitiéndose también tutearle y darle consejos higiénicos. Él se dejaba querer, y apenas tomaba parte en la tertulia, como no fuera con los silogismos que mental-

mente hacia sobre todo lo que allí se charlaba. Una noche estaba el pobre chico tomándose su café, muy callado, en la misma mesa de Refugio, cuando se fijó en dos hombres que en la próxima estaban, uno de los cuales no le era desconocido. Pensando, pensando, acertó al fin. Era Pepe Izquierdo, tío de su mujer, á quien sólo había visto una vez yendo de paseo con Fortunata por las Rondas, y ella se lo presentó. Como en el de Gallo había tanta confianza, pronto se comunicaron los de una y otra mesa. Primero se hablaba de política, después de que la guerra se acabaría á fuerza de dinero; y como la política y las guerras vienen á ser las fibras con que se teje la Historia, hablóse de la Revolución francesa, época funesta en que, según el cobrador municipal, habían sido guillotinas *muchas almas*. Oír que se hablaba de Historia y no meter baza, era imposible para Izquierdo, pues desde que se puso á *modelo* sabía que Nabucodonosor era un rey que comía hierba; que don Jaime entró en Valencia á caballo, y que Hernán Cortés era un *endivido* muy templado que se entrenia en quemar barcos. Los disparates que aquel hombre dijo acerca del *Pronunciamiento* de Francia, hicieron reir mucho á todos, particularmente al portero de la Academia de la Historia, que echaba al concurso miradas desdenosas, no queriendo aventurar una opinión, que habría sido lo mismo que arrojar margaritas

á cerdos. Mas el compañero de *Platón*, persona enteramente desconocida para Maxi, debía de ser uno de los sujetos más eruditos que en aquel local se habían visto nunca, y cuando rompió á hablar, se ganó la atención del auditorio. Tenía la cara granulosa y el pescuezo como el de un pavo, con una nuez muy grande, el pelo como escobillón, y se expresaba en términos muy distintos del gárrulo lenguaje de su amigo: «Al Rey Luis XVI—dijo—y á la Reina Doña Maria Antonieta les cortaron la cabeza, naturalmente, porque no querían darle libertad al pueblo. Por eso hubo, naturalmente, aquel gran pronunciamiento, y todo lo variaron, hasta los nombres de los meses, señores, y hasta abolieron la vara de medir y pusieron el metro, y la religión también fué abolida, celebrándole las misas, naturalmente, á la diosa Razón.»

Tanta sabiduría impresionó á Maxi, que al punto se desató á charlar con Ido del Sagrario, pues no era otro el docto amigo de Izquierdo, y estuvieron poniendo comentarios á los trágicos sucesos del 93. «Porque mire usted: cuando el pueblo se desmanda, los ciudadanos se ven indefensos, y francamente, naturalmente, buena es la libertad; pero primero es vivir. ¿Qué sucede? Que todos piden orden. Por consiguiente, salta el dictador, un hombre que trae una macana muy grande, y cuando empieza á funcionar la macana, todos la bendicen. Ó hay lógica ó no

hay lógica. Vino, pues, Napoleón Bonaparte, y empezó á meter en cintura á aquella gente. Y que lo hizo muy bien, y yo le aplaudo, sí, señor, yo le aplaudo.»

—Y yo también—dijo Maxi con la mayor buena fe, observando que aquel hombre razonaba discretamente.

—¿Quiere esto decir que yo sea partidario de la tiranía?...—prosiguió Ido.—No, señor. Me gusta la libertad; pero respetando... respetando á Juan, Pedro y Diego... y que cada uno piense como quiera; pero sin desmandarse, sin desmandarse, mirando siempre para la ley. Muchos creen que el ser liberal consiste en pegar gritos, insultar á los curas, no trabajar, pedir aboliciones y decir que mueran las autoridades. No, señor. ¿Qué se desprende de esto? Que cuando hay libertad mal entendida y muchas aboliciones, los ricos se asustan, se van al extranjero, y no se ve una peseta por ninguna parte. No corriendo el dinero, la plaza está mal, no se vende nada, y el bracero, que tanto chillaba dando vivas á la Constitución, no tiene que comer. Total, que yo digo siempre: «Lógica, liberales», y de aquí no me saca nadie.

—Este hombre tiene mucho talento—pensaba Rubín, apoyando con movimientos de cabeza la aseveración de aquel sujeto.

Y cuando, al despedirse, Ido le dió su nombre, agregando que era profesor de primeras letras

en las escuelas católicas, Maximiliano discurrió que no estaba en armonía la humildad del empleo con el saber y la destreza dialéctica que aquel individuo mostraba.

Al siguiente día por la tarde Maxi fué á Gallo, y no estaban, de las personas conocidas, más que el cobrador municipal y José Izquierdo. Este había dejado en la silla próxima un envoltorio. Mirólo el joven con disimulo, y vió que era algo como ropa ó calzado, cubierto con un pañuelo. Tan mal hecho estaba el atadizo, que al mover la silla se descubrió una bota elegante con caña color de café. Al verla Rubín, sintió como si le cayera una gota fría en el corazón. «Esa bota es de ella... ¡ay, de ella es!... La conozco como conozco las mías. No la lleva á componer, porque está casi nueva. La lleva de muestra para que le hagan otro par. Es muy presumida en cuestiones de calzado. Le gusta tener siempre tres ó cuatro pares en buen uso. ¿Y por qué no las lleva ella? Porque no sale. Luego está enferma... Enferma, ¿de qué?»

II

Platón se despidió de su amigo y cogió el lío, diciendo que tenía que ir á la calle del Arenal.

«Justo—discurrió Maxi sin decir una palabra.—Allí está su zapatero. Arenal, 22... Lo que

me falta saber, podría averiguarlo siguiendo á ese bárbaro. Pero no... Con la lógica y sólo con la lógica lo averiguaré. ¿Para qué quiero esta gran cordura que ahora tengo? Con mi cabeza me gobierno yo solo.»

Después, cuando entraron Ido, Refugio y otras personas, estuvo muy comunicativo, discurrendo admirablemente sobre todo lo que se trató, que fué la insurrección de Cuba, el alza de la carne, lo que se debe hacer para escoger un bonito número en la lotería, la frecuencia con que se tiraba gente por el Viaducto de la calle de Segovia, el tranvía nuevo que se iba á poner y otras menudencias.

Un día de los primeros de Marzo, Maxi, al dirigirse al café, vió á Izquierdo en los soportales de la Casa-Panadería, y á punto que le saludaba, pasó y se detuvo el cobrador municipal. Este y José cambiaron unas palabras.

—En seguida voy al café—dijo el *modelo* mostrando varios paquetes á su amigo, que los miraba con curiosidad.—Subo á largar esto: Varas de cinta... jabón... demonios, dátiles. Voy cargado como un santísimo burro.

Maximiliano siguió hacia el café, y observando que *Platón* tomaba hacia la calle de Ciudad Rodrigo, miró su reloj.

—¡Dátiles!... ¡Cuántos le he comprado yo! Las golosinas la venden. Se despepita por ellas...—pensó el razonador, penetrando en el estableci-

miento, sin ver nada de lo que en él había.— Come dátiles... luego no está mala; los dátiles son muy indigestos. Y puesto que ella los come, la causa del no salir no es enfermedad... Luego es otra cosa...

Y viendo entrar á Izquierdo, volvió á mirar su reloj. «Ha tardado doce minutos. Luego la casa está cerca... Doce minutos: pongamos cuatro para subir la escalera, dos para bajarla... Y está cansado el hombre; debe de ser alta la escalera... La casa está cerca. La descubriremos por la lógica. Nada de preguntas, porque no me lo dirían; ni seguir á este animal, porque eso no tendría mérito. Cálculo, puro cálculo...»

Izquierdo y el cobrador municipal le convidaron á unas copas; pero él no quiso aceptar, porque le repugnaba el aguardiente. Oyóles la conversación sin aparentar oírla, aunque nada interesante tenía para él, pues versó sobre si la Villa iba á suprimir tantas y cuantas mulas del ramo de jardines y paseos para repartirse la cebada entre los concejales. Después el recaudador sacó á relucir no sé qué asunto de familia, quejándose de las continuas enfermedades de su esposa, de lo que Izquierdo tomó pie para decir unas cuantas barbaridades sobre las ventajas de no tener familia que mantener. «Musotros los viudos estamos como queremos», dijo volviéndose á Maxi y dándole un palmetazo en el hombro. El pobre muchacho hizo como que aproba-

ba la idea, sonriendo, y para sí dió unas cuantas vueltas al manubrio de la lógica: «Se te ha encargado que no descubras nada; se te ha dicho que tengas mucho cuidado con lo que hablas delante de mí, dromedario, y tú, como todos, te empeñas en meterme en la cabeza la idea de que estoy viudo. No cuentas con que mi cabeza es un prodigio de claridad y raciocinio. A buena parte vienes. Verás cómo destruyo tus sofismas y mentiras. Verás lo que puede el cálculo de un cerebro lleno de luz... ¡Conque yo viudo! Lo mismo que mi tía, que me dijo ayer: «Desde que *enviudaste*, pareces otro...» Me conviene hacerles creer que me lo trago. Con mi lógica me las arreglo admirablemente y me río del mundo. ¡Qué bonita es la lógica; pero qué bonita! ¡Y qué hermosura tener la cabeza como la tengo ahora, libre de toda apreciación fantasmagórica, atenta á los hechos, nada más que á los hechos, para fundar en ellos un raciocinio sólido!... Pero vámonos á mi casa, que mi tía me espera.»

Tres días después de esto, al entrar en la botica, notó que Ballester y Quevedo hablaban, y que al verle llegar á él se callaron súbitamente. Como había adquirido facilidad para la apreciación de los hechos, aquél se le reveló claramente. Segismundo y el comadrón trataban de algo que no querían oyesé Maximiliano. Para disimular le preguntaron á él por su salud, y á

poco dijo Quevedo al farmacéutico en tono muy misterioso: «¿Ha preparado usted el cornezuelo de centeno? Basta con eso por ahora.»

—Qué tal, ¿paseamos mucho, joven?—agregó en alta voz volviendo hacia Maxi su cara de caimán, en la cual la sonrisa venía á ser como una expresión de ferocidad.—Vamos bien, vamos bien. Al fin podrá usted volver á sus ocupaciones ordinarias. Ya decía yo que en cuanto estuviera usted libre... por aquello de *muerto el perro se acabó la rabia*.

Rubín contestó afirmativamente y con amabilidad. Después observó que Ballester sacaba de un cajón un paquetito de medicamento y se lo daba al señor de Quevedo, diciéndole: «¡Lléveselo usted; lo he pulverizado yo mismo con el mayor esmero. La antiespasmódica la llevaré yo.» El comadrón tomó el paquete y se fué.

A poco entró *doña Desdémona* preguntando por su marido, y pudo observar el joven que Ballester le hizo señas, llamándole la atención sobre la presencia de Maxi, pues la señora empezó diciendo: «¿Ha ido otra vez á la Cava?» Aquello se arregló, y *doña Desdémona* invitóle á que la acompañase á su casa, lo que él hizo de bonísima gana, remolcándola del brazo por la escalera arriba. Conversando estuvieron largo rato, y la señora de Quevedo le enseñaba sus jaulas de pájaros, canarias en cría, un jilguero que sacaba agua del pozo y comía extrayendo

el alpiste de una caja, con otras curiosidades ornitológicas de que tenía llena la casa. Á la hora de comer entró Quevedo muy fatigado, diciendo: «No hay nada todavía...» Y como vió allí al sobrino de doña Lupe, no dijo más.

Cuando Maximiliano se retiró, iba desarrollando en su mente la más prodigiosa cadena de razonamientos que en aquellas cavidades se había visto. «¿Ves cómo salió? Lo que fulminó en mi cabeza como un resplandor siniestro del delirio, ahora clarea como luz cenital que ilumina todas las cosas. Vaya, hasta poeta me estoy volviendo. Pero dejémonos de poesías; la inspiración poética es un estado insano. Lógica, lógica, y nada más que lógica. ¿Cómo es que lo averiguado hoy por procedimientos lógicos, fundados en datos é indicios reales, existió antes en mi mente como los rastros que deja el sueño ó como las ideas extravagantes de un delirio alcohólico? Porque esto no es nuevo para mí. Yo lo pensé, yo lo concebí envuelto en impresiones disparatadas y confundido con ideas enteramente absurdas. ¡Misterios del cerebro, desórdenes de la ideación! Es que la inspiración poética precede siempre á la verdad, y antes de que la verdad aparezca traída por la sana lógica, es revelada por la poesía, estado morbosos... En fin, que yo lo adiviné, y ahora lo sé. El calor se transforma en fuerza. La poesía se convierte en razón. ¡Qué claro lo veo ahora! Vive en la

Cava, en la Cava, en la misma casa tal vez donde vivió antes. Se esconde para que no la vea nadie. El suceso se aproxima. La asiste Quevedo. Para ella son el cornezuelo de centeno y la antiespasmódica. ¡Ah! ¡cómo me río yo de estos imbeciles que creen que me engañan!... ¡Engañarme á mí, que estoy ahora más cuerdo que la misma cordura! ¡Dios mio, qué talento tengo! ¡Qué manera de discurrir!... ¡Estoy asombrado de mí mismo, y compadezco á mi tía, á Ballesster, á todos los que hacen delante de mí esta comedia! «Todavía no hay nada», fué lo que dijo Quevedo al volver de la Cava. Presunción equivocada, falsos síntomas. Luego la cosa está próxima. Estamos en Marzo. Bien; no me falta más que averiguar la casa. Si me dejara llevar de la inspiración, aseguraría que es la misma casa aquella, la de los escalones de piedra. Pero no; procedamos con estricta lógica, y no aseguremos nada que no esté fundado en un dato real.»

Al día siguiente estuvo con su hermano en el café del Siglo y después en el de Gallo, con Refugio. Era el 19 de Marzo, y los que se llamaban José convidaban á toda la tertulia. Ido del Sagrario se negaba á tomar copas, y su amigo Izquierdo, que bebía aguardiente como si fuera agua, se burlaba de la sobriedad del profesor de instrucción primaria, el cual aseguró haber *comido fuerte* y no hallarse muy bien del estómago. Poco á poco se iba desprendiendo el buen Ido de

la masa de gente que formaba la tertulia, retirándose de silla en silla, hasta que Maxi le vió en la mesa más lejana, ensimismado, los codos sobre el mármol y la cabeza en las palmas de las manos. Fuese hacia él, movido de lástima, y le preguntó lo que tenía. «Amigo—le dijo Ido con voz cavernosa, mostrando su cara descompuesta, —¿ve usted cómo me tiembla el párpado derecho? Pues es señal de que me estoy poniendo malo... pero no tiene usted idea de lo malo que me pongo.»

—Vamos, D. José, eso no es más que aprensión (tratando de llevarle al grupo principal).

—Déjeme usted... Se ríen de mí, porque desbarro mucho... Tiempo hacía que no me daba esto; pero lo veo venir, lo veo venir.. Ya, ya me entra, y no lo puedo remediar. Tendré que ausentarme para que no se burlen de mí. Porque me pongo perdido... Me pongo como si bebiera mucho aguardiente, y ya ve usted que no lo cato... no lo cato, créamelo usted, caballero. Usted es el único que no se reirá de mí; usted comprende mi desgracia y me compadece.

—Don José... que se le quiten esas cosas de la cabeza—le dijo el otro, oficiando de hombre sedado y razonable.

—¡Ah!... pues quíteme del campo de mi vida los hechos... (tocándole amigablemente el brazo). Porque somos esclavos de las acciones ajenas, y las nuestras no son la norma de nuestra

vida. Así es el mundo. De nada le vale á usted ser honrado, si la maldad de los demás le obliga á hacer una barbaridad.

—Eso está muy bien discurrido.

—¡Oh!, la desgracia vuelve sabios á los tontos... No, no somos dueños de nuestra vida. Estamos engranados en una maquinaria, y andamos conforme nos lleva la rueda de al lado. El hombre que hace el disparate de casarse, se engrana, se engrana, ¿me entiende usted?, y ya no es dueño de su movimiento.

—Entiendo, sí...

—Pues no me acuse usted si oye que he cometido un crimen (hablándole al oído), porque los que tenemos la desgracia de ser esposos de una adúltera... los que tenemos esa desgracia, no podemos responder de aquel mandamiento que dice: *no matar*. Creo que es el quinto.

—Sí, el quinto es—dijo Maxi, que sentía una corriente fría pasándole por el espinazo.

—Y aquí donde usted me ve... (echándose para atrás y expresándose siempre en voz muy baja), hoy mato yo...

Esto, aunque dicho muy quedamente, fué oído de Izquierdo, que rompiendo á reir, soltó esta andanada: «¡Pues no dice este judío *Dio* que hoy mata él!... ¿En qué plaza, camaraita?»

Las carcajadas atronaban el café, y Rubín se acercó al grupo principal, diciendo con la mayor serenidad del mundo y en tono de benevolencia

y compasión: «Señores, no burlarse de este pobre señor que no tiene la cabeza buena. Un trastorno mental es el mayor de los males, y no es cristiano tomar estas cosas á broma. Denle un poco de agua con aguardiente.»

Se la ofrecieron; pero Ido no la quiso tomar. Amorraba la cabeza entre los brazos cruzados sobre el mármol, y el dueño del establecimiento, mirándole con sorna, le decía: «Aquí no se duermen monas. A dormirlas á la calle.» Maxi trató de hacerle levantar la cabeza. «D. José, á usted le convendría tomar duchas y también unas pildoritas de bromuro de sodio. ¿Quiere que se las prepare? Es el tratamiento más eficaz para combatir eso... Digamelo usted á mí, que durante una temporada he estado como usted... muchísimo peor. Yo inventaba religiones; yo quería que todo el género humano se matara; yo esperaba el Mesías... Pues aquí me tiene tan sano y tan bueno.»

Y volviendo al grupo principal: «Nada, hay que dejarle. Eso le pasará. ¡Pobrecito, me da mucha lástima!»

De repente, D. José se levantó de su asiento y salió de estampia, entre la risa y chacota de toda la partida. Maxi quiso salir detrás, pero Refugio le tiró de los faldones y le hizo sentar á su lado: «Déjalo tú, ¿qué te importa?» Y arreció el tumulto por la entrada de otros Pepes, y el amo del café, que también era algo José, repar-

tió puros y ron con marrasquino. Algunos se empeñaron en que Maximiliano bebiese; pero ni él quería, ni Refugio se lo hubiera permitido, atenta siempre á cuidar de su preciosa salud. Lo que hacía el excelente muchacho era reir con la mayor buena fe todas las gracias que allí se decían, hasta las más zafias y groseras, aunque sin participar mucho de la estrepitosa alegría de aquella gente.

III

Comió Rubín aquella noche sosegadamente con su tía, contándole algo de lo que había visto y oído en el café; á lo que respondió la gran señora expresándole su deseo de que no fuese más á aquel establecimiento, por estar muy lejos y porque en él siempre encontraría una sociedad inculta y ordinaria. El joven parecía conformarse con esta idea, y aseguró que no volvería más. Después fué con su tía á casa de Samaniego, y mientras duró la tertulia, permaneció apartado de ella, labrando y puliendo su idea. «Es en la casa de los escalones de piedra... Después que echó aquel brindis estúpido, Izquierdo habló de subir á gatas á casa de su hermana, y de bajar rodando por los escalones de piedra... Ya sé, pues, dónde está. Ahora hay que proceder con sigilo y decisión. Llegó la hora de castigar. El

honor me lo pide. No soy un asesino, soy un juez. Aquel desgraciado hombre lo decía: «Estamos engranados en la máquina, y la rueda próxima es la que nos hace mover. Sus dientes empujan mis dientes, y ando.»

—¿Por qué suspiras, hijo?—le preguntó su tía observándole caviloso y suspirante.

Contestó evasivamente, y á poco re retiraron, no sin que *doña Desdémona* invitase al joven á pasar en su casa la mañana siguiente. Le enseñaría todos sus pájaros y le daría de almorzar. Aceptada esta fineza, Maxi se personó en casa de Quevedo desde la nueve, hora en que la señora aquella se hallaba en la plenitud de sus funciones, limpiando jaulas, revisando nidos, examinando huevos y sosteniendo con éste y el otro volátil pláticas muy cariñosas. Su obesidad no le impedía ser ágil y diligentísima en aquella faena. Gastaba una bata de color de almagre, y como su figura era casi esférica, no parecía persona que anda, sino un enorme queso de bola que iba rodando por las habitaciones y pasillos. No tardó en asociar al chico á sus operaciones, enseñándole á distribuir el alpiste á toda la familia. Con algunos sostenía *doña Desdémona* conversaciones maternas. «¿Qué dices tú, chiquitín de la casa... gloria mía?... A ver, ¿tiene el niño mucha hambre?... ¡Ay, qué pico me abre este hijo!» Y los trinos ensordecían la casa. Con verdadero ahinco, Maximiliano se-

guía torneando en su cabeza las ideas de la noche anterior. «La mataré á ella y me mataré después, porque en estos casos hay que poner el pleito en manos de Dios. La justicia humana no lo sabe fallar.»

—¡Qué mala es esta pájara!—decía *doña Desdémona*;—no sabe usted lo mala que es. Ha matado ya tres maridos... y de los hijos no hace caso. Si no fuera por el macho, que es, ahí donde usted le ve, toda una persona decente, los pobrecitos se morirían de hambre.

—Hay que perdonarla—replicó Maxi con humorismo,—porque no sabe lo que se hace... Y si la fuéramos á condenar, ¿quién le tiraría la primera piedra?

—Vamos ahora á los pericos, que ya están alborotados.

«La lógica exige su muerte—pensaba Rubín colgando cuidadosamente una jaula en que había muchos nidos.—Si siguiera viviendo, no se cumpliría la ley de la razón.»

La renovación del alpiste y del agua daba á aquellos infelices y graciosos seres aprisionados una alegría insensata, y poniéndose todos á piar y á cantar á un tiempo, no era posible que se entendieran las personas que entre ellos estaban. *Doña Desdémona* hablaba por señas. Maxi parecía contento, y hubiera vuelto á empezar todas las operaciones por puro entretenimiento. Cuando llegó la hora de almorzar, tenía ya muy buen

apetito; y el comadrón y su esposa estuvieron muy amables con él, diciéndole que le agradecerían fuese todos los días, si tenía gusto en ello. Ya Quevedo no era celoso, y desde que su esposa se había redondeado hasta hacer la competencia á los quesos de Flandes, se curó el buen señor de sus murrias y no volvió á hacer el Otello. Sin embargo, á ninguno que no fuera el pobre Rubín le habría permitido entrar libremente en la casa, porque, en verdad, no le consideraba á éste capaz de comprometer la honra de ningún hogar donde penetrase.

Doña Lupe entró muy gozosa, diciendo: «¿Qué tal se ha portado el galán?»

—Admirablemente, señora. Es lo más amable...—replicó *doña Desdemona*; y llevándola aparte, añadió:—Si está bueno y sano... ¡Si viera usted qué contento y qué tranquilo!... Nada, como la persona de más juicio.

—Yo creo—dijo la de Jáuregui—que si no está curado, le falta poco. ¿Y qué hay de eso?

—Esta mañana volvió Quevedo. Todavía nada... Esperando por momentos... Ella, con mucho miedo.

Algo más cotorrearon, pero no hace al caso. Doña Lupe se llevó á su sobrino al Monte de Piedad, y como aquel día las ventas fueron de muy poco interés, tornaron pronto á casa, después de comprar fresa y espárragos en un puesto de la calle de Atocha. Por la tarde, la señora

encargó á su sobrino que le hiciera unas cuentas algo complicadas, y él las despachó con presteza y exactitud, sin equivocarse ni en un céntimo; y como su tía se maravillase de aquel tino aritmético, el joven se echó á reir, diciéndole: «¿Pero usted qué se ha figurado? Si tengo yo la cabeza como no la he tenido nunca. Si estoy tan cuerdo, que me sobra cordura para darla á muchos que por cuerdos pasan.»

Hacía muchísimo tiempo que doña Lupe no había visto al chico tan despejado, con tanto reposo en el espíritu y el ánimo tan dispuesto á la alegría, señales todas de reparación indudable. «Si no dudo que estés bien... Cierto que ya quisieran muchos... Yo me alegro infinito de verte así, y le pido á Dios que te conserve.»

—Crea usted que seguiré lo mismo. Yo reconozco en mi cabeza una fuerza que nunca he tenido. Discurro admirablemente, y se lo voy á probar á usted ahora mismo. Se pasmará usted al ver que si buena comedia han hecho ustedes conmigo, mejor la he hecho yo con ustedes. Los engañadores son los engañados.

Doña Lupe empezó á alarmarse.

—Pues verá usted (continuando en la mesa en que había hecho las cuentas y con el papel de ellas entre las manos): Mi familia, Ballesster y todas las personas á quienes conozco fuera de casa, *bordaban* admirablemente su papel; y yo callado... haciéndome el tonto, mientras

con la sola fuerza del cálculo descubría la verdad.

Y doña Lupe tan parada, que no sabía qué decirle.

—Y vea usted cómo le pruebo que mi cabeza da quince y raya hoy á las cabezas mejor organizadas, incluso la de usted. Sin decir una palabra á nadie, sin preguntar á bicho viviente, y fundándome sólo en algún indicio que pescaba aquí y allí, sentando hechos y deduciendo consecuencias, he descubierto la verdad... todo con la pura lógica, tía, con la lógica seca. Atienda usted y asómbrese.

Estaba, en efecto, la viuda ilustre tan asombrada como quien ve volar un buey.

—Pues por el orden siguiente, he ido descubriendo estos hechos: Que Fortunata no se ha muerto, que está en Madrid, que vive cerca de la Plaza Mayor, que vive en la Cava de San Miguel, en la casa de los escalones de piedra, que está fuera de cuenta desde hace un mes, y que D. Francisco de Quevedo la asiste.

Doña Lupe no se atrevió á negar; tan abrumadoras eran las verdades que su sobrino manifestaba. «Verás... Tú no debes ocuparte de eso... Te concedo que vive, pero no sé dónde. Y en cuanto al embarazo, es error tuyo y de tu maldita lógica. ¡Vaya con la salida! El diablo cargue con tu lógica.»

—Si insiste usted, querida tía, en hacer co-

medias, creeré que quien ha perdido el juicio es usted. Yo afirmo lo que he dicho, y tengo la evidencia de que es verdad. Mi lógica no me engaña ni puede engañarme. Con franqueza: ¿nota usted en mí algo que remotamente se parezca á falta de juicio?

Doña Lupe no supo qué responder.

—¿He dicho algún disparate?... ¿Se atreve usted á sostener que lo he dicho? Pues tomemos un coche y vamos á la Cava... ¡Ah!, no quiere usted. Luego yo he dicho la verdad, y la que falta ahora á ella, sin duda con muy buen fin, es mi señora tía. ¿Quién es aquí el cuerdo y quién no lo es?

—Pues repito que eso del estado interesante es una papa—dijo la viuda llena de confusión.—Alguien ha querido darte un bromazo, que por cierto es de muy mal gusto.

—Yo le juro á usted que con nadie he hablado de este asunto, absolutamente con nadie. El conocimiento adquirido es obra del cálculo puro. Y ahora, por si alguien duda todavía de que yo sea la cordura andando, voy á dar á todos la última prueba de ella. ¿Cómo? Pues no volviendo á hablar de semejante asunto. Se acabó. Sigamos la vida ordinaria... Aquí no ha pasado nada, tía; hágase usted cuenta de que no hemos hablado nada. ¿No me dijo usted que tenía otra cuenta que arreglar? Venga; estoy pronto, con una cabeza que es un acero para los núme-

ros, pues éstos son la pura esencia de la lógica.

Y se puso á trabajar en las operaciones aritméticas con tanta serenidad y un temple tan equilibrado, que doña Lupe salió de la estancia haciéndose cruces y diciendo que si lo que acababa de oír se lo hubieran contado los cuatro Evangelistas, no les habría dado crédito. Pero siendo lo que refirió el sobrino un prodigio de capacidad intelectual, la señora no las tenía todas consigo respecto al estado de aquella cabeza. Entráronle alarmas, como las de los peores días pasados, y se puso de un humor vidrioso, no acertando á determinar si aquello de la lógica era una crisis favorable, ó por el contrario, traería nuevas complicaciones.

Y no estuvo muy feliz Juan Pablo en la elección de aquel día para hacer á doña Lupe la proposición de empréstito, pues encontró á la capitalista dada á todos los demonios. Era el hombre de menos suerte que existía, pues nunca daba en el quid de la buena ocasión; lástima grande, porque el discurso que llevaba preparado para convencer á la señora era admirable, y una roca se ablandaría oyéndolo. Su tía no le dejó pasar del exordio, negándose absolutamente á contratar ninguna clase de préstamo ni en las condiciones más usurarias. Total: que salió Juan Pablo de la casa renegando de su estrella, de su tía y de todo el género humano, revolviendo en su mente propósitos de venganza con proyectos de

suicidio; pues estaba el infeliz como el náufrago que patalea en medio de las olas, y ya no podía más, ya no podía más. Se ahogaba.

IV

En la noche de aquel aciago día, que creyó deber marcar con la piedra más negra que en su triste camino hubiera, Juan Pablo sostuvo en el café del Siglo las teorías más disolventes. Con gran estupefacción de D. Basilio Andrés de la Caña, que volvió á la tertulia, embistió contra la propiedad individual, haciendo creer al propio sujeto y á otros tales que se había dado un atracón de lecturas prudhonianas. No había visto un solo libro, ni por el forro, y toda su argumentación ingeniosa sacábala de la rabia que contra doña Lupe sentía; rencor satánico que habría bastado á inspirar epopeyas.

Como el gran principio de la propiedad individual no tenía en aquella desigual contienda más defensor que D. Basilio, quedó maltrecho. La mesa de mármol, en torno de la cual formaban animado círculo las caras de los combatientes, estaba á última hora llena de cadáveres, revueltos con las cucharillas, con los vasos, que aún tenían heces de café y leche, con la ceniza de cigarro, los periódicos y los platillos de metal blanco, en los cuales la mano afanadora de don

Basilio no había dejado más que polvo de azúcar. Dichos cadáveres, horriblemente destrozados, eran la propiedad, todas las clases de propiedad posibles, el Estado, la Iglesia y cuantas instituciones se derivan de estos dos principios, Matrimonio, Ejército, Crédito público, etc... Con admiración de todos, Juan Pablo se lanzó á la defensa del amor libre, de las relaciones absolutamente espontáneas entre los sexos, y puso la patria potestad sobre la cabeza de la madre. Al Papa le deshizo, y la tiara quedó pateada bajo la mesa, con los pedazos de periódico, los salivazos y el palillo deshilachado de D. Basilio, quien al fin, en el barullo de la derrota, arrojó lejos de sí aquel marcador de sus argumentos. También andaba por el suelo la corona real, triturada por las suelas de las botas, y el cetro de toda autoridad corría la misma suerte. Las conteras de los bastones, golpeando con furia el sucio entarimado, remataban las víctimas, que iban cayendo de la mesa expirantes. Creeríase que Juan Pablo las estrujaba con los codos después de acribillarlas con su dialéctica, y cuando cogía un lápiz y trazaba números con febril mano sobre el mármol para probar que no debe haber presupuesto, parecía un Fouquier de Thinvillle firmando sentencias de muerte y mandando carne á la guillotina.

¿Y qué menos podía hacer el desgraciado Rubin que descargar contra el orden social y los

poderes históricos la horrible angustia que llenaba su alma? Porque estaba perdido, y la cruel negativa de su tía le puso en el caso de escoger entre la deshonra y el suicidio. Antes de ir al café había tenido un vivo altercado con Refugio, por pretender ésta que fuese con ella á Gallo, y el disgusto con su querida, á quien tenía cariño, le revolvió más la bilis. Sus amigos no podían con él; estaba furioso; poco faltaba para que insultase á los que le contradecían, y su numen paradójico se excitaba hasta un grado de inspiración que le hacía parecer un propagandista de la secta de los *tembladores*. El que mejor le replicaba, ¡parece increíble!, era Maxi, que se quedó en el café más tiempo del acostumbrado, retenido por el interés de la polémica. Defendía el joven Rubin los principios fundamentales de toda sociedad, con un ardor y una serena convicción que eran el asombro de cuantos le oían. No se alteraba como el otro; argumentaba con frialdad, y sus nervios, absolutamente pacíficos, dejaban á la razón desenvolverse con libertad y holgura. La suerte de Rubin mayor fué que Rubin menor se marchó á las diez, pues doña Lupe le tenía prescrito que no entrase en casa tarde, y por nada del mundo desobedecería él esta pragmática. Había vuelto á la docilidad de los tiempos que se podrían llamar *antidiluvianos*, ó que precedieron á la catástrofe de su casamiento. Dejando que su

hermano se arreglara como pudiese con los demás tratadistas de derecho público, abandonó el café con ánimo de irse derecho á su casa. Atravesó la Plaza Mayor, desde la calle de Felipe III á la de la Sal, y en aquel ángulo no pudo menos de pararse un rato, mirando hacia las fachadas del lado occidental del cuadrilátero. Pero esta suspensión de su movimiento fué pronto vencida del prurito de lógica que le dominaba, y se dijo: «No; voy á casa, y han dado ya las diez... Luego no debo detenerme.» Siguió por la calle de Postas y Vicario Viejo, y antes de desembocar en la subida á Santa Cruz, vió pasar á Aurora, que salía de la tienda de Samaniego para ir á su casa. «¡Qué tarde va hoy!» pensó, siguiendo tras ella por la calle arriba, hacia la plazuela de Santa Cruz, no por seguirla, sino porque ella iba delante de él, sin verle. Andaba la viuda de Fenelón á buen paso, sin mirar para ninguna parte, y llevaba en la mano un paquete, alguna obra tal vez para trabajar en su casa el día siguiente, que era domingo, y Domingo de Ramos, por más señas.

Como iba más á prisa que él, pronto se aumentó la distancia que les separaba. En vez de seguir por la calle de Atocha para tomar por la de Cañizares, como parecía natural (éste era el itinerario que usaba Maxi), la joven se metió por el obscuro callejón del Salvador. En la sombra del Ministerio de Ultramar la esperaba un

hombre, que la detuvo un instante: diéronse las manos y signieron juntos. «Hola, hola—se dijo Maxi acechando,—¿belenes tenemos?» Y viéndoles ir por el callejón adelante, una idea ó más bien sospecha encendió en él vivísima curiosidad. Siguiéndoles á cierta distancia se cercioró al punto de lo que antes fuera presunción, y la certidumbre produjo en su alma violentísima sacudida. «Es él, ese infame... La espera; van juntos... y toman la vía más solitaria... Luego son amantes... ¡Engañar á una pobre mujer... un hombre casado!...» Determinóse en él con poderosa fuerza el rencor de otros tiempos, aquel rencor concentrado y sutil que era como un virus ponzoñoso, tan pronto manifiesto como latente, y que al derramarse por todo su ser producía tantos y tan distintos fenómenos cerebrales. Al propio tiempo se desbordaba en el alma del desdichado joven un sentimiento quijotesco de la justicia, no tal como la estiman las leyes y los hombres, sino como se ofrece á nuestro espíritu, directamente emanada de la esencia divina. «Esto lo tolera y aun lo aplaude la sociedad... Luego es una sociedad que no tiene vergüenza. ¿Y qué defensa hay contra esto? En las leyes, ninguna. ¡Ay, Dios mío, si tuviera aquí un revólver, ahora mismo, ahora mismo, sin titubear un instante, le pegaba un tiro por la espalda y le partía el corazón! No merece que se le mate por delante. ¡Traidor,

miserable, ladrón de honras! ¡Y esa tonta que se deja engañar!... Pero ella no merece la muerte, sino la galera, sí, señor, la galera...»

Al día siguiente del lastimoso lance ocurrido cerca de Cuatro Caminos, no estaba Maxi más excitado y rencoroso que aquella noche lo estuvo. En el tiempo transcurrido desde la noche aciaga de Noviembre, no había visto á su ofensor sino muy contadas veces, y siempre de lejos; nunca le había tenido así, tan á tiro... «¡Ay! ¿por qué no traigo un revólver?... Ahora mismo le dejaba seco. Si pasara por una armería, lo compraba... Pero si no tengo dinero. La tía no me da más que los dos reales para el café. Dios, ¡qué desesperación! Si me infundes la idea de la justicia, idea lógica, perfectamente lógica, ¿por qué no me das los medios de hacerla efectiva?... Verle expirar revolcándose en su sangre; no tenerle ninguna lástima... ¡Que no vea yo esto, Dios!... ¡Que no lo vea el mundo entero... porque el mundo entero se había de regocijar!...»

Después de recorrer la calle de Barrionuevo y la Plaza del Progreso, la pareja tomó por la calle de San Pedro Mártir, buscando la vía menos concurrida. «Van á tomar por la calle de la Cabeza—dijo Maxi,—por donde no pasa un alma á estas horas. ¡Ah, trasto, ladrón de honras, asesino!... La justicia caerá sobre ti algún día, si no hoy, mañana. Lo que siento es que no sea por mi mano.» Seguiales sin perderles de vis-

ta, á bastante distancia... «Me duelen las contusiones que recibí aquella noche como si las acabara de recibir... Perdulario, cobarde, que te ensañas con los débiles de cuerpo, con los enfermos que no se pueden tener... A ti se te contesta con una bala... ¡Plaf! Y se te deja seco... Y yo me quedaria tan fresco si te pudiera dar lo que mereces... pero tan fresco y tan satisfecho como se queda todo el que ha hecho un bien muy grande, pero muy grande...»

Al llegar á la calle del Ave María, Rubin se pasó á la acera de los impares y se puso en acecho en la esquina de la calle de San Simón, en la sombra. Detuviéronse: Aurora parecía decir á su galán que no siguiese más. Era prudente esta indicación, y el galán se despidió apretándole la mano. Maxi le miró subir hacia la calle de la Magdalena, y sentia deseos de gritar é irsele encima: «Ratero de mi honor y de todos los honores... ahora las vas á pagar todas juntas.» Creía que se le afilaban las uñas haciéndosele como garras de tigre. En un tris estuvo que Maxi diese el salto y cayese sobre la presa. La lógica le salvó. «Soy mucho más débil, y me destrozaré... Un revólver, un rifle es lo que yo necesito.»

Cuando los amantes desaparecieron de su vista, Rubin penetró en su casa. Lo más particular fué que la idea de su mujer se borró de su mente durante aquel suceso, ó quizás personificaba

en Aurora la totalidad de las deslealtades y traiciones femeninas. A solas en su cuarto, fué acometido de una duda horrible. «Pero esto que me desvela ahora—se decía revolviéndose en el lecho,—¿es verdad, ó lo he soñado yo? Sé que entré, sé que caí en la cama, sé que dormí, y ahora me encuentro con esta impresión espantosa en mi cerebro. ¿Es verdad que les he visto, al infame y á ella, ó lo he soñado? Que yo he tenido un sopor breve y profundo, es indudable... Pues ya voy creyendo que ha sido sueño... Sí; sueño ha sido... Aurora es honrada. Vaya con las cosas que sueña uno... ¡Pero no, Dios, si lo vi, si lo vi, si lo estoy viendo todavía, si tengo estampadas aquí las dos figuras!... Esto es para volverse uno loco... ¡y sería lástima, ahora que estoy tan cuerdo!...»

Todo el día siguiente estuvo con la misma confusión en su mente. ¿Lo había visto, ó lo había soñado? El Miércoles Santo envióle su tía con un recado á casa de Samaniego, y después de estarse allí gran rato oyendo tocar la pieza, notó que doña Casta hablaba muy vivamente con Aurora: «Vaya, hija, que hoy nos has dado un buen plantón. ¡Tres horas esperándote!... ¿A qué tienes tú que ir hoy al obrador, si hoy no se trabaja?... Lo mismo que el Domingo de Ramos... Toda la tarde en el obrador, y luego viene Pepe y me dice que ni has parecido por allí ni ese es el camino. ¿En dónde estuviste? ¡En

casa de las de Reoyos! ¿Y qué hacías tú tantas horas en casa de las de Reoyos? Tengo yo que averiguarlo...»

Aurora se defendía con ingenio y tesón, como quien sabe que es mayor de edad y puede cuando quiera echar á rodar la autoridad materna; pero no llegó el caso de hacerlo así. Maxi, aparentando poner sus cinco sentidos en la pieza que tocaba Olimpia, no perdía sílaba de aquel doméstico altercado. Gracias que la cuestión ocurrió cuando la niña tenía entre sus dedos el *andante cantabile molto espressivo*, que si llega á coincidir con el *allegro agitato*, ni Dios pesca una letra de lo que hija y madre hablaron. Durante el *presto con fuoco*, Maxi se decía: «Parece mentira que dudara yo un instante de que aquello era la pura realidad... ¡Y lo creí sueño!... ¡qué imbécil!... Un dato tomado de la existencia positiva me ha quitado todas las dudas. Ahora no me basta con la lógica; necesito ver algo más... y veré. ¡Qué lección para mi mujer! ¡Oh, Dios mío, ahora me asalta otra duda horrible!... Si la mato no hay lección. La enseñanza es más cristiana que la muerte; quizás más cruel, y de seguro más lógica... Que viva para que padezca y padeciendo aprenda... Pero á él debo matarle... ¡á él sí!»

Oyendo el estrepitoso fin de la pieza tuvo como un sopor de medio minuto, y volvió de él asaltado por esta idea que le sacudía: «No, ma-

tar no. Su maldad es necesaria para este gran escarmiento. La vida es lo que duele y lo que enseña... La muerte para los buenos... para los perversos, lógica, lógica.»

Apenas se había acabado la tocata, entró doña Casta á decirle: «Maxi, la señora de Quevedo me ha llamado por la ventana del patio para decirme que le mande á usted subir un momento. Tiene que enviar un recado á Lupe.» Subió el pobre chico, y *doña Desdemona* le hizo esperar un ratito, pues estaba ayudando á su marido á desnudarse. Acababa de entrar, muy fatigado; le llamaron á las doce y hasta aquella hora no había podido volver á casa.

—Querido—dijo á Rubin la dama esférica, tocándole amistosamente en el hombro.—Hágame el favor de decirle á Lupe que la pájara mala sacó pollo esta mañana... un polluelo hermosísimo... con toda felicidad...

Maxi se rascó una oreja, y sacando de su alma á los labios una sonrisa extraña, cuya significación no pudo entender la señora de Quevedo, «La pájara mala—dijo con acento de niño mimoso,—enséñemela usted... y el pollo... enséñemelo también.»

—No, no; ahora no—replicó *doña Desdemona* empujándole hacia la puerta.—Mañana los verá... Vaya ahora á decirle esto á su tía.

V

El interés con que doña Lupe esperaba noticias de la pájara mala y de si sacaba bien ó mal el pollo, no podrá ser comprendido sin tener en cuenta las grandes ideas que en aquellos días despuntaban en el caletre de la insigne señora. Su entendimiento excelso sugeriase determinaciones para todos los casos, y medios de armonizar los hechos con los principios en la medida de lo posible. Era su lema que debemos partir siempre de la realidad de las cosas, y sacrificar lo mejor á lo bueno y lo bueno á lo posible. Esto lo había aprendido en la experiencia de los negocios, la cual se aplica con éxito á los asuntos morales, del mismo modo que el ejercicio de las matemáticas y la agilidad gimnástica que dan al entendimiento facilitan el estudio de la filosofía.

Pues pensando en su sobrina, vino á sentar ciertas bases que discutió consigo misma, dándolas al fin por indestructibles, á saber: que aquello no tenía remedio, que la deshonra era inevitable, si bien no recaía sobre doña Lupe, pues á todo el mundo constaba que ella no alentó ni favoreció jamás los desvaríos de Fortunata. Esto lo sabían hasta los perros de la calle. Por consiguiente, bien podía la señora estar tran-

quila sobre este particular. Segundo punto: Fortunata sería todo lo mala que se quisiera suponer; pero había pertenecido á la familia, y la persona más importante de ésta no podía menos de echar una mirada á la descarriada joven para enterarse de sus pasos y tratar de impedir que arrojase sobre el claro apellido de Rubín ignominias mayores. Presentábase un problema grave, cuya solución no estaba al alcance de los entendimientos vulgares. Aquel pequeñuelo que iba á presentarse en el mundo era, por ley de la Naturaleza, sucesor de los Santa Cruz, único heredero directo de poderosa y acaudalada familia. Verdad que por la ley escrita, el tal nene era un Rubin; pero la fuerza de la sangre y las circunstancias habían de sobreponerse á las ficciones de la ley, y si el señorito de Santa Cruz no se apresuraba á portarse como padre efectivo, buscando medio de transmitir á su heredero parte del bienestar opulento de que él disfrutaba, era preciso darle el título de monstruo.

«¡Oh!, si á mí me hubiera pasado lo que le pasa á esa panfilona—se decía,—¿cómo no me había de señalar el otro una pensión de alimentos? Bonito genio tengo yo para estas cosas... ¡Ah! ¡Pues si esa hiciera caso de mí y se dejara llevar! .. Lo que es ahora, yo le aseguro que sus dos ó tres mil duros de pensión no se los quitaba nadie... Lo primerito qué yo haría era plantarme en casa de doña Bárbara y leerle la carti-

lla bien leída... Y lo haré, lo haré, aunque esa simple no me autorice. No lo puedo remediar; la iniciativa me alborota todo el espíritu, y revienta si no le doy salida... Y me inspira lástima lo que va á nacer, porque es un dolor que viva pobre viniendo de quien viene. Pues el día de mañana (pongo que sea varón), cuando crezca y sea preciso librarle de quintas, ¿qué va á hacer esa infeliz? No, esto no puede quedar así... ¡pobre criaturita! Hay que hacer algo, y véase aquí cómo es una caritativa cuando menos lo piensa... No, lo que es yo no me callo; yo me voy á ver á doña Bárbara, y con esta labia que tengo y lo bien que pongo los puntos, le haré ver el disparate de que su nieto esté peor que un inclusero... porque ¿de qué va á vivir? Las acciones del Banco se las comerán hijo y madre en un par de años, y con el rédito de los treinta mil reales no tienen ni para sopas. Lo que es dinero de Maxi no lo han de ver, de eso respondo, porque sería el colmo de la afrenta y de la tontería... Nada, nada; que yo doy la campanada gorda, siempre y cuando el señorito ese no le señale el estipendio en el término de un mes. Vaya si la doy... Me pongo mi abrigo de terciopelo, mi capota, mis guantes, y ¡hala!... Ahora se me ocurre que debo empezar por darle una embestida á mi amiga Guillermina, que se hará cargo de la justicia del caso... Sí, ¡magnífica idea! Guillermina hablará con la otra y...

Ahora, ahora comprenderá esa loquinaria la diferencia que hay entre obrar ella por cuenta propia y tenerme á mí por consejera y directora. ¿Apostamos á que ella, si el otro no le da un cuarto, se deja estar con su santa pachorra, sin atreverse á nada, tragando hiel y muriéndose de hambre? Pero yo, cuando hago el bien, lo hago contra viento y marea, y se lo meto por los hocicos á las personas tercas é inútiles que no saben hacer nada por sí.»

Estas ideas, que fermentaron en el cerebro de aquella gran diplomática y ministra durante todo el mes de Marzo, determinaron los recaditos que mandó á Fortunata con Ballester, el encargo que hizo á Quevedo de asistirla cuando el caso llegara, no vacilando en decir al feo y hábil profesor de obstetricia que sus honorarios no serían perdidos. Algo la desconcertó Maxi el día en que se mostró sabedor del secreto, pues la señora, para hacer todos aquellos proyectos benéficos en interés del vástago de Santa Cruz, *partía del principio* de que su sobrino desconocía en absoluto la verdad. Muchísimo se alegraba de verle tan sereno; pero la sacaba de quicio el pensar que se volvería razonable hasta el punto de compadecerse de su mujer y asignarle alguna pequeña renta para que no pidiera limosna ó se prostituyese. No; el otro, el que había roto los vidrios, era el que los tenía que pagar.

A esta altura estaban sus cavilaciones, cuando Maxi le llevó la noticia que le diera *doña Desdemona*. Lo primero en que doña Lupe puso su atención inteligente fué en la cara del joven al dar el recado, y se asombró de su impavidez, á pesar de que demostraba penetrar el sentido recto de la alegoría empleada por la señora de Quevedo. Después de repetir textualmente el recado, añadió: «Ha sido esta mañana. D. Francisco acababa de llegar y se estaba acostando.»

Doña Lupe no volvía de su asombro. «Vaya, que lo toma con calma. Más vale así. ¿Y esto es cordura ó qué es? Será lo que llaman filosofía... Dios nos tenga de su mano, si después le da por la filosofía contraria.»

—¿Piensa usted ir á verla?—le preguntó después el chico con la mayor naturalidad.

—¿Yo?... Pero qué cosas tienes... Veo que es inútil hacer comedias contigo. Con ese talento que estás echando, nada se te escapa... ¡Verla yo! Sólo por curiosidad he querido saber lo que sé... De aquí en adelante, como si no existiera. ¿No piensas tú lo mismo?

—Exactamente lo mismo... ¿Ve usted lo frío y sereno que estoy?

—Así me gusta. Esto se llama ser filósofo en toda la extensión de la palabra, y elevarse sobre las miserias humanas—dijo la viuda con emoción verdadera ó falsa.—No vuelvas á acordarte más del santo de su nombre...

—Y aunque me acordara, tía, aunque me acordara...

—¿Para qué?... Tú no has de verla.

—Y aunque la viera, tía, aunque la viera...

Doña Lupe se inquietó un poco oyendo esta frase, dicha con cierto sentido de tenacidad maniática. Pero Maximiliano se apresuró á tranquilizarla con otro argumento: «¿Pero no observa usted lo cuerdo que estoy? Si no me he visto nunca así, ni en mis mejores tiempos... Ya quisieran todos...»

La señora tomó pie de esto último para variar la conversación: «Dices bien. ¿Sabes que tu hermano Juan Pablo me parece á mí que no está bueno de la cabeza? Hoy estuvo otra vez á darme la jaqueca... Pues que le he de hacer el prés-tamo, ó se pega un tirito. ¡Como no se mate él! Es el egoísmo andando. Se necesita atrevimiento. ¡Pedirme dinero un hombre que, cuando debe, no hay medio de sacarle un real, y se enfada si una reclama lo suyo! Dice que le van á hacer secretario de un gobierno de provincia y qué sé yo qué... ¿Tú lo crees? Muy rebajada está la talla de los empleados; pero no tanto...»

En aquel segundo ataque desesperado que dió Juan Pablo á su tía, salió de la casa el pobre hombre más muerto que vivo. Su tía no era ya simplemente una mujer mala; era un monstruo, una furia, un dragón mitológico. Aquel tiro con que él se amenazaba á sí mismo, ¡cuán-

to mejor estaria empleado en ella! «Pero ese tiro, ¿me lo doy ó no me lo doy?... No tengo más remedio que dármelo—discurría entrando por la calle de la Magdalena.—Por ninguna parte veo la solucion. Sí, lo que es el tiro me lo pego, vaya si me lo pego... Lo malo es que no tengo revólver... Se me está figurando que al fin y al cabo no me pegaré tiro ninguno. Es uno así, tan dejado, que no se arranca... Ya voy viendo yo que una cosa es decir uno de buena fe que se mata y otra cosa es hacerlo... Pero en fin, yo sigo en mis trece, y al fin me lo tendré que pegar, no habrá más remedio.»

VI

Estuvo con un humor de mil diablos todo el Jueves y Viernes Santo. El Sábado, á poco de entrar en la oficina, le llamó Villalonga á su despacho. Rubin se dirigió allá palpitante de emoción. «¡Dios!—se decía.—¿Será para darme la secretaria? ¡Qué cuña, si no es para esto, qué cuña, ya no aguanto más! En cuanto salga del despacho del jefe me levanto la tapa de los sesos, como hay Dios. La contra es que no tengo revólver... Me tiraré por el balcón... No, eso no; ¡me haría una tortilla!... Vamos que el corazoncito me anuncia secretaria... Ánimo, chico, que hoy te va á sonreir la suerte.»

El director era hombre muy expeditivo, y sin hacerle sentar le dijo: «Amigo Rubin, usted es listo y me conviene usted...»

Rubin vió la cara del director como la del Padre Eterno que los pintores ponen entre nubes esmaltadas de angelitos.

—Me conviene usted, y yo le voy á meter en carrera.

—Muchas gracias, Sr. D. Jacinto. Ya sabe que estoy á sus órdenes.

—Pues le voy á dar á usted la gran sorpresa. Yo necesito un hombre; y como entiendo que usted sabrá desenvolverse en el destino delicadísimo que le pienso dar...

—La secretaria de...

—No, amigo; es más. Yo, cuando encuentro una persona que me entra por el ojo derecho, y que sirve, digo *copo*, y la tomo para que me sirva á mí. Le juro á usted que me conviene, *camará*. Allá va la bomba. Va usted á ser gobernador de una provincia de tercera clase.

Rubin no pudo decir nada. Creyó que se le caía encima el techo del despacho y todo el Ministerio de la Gobernación.

—Pues sí, gobernador de *mi* provincia. Quiero ver como arreglo aquello. Usted no tiene que entenderse más que conmigo. El ministro me da vara alta.

—Señor director—balbució Rubin,—disponga usted de mí.

—Pues será usted incluido en la combinación que va mañana á la firma del Rey. Ya hablaremos, y le enteraré á usted de cómo está aquello. Creo que iremos bien.

Luego echaron un cigarro, y hablaron algo del estado de la provincia, desflorando el asunto. Empezó á entrar gente en el despacho, y Rubín se retiró para comenzar sus preparativos. Estaba el hombre que no sabía lo que le pasaba; creía soñar... se daba pellizcos á ver si estaba despierto; anduvo algún tiempo por la calle como un insensato... se reía solo... le dieron ganas de comprar un revólver para ponerse á disparar tiros al aire... ¡Ah!, lo que debía hacer era meterle un par de balas en el cuerpo á doña Lupe... Sí, por mala, por tacaña... Pero no, no; perdonar á todo el mundo... La vida es hermosa, y gobernar un pedazo de país es el mayor de los deleites. A los individuos de Orden público ó de la Guardia civil que iba encontrando, les miraba ya como subalternos, y por poco les manda prender á su tía y á Torquemada.

En el café, aquella noche, hubo la gran escena. Al principio no dijo nada, esperando dar la sorpresa de sopetón; pero sus amigos conocieron que no era el mismo hombre. Daba un sonsonete de autoridad á sus palabras; medíalas mucho; tomaba el café con más pausa que de costumbre, y á cada momento echaba una frasecilla de protección. «Pero amigo Montes, no

hay que apurarse... ya veremos, ya veremos si se te puede meter en algún hueco. D. Basilio me tiene que dar unos datos que necesito sobre la recaudación en la provincia de X... Oiga usted, Relimpio, no se dé prisa á presentar la memoria, porque esta situación dura. Cánovas tiene para un rato. Es hombre que entiende la aguja de marear.» Y como se suscitara un debate político de los más graves, Rubin se puso de parte de los que defendían la tesis más razonable, conciliadora y templada. «Pero ustedes, ¿qué creen, que una sociedad puede vivir siempre soñando con trastornos? Seamos prácticos, señores, seamos prácticos, y no confundamos las pandillas de politicastos con el verdadero país.»

En esto llegó *La Correspondencia*, y á las primeras ojeadas conspicuas que arrojó sobre las columnas de ella el buen D. Basilio, tropezó con la combinación de gobernadores, y lanzando un berrido de sorpresa, se restregó los ojos creyendo que leía mal. Mas convencido de que no era error, lanzó otra exclamación más fuerte, y al instante se enteraron todos; y Juan Pablo fué objeto de aclamaciones y plácemes, unos sinceros, otros con su poco de bien disimulada envidia.

—Hace tiempo que el amigo Villalonga tenía empeño en eso. Hoy ha machacado tanto que no he podido decirle que no.

—¡Pero qué callado se lo tenía!

De todos lados de la cámara... digo del café, vino gente á felicitar al gobernador, y el mozo, á quien Juan Pablo debía el consumo de cinco meses y algunos picos, se puso más contento que si le hubiera caído la lotería; y hasta el amo del establecimiento fué á dar un apretón de manos á su parroquiano, diciéndole si podía colocar en las oficinas de la provincia á un sobrinito suyo que tenía muy buena letra.

—No le digo que sí ni que no, D. José. Veremos. Tengo la mar de compromisos... Pero ya sabe usted que haré los imposibles por servirle... Usted me manda.

El hombre compensó con los goces de aquella noche los sufrimientos y tristezas de tantísimos meses. Toda la gente que próxima estaba, mirábale con cierta expresión de asombro y respeto, como se mira á quien es, ha sido ó va á ser algo en el mundo. En cuantos asuntos se trataron aquella noche en el círculo, Rubín hizo gala de las ideas más sensatas. Era preciso moralizar la administración provincial, desterrar abusos; sobre todo, en el destierro de los abusos insistió mucho. Su plan de conducta era muy político... Contemporizar, contemporizar mientras se pudiera, apurar hasta lo último el espíritu conciliador, y cuando se cargara de razón, levantar el palo y deslomar á todo el que se demandase... Mucho respeto á las instituciones sobre que descansa el orden social. Cuando va

cundiendo el corruptor materialismo, es preciso alentar la fe y dar apoyo á las conciencias honradas. Lo que es en su provincia, ya se tentarían la ropa los *revolucionarios de oficio* que fueran á predicar ciertas ideas. ¡Bonito genio tenía él!... En fin, que el pueblo español está ineducado, y hay que impedir que cuatro pillastres engañen á los inocentes... La mayoría es buena; pero hay mucho tonto, mucho inocente, y el Gobierno debe velar por los tontos para que no sean engañados... En cuanto á moralidad administrativa, no había que hablar. Él no pasaba ni pasaría por ciertas cosas. Ya le había dicho á Villalonga que aceptaba con la condición de que no le pondría veto á la persecución y exterminio de los pillos... «A muchos que mangonean ahora, les he de llevar *codo con codo* á la cárcel de partido... Yo soy así; hay que tomarme ó dejarme.»

Don Basilio era de los que sinceramente se alegraban del *golpe de suerte* que había tenido Juan Pablo. Aquel destino no era *de su ramo*, y por tanto, no lo envidiaba. Si se hubiera tratado de la dirección económica de una provincia, D. Basilio habría sentido tristeza del bien ajeno. Pero no le sacaran á él de sus números... Por cierto que el ministro le había encargado un trabajo que le traía mareado... *proyecto de reglamento para la cobranza del subsidio industrial*... «Siempre me caen á mí estos turrones.

Ocurre en Secretaría que no se conocen los antecedentes de tal ó cual cosa... «¡Ah!, la Caña lo sabrá.» Piden en el Congreso una nota del estado en que se halla la codificación de Hacienda. ¡Qué lío! Nadie sabe una palabra... «¡Ah!... á ver... la Caña.» Y la Caña les saca del apuro. Que el ministro quiere enterarse de los trabajos hechos para el establecimiento del Registro fiscal, que es el gran medio para descubrir la riqueza oculta... Pues toda la casa revuelta; busca por aquí, busca por allá. Hasta que á uno se le ocurre decir... «Eso, la Caña...», y efectivamente; como que la Caña es el que hizo los primeros estudios del Registro fiscal.» Total, que si por desgracia llegaba á faltar D. Basilio del Ministerio de Hacienda, éste se venía abajo de golpe como un edificio al cual falta el cimiento.

Leopoldo Montes aspiraba á que Rubín le llevase de secretario; pero esto no era fácil. «Chico, yo se lo diré á Villalonga. Creo que me dan el secretario hecho... Veremos si te meto de inspector de policía.» Otros tertuliantes sentían envidia, y aunque felicitaban y adulaban al favorecido, al propio tiempo hacían pronósticos de las dificultades que había de tener en el gobierno de su insula. Pero ello es que la lisonja y la envidia, la codicia ambiciosa, la curiosidad y la novelería aumentaban considerablemente el personal de la tertulia en el tiempo que medió entre el nombramiento y la salida de

Rubín para su destino. Mucho ajeteo tuvo aquellos días para arreglar sus asuntos y proveerse de ropa. Y no dejaron de molestarle también y entorpecerle ciertas disensiones domésticas, pues Refugio, que ya se estaba dando pisto de gobernadora, y se había despedido de sus amigas con ofrecimientos de protección á todo el género humano, se quedó helada cuando su señor le dijo que no la podía llevar... Pucheros, lloros, apóstrofes, quejas, gritos... «Pero, hija de mi alma, hazte cargo de las cosas; no seas así. ¿No comprendes que no me puedo presentar en mi capital de provincia con una mujer que no es mi mujer? ¡Qué diría la alta sociedad, y la pequeña sociedad también, y la burguesía!... Me desprestigiaria, chica, y no podríamos seguir allí. Esto no puede ser. Pues estaría bueno que un gobernador, cuya misión es velar por la moral pública, diera tal ejemplo. ¡El encargado de hacer respetar todas las leyes, faltando á las más elementales!... ¡Bonita andaría la sociedad si el representante del Estado predicara prácticamente el concubinato! Ni que estuviéramos entre salvajes... Convéncete de que no puede ser. Tú te quedas aquí y yo te mandaré lo que vayas necesitando... Pero lo que es allá no me pongas los pies... porque si lo hicieras, tu *chachito* se vería en el caso de cogerte... ya sabes que tengo mucho carácter... de cogerte y mandarte para acá por tránsitos de la Guardia civil.»

VI

Final.

Fortunata sintió ruido en la puerta, y esta voz: «¿Se puede?» «Pase usted, D. Segismundo», dijo reconociendo al regente de la botica. Y entró el tal con cara risueña y actitud oficiosa, como de persona que cree ser útil. Estaba la joven incorporada en su lecho, con chambra y pañuelo á la cabeza. «¡Qué reguapa está!—pensaba Ballester al saludarla, apretándole mucho la mano.—¡Lástima de mujer!»

—Ayer no pasó usted—le dijo ella, con amabilidad,—porque no yo sabía quién era, y no quiero recibir visitas. Estoy muerta de miedo, y por las noches sueño que alguien viene á robármelo. ¿Quiere usted verle?...

Á su lado estaba, durmiendo con plácido sueño, el recién venido personaje, cuyas precoces gracias quería mostrar á su amigo. Así lo hizo con más orgullo que vergüenza, y apartó las sábanas, dejando ver la carita sonrosada y los puños cerrados del tierno niño.

—¡Cuidado que es bonito!—dijo Ballester in-

clinándose.—Tiene á quien salir por una y otra banda.

—Dos horas hace que está tan dormidito. ¡Qué ángel! ¡Y si viera usted qué pillo es y qué tragón! Viene determinado á darse buena vida. Si lo viera usted cuando se pone á mirarme... ¡Pobrecito! Me quiere mucho. Sabe que le quiero más que á mi vida, y que es para mí el mundo entero.

—Ya sabe usted lo convenido. Seré padrino de su excelencia. Usted me lo prometió la última vez que nos vimos.

—Sí, sí, y no me vuelvo atrás. Usted será padrino.

—Y después del primer nombre, que usted designará (poniéndose muy inflado), llevará el mío, Segismundo. ¿Qué le parece á usted?

—Muy bien. Se llamará Juan, después Evaristo y después Segismundo.

—Bueno: transijo con el tercer lugar en el escalafón; pero de ahí no paso; como usted me quiera echar al cuarto, me sublevo.

Ambos se rieron. Ballester se había sentado en una silla junto al lecho, y no quitaba los ojos de aquella mujer, que le parecía entonces más hermosa que nunca. «Le daría cuatro besos—pensaba;—pero de amistad, de pura amistad, porque me interesa esta infeliz... y digan lo que quieran, no es tan mala como se cree por ahí.» Después empezó á dar noticias de la familia y

amigos, las cuales oía Fortunata con gran curiosidad. «Doña Lupe, con toda su fiereza, no la olvida á usted. Todos los días nos pide noticias á mí ó á Quevedo, y pregunta también por el muchacho, si es robusto, si mama bien, si tiene algún defecto físico...»

—¡Defecto!...—exclamó la madre indignada. —Si es una preciosidad. Más perfecto es que las perfecciones. Se lo enseñaré á usted desnudo, para que vea qué hermosura de hijo. Estoy loca con él. Me parece que han de venir á quitármelo. Y no crea usted: ¡hay tanta envidiosona!...

Dejando que pasara la racha de entusiasmo maternal, Ballester continuó así: «Pero lo que le pasmará á usted es saber que el amigo Maxi está tan mejorado, pero tan mejorado, que si le ve usted no le conoce:

—¿Pero es de verdad?... Quiá: guasas de usted.

—No, hija. Siempre que ocurre en la casa ó en la vecindad algo difícil de resolver, se le consulta á él. Está hecho un Salomón. *Doña Desdemona*, cuando surge alguna dificultad en su república de pájaros, le llama, y lo que él dice se hace.

—Vaya, que hoy estamos de vena. Ojalá fuera verdad lo que usted dice. Yo me alegraría mucho, con tal que no se acordara de mí para nada ni supiera que estoy viva.

—Pues eso sí que no lo logra usted... Todo lo sabe.

—¡Ay, no me lo diga, por Dios! (asustadísima y palideciendo). No sabe usted el miedo que me ha entrado. Ya no voy á tener un minuto de tranquilidad. ¿Pero es eso verdad? No se divierta conmigo, Ballester; mire que estoy temblando de miedo.

—¿Miedo á qué? Si está muy razonable, y más tranquilo que nunca. Todas sus ideas son ideas de benevolencia y tolerancia. Habla poco, y á lo mejor se descuelga diciendo cosas muy buenas. No le suelta á usted un disparate ni aunque se lo pida por favor. Respecto de usted, creo que el sentimiento que tiene es la indiferencia, si es que la indiferencia se puede llamar sentimiento.

—No me fio, no me fio (meditabunda, demostrando en el tono que no las tenía todas consigo). Verá usted cómo el mejor día...

La conversación pasó de Maximiliano á *las Samaniegas*, mostrando Fortunata gran extrañeza de que Aurora no se acordase de ella. «Es una mala crianza, porque bien sabe dónde estoy, y desde su obrador aquí se viene en tres minutos. Y si no quería ella venir, ¿qué le costaba mandar una oficiala á preguntar si vivo ó si muero?... Crea usted que esto me duele; porque yo, á quien me quiere como dos, le quiero como catorce.»

Ballester contestó con un gran suspiro, al cual no dió su interlocutora la interpretación conveniente. De pronto el farmacéutico mudó el tema: «¡Ah!, me olvidaba de lo mejor. ¿Sabe usted que el crítico y yo nos hemos hecho amigos? ¡Quién lo creería! ¡Tanto como yo le odiaba! Pues verá usted: Padillita le metió un día en la botica, y yo empecé á darle guasa con sus críticas, diciéndole que me gustaban mucho. Pues resulta que es muy modesto, y que se asusta cuando le elogian lo que escribe. Poco á poco hemos ido intimando, y toda la inquina que le tenía se ha evaporado. Es tan honradito el pobre Ponce, que todo lo que escribe es de conciencia, y hasta cuando elogió el dramón aquel que á mí me sacaba de quicio, lo hizo porque le salía de dentro. Y aunque le paguen tarde, mal y nunca, él tan conforme en su *sacerdocio*; lo toma en serio, y le parece que nadie ha de tener opinión sobre las obras si él no la da. Ha hecho oposición á una placita en el Tribunal de Cuentas, y la ha ganado. ¿Pues qué cree usted? El infeliz tiene que mantener á su madre, que está enferma; y yo, desde que me contó su historia, no le cobro nada por las medicinas. Le damos bromas con Olimpia y la pieza que toca, diciéndole que su adorada es muy romántica y que no tenga miedo de casarse, porque no come. Ni necesitan cocinera, ni cocina, ni siquiera cesto para la compra. Yo le digo que

abandone el *sacerdocio*, y que deje á los autores y al público que se arreglen como quieran. Está conforme conmigo, y por fin me ha revelado un secreto: ha escrito un drama y lo tiene en el Español; y como se represente, el exitazo es seguro. La noche del estreno pienso ir con todos mis amigos, para armar un alboroto y llamar al autor á la escena lo menos cuarenta veces. Me quiere leer la obra, y yo le he dicho que me la deje allí. Sin leerla le diré que es magnífica, y un amigo mío periodista pondrá un sueltcito con aquello de que *en los círculos literarios se habla mucho, etc...* Le digo á usted que me interesa mucho ese infeliz, y que haría yo algo por él si pudiera. En *bálsamo tranquilo* le tengo dado ya más de medio cuartillo, y el extracto de belladona se lo lleva de calle, porque lo que padece la mamá es reuma. También le he hecho una bisma para la cintura, que vale cualquier dinero. Yo soy así; al que me entra por el ojo derecho, le doy hasta la camisa. ¡Y si viera usted qué cariño me ha tomado Ponce! Echamos largos párrafos sobre el arte realista y el ideal y la emoción estética, y cuanto yo digo, aunque sea un gran desatino, porque en mi vida las he visto más gordas, lo escucha como el Evangelio, y yo me doy con él un lustre que no hay más que ver. Fuera de estas tonterías de la crítica, es un alma de Dios, muy agradecido, muy delicado, sin más debilidad que la de

querer á Olimpia y figurarse que un hombre de sesos se puede casar con semejante inutilidad. Yo me he propuesto quitárselo de la cabeza, y creo que lo voy consiguiendo. Porque yo le digo: «¿Con qué se van á mantener? ¿Con la pieza?» Si se casa, van á ser cuatro de familia: el matrimonio y la mamá de él, enferma, y una hermanita que, según me ha contado Ponce, debe de tener hambre canina. De esto hablamos largamente en la botica, que llamamos el *círculo literario*, y le voy engatusando. Olimpia me sacaría los ojos si supiera las cosas que le digo á su novio; pero que se fastidie. Ya le he conocido siete *osos*, y lo que es á éste no le pesca tampoco. Yo le he tomado bajo mi protección, y le he de salvar. ¡Buen turrón le caía si se casara!...»

—¡Qué risa con usted! ¡Pobre Ponce! Ya le decía yo que era un buen chico, y usted empeñado en darle la morcilla.

—¡Ah!, de buena escapó. Guardo la fatídica yema para otro; sí, para otro, en quien ahora recaen todos mis odios. No me pregunte usted quién es, porque no se lo he de decir... Se lo diré después que se la haya zampado, porque se la tiene que comer, como éste es día.

En esto, el ruido de voces que sonaba en la salita próxima aumentó considerablemente, y á los oídos de Ballester llegaban estas palabras: *envido á la chica, órdago á los pares*.

—Es mi tío José—dijo Fortunata,—que está jugando al mus con su amigo. Le mando que venga aquí para que me acompañe mientras estoy en la cama, porque tengo mucho miedo; y para que no se aburra hago que le traigan una botella de cerveza, y le permito que venga su amigo á hacerle compañía.

Ballester se asomó á la puerta entornada para ver á la pareja. No conocía á ninguno de los dos; pero la cara de Ido del Sagrario no era nueva para él, y creía haberla visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde ni cuándo.

II

La primera vez que Ballester vió á Izquierdo y á su docto amigo, no les dijo más que algunas palabras dictadas por la buena crianza; pero á la segunda se cruzó entre ellos tal tiroteo de cumplidos, ofrecimientos y franquezas, que no había de tardar la amistad en unirles á los tres con apretado lazo.

Desde su alcoba, donde continuaba encamada, Fortunata se reía de las ocurrencias de Segismundo buscándole la lengua á *Platón* y á Ido del Sagrario, á quien solía llamar *maestro*. Siempre que iba por las noches el farmacéutico, les encontraba infaliblemente y se divertía con ellos lo indecible.

Mucho agradecía la desdichada joven aquellas visitas. Ballester era el corazón más honrado y generoso del mundo, y tenía cierta vanidad en tomar sobre sí el cumplimiento de los deberes que correspondían á otros y que estos otros olvidaban. Y aunque alentara, con respecto á la señora de Rubín, pretensiones amorosas á plazo largo, no dejaban por eso de ser puros y desinteresados sus actos de caridad, y habrían sido lo mismo aun en el caso de que su amiga espantara de fea y careciese de todo atractivo personal.

Fortunata iba adquiriendo confianza con él, y le revelaba sus pensamientos sobre diferentes cosas. No obstante, algo había que no se atrevía á manifestar, por no tener la seguridad de ser bien comprendida. Ni Segunda ni José Izquierdo lo comprenderían tampoco. Y como le era forzoso echar fuera aquellas ideas, porque no le cabían en la mente y se le rebosaban, tenía que decírselas á sí misma para no ahogarse. «Ahora sí que no temo las comparaciones. Entre ella y yo, ¡qué diferencia! Yo soy madre del único *hijo de la casa*; madre soy, bien claro está, y no hay más nieto de D. Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habrá quien me lo niegue? Yo no tengo la culpa de que la ley ponga esto ó ponga lo otro. Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así?

La verdadera ley es la de la sangre, ó como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo, por la Naturaleza, le he quitado á la *mona del Cielo* el puesto que ella me habia quitado á mí... Ahora la quisiera yo ver delante para decirle cuatro cosas y enseñarle este hijo... ¡Ah! ¡qué envidia me va á tener cuando lo sepa!... ¡Qué rabiosilla se va á poner!... Que se me venga ahora con leyes, y verá lo que le contesto... Pero no, no le guardo rencor; ahora que he ganado el pleito y está ella debajo, la perdono; yo soy así.

Pues él, ¡digo!, cuando lo sepa, ¿qué hará? ¿qué pensará? ¡No acabo de cavilar en esto, Dios mío! Él será un pillo y un ingrato, pero lo que es á su nene le tiene que querer. Como que se volverá loco con él. Y cuando vea que es su retrato vivo, ¡Cristo! ¡Pues digo, si doña Bárbara le viera!... Y le verá, toma, le verá... Como hay Dios que se vuelve loca. ¡Qué contenta estoy, Señor; qué contenta! Yo bien sé que nunca podré alternar con esa familia, porque soy muy ordinaria y ellos muy requetefinos; yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servidora es la madre del heredero, y que sin una servidora no tendrían nieto. Esta es mi idea, la idea que vengo criando aquí desde hace tantísimo tiempo, empollándola hasta que ha salido, como sale el pajarito del cascarón... Bien sabe Dios que esto que pienso no es porque yo sea interesada. Para nada quiero el dinero de

esa gente, ni me hace maldita falta; lo que yo quiero es que conste... Sí, señora doña Bárbara, es usted mi suegra por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre, y usted salte por donde quiera, pero soy la mamá de su nieto, de su único nieto.»

Quedábase muy convencida después de sentar estas arrogantes afirmaciones, y la satisfacción le producía tal contento, que se ponía á cantar en voz baja, arrullando á su hijo; y cuando éste se dormía, continuaba rezongando como la pájara en el nido. El gozo, algunas noches, no la dejaba dormir, y se pasaba largas horas jugando con su idea ya realizada, saltándola como Feijóo saltaba el *bilboquet*.

Quevedo iba á verla todos los días, y aunque la encontraba muy bien, ordenaba que no se levantase. ¡Qué aburrimiento estar tanto tiempo prisionera! Gracias que con su chiquitín se entretenía. De noche le ayudaba Segunda á fajarlo y limpiarlo; por el día, Encarnación, que era muy lista y se volvía loca de gusto cuando su ama le dejaba tener el pequeñuelo en brazos durante algunos minutos. En sus ratos de alegría delirante, Fortunata se acordaba mucho de Estupiná. «Pero tía, ¿no se ha tropezado usted en la escalera con Plácido? Dígale que pase, que le tengo que hablar.» Respondía Segunda que no una ni dos veces, sino más de veinte había encontrado al tal; pero que todas las chinitas que le

echaba para que subiese habían sido como si no. «Me puso una cara, chica, cuando le conté la novedad, que parecía un juez de primera *estancia*. Y ayer me dijo: «¡Quite usted allá, so chubasca, encubridora; á usted y á la otra farfanto-
na las voy á poner en la calle!»

—Ya se amansará. ¿Qué apostamos á que se amansa?—decía la joven sonriendo.—Yo quiero que entre y vea esta estrella que se ha caído del cielo.»

Tanto hizo Segunda y tales enredos armó, que Estupiñá entró una mañana, gruñendo y echándose las de hombre de mal genio que tiene que contraer todos los músculos de su cara para enfrenar la indignación. A cuanto le decían Segunda y su hermano, respondía con bufidos; y si la señora de Izquierdo no me le sujeta por un brazo, de fijo que echa á correr por las escaleras abajo. «No se puede tratar con estas tías farfantonas... Vaya usted al rábano. Vaya usted muy enhoramala.» Pero dando estos respiros á su ira, verdadera ó falsa, ello es que no se marchaba, y Segunda le metió casi á la fuerza en la alcoba. Obedeciendo á un impulso instintivo, Estupiñá se quitó el sombrero en el momento en que sentía los chillidos del heredero de Santa Cruz, que estaba pidiendo la teta con mucha necesidad. Al ver que el hablador descubría su venerable cabeza, Fortunata sintió en su alma inundación de alegría, y se dijo: «Eso es, saluda

á tu amito. Él te protegerá, como te han protegido sus abuelos y su padre.» Plácido se inclinó para verle, y aunque se quería hacer el hombre terrible, se le escapó esta frase: «Clavado, *talmente* clavado...»

—¡Qué feo es!... ¿verdad, D. Plácido?—dijo la madre, radiante de gozo.—¿Qué, no le da un beso?... ¿Cree que le va á pegar algo? Descuide; que lo bonito no se pega... ¿Sabe una cosa don Plácido? Me parece que le va usted á querer... y él á usted también. ¿A que sí?

El hablador murmuraba algo que no se oía bien. Estuvo un momento como indeciso entre el furor y la suavidad. Después rompió á hablar con Segunda sobre si ésta ponía ó no ponía aquel año cajón en San Isidro, y se retiró al fin, despidiéndose de una manera que bien podía pasar por conciliadora. Fortunata estaba contentísima, y se decía: «De seguro que ahora mismo va con el cuento. Es lo que yo quiero, que lleve el chisme.» Encadenando las ideas, se daba á pensar en el gusto que tendría de ver á doña Guillermíná, presumiendo al mismo tiempo que si la viera había de sentir mucha vergüenza. «Le pediré perdón por lo mal que me porté aquel día, y me perdonará... como ésta es luz. De fijo que me calienta las orejas; pero paso por todo con tal de verla cara que pone delante de este hijo. A ver qué tiene que decir de mi idea. ¿Qué se le ocurrirá? Alguna cosa que yo no en-

tenderé, ni la entenderá nadie... Diga lo que quiera y tómelo por donde lo tome, Dios no puede volverse atrás de lo que ha hecho; y aunque se hunda el mundo, éste hijo es el *verídico nieto natural* de esos señores, D. Baldomero y doña Bárbara... y la otra, con todo su ángel, no toca pito, no toca pito... eso es lo que yo digo. Que me presente uno como éste... No lo presentará, no. Porque Dios me dijo á mí: *tú pitarás*; y á ella no le ha dicho tal cosa. Y si doña Bárbara se chifló por el *Pituso* falso, ¡cómo no se dislocará por el de oro de ley! De lo contenta que estoy, creo que me voy á poner mala... Y de fijo que Estupiñá lleva el cuento. La que yo quiero que lo sepa primero que todos es mi amiga *la obispa*. ¿Apostamos á que viene á verme? Ya... no se le queda á ella en el cuerpo el sermón que me tiene preparado. ¡Vengan sermones! No me importa; mejor. Yo le diré que tiene razón; pero que yo tengo el hijo, y allá se van hijos con razones.»

Esta visita tenía la por infalible, pues la santa era muy amiga de echar réspedes y de enderezar á las que cometían pecados gordos. Tan segura estaba de verla, que siempre que sonaba la campanilla creía que era ella, y se preparaba á recibirla, arreglando la cama y poniéndose con la mayor decencia posible, trémula de emoción y esperanza.

III

El bautizo se celebró con modestia suma en San Ginés, una mañana de Abril, y le pusieron al chico los nombres de Juan Evaristo Segismundo y algunos más. Ballester se corrió gallardamente aquel día á convidar á Izquierdo y á Ido del Sagrario en el próximo café de Levante. Instó mucho al *maestro* á que tomara un *biftec*; pero D. José lo rehusó, aunque buenas ganas tenía de aceptarlo. De sólo oler la carne y ver la sangre de ella y la grasa en el plato de sus amigos, le parecía que se trastornaba. Su almuerzo fué un café con media tostada de abajo... y otra media de arriba. Tras el café vinieron las incitantes copas, y también les hizo escrúpulos el profesor; no así *el modelo*, que se llenó el cuerpo de ron hasta que ya no podía más, sin que por eso se perturbase su sólida cabeza, que debía de ser un alambique. Mientras comían vieron pasar á Maximiliano Rubir, que salía del café; pero como él no aparentó verlos, no le dijeron nada. Á eso de la una, Ballester se fué á su botica y los dos Josés á la casa de la Cava. Era domingo y ninguno de los dos tenía ocupaciones. Izquierdo mandó á Encarnación por una *grande* de cerveza, y sacando de una caja muy sucia el juego de dominó, extendió y

mezcló las fichas para empezar una partidita. Y cuentan las crónicas *platónicas*, que antes de llegar á la mitad del segundo juego, las pobres fichas se quedaron solas. Ido se había levantado y daba paseos por la sala. Izquierdo se dejó caer sobre el sofá de Vitoria y dormía como un *verdico* bruto, el sombrero sobre los ojos, la boca abierta y las cuatro patas estiradas. La seña Segunda se llevó á Encarnación á la plazuela, porque la noche antes había habido fuego en dos ó tres puestos inmediatos al de ella, y se pasó la mañana ayudando á sus compañeras á meter los trastos que se sacaron y á reparar lo que de reparación era susceptible.

Fortunata estuvo aquel día aburridísima, con muchas ganas de levantarse. Por respeto á las ordenanzas del señor de Quevedo seguía en la cama, pero ya no aguantaría aquella cárcel enojosa dos días más. Juan Evaristo Segismundo, después que le trajeron de San Ginés, estaba tan guapote y satisfecho, cual si tuviera conciencia de su dichoso ingreso en la familia cristiana; y para celebrarlo, en cuantito llegó al lado de su madre, buscó la dispensa y se puso el cuerpo que no le cabía una gota más de leche. Oía Fortunata los ronquidos del venerable *Platón* cual monólogo de un cerdo, y sentía también los paseos de Ido y algún monosílabo ininteligible; suspiros que parecían ayes de pena ó invocaciones poéticas; y cuando el pro-

fesor llegaba en su deambulaci3n febril á la puerta de la alcoba, creía distinguir sus manos 3 parte de un brazo que subían hasta cerca del techo. Luego sonó la campanilla, y D. José fué á abrir. Fortunata creyó que era Encarnaci3n que volvía de la plazuela; pero se equivocaba. No tardó en oír cuchicheos en la puerta. ¿Quién sería? Después sintió pasos y un chillar de botas que la hicieron estremecer, y se quedó muda de terror al ver en la puerta á Maximiliano. Era él; así lo afirmó después de dudarlo un momento. La estupefacci3n que sentía apenas le permitió dar un grito, y su primer movimiento fué echarle los brazos al nene, decidida á *comerse á bocados* á quien intentase hacerle daño 3 quitárselo. Rubín estuvo más de un minuto sin dar un paso, clavado en la puerta y destacándose dentro del marco de ella como la figura de un cuadro. ¡Cosa rara! Ningún signo de hostilidad se veía en su cara ni en su ademán. Miraba á su mujer con seriedad, pero sin dureza, y cuando dió los primeros pasos para acercarse á la cama, su expresi3n era casi indulgente. Pero ella no las tenía todas consigo, y le miró como quien se dispone á una defensa enérgica. «Tío, tío—dijo alzando la voz.—Encarnaci3n...» Como ni Izquierdo ni la criada respondieran, quiso llamar al esperpento aquel que en el cuarto se paseaba. Más al ir á pronunciar su nombre se le borró de la memoria. «¿Cómo diablos se

llama este hombre?... Usted, venga acá... ¡Ah!, ya me acuerdo. Señor Sagrario, haga el favor de despertar á mi tío.» Pero ni el tío despertaba ni D. José se hacía cargo de que le llamaban.

—Parece que me tienes miedo y que pides socorro—le dijo Maxi con fría bondad.—No te voy á comer. Estás equivocada si piensas que vengo de malas. Si no se trata ya de matarte ni de matar á nadie... Esa idea estúpida voló... por fortuna de todos.

Diciendo esto se sentó en la silla, y quitándose el sombrero lo puso sobre la cama. Fortunata le encontró más delgado; la calva parecía mayor, y sus miradas tenían cierto reposo que la tranquilizó.

—Aunque nadie me ha dicho una palabra—prosiguió Rubin,—sé todo lo que te ha pasado; lo he sabido por mi propia razón; y vengo á compadecerte y á hacerte un gran bien... Porque yo perdí la razón, bien lo sabes; pero luego la volví á adquirir. Dios me la quitó y me la volvió á dar tan completa, que en este momento estoy más cuerdo que tú y que toda la familia. No te asombres, hija, que bien conocerás por lo que voy á decirte que mi cabeza está buena, tan buena como nunca lo estuvo. Qué, ¿no lo crees?

Fortunata no sabía si creerlo ó no. Su miedo no se ha'ía extinguido, y esperaba que tras

aquellas palabras tranquilas, vinieran otras airadas y sin pies ni cabeza. No dijo nada, y siguió protegiendo á su hijo, en actitud de defenderle al primer ataque. Maxi no parecía reparar en el niño. Con gran serenidad habló así:

—Tan sano estoy de la cabeza, que me hago cargo de tu situación y de la mía. Ya entre tú y yo no puede haber nada. Nos casamos por debilidad tuya y equivocación mía. Yo te adoraba; tú á mí no. Matrimonio imposible. Tenía que venir el divorcio, y el divorcio ha venido. Yo me volví loco, y tú te emancipaste. Los disparates que habíamos hecho los enmendó la Naturaleza. Contra la Naturaleza no se puede protestar.

Miraba el bulto que en la cama hacía Juan Evaristo; pero como su ademán no tenía nada de hostil, Fortunata se iba sosegando.

—¡Ya sé lo que hay aquí! ¡Pobre niño! Dios no ha querido que sea mío. Si lo fuera, me querías algo. Pero no lo es: todo el mundo lo sabe, y lo sé yo también... Divorcio consumado. Más vale así. Yo no debí casarme contigo. Bien lo pagué perdiendo la razón. ¿Qué debo hacer ahora que la he recobrado? Pues ver las cosas de muy alto, y acatar los hechos y observar las lecciones tremendas que da Dios á las criaturas... Antes me las dió á mí... ahora á ti. Prepárate. No vengo á hacerte daño, sino á anunciarte la buena nueva de la lección, porque estas pedra-

das que vienen de arriba, sanan, curan y fortalecen.

«Pero este hombre—se decía Fortunata,— ¿está cuerdo ó está más loco que antes? Buena jaqueca me está dando; pero como no pase de ahí, se le puede aguantar.»

Algo quiso decir ella en alta voz; pero él no la dejaba meter baza, y como si trajera un discurso preparado y no quisiera dejar de pronunciar ninguna de sus partes, pegó en seguida la hebra: «¿Te acuerdas de cuando yo estaba loco? Los ratos que te dí te los tenías bien merecidos, porque, en realidad, te portabas muy mal conmigo. Tu infidelidad se me había metido á mí en la cabeza; no tenía ningún dato en qué fundarme; pero el convencimiento de ella no lo podía echar de mí. No sé decir bien si soñé que ibas á ser madre, ó si me inspiraron esta idea los celos que tenía. Porque yo tenía unos celos ¡ay! que no me dejaban vivir. «Mi mujer me falta, decía yo, no tiene más remedio que faltarme; no puede ser de otra manera.» Y como por lo mucho que te quería, yo no encontraba á tu pecado más solución que la muerte, ahí tienes por qué me nació en la cabeza, lo mismo que nace el musgo en los troncos, aquella idea de la liberación, pretextos y triquiñuelas de la mente para justificar el asesinato y el suicidio. Era aquello un reflejo de las ideas comunes, el pensar general modificado y adulterado por mi

cerebro enfermo. ¡Ay, qué malo me puse! Te digo que cuando inventé aquel sistema filosófico tan ridículo, estaba en el periodo peorcito. No me quiero acordar. Los disparates que yo decía, los recuerdo como se recuerdan los de las novelas que uno ha leído de niño; y ahora me río de ellos, y calculo cuánto se reirían los demás. ¿Te acuerdas tú?»

Fortunata respondió que sí con la cabeza. No le quitaba los ojos, siguiendo atentamente sus movimientos por ver si se descomponía, y estar preparada á cualquier agresión.

«Después me atacó lo que yo llamo la *Mesianitis*... Era también una modificación cerebral de los celos. ¡El Mesías... tu hijo, el hijo de un padre que no era tu marido! Empezó por ocurrirme que yo debía matarte á ti y á tu descendencia, y luego esta idea hervía y se descomponía como una sustancia puesta al fuego, y entre las espumas burbujeaba aquel absurdo del Mesías. Examínalo bien, y verás que todo era celos, celos fermentados y en putrefacción. ¡Ay, hija, qué malo es estar loco! Cuánto mejor es estar cuerdo, aunque uno, al recobrar el juicio, se encuentre apagado el hornillo de los afectos, toda la vida del corazón muerta y limitado á hacer una vida de lógica, fría y algo triste.»

Al oír esto, que Maxi expresó con cierta elocuencia, Fortunata volvió á inquietarse, y lla-

mó de nuevo á su tío, que seguía dando los roncidos por respuesta. El mismo resultado tuvieron las voces de «Señor Sagrario, señor Sagrario... haga el favor de venir.» D. José se asomó á la puerta, echando á la pareja una mirada de maestro de escuela que inspecciona el aula en que estudian los alumnos, y vuelta á pasearse sin hacer caso de nada.

Rubin acercó más la silla, y Fortunata tuvo más miedo. «Pero todo aquello de la liberación y del Mesías voló. Los hechos reales sustituyeron á las figuraciones de mi cerebro... Dios me devolvió mi razón, y me la devolvió corregida y aumentada. Con ella vi los hechos; con ella descubrí lo que mi familia me ocultaba; con ella reconstruí mi ser, que habia pasado por tantos cataclismos; con ella me penetré bien de nuestro divorcio, y deseché dos y hasta tres veces la idea de homicidio; con ella pude llegar á considerarte mujer extraña, madre de hijos que yo no podía tener, y con ella me he revestido de serenidad y conformidad. ¿No te admiras de verme como me ves? Más te asombrarías si pudieras leer en mi pensamiento y comprender esta elevación con que yo miro todas las cosas, la calma con que te veo á ti, la indiferencia con que veo á tu hijo... ¡Un ser más en el mundo! Cuando él ha venido, sus razones tendrá. ¿Qué derecho tengo yo á estorbarle la vida? ¿Qué derecho á matarte á ti porque se la hayas

dado? Fíjate bien: es muy grave eso de decir: «tal ó cual persona no debió nacer.»

«¡Dios mío!—exclamó para sí Fortunata.—¿Pero este hombre está cuerdo, ó cómo está? ¿Eso que dice es razón, ó los mayores disparates que en mi vida le he oído?...»

—Yo pregunto—añadió Maxi acercándose más:—El derecho á nacer, ¿no es el más sagrado de todos los derechos? ¿Quién me mete á mí á poner estorbo á ningún nacimiento? Estaría gracioso... Nazcan y vivan, que viviendo aprenderán.

«Nada, para mí está peor que antes—pensaba la esposa,—y esto que dice podrá ser cuerdo, pero yo no entiendo palotada.»

—Parece que me tienes miedo—le dijo él siempre serio y tranquilo.—No sé por qué. Ya habrás visto que á razonable no me gana nadie.

—Sí, es verdad; pero...

—¿Pero qué?...

Tú dirás que gato escaldado del agua fría huye (sonriéndose ligeramente, por primera vez en aquella conferencia). Otra cosa: enséñame á tu hijo.

Fortunata volvió á sentir terror, y al ver que Maxi alargaba las manos hacia donde estaba el pequeñuelo, las apartó con las suyas, diciendo:

—Otro día le verás... Déjale... está dormido y me le vas á despertar.

—¡Pero qué maniática eres!... Yo creí que

después de haberme oído, te convencerías de que mi razón está como un reloj y de que además me ha entrado un gran talento. ¿Qué has visto en mí que te parezca sospechoso? Nada absolutamente. Mis sentimientos son de paz; la última idea mala la tuve hace días, pero la arranqué y estoy limpio de ira y de odio. Y para decírtelo todo en una palabra: Fortunata, soy un santo. No es esto jactancia; es la verdad... ¿Crees que voy á hacer daño á tu hijo? ¡Hacer daño á una criatura! Eso no cabe en lo humano. Déjame ver, y te diré algo que te aprovechará.

Fortunata, al fin, sospechando que la contrariedad podía irritarle, permitióle ver al nene sin acercarse mucho, y protegiéndole con sus manos. No dijo nada mientras le miraba. Después volvió á su asiento y estuvo un rato con la mirada perdida entre los ramos de la colcha, ligeramente fruncido el ceño.

—Se parece á tu verdugo. Lo malo no perece nunca. La maldad engendra, y los buenos se aniquilan en la esterilidad.

IV

—Tío, por Díos, tío, despierte usted—volvió á decir Fortunata gritando; y como asomase á la puerta la flácida y carunculosa efigie de Ido

del Sagrario, la joven le dijo:—¿Pero qué hace usted que no despierta á mi tío?... ¡Qué sola me tienen aquí! ¡Y esa chiquilla que no viene!

Ido refunfuñó algo que Fortunata no pudo entender. Mirando al profesor con lástima, Maxi dijo á su esposa: «Este buen señor está tocado. Me da mucha lástima, porque sé lo que es andar mal de la cabeza. Si él quisiera seguir mi plan, yo me comprometía á ponerle como nuevo.»

Y en alta voz, viendo al desgraciado Ido llegar otra vez hasta la puerta de la alcoba y mirar hacia dentro con ojos de estúpido: «Señor D. José, serénese y aprenda á ver la vida como es... Es tontería creer que las cosas son como nos las imaginamos y no como á ellas les da la gana de ser. Al amor no se le dictan leyes. Si la mujer falta, divorcio al canto, y dejar que obre la lógica, pues ella castiga sin palo ni piedra.»

Y Fortunata se persignaba llena de admiración, diciéndose: «¿Pero será verdad, Dios mío, que á mi marido le ha entrado un gran talento, ó estas cosas que dice son farsa para tapar una mala idea? ¿Qué haré yo para que se marche pronto? Porque á lo mejor me sale por mala-gueñas, y me da el gran susto.»

—¡Se parece á tu enemigo!—repitió Maxi, volviendo á la idea que le había excitado ligeramente.—Es una desgracia para él. Y si en lo moral saca la casta, peor que peor. El niño ino-

cente no es responsable de las culpas del padre, pero hereda las malas mañas. ¡Pobre niño! Tengo lástima de él. Si se te muere debes alegrarte, porque si vive te dará muchos disgustos.

A Fortunata le indignó esta idea; pero no se atrevió á contradecirla. Que dijera todo lo que quisiese. Su plan era no contestarle nada, á ver si se aburría y se marchaba pronto.

—Tiene á quien salir—añadió Maxi con lúgubre ironía.—Su papá es de oro... No necesitas decirme que no te hace caso... Harto lo sé. Nisiquiera habrá venido á verte... También me lo figuro. No vendrá; ten por cierto que no vendrá.

—¡Quién sabe!...—se dejó decir la joven, sintiendo que se le apretaba la garganta.

—Te repito que no vendrá... Tengo mis razones para asegurarlo.

—Claro... ¡qué ha de venir!... Ni falta.

—Dices bien; ni falta. Gracias que te oigo una expresión filosófica. Ese hombre tiene ahora otros entretenimientos.

Fortunata sintió que toda la sangre se le subía al rostro, y se puso muy sofocada. Rubín estiró el codo sobre el lecho, apoyándose en él con actitud perezosa, semejante á la que tomaba en la botica cuando leía.

—Es preciso que lo sepas pronto. Todo lo que tardes en saberlo, tardas en regenerarte.

La *Pitusa* tenía mucho calor, y cogiendo un

abanico que junto á la almohada tenía, empezó á abanicarse.

—Es preciso que lo sepas—volvió á decir Maxi con cierta frialdad implacable propia del hombre acostumbrado al asesinato.—Tu verdugo no se acuerda ya de ti para nada, y ahora tiene amores con otra mujer.

—¡Con otra mujer!—dijo ella, repitiendo la frase como una muletilla, á la cual no se saca sentido. Sus miradas vagaban por los dibujos de la colcha.

—Sí, con otra mujer á quien tú conoces.

El asesino le iba soltando á la víctima las palabras en dosis pequeñas, y la miraba observando el efecto que le causaban. Fortunata quiso sobreponerse á aquel suplicio, y sacudiendo la despeinada cabeza, como para alejar y espantar una convicción que quería penetrar en ella, le dijo: «¿Qué historias me vienes á contar ahí?... Déjame en paz.»

—Esto que te cuento no es un enredo; es verdad. Ese hombre está enamorado de otra mujer, y tú la conoces. Aprende, pues. Ahí tienes la maravillosa arma de la lógica humana, con la cual te hiero para sanarte. Más vale morir aprendiendo que vivir ignorando. Esta lección terrible puede llevarte hasta la santidad, que es el estado en que yo me encuentro. ¿Y quién me ha traído á mí á este bendito estado? Pues una lección, una simple lec-

ción. Mira, Fortunata: bendito sea el cuchillo que sana.

—Falta que sea verdad lo que cuentas—dijo la víctima defendiéndose.

—Tú podrás creerlo ó no creerlo, como un enfermo puede tomar ó no la medicina que el médico le da. Porque esto es la medicina de tu conciencia. ¿Quieres otra? ¿Quieres el nombre de la que te ha robado lo que tú robaste? Pues te lo voy á decir.

Fortunata sintió como un desvanecimiento, y al incorporarse se le iba la cabeza, y la habitación daba vueltas en tornó suyo. Llevándose la mano á los ojos, dijo á su marido:

—Me lo tienes que decir.

—Es una amiga tuya.

—¡Amiga mía!

—Sí, y su nombre empieza con A.

—¡Aurora, Aurora es!—exclamó la joven dando un salto en su lecho y mirando á su marido como miran las personas de honor que han recibido una bofetada.

—Ella es.

—Hace tiempo que el corazón me decía algo de esto, pero muy bajito, y yo no lo quería creer.

—Estoy tan seguro de lo que afirmo, que no puede ser más.

—Tú me engañas, tú me engañas—replicó la joven en actitud de Dolorosa.—Tú me quieres

matar, y en vez de pegarme un tiro, me vienes con esta historia.

—Si lo tomas como golpe de muerte, tómalo —manifestó Rubín con implacable frialdad.

—¡Aurora... Aurora!... ¡Dios mío, qué idea tan perra!... (agitándose extraordinariamente). Pero no puede ser. Este hombre está loco y no sabe lo que se dice.

—¿Que estoy loco?... (Imperturbable.) Bueno, defiéndete con eso. Pero tú caerás, tú te convencerás. No tienes escape. La verdad se impone. Ahí tienes un tiro que no yerra nunca. ¿Quieres más señas? Cuando Aurora sale de su obrador, él la espera en la calle de Santo Tomás y van juntos hacia el Ave María. Los domingos Aurora dice en su casa que va al obrador, y adonde va es á...

—Cállate; te digo que te calles—gritó Fortunata retorciéndose los brazos.—Eres un mentiroso, un calumniador.

—¿Pues qué querías tú?... (Con sonrisa glacial.) Hija, es preciso estar á las agrias y á las maduras. ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? ¿Matar y que no te mataran? El mundo es así. Hoy tiras tú la estocada, y mañana eres tú quien la recibe... ¿Dudas todavía?

La víctima no dijo nada. No dudaba, no; lo denunciado por aquel hombre, que á veces parecía demente, á veces no, revestía las apariencias de un hecho cierto. Algo tenía la infeliz jo-

ven en su cabeza que se lo confirmaba, inundándola de luz. Recordó frases y actos, ató cabos, y... Nada, que era verdad, como hay Dios. El infeliz chico estaría todo lo enfermo que se quisiera suponer; pero lo que decía verdad era.

—¿Lo dudas todavía?—volvió á preguntar él.

—No sé, no sé... ¿Y si te has equivocado?... (Con extremada inquietud y ráfagas de ira.) No sé qué pensar... Maxi, Maxi, si me hubieras dado un tiro, me habrías matado menos. Te juro que si es verdad, esa mujer, esa hipócrita, esa sinvergüenza que me vendía amistad, no se ha de reir de mí. Te juro que le pateo el alma más pronto que lo digo (revolcándose en el lecho). Esto no puede quedar así. La mato, le saco los ojos, le arranco el corazón... Que me traigan mi ropa. Tío, chiquilla; quiero levantarme. ¡Pero qué abandonada me tienen!

—Comprendo que te dé tan fuerte. Así me dió á mí, pero luego me he vuelto estoico. Aprende de mí. ¿No ves qué sereno estoy? He pasado por todas las crisis de la ira, de la rabia y de la locura...

—Porque tú no eres un hombre (interrumpiéndole).

—Es que las lecciones me han valido,

—Bueno, porque eres un santo... Yo no soy santa, ni quiero.

—¿Y por qué no habías de serlo tú también? (Tomándole las manos y tratando de contener

con suavidad sus movimientos de ira.) ¿Por qué no habías de aspirar al estado en que yo me encuentro? A él he llegado pasando por la rabia, por la locura... Ahora mismo, no hace mucho, cuando vi á ese diablo de hombre cometiendo una nueva infamia, sentí otra vez la debilidad de espíritu que creía vencida... me entraron ganas de pegarle un tiro, por librar á la humanidad de semejante monstruo... Pero después he sabido vencerme, y he dicho: Mejor castiga una consecuencia lógica que un puñal.

—¡Quiere decirse que le viste con ella y te quedaste tan fresco!—gritó la joven, furibunda, echando llamaradas de los ojos.

—No me quedé fresco... Me alboroté mucho; pero después vino la reflexión. Lo que importa, me dije, no es que él muera, sino que ella aprenda. Y tú has aprendido.

—¡Pues si yo les llego á ver...!

—Si les llegas á ver, acuérdate de mí. Hazte santa como yo... Les miras y pasas...

—Tú no eres hombre... Tú no eres nada—exclamó la joven con desprecio.—A ella, á esa bribona es á quien yo quisiera arreglar. Si la cojo, no lo cuenta. ¡Infame, arrastrada, indecente, engañarme así!

—Tú mira bien si tienes derecho á tratarla de ese modo.

—¡Pues no he de tener! (ofuscándose por completo y sin reparar en lo que decía). Me ha

quitado lo mío. Yo seré mala; pero ella lo es más, mucho más.

—Comprendo tu exaltación. Yo, que no tenía otro móvil que la justicia, cuando les vi, cuando me persuadí de que pecaban, cree que si tengo un revólver, les suelto los seis tiros por la espalda.

—Bien, bien—dijo la esposa con ferocidad.—¿Por qué no lo hiciste? Eres un tonto... Aunque después me hubieras matado á mi también. Tienes derecho á hacerlo.

—Les vi entrar en aquella casa...

Fortunata abrió los ojos con espanto.

—Les esperé para verles salir. Calle tal, número tantos. Me escondi en un portal. ¡Oh!, la suerte de ellos fué que no llevaba revólver...

—Yo te lo compraré... Hoy mismo, ahora mismo (agitándose en el lecho, cogiendo á su hijo, volviéndole á dejar, descubriéndose el pecho, tapándose y sin saber qué hacer).

—¡Matar!... ¿Lección á ella? ¿Y la tuya?

—¿La mía, la mía? Ya la tengo, majadero. ¿Todavía quieres más lección? A esa traicionera sí que se la voy yo á dar, y gorda.

—Irás á presidio si matas.

—Pues iré contenta.

—¿Y tu hijito?

Al oír esto Fortunata tuvo un retroceso en su salvaje idea, y cogiendo al chiquillo, que empezaba á rezongar, se lo llevó al seno.

La madre lloraba, el chico también, y el gran Ido apareció otra vez en la puerta sin decir nada, contemplando á marido y mujer con miradas semejantes á las de las estatuas de yeso ó mármol, pues parecía no tener niñas en los ojos. Gracias que la entrada de Segunda puso término á la situación, y lo mismo fué ver á Rubín que volarse, soltando por aquella boca sapos y culebras y echando la culpa de todo á su hermano y al tagarote inútil de D. José Ido, el cual, viéndose insultado, á su parecer tan sin motivo, hacía contracciones casi inverosímiles con los músculos de la cara, juntando un ojo con la boca y encaramando el otro hasta la raíz del pelo. «Yo no sé lo que es—decía,—yo no sé lo que es; pero hoy no tengo la cabeza buena... Y conste que si entró fué porque quiso, que yo no le mandé entrar... y si la mata, sus razones tendrá, naturalmente... ¡Vaya con la señora ésta, qué genio gasta y cómo me trata! ¿No sabe quién soy? Pues soy Josef... el Idumeo... profesor en partos... intelectuales.»

V

—Cállese usted, so *guillati*—chillaba Segunda, que por los movimientos amenazadores que hizo parecía dispuesta á desbaratar con un par de bofetadas la frágil persona del *profesor idu-*

meo.—La culpa la tiene este morral que está aquí durmiéndola.

Obra de romanos fué el despertar á *Platón*; por fin su hermana le tiró de una pata, mientras Encarnación tiraba de la otra, y el corpa-chón del *modelo*, resbalando sobre el sofá, se desplomó con estruendo sobre el piso. Un rato estuvo estirándose, refregándose los ojos con las manazas y escupiendo más *hostias* que palabras. «¿Ónde está el judío ladrón que ha entrado sin mi permiso? ¡hostia! que le parto por la metá.» El lenguaje de Segunda no desmerecía del de su hermano por la finura ni por lo escogido de las voces, lo que desagradaba extraordinariamente á Ido. Maxi salió á la salita, y José Izquierdo se le cuadró, ladrándole así: «¡Ah!, era usted. Ora mismo á la calle... brrr... ¡Y que tengo yo un genio mu blando!... Pues si le llego á ver antes ¡hostia! me caso con la santísima... si le llego á ver antes, por el judío balcón ¡hostia! va solutamente á la calle.»

Sin demostrar temor alguno, Maximiliano sonreía. Se armó tal zaragata, que tuvo que intervenir Ido con frases de concordia, y Segunda manoteaba, echando la culpa al calzonazos de su hermano, y éste increpaba á Encarnación, y la chiquilla daba de rechazo contra Maxi; y fué tal el vocerío que hubo de presentarse en la puerta, que estaba abierta, Estupiñá, y penetró en la casa con ademanes policiacos,

mandando callar á todo el mundo y amenazando con traer una pareja. «Ya decía yo que en este cuarto no habría paz, y como sigan así, pronto los planto á todos en la calle.» Se fué refunfunando, y al anochecer, cuando ya Ido y Maxi se habían marchado y los hermanos Izquierdo estaban comiendo, volvió á subir, con bastón de mando, y dijo despóticamente: «Orden, orden, y el primero que meta ruido, va á la cárcel.»

—Pues qué, D. Plácido, ¿va á venir el Viático?

—Poco menos—replicó el hablador entrando sin pedir permiso y dirigiéndose á la alcoba.—Que va á venir el ama, la señora casera. Mucho orden, señores, mucha formalidad.

Lo mismo fué oír *Platón* que la señora de Pacheco venia, que el temor de verla le intranquilizó y no tuvo ya sosiego. A trangullones despachó la comida, apresurándose á largarse á la calle. Tal era su miedo de que la señora le viese, que bajó la escalera á escape; y se le erizaba el cabello pensando en que si Guillermina subía cuando él bajaba, no tendría dónde meterse para evitar su encuentro.

Desde la entrevista con su marido, Fortunata se puso tan inquieta, que Segunda tuvo que enfadarse para impedir que se levantara, pues quería hacerlo á todo trance. El chiquitín debía de encontrar novedad en lo tocante á provisiones de boca, porque estaba mal humorado, como si quisiera también echarse á la calle en son de

pronunciamiento. El aviso de la visita de la santa calmó bastante á la madre; pero no al hijo, que no entendía aún ni jota de santidades. Presentóse la dama á las nueve, acompañada de Estupiñá; y después de saludar á Segunda como si fuera ésta la señora más encopetada, pasó, y antes de decir nada á la que fué su amiga, examinó bien á Juan Evaristo Segismundo. Segunda acercaba una vela para que la dama pudiera ver bien las facciones del niño, quien no parecía entusiasmado, ni mucho menos, con inspección tan impertinente ni con la viveza de la luz, tan próxima á sus ojitos.

—¡Qué malgenio tiene!—dijo la santa sentándose junto al lecho, mientras Fortunata agasajaba á su hijo, y metiéndole el pecho en la boca, trataba de aplacarle. Fué Guillermina muy parca en saludos y demostraciones de afecto, y luego, cuando se quedaron solas la señora de Rubín y la santa, ésta no dijo nada de religión, ni mentó la virtud, ni el pecado, ni cosa alguna concerniente al orden moral. Habló de si la joven madre tenía ó no mucha leche, y de si sentía ésta ó la otra molestia, con otras cosas pertinentes al estado en que se hallaba. Fortunata notó en la cara apacible de la fundadora cierta severidad estudiada; y para romper aquel hielo dijo lo siguiente, cuya oportunidad podría dudarse: «Este sí que es el *Pituso* legítimo, el de la propia tía Javiera, ¿verdad, señora? ¡Ah! ¿no

sabe? En cuanto mi tío José oyó decir que usted venía, salió de carrera como alma que lleva el diablo.»

—Por el miedo que me tiene. Buena nos la dió... Déjele usted estar, que como yo le coja á mano le he de decir cuatro cosas.

Y cuando la madre puso al niño á su lado, ya harto y dormido, Guillermina le volvió á mirar atentamente, observando sus facciones como el numismático observa el borroso perfil y las inscripciones de una moneda antigua para averiguar si es auténtica ó falsificada. Después dió un suspiro, y guiñando los ojos para mirar á Fortunata, se expresó así: «¡Buena la hemos hecho, buena!...»

Y ambas estuvieron calladas un rato, mirándose.

—Señora—dijo de improviso la parida, como queriendo romper un secreto que abrumba:—Yo tengo que pedir á usted perdón...

—¡A mí! ¿Perdón... de qué?

—De las burradas que hice, de las atrocidades que dije aquella mañana en su casa de usted. También á ella le pediría perdón si la viera... Me porté mal, lo conozco. Yo no guardo rencor á nadie... Digo, no se lo guardo á ella, porque... ¡ay, señora; usted no sabe lo que pasa, usted no sabe que á las dos nos está engañando!... Y sé quién es la que nos le entretiene: una culebra, una hipocritona, que me vendía amistad...

Esto no quedará así, señora; no quedará así...

—No me traiga usted á mí cuentos, que no me dan frío ni calor (con reprensión graciosa). Ahora lo que le conviene es tranquilidad, que tiempo hay de ajustar cuentas atrasadas...

Y volvió á mirar al chico, recreándose silenciosamente en su hermosura y lozanía. Fortunata le bebía á ella las miradas, jactándose de adivinarle el pensamiento, el cual bien podía ser éste: «¡Si Jacinta le viera...!» ¿Pero cómo le había de ver? Esto sí que era imposible. «Por mí—pensaba la *Pitusa*—no habría inconveniente... ¡Pero cuánto sufrirá la pobrecilla si le ve! Y puede que se le antoje... Sí, para ella estaba... Amiga mía, tenerlos, tenerlos... Ésta le irá contando cómo es; le dirá: «tiene la boca así, los ojos asado, y en esto se parece á su padre y en lo otro á su madre. Criatura más perfecta no ha echado Dios al mundo.»

—Cuando usted esté buena, hablaremos—indicó la santa con ánimo ya de retirarse.—Yo tengo una idea... No es usted sola quien tiene ideas; sólo que las mías no son malas, al menos no las tengo yo por tales. Y para concluir por hoy, ¿necesita usted algo? Si no puede criar, no se apure: le pondremos un ama á este caballero, que me parece no habría de hacerle ascos. Es preciso criarle bien.

—Yo puedo, yo puedo... ¡vaya!—replicó la otra contrariada.—¿Qué cree usted? Soy muy

fuerte. Mi hijo no le cría nadie más que yo.

—Pues alimentarse bien (recobrando su tono dulcemente autoritario). Y cuidado con hacerme disparates. Obedecer al médico... Nada de arrebatos de ira, ni devaneos. ¡Ah!, yo dudo mucho que usted sirva...

Y sintiendo uno de aquellos arranques de inspiración que la embellecían y sublimaban, le dijo esto, ya en pie para marcharse:

—Porque ha de saber usted que Dios me ha hecho tutora de este hijo... Si, buena moza, no se espante ni me ponga esos ojazos. Su madre es usted, pero yo tengo sobre él una parte de autoridad. Dios me la ha dado. Si su madre le faltara, yo me encargo de darle otra, y también abuela. Hijo mío, has venido al mundo con bendición, porque suceda lo que suceda, no estarás nunca solo. Déjeme usted que le vea otra vez. No me harto de mirarle. Quiero llevármelo metido dentro de mis ojos. ¡Virgen del Carmén, qué lindísimo es!... Tiene á quien salir. Adiós, adiós.

Salió acompañada de Estupiñá, diciendo al modo de rezo: «Acatemos la voluntad de Dios... Él sabrá para qué ha mandado acá este angelote. Jacinta, furiosa, dice que Dios está chocho y que no hace más que disparates... Pobrecilla... ¡Qué limitada inteligencia la nuestra! No comprendemos nada, pero nada de lo que Él hace, y nos devanamos los sesos por adivinar el senti-

do de ciertas cosas que pasan, y mientras más vueltas les damos menos las entendemos. Por eso yo corto por lo sano, y todas mis *matemáticas* se reducen á decir: «Cúmplase la voluntad del Señor.»

Fortunata soñó aquella noche que entraban Aurora, Guillermina y Jacinta armadas de puñales y con caretas negras, y amenazándola con darle muerte, le quitaban á su hijo. Después era Aurora sola la que cometía el nefando crimen, penetrando de puntillas en la alcoba, dándole á oler un maldecido pañuelo empapado en menjurje de la botica, y dejándola como dormida, sin movimiento, pero con aptitud de apreciar lo que pasaba. Aurora cogía al chiquillo y se lo llevaba, sin que su madre pudiera impedirlo, ni siquiera gritar. Despertó acongojadísima. Se sentía mal, propensa á desvarios de la mente en cuanto se aletargaba, y con muchísima sed. Ésta llegó á ser tan fuerte, que no pudiendo despertar á su tía dando con los nudillos en el tabique, tuvo al fin que levantarse en busca de agua. Al volverse á acostar sintió bastante frío, y con estas alternativas de frío y calor estuvo hasta la mañana.

VI

Ballester fué temprano, y á ella le faltó tiempo para hablarle de la visita de Maxi y de la historia que éste le habia llevado. Mucho se incomodó el regente al enterarse de esto, y con desusada seriedad y calor hubo de negar lo que su amigo contara de *la Samaniega*.

«Mire, compañero—dijo ella:—mientras más se amontone usted para negarlo, más creo yo en ello. Usted no habla nunca así; y cuando se pone serio, no dice más que mentiras. Lo que quiere es que yo me serene. Se lo agradezco; pero no puede ser. Y lo que es esa francesilla asquerosa no se ríe de mí.»

Agotó el buen amigo toda su lógica para arrancarle aquella idea, sin adelantar nada. «Y por fin—dijo tomando el tono festivo y maleante que empleara con Maxi en otra ocasión,—¿para qué hacemos caso de lo que diga ese desventurado?... ¡Ay, qué románticas y qué sú-pitas... *seamos!* Mi amigo Rubín, con esas apariencias que ahora tiene de hombre de seso, está más *tocati* que nunca. Todo lo dice al revés, y el otro día me sostenía que *doña Desdémona* es una mujer hermosa. Me parece que si seguimos por ese camino, tendré que traerme acá la vara...»

No afectaron á Fortunata estas bromas. Ob-

servábala él con atención seria, notando que una idea muy siniestra y tenaz la dominaba, y que no era fácil quitársela de la cabeza. Temió que aquel estado de ánimo influyese desfavorablemente en su salud, y para prevenirlo metióle miedo. «Me ha dicho Quevedo que en estos dias hay que tener mucho cuidado con usted, y que no le permitirá levantarse hasta la semana que viene. Cualquier disparate que usted hiciera podría sernos fatal. Conque, hija mía (tomándole las manos), muchísimo cuidado. No le digo que lo haga por mí. ¿Qué caso hace usted de este pobre boticarín? Ninguno, y con razón, porque yo para usted no soy nadie... Hágalo por mi amigo Juan Evaristo, á quien quiero ya como si fuera hijo mío, sí, sépalo usted, y me constituyo en su tutor; hágalo por él, y *tutti contenti*.»

Parecía convencida, y Ballester se fué con la impresión de haber triunfado. Tranquila estuvo toda la mañana; pero á eso del mediodía, al despertar de un sueño breve, se sintió tan vivamente acometida de ganas de salir á la calle, que no pudo sobreponerse á este ciego impulso. Levantóse, con gran sorpresa de Encarnación, única persona que en la casa estaba; se peinó á la ligera y se puso su falda de merino oscuro, pañuelo de crespón negro, otro de color á la cabeza, mitones colorados, sus botas de caña clara, y... Pero antes de salir dedicó un gran rato á su

hijo, que habiendo despertado cuando la mamá se vestía, parecía declarar con sus chillidos que le cargaba la salidita. Le convenció ella dándole todo lo que quiso ó lo que había, y el angelito se quedó dormido en su cuna de mimbres. «Mira—dijo á Encarnación su ama:—yo voy á salir. No estaré fuera sino poco tiempo, porque tomaré un coche y haré la diligencia en media hora. Tú no te separas de aquí, y si despierta el niño, le arrullas y le meces, diciéndole que yo vendré en seguidita... Cuidado cómo te separas de él. Oye: mientras yo esté fuera, no abres á nadie... Mejor será otra cosa: yo cierro dando las dos vueltas y me llevo la llave. Si viene Segunda, que espere en la escalera.» Dió muchos besos á su hijo, de quien por primera vez en aquella ocasión se separaba, y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave. «No sea cosa que alguien venga y... No, no me le quitarán; pero se han dado casos. Este ángel mío, veo que tiene muchos golosos. Y sobre todo, esa envidiosona de Jacinta es la que más miedo me da. De la pelusa que tiene le van á salir más canas, y se va á poner como un alambre de flaca. ¿Pero qué remedio tiene si no conformarse... Bastante he penado yo... que pene ahora ella. ¡Ah!, siento pasos. Francamente, no quisiera que me viera nadie, porque empezarán á decir si salgo ó no salgo, y no me gustan *refirencias*. Me parece que es D. Plácido el que sube. Me aguardaré un

poquito hasta que entre en su casa... Ya llega; abre su puerta. Ahora me escabullo, y Dios me acompañe. Debiera llevar algo que duela... ¡Ah!, la llave. Es mejor que la mano del almirez. Con esto y las uñas... yo le juro que...»

Tomó un coche, y apenas entró en él se sintió tan mareada, á causa del movimiento y de su propia debilidad, que hubo de cerrar los ojos é inclinar la cabeza para no ver las casas volteando en torno suyo. «Debí haber tomado un caldito antes de salir... Pero á buena hora me acuerdo. En fin, esto pasará.» Pasó ciertamente, y lo primero que hizo al reponerse fué variar la orden que había dado al simón. Habíale dicho *Ave Maria*, 18; pero tuvo una idea, y dijo *Cabeza*, 10, sacando la suya por la ventanilla, alargando el brazo y tocando con la llave que en la mano llevaba, al modo de un arma, el brazo del cochero. En la casa últimamente designada estuvo como una media hora, y cuando bajó á tomar de nuevo el carruaje, su cara pálida tenía transparencias de cera, los labios no tenían color... «¿Adónde vamos, señora?», le preguntó el cochero, viendo que pasaba tiempo sin que diera ninguna orden. «Subida á Santa Cruz, esquina á la calle de Vicario Viejo.» Y dicho esto, y al rodar de la berlina, daba vueltas á este pensamiento: «Claro; lo que yo dije. La Visitación á mí no me lo había de ocultar. ¡Y luego dice el tonto de Ballester que mi marido está

loco! Más razón tiene y más talento que todos los cuerdos juntos... No se ha equivocado ni en tanto así. Veinte duros le he dado á la Visitación por la cantinela... Claro; á mí no me lo había de negar...» Y partiendo de esta idea, volvía á la misma cien y cien veces, describiendo el doloroso círculo.

Apeóse en la subida á Santa Cruz, y subió al obrador de Samaniego, entrando por el portal, que estaba en la calle de Vicario Viejo. Iba tan decidida, que no tuvo ni la más ligera vacilación. La puerta del entresuelo tenía mampara de hule, que al abrirse hacía sonar un timbre. Fortunata había estado allí en los días que precedieron á la inauguración de la tienda, y recordaba perfectamente todo. No había que llamar, sino que se empujaba la mampara, sonaba un *plín* muy fuerte y ya estaba uno dentro. Así lo hizo aquel día, y apenas recorrió el corto pasillo que á la estancia principal conducía, encaróse con Aurora, que en aquel momento iba desde el centro, donde estaba la mesa, hacia una de las ventanas, llevando telas en la mano. Alrededor de la mesa vió Fortunata como unas seis ó siete oficiales cosiendo, y en un sofá, junto á la ventana apaisada que daba á la calle, estaban dos señoras, examinando á la luz encajes y telas.

—Buenos días—dijo la Rubín, deteniéndose un instante y recorriendo con mirada fugaz

todas las caras que delante tenía. Aurora, al verla, se quedó tan inmutada, que no supo ni qué decir ni qué cara poner. «¡Ah!... tú, Fortunata... ¡Cuánto tiempo...!» De improviso tomó un tonillo de sequedad. «Dispensa... Estoy ocupada. Si quisieras volver á otra hora...» Pero al instante cambió de registro. «¡Qué cara te vendes! ¿Has estado mala?»

—Y tú, ¿cómo estás?... Siempre tan famosa... —le dijo Fortunata acercándose y poniendo una cara fingidamente amable, pero en la cual no era difícil ver la cruel suavidad con que algunas fieras lamen á la víctima antes de devorarla.

—Y tú, ¿dónde te metes?—balbució Aurora muy cortada sin saber para dónde volverse.

Por fin se dirigió á las señoras que allí estaban, pero no supo qué decirles. Fortunata se le puso delante cuando volvía hacia la mesa central. «Tenía que hablar contigo... Como no se te ve... ¡Ay, qué amigas éstas: se muere una sin que le digan nada!»

Algo se tranquilizaba Aurora con este lenguaje, y sonriendo contestó: «Hija, con tantas ocupaciones, no tiene una tiempo para visitas. Pensé ir á verte... Pero siéntate.»

—Estoy bien así... Pronto despacho.

Aurora se acercó otra vez á las señoras, y al volverse, su amiga le tocó un brazo. «Tenía que hablarte dos palabras... una cosita que te

quería decir. Me estaba muriendo por verte. ¡Ingrata! ¡Sabiendo el gusto que me da tu compañía!...»

—Tienes razón—dijo la otra volviendo á inquietarse, porque en la cara de su amiga advirtió algo que la puso en cuidado.—Todos los días pensaba ir...

—Sabiendo que te quiero tanto...

—Y yo á ti... ¿Pero por qué no te sientas?

—No... Me voy en seguida. No he venido más que á traerte una cosa...

—¡A traerme una cosa... á mí!

—Sí, verás.

Y diciendo *verás*, hizo con el brazo derecho un raudo y enérgico movimiento, y le descargó tan de lleno la mano sobre la cara, que la otra no pudo resistir el impulso, y dando un grito, se cayó al suelo. Fortunata dijo: «¡Toma, indecente, púa, ladrona!»

Bofetada más sonora y tremenda no se ha dado nunca. Todas las oficiales corrieron espantadas al auxilio de su jefe; pero por pronto que acudieron, no fué posible impedir que Fortunata, empuñando su llave con la mano derecha, le descargase á la otra un martillazo en la frente; y después, con indecible rapidez y coraje, le echó ambas manos al moño y tiró con toda su fuerza. Los chillidos de Aurora se oían desde la calle. Las dos señoras aquellas salieron á la escalera pidiendo socorro. Gracias que las oficia-

las sujetaron á la fiera en el momento en que clavaba sus garras en el pelo de la víctima, que si no, allí da cuenta de ella. Sujetada por tantas manos, Fortunata hizo esfuerzos por desasirse y seguir la gresca; pero al fin el número, que no el valor, venció su increíble pujanza. A una de las modistillas la tiró patas arriba de una manotada; á otra le puso un ojo como un tomate. Dando resoplidos, lívida y sudorosa, los ojos despidiendo llamas, Fortunata continuaba con su lengua la trágica obra que sus manos no podían realizar. «Eso para que vuelvas, so tunanta, á meter tus dedos en el plato ajeno... Embustera, timadora, comedianta, que eres capaz de engañar al Verbo Divino. ¡Lástima de agua del bautismo la que te echaron! Tramposa, chaulana... Te pateo la cara, aunque me deshonne las suelas de las botas.»

Y tal esfuerzo hizo por desasirse, que á punto estuvo de lograrlo. Dos de ellas habían acudido á levantar á Aurora, que continuaba dando gritos de dolor. Si no se presentan Pepe Samaniego y un dependiente, sabe Dios la que se arma allí.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted?

—¡Quién soy!...—gritó Fortunata con desesperación.—Una persona decente...

—Sí, ya se conoce... ¡Aurora, por Dios!... ¿Qué es esto?

—Una persona decente, que he venido á ajustarle la cuenta á este serpentón que tiene usted en su casa. Y también es calumniadora.

—Cállese usted y váyase muy enhoramala... ¿Pero qué es esto, Aurora?... ¡Jesús!, sangre en la cabeza. Una herida... Oiga usted, mujerzuela: ahora mismo va usted á la cárcel... ¡Eh!, llamar á una pareja.

La Fenelón estaba como desmayada, y sus alumnas le desabrocharon el vestido para aflojarle el corsé.

—Quien va á ir á la cárcel es esa—chilló la agresora, frenética, revertida otra vez bruscamente á las condiciones de su origen, mujer del pueblo, con toda la pasión y la grosería que el trato social había disimulado en ella.—Yo no he faltado... A mí sí que me han faltado... Esa bribona me ha engañado, nos ha engañado á las dos, porque somos dos las agraviadas, dos, y usted debe saberlo... *Aquella* es un ángel, yo otro ángel; digo, yo no... Pero hemos tenido un hijo; *el hijo de la casa*, y ésta es una entrometida, fea, tiñosa y sinvergüenza, que me la tiene que pagar, me la tiene que pagar.

—¡Si no se calla usted!...—dijo Samaniego, llegándose á ella con ademán amenazador.—Vamos, que por ser usted mujer, no le sacudo el polvo ahora mismo.

—¿Usted á mí?... Falta que pueda. Más le val-

drá á usted no permitir las indecencias que hace esta...

—Le digo á usted que si no se calla... No me puedo contener... ¡Eh!, llamar á una pareja.

La escena tomó aún peor carácter con la aparición inesperada de doña Casta, que hubo de llegar á la tienda en aquel instante, y enterada de la zaragata, subió renqueando, y entró en el teatro del dramático suceso dando gritos: «¡Hija de mi alma!... ¡Pero qué!... ¡la han matado!... ¡sangre!... ¡Ay, Dios mío! ¡Aurora... Aurora!... ¡Pero quién ha sido?... ¡Ah!, ¡esa mujer!...

—Sí, yo; yo he sido—le dijo Fortunata desde el rincón donde la tenían acorralada.—Mejor cuenta le tendría á usted, so bruja, no ser tapadera de las tunanterías de su niña...

Doña Casta, acudiendo á su hija, no se hacía cargo de las flores que la otra le echaba. Aurora volvió en sí exhalando gemidos. «No es nada, tía—dijo Samaniego.—No se asuste usted... Una leve contusión, y el susto correspondiente... ¿Pero no se calla esa salvaje?... A la prevención, á la prevención...»

—Dejarla; que se vaya...—murmuró Aurora con los ojos cerrados.

—A la cárcel—gritaba ronca doña Casta.

—No, á la cárcel no—dijo la víctima, haciendo gala de generosidad... —Dejarla, dejarla... Pepe, no le hagas nada.

—No; si yo no la pego... Allá se entenderá con el juez.

—No, juez no, juez no—decía la de Fenelón muy apurada.—La perdono. Dejarla, que se vaya, que se vaya pronto, que yo no la vea.

Fortunata, implacable, no se quería callar, y entre los que rodeaban á la víctima se dividieron los pareceres respecto á lo que se debía hacer con la agresora. Subió más gente, y el obrador, con tanto vocear y las pisadas de los que entraban y salían, parecía un infierno.

VII

La primera que llegó á la casa de la Cava durante la ausencia de la *Pitusa* fué Guillermina. Después de llamar dos veces, la voz de Encarnación le respondió al través de los agujeros de la chapa: «La señorita ha salido. Me ha dejado encerrada.»

—¡Ha salido!... ¡Dios nos asista!... ¿Pero es eso verdad, ó es que no quiere recibirme?

—No, señora, no está. Dijo que volvería pronto. Echó la llave con dos vueltas.

—¿Y el niño?

—Sigue tan dormidito.

—Esperaré un rato—dijo la santa dando un suspiro; y cansada de estar en pie, se sentó en el más alto escalón del tramo. Parecía una pobre que espera se abra la puerta para pedir limosna.

«¿Pero dónde habrá ido esa loca?... Lo que yo digo: á ésta no la sujeta nadie. No va á poder criar á su hijo. Tiene á lo mejor algunas corazonadas felices; pero cuando menos se piensa la pega... El mejor día abandona á su niño ó lo mete en la Inclusa... No; eso sí que no se lo consentimos. Si el pobrecito tiene una madre descastada, no le faltará quien mire por él.»

Cuando esto pensaba, sintió subir á otra persona. Era Ballester, quien al verla se quedó algo cortado. «¿Viene usted á esta casa?—le dijo la dama.—Pues tómelo con paciencia, que el pájaro voló. La señora esa se ha ido á la calle. Dentro están el chico y la criada; pero como se llevó la llave, no podemos entrar. Aguante usted el plantón, como yo, si no tiene prisa, que ya no puede tardar.»

—¡Pero si le habíamos prohibido que saliera! (asustadísimo y disgustado). Anoche, según me dijo D. Francisco de Quevedo, estaba algo excitada. Por eso yo venía á ver... ¡Qué disparates hace!

—¡Ya lo creo que es disparate! ¿Y usted no sospecha dónde podrá estar?

—Yo... nada. En fin, esperaremos.

Sentóse el regente dos escalones más abajo, y la santa guiñó los ojos para mirarle. Como no se paraba en barras cuando creía necesario interrogar á alguna persona, de buenas á primeras acometió á Ballester en esta forma: «Dígame

usted, caballero, y dispense la confianza. ¿Es usted la persona que ahora... tiene más ascendiente con esta mujer?

—Yo, señora... ascendiente no creo tenerlo... La conozco hace poco tiempo. Soy su amigo; me intereso algo por ella.

—No trato yo de que usted me diga qué clase de amistad es esa...

—Las relaciones más puras... ¿Qué, no lo cree usted?

—Sí, yo creo todo. Precisamente tengo mucha fe (riendo con gracia); pero no se trata ahora de esto. ¿Á mí qué me importa? Lo que quiero decir es que si usted tiene algún influjo sobre ella, debe aconsejarle que... Porque el día mejor pensado esta mujer vuelve á las andadas, y se cansará de criar á su niño. Lo mejor sería que le pusiera un ama, entregándoselo á personas que le habrían de cuidar mejor que ella. Aconsejele usted esto.

—Yo... qué quiere usted que le diga... creo que no le abandonará. Está muy entusiasmada con él.

—Sí, buen entusiasmo nos dé Dios. ¡Mire usted que ésta!... ¡Marcharse á paseo! Qué ganas de calle tenía. Ni sé cómo el angelito aguanta tanto tiempo sin mamar...

No había acabado de decirlo, cuando oyeron los chillidos del pobre niño. No pudiendo contenerse, Guillermina se levantó y fué hacia la

chapa agujereada, y por allí echó estas vehementes expresiones: «¡Hijo mío, esa loca que no viene!... Tienes razón... ¡bribona! Aguárdate un poquitín, un poquitín.» Llamó para que viniese á la puerta la chiquilla, y le dijo: «Oye, niña: á ver cómo le entretienes un momentito, que tu ama no puede tardar. Mécele en su cunita, cántale algo, sosona.»

Y volviendo al peldaño, charló con su compañero de plantón: «¡Qué alma de mujer!... ¡Ay!, tengo el genio tan vivo, que rompería la puerta, cogería al niño y le llevaría á que le dieran de mamar... ¿Es usted médico?»

—No, señora; soy farmacéutico.

Se calló porque sintieron pasos, ya muy cerca, como de una persona que subía con cautela, y miraron á la meseta inmediata, esperando á que el que subía diese la vuelta. La aparición de aquella persona les dejó á ambos muy sorprendidos. Era Maximiliano, quien al ver á doña Guillermina y á Segismundo sentados en la escalera, hizo el siguiente razonamiento: «Dos personas que esperan y que se sientan cansadas. Luego hace tiempo que esperan, y la casa está cerrada.»

Un rato estuvo inmóvil sin saber si seguir subiendo ó volverse para abajo. El regente se reía y Guillermina le miraba con gracejo.

—Nada—le dijo ésta,—que tiene usted que esperar también. ¿Tiene usted llave?

—¿Llave yo?

—La del campo—indicó Ballester con mal humor, discurriendo que maldita la falta que hacía Maxi allí.—Más vale que se vaya usted, amigo Rubin, y vuelva, porque esto va largo.

—Esperaré yo también—contestó el otro, sentándose debajo de Ballester.

Y volvieron á oirse los desesperados gritos del *Pituso*, y Guillermina no disimulaba su impaciencia y zozobra. «Ya se ve, la pobre criatura tiene ganita... ¡Cuidado que levantarse antes de tiempo y plantarse en la calle!... Le digo á usted que la pegaría...

Maximiliano callaba, no quitándole los ojos á la santa, á quien nunca había visto tan de cerca.

—Pues estamos lucidos—añadió ella.—Ya somos tres. Y esto va picando en historia. Siento pasos. ¡Si será al fin esa veleta!...

Los pasos no parecían de mujer. ¿Quién sería? Miraron los tres, y apareció José Izquierdo, quien al ver á doña Guillermina se sobresaltó extraordinariamente y miró para abajo, como si se quisiera tirar de cabeza. Habría él dado cualquier cosa por tener donde meterse. La santa se reía en sus barbas, y por fin le dijo: «No me tenga usted miedo, señor de *Platón*... ¿Por qué está usted tan asustado? No me como la gente. Si somos amigos usted y yo...»

—Señora—dijo el *modelo* con un gruñido,—

cuando el endivido tiene necesidad, no pué ser caballero y hace cualesquiera cosa.

—Sí, hombre, ya lo sé, y aquel gran timo que usted nos dió está olvidado... ¡Pues si viera usted qué guapo está el *Pituso*!

—¿De veras? ¡Ay! ¡probe piojín de mis entrañas!

—Sí; se cría perfectamente. Y es tan listo y tan travieso que tiene alborotado todo el asilo.

—¡Ay, cómo se le conoce la santísima sangre de su madre, que revolvía medio mundo! ¡Si tenía aquel chico un talento macho!... Vamos que...

—Ahora está usted como quiere, señor de *Platón*, según he oído, ganando unos grandes dinerales con la pintura.

—Defendemos el santo garbanzo, señora...

—Yo me alegro por diferentes motivos, pues estando usted tan en grande no se le ocurrirá engañar á la gente.

· Izquierdo se rascaba una oreja, y la habría dado porque la santa mudara de conversación.

—Si la señora quiere, no miremos pa trás.

—Si esto no es mirar *pa trás*... Vamos, que ahora, si usted estuviera mal de fondos, bien podría intentar otro negocio como aquel... y no con moneda falsa, sino con legítima.

Ballester se reía y Maximiliano estaba muy serio, lo que reparó la fundadora, apresurándose á decir: «Si no fuera por estas bromas, ¿cómo pasaríamos el horrible plantón? Yo me consumo

cuando tengo que esperar, y cuando espero estúpidamente por la tontería de una persona, pierdo la paciencia en absoluto...

Volvió á oírse la quejumbrosa cantinela de Juan Evaristo, y Guillermina tiró de la campanilla para decir á la criada: «Mujer, entretenle; dile cositas. Pareces tonta... ¡Hijo mío, ya viene, ya viene!... Verás qué soba le doy cuando entre, por tenerte así tan solito, muertecito de hambre... Señores (volviendo al escalón), ustedes me han de dispensar, y si alguno se cansa, no esté aquí por hacerme compañía. Algo debe de haberle pasado á esa mujer, cuando tarda tanto. Propongo que se nombre una comisión que vaya á hacer un reconocimiento á la calle y averigüe dónde puede estar.» Al decir esto miraba á Maxi, dando á entender que fuera él de la citada comisión. El joven no hizo ademán alguno que indicara intención de moverse, y en la misma actitud perezosa en que estaba, mirando de soslayo á sus compañeros de plantón, dijo así: «Hace como unos cinco cuartos de hora iba en un coche por la calle de Atocha... Entró por la calle de Cañizares... Hace como unos tres cuartos de hora, vi el mismo coche atravesar la plaza de Santa Cruz hacia la calle de Esparteros...»

Ballester y Guillermina se miraron alarmados. «Pues propongo—repitió ella—que vaya una comisión á la calle de Esparteros... ¿Y no

vió usted si el coche se detuvo en alguna parte?»

—No, señora... Yo creí que el coche venía hacia acá, pues aunque el camino más directo desde la calle de Atocha es Plaza Mayor, Ciudad Rodrigo y Cava, como en la entrada de la Plaza, por Atocha, están adoquinando y no se puede pasar, dije yo: «Es que el cochero va á tomar la calle Mayor.» Pero por lo visto no ha venido aquí. Luego ha ido á otra parte. Quizás haya ido á visitar á alguna amiga, Aurora, por ejemplo...»

Ballester y la santa volvieron á mirarse con inquietud. «Lo que este chico dice—indicó el farmacéutico comunicando á la dama sus temores—me parece tan lógico, que casi casi me inclino á tenerlo por cierto.»

Oyéronse pasos otra vez; pero eran muy pesados y les acompañaba un carraspeo y resoplido de persona madura, por lo que nadie creyó fuera Fortunata la que llegaba. «Es Sigunda» dijo Izquierdo antes de verla, y no se equivocó. La placera se puso en jarras al ver la escalonada tertulia que allí había, y cuando apreció quién estaba sentada en el lugar más alto, abrió medio palmo de boca, expresando su admiración de esta manera: «¡Bendito Dios! ¡El ama de la casa sentadita en la escalera, como una pobre que está esperando las sobras de la comida! Pero qué, ¿no está esa diabla? ¡Se ha escapado á la calle! Me lo temía. ¡Qué cabeza! ¡Si

estaba ella anoche muy encalabrada!... Pero señora, ¿por qué no pasa á casa de D. Plácido? Allí habrá sillas, al menos, y podrán la señora y los señores sentarse á gusto...

—Hágame el favor de llamar en el tercero y ver si está Plácido. Tengo la seguridad de que él la encuentra.

Segunda llamó, y Plácido no estaba.

—¿Quiere la señora que vaya á buscarla?...
¿Pero adónde?

—Yo iré—dijo Ballester, que no podía desechár la idea de que en el obrador de Samaniego darian razón de la fugitiva. Pero aún hablaba con Guillermina en secreto, cuando Segunda, que había bajado en busca de una llave ó ganzáa con qué abrir la puerta, gritó desde el principal: «Ya está aquí, ya está aquí.»

—¡Ah, gracias á Dios!...—exclamó Guillermina sin intención de doble sentido.—Ya pareció la perdida. Veremos lo que trae.

—Una de dos—dijo Ballester suspirando:—ó trae la cara arañada, ó trae sangre y quizás piel humana en las uñas.

—Es mucha mujer ésta...

Todos se levantaron menos Maximiliano, que continuó echado apáticamente hasta que vió á su mujer. Ésta subía jadeante, sofocadísima, limpiándose con un pañuelo el sudor de la cara, y levantándose las faldas para no pisárselas. En la mano traía la llave de la casa. «¿Qué, he tar-

dado?... Si no he tardado nada. Despaché en seguida... ¡Ah!, doña Guillermina también aquí! Hija, yo creí desocuparme más pronto... Y mi rey tiene hambre... ya le oigo llorar... Voy, voy, hijo de mis entrañas... ¡Ay!, creí que no me dejaban venir. Si me llevan á la cárcel, no sé... pobrecito mío.

—Abra usted, abra pronto...—le dijo Guillermina empujándola,—callejera, cabra montés. Está visto: no sirve usted para madre... ¡Angel de Dios! Hace dos horas que está rabiando... Si usted no se enmienda, tendremos que mirar por él.

VIII

Abrió y entraron todos atropelladamente: Fortunata delante, Guillermina agarrada á ella, y detrás Ballester, Maxi, Izquierdo y Segunda. La madre corrió derecha á la alcoba, donde estaba el pequeño en su cuna, dando unos gritos que enternecerían al caballo de bronce de Felipe III. «Aquí estoy, rico mío; aquí está tu esclava... Ven, ven, cielo de mi vida; toma la tetita, toma... ¡Ay, qué hambre tan grande!... ¡Cuánto ha llorado mi ángel! .. Yo desatinada por venir. ¡Qué contento se pone mi niño!... Ya no llora más, ¿verdad? Ya no más...»

Sin quitarse el mantón había cogido al chiquillo, disponiéndose á aplacar su gran necesi-

dad. Se sentó en la cama, para dejar á Guillermina la única silla que en la alcoba había. La santa no atendía más que al pequeñuelo, observando si la ansiedad con que mamaba iba acompañada de satisfacción. «Me temo que con esos arrebatos se quede usted sin leche.»

—¡Quiá, no señora!... Vea usted: la tengo de sobra. Al contrario, creo que si no me desahogo me quedo seca. Estaba yo anoche que no cabía en mí. Me era tan preciso vengarme, como el respirar y el comer. Pues verá usted... Después de darle una bofetada que debió de oírse en Tetuán, le pegué un achuchón con la llave, y la descalabré... Después metí mano á las greñas...

—Cállese usted por Dios, que me da horror de oirla.

—Me querían llevar á la cárcel, y estuvieron cerca de una hora si me llevan ó no me llevan. Fueron los policías, y yo dije que estaba criando. Total, que por fin me soltaron, y aquí me vine corriendo. ¡Si no hay como ser así para que la respeten á una! Si no están allí las condenadas modistas, me paseo por encima de su corpacho como por esa sala. Porque mire usted que es re-mala: jengañar á dos, á dos, señora: á mí y á la otra, que es un ángel, según dice todo el mundo! Dígale usted que su cuenta con *la Samaniega* está ajustada.

—Me parece que está usted muy trastornada... Cállese, cállese y atienda á su hijo...

—Ya atiando, señora, ya atiando. ¿Pues no me ve?... Hijo, gloria de tu madre, emperador del mundo... ¡Ay!, crea usted que si aquellos perros guindillas no me dejan venir á dar de mamar á mi hijo, no sé lo que me pasa... El mismo Samaniego fué quien me soltó, diciendo: «Que se vaya noramala.» Pues sí, señora, estoy contenta. Y crea usted que no me alegro por interés... ¿Para qué quiero yo el dinero? Para nada. Me alegro por tener *el hijo de la casa*, y esto no me lo quita nadie. Ni con latines ni sin latines me lo quitan. ¿Verdad, señora? Usted está ahora de mi parte. Y *ella* también está ahora de mi parte, ¿verdad?

—Cuando digo que usted no tiene la cabeza buena (bastante alarmada). Cállese la boca. Tengamos formalidad (dándole palmadas en el hombro), porque si no lo cría bien, le pondremos ama; y en último caso, hasta le recogeremos para tenerlo con nosotras.

—¡Quiá!... No señora... Yo no le suelto (con gran excitación y desbordamientos de alegría). ¡Estoy tan contenta!... Usted me va á querer, señora, ¿verdad? ¿Me querrá usted? Por que yo necesito que alguien me quiera de firme. Verá usted qué bien me voy á portar ahora. ¿Hombres? Ni mirarlos. No quiero cuentas con ninguno. Mi hijito y nada más.

—Sí... quien no te conozca que te compre.

—¡Ah, usted no me conoce, señora!... ¿Cree

que?... Ja, ja, ja... Mi hijito, y aquí paz... Verá usted: nos haremos cargo de que es hijo de las tres, y tendrá tres madres en vez de una...

A la santa le hizo gracia aquella extraña idea.

—Mire usted: después que Dios me ha dado al *hijo de la casa*, no le guardo rencor á la otra... Porque yo soy tanto como ella, por lo menos... Como no sea más. Pero pongamos que soy lo mismo. No le guardo rencor, y como me apuren mucho, hasta le tomaré cariño... Tres mamás va á tener este rico, esta gloria: yo, que soy la mamá primera; ella la mamá segunda, y usted la mamá tercera.

—Pero hija, ¡qué alborotada está usted y qué disparates dice! (tomándole el pulso y examinando con alarma el brillo de sus ojos). Extraño mucho que el pobre Juanín encuentre qué sacar de ese pecho...

Las demás personas que en la casa entraron estaban en la sala, sin atreverse á pasar mientras durase aquel animado coloquio de la diabla y la santa, cuyo lejano run run oían. Guillermina pasó á la salita en busca de Ballester, que estaba muy cariacontecido junto á los cristales de la ventana mirando á la plaza, y le dijo: «Está esa mujer excitadísima, y me temo que se seque... ¿Hay aquí antiespasmódica?»

—Sí, sí, la preparé yo con muchísimo esmero; pero traeré más esta noche. ¿Dice usted que está excitadísima?

—Pero atroz... Cabeza trastornada; dice mil despropósitos. Entre usted.

Cuando Ballester le propuso que tomara la medicina, replicó la joven: «Lo que quiero es agua. Tengo una sed horrible... la boca seca.» Bebió con ansia, y entretanto, la fundadora llevaba aparte á Ballester, y le decía:

—Oiga usted: Y su marido, ese pobre hombre, ¿qué viene á buscar aquí? ¿Qué hace, qué dice, cómo ha tomado esto?

—Señora—replicó el regente fluctuando entre la seriedad y la risa.—¿Usted no lo entiende?... Pues yo tampoco. Su natural es tímido. Por eso, cuando veo que rompe á hablar con personas que no son de confianza, me escamo mucho. De algún tiempo acá todo cuanto ese chico habla es tan atinado, que podrían tenerlo por suyo los siete sabios de Grecia.

—¿Pero no está...?—preguntó la dama, llevándose á la sien su dedo índice.

—A saber... Él fué quien le trajo el cuento de lo del tal con la cual, quiero decir, con la *Fenelona*. Yo no me fío de la cordura de este caballerito, y siempre que le cojo á mano le registro, á ver si trae algún arma. No me gusta nada verle aquí.

Rubín é Izquierdo estaban sentados en el sofá de la sala, ambos silenciosos. Fortunata llamó á Ballester y á *Platón* para contarles lo que había hecho, y en tanto Guillermina se fué

á sentar junto á Maximiliano, insinuándose con él por medio de una sonrisa de benignidad. Quiso la dama hablarle, y no pudo decir una palabra, pues con todo su talento y práctica del mundo no acertaba con la clave de las ideas que ante aquel hombre, dada la situación de él, debía desarrollar. ¿Qué le diría? ¡Éste sí que era problema! ¿Qué tono tomaría? ¿Era cuerdo el tal ó no? Porque si había dificultades considerándole demente, tratándole como sano las dificultades eran tales que rayaban en lo imposible. ¿Le hablaría del niño?... Jesús qué disparate. ¿Le diría que su mujer era una joya? ¡Qué barbaridad! ¿Acometería el estado real de las cosas? Ni pensarlo. ¿Lo tomaría por el lado religioso y de la resignación? Tampoco. ¿Por el lado mundano? Quiá... Nunca se había visto la buena señora enfrente de un problema de ciencia social tan enrevesado y temeroso. Aquel enigma superaba á cuantos enigmas había visto ella en su vida infatigable.

—Vamos—pensó la fundadora,—¿á que tirando por la calle de en medio salgo bien? Es lo mejor, y este sistema siempre me ha dado resultados. Oiga usted, caballero...

—Señora...

Y aquí se atascó el diálogo, porque la santa no se atrevía á pasar adelante. Pero quiso Dios que la misma esfinge le abriese camino, diciéndole: «Yo conocía á usted de vista y de fama;

pero nunca había tenido el gusto de hablarle... Es usted una santa, y cuando se muera, la canonizaremos y la pondremos en los altares.»

—Gracias; es favor—replicó ella con gracejo.—Y á mí me parece que el santo es usted.

—Yo... (sin maravillarse mucho de la lisonja). Pero de mí á usted hay una gran diferencia. Cierto que yo he ganado algunas batallitas contra mis pasiones; pero no he llegado, ni con mucho, al grado de perfección que usted. Disto bastante todavía. Si con padecer se llegara, ya estaríamos en el pináculo, porque yo he padecido mucho, señora. Usted se pasmará de la serenidad que nota en mí. Todos se pasman, y no es para menos. Porque aquí donde usted me ve, he estado loco, loco perdido...

—Lo sé, lo sé... ¡Ay, qué dolor!

—Y he ido pasando por éste y el otro grado. Primero tuve el delirio persecutorio, después el delirio de grandezas... Inventé religiones; me creí jefe de una secta que había de transformar el mundo. Padeci también furor de homicidio, y por poco mato á mi tía y á Papitos. Siguieron luego depresiones horribles, ganas de morirme, manía religiosa, ansias de anacoreta, y el delirio de la abnegación y el desprendimiento... Pero Dios quiso curarme, y poco á poco aquellos estados fueron pasando, y la razón, que estaba muerta, empezó á nacer, primero chiquitita, y después creció tanto, tanto, que se me hizo un

cerebro nuevo, y fui otro hombre, señora. Y me encontré entonces con la novedad de un gran talento, perdóneme usted la inmodestia, con una gran aptitud para juzgar de todas las cosas...

Guillermina estaba pasmada y no se le ocurría nada que oponer á aquellas razones. Expresábase él con admirable serenidad y con fácil y aun ingeniosa palabra, sin atropellarse ni vacilar un instante, las facciones reposadas, todo cortesía y aplomo.

—Y cuando volví á la vida, porque volver á la vida fué aquello, encontréme como el que sube á un monte muy alto, muy alto, y ve todas las cosas de golpe, reducidas á mínimo tamaño. «Aquello, decía yo, que me pareció tan grande, vedlo allá tan chiquitín.» Híceme cargo de todo lo que había pasado durante mi enfermedad, que más bien me parecía sueño, y vi la infidelidad de esa desgraciada; vi también que tenía una cría; y la claridad de aquella razón nueva y robusta que yo había echado me hizo ver un caso de aplicación de la justicia, y consideré que era de mi deber contribuir á la extirpación del mal en la humanidad matando á esa infeliz, con lo cual la redimía, porque yo he dicho siempre: «Bienaventurados los que van al patíbulo, porque ellos en su suplicio se arrepienten, y arrepintiéndose se salvan.»

Guillermina iba á contestar algo á esto; pero el otro no la dejaba meter baza.

—Aguárdese usted un poquito, que falta la segunda parte. Pensaba yo cómo realizaría aquel acto de justicia, cuando la casualidad, mejor será decir la Providencia, me deparó una solución mejor y más cristiana que la muerte. Esta pobre mujer no necesitaba de mi justicia. Dios mismo había dispuesto su castigo y una lección tremenda. ¿Qué debía yo hacer? Dejar que hiriera la lección. La infidelidad castiga la infidelidad. ¿Hay nada más lógico que esto? Yo debía, pues, dejar que obrase la lógica. Dí gracias á Dios por aquella luz que hizo venir á mí. Dios es el único que castiga, ¿verdad, señora? ¡Y qué bien que lo sabe hacer! ¿Á qué usurparle sus funciones? Dios, realizando la justicia por medio de los sucesos, lógicamente, es el espectáculo más admirable que pueden ofrecer el mundo y la historia. Así es que yo me lavo las manos, y dejo que la lección natural se produzca y la justicia se cumpla. ¿Es esto ser razonable? ¿Es esto ser cuerdo?...

Hizo la pregunta cruzándose de brazos, y Guillermina, después de vacilar, le dijo: «Vaya si lo es. Y Cristo nos enseña que no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano, pues Dios castiga sin palo ni piedra, y Él da á cada criatura lo que le conviene. Cuando alguna injusticia nos envuelve, por picardías de los hombres, lo que debemos hacer es aguantar, y cruzarnos de brazos y decir: «Vengan palos. Mientras más

me humillen, más me levantaré después. Mientras más me azoten aquí, más salud tendré allá.»

—Eso mismo pienso yo. Los resentimientos que había en mi corazón, los he ido desechando... La idea de matar la considero yo ineficaz y absurda, como un medicamento equivocado. Sólo Dios mata, y Él es quien siempre enseña. Yo he tenido celos horribles, yo he tenido rencores ardientes; sin embargo, toda esta maleza va cayendo bajo el hacha de la razón. Razón y nada más que razón. Ya no pienso en matar á nadie, ni aun á los que tanto odié. Veo las admirables enseñanzas de Dios; veo á los malos recibir su castigo, y procuro no merecerlo yo... Este es mi sistema, ésta es mi vida.

Segismundo había llamado á Guillermina desde la puerta de la alcoba. Allí cuchichearon algo referente á Fortunata, y habiéndole preguntado á la santa su parecer respecto al joven Rubín, la fundadora se expresó de este modo: «Lo último que me ha dicho es el colmo de la sabiduría y de la cordura, pero...»

—No las tiene usted todas consigo... Ni yo tampoco.

IX

Izquierdo entró con una botella de cerveza y detrás el mozo del café de Gallo con un *grande* de limón, ponchera y copas. «La señora—dijo él

queriendo ser amable—va á tomar un vasito de cerveza con limón.»

—¡Quite usted allá!—replicó la dama.—Yo no bebo esas porquerías. Se lo agradezco...

A Fortunata la invitaron también; pero ella no quiso tampoco tomarlo, y pidió leche. Ballester, atento á serle agradable, mandó á Encarnación por la leche, y Guillermina se despidió para retirarse en el momento en que entraba Plácido, que había subido presuroso y lleno de oficiosidad á ponerse á sus órdenes.

Segismundo observaba á su amiga, y á la verdad, no le parecía su estado muy católico. El falso gozo que la hacía reír á cada instante no era buena señal, y hubiera él deseado que hablase menos. Pero todo se volvía contar el lance con Aurora, dándole proporciones trágicas; y una vez concluido lo empezaba de nuevo, revelando contra la que fué su amiga una saña implacable. Ballester la contradecía suavemente, recomendándole la prudencia, la tolerancia y el perdón de las injurias. No sabiendo ya qué decirle llegó hasta sacarle el ejemplo de Maximiliano, que llevaba con tan cristiana mansedumbre el cargamento de sus agravios. La diabla, al oír esto, se reía más, diciendo que su marido era un santo, un verdadero santo, y que si le canonizaban y le ponían en los altares, ella le rezaría y le escupiría. Esto no lo oyó Rubin, que á la sazón estaba jugando á las damas con Izquierdo.

Trajeron la leche, y cuando Encarnación se la servía á su ama, ésta vió que habían caído dos moscas; le entró mucho asco y puso á la chiquilla como hoja de perejil, llamándola puerca y descuidada. El regente mandó traer más leche, y dijo que la de las moscas se la bebería él, pues no tenía asco de nada. Sacó los insectos con el dedo meñique, y su amiga le criticó esta acción, llamándole sucio y tratándole con cierta sequedad. Trajeron la leche bien tapada para que no cayeran moscas, y mientras Fortunata se la bebía, Ballester se tomó la otra, diciendo bromas y chuscadas, con las cuales no lograba disipar la negra tristeza en que la joven había caído tras la ruidosa alegría. Mandóla acostar, y entretanto pasó el farmacéutico á la sala, haciendo que atendía al juego de las damas. No podía tener tranquilidad mientras Maxi estuviera allí, ni se fiaba de sus apariencias resignadas y filosóficas. Con disimulo, y fingiendo que le hacía cosquillas, por jugar, le tocó los bolsillos, temeroso de que llevara algún arma. Pero nada encontró en su disimulado reconocimiento. A pesar de todo, no quería Ballester irse sin llevarle por delante, y tanto bregó con él, que hubo de conseguirlo. Salió, pues, el regente haciendo propósito de volver, pues su amiga le había puesto en cuidado.

Platón se fué también al anochecer; pero á las nueve regresó, encendiendo luz en la sala. No eran las nueve y cuarto, cuando Fortunata, que

había empezado á dormitar, sintió pasos, y vió que un hombre entraba en la alcoba. «¿Quién es?—preguntó alarmada, echando los brazos á su hijo.—¡Ah!, eres tú, Maxi; no te había conocido. Está esto tan obscuro...»

La tos perruna de su tío la tranquilizó, diciéndole que no estaba sola. Mandó á la chica que trajese luz, pues se le había despabilado el sueño; y José, atento á custodiarla, se asomaba á cada instante á la alcoba. Sentóse Maximiliano junto á la cama como el día anterior, y bondadosamente le dijo: «Esta tarde había aquí mucha gente y no pude hablarte. Por eso he vuelto. Ya sé que tú y Aurora os pegasteis. Doña Casta está furiosa, y mi tía, no puedes figurarte lo alborotada que está contra ti. Sobre este suceso de hoy se me ocurre á mí una cosa que te quiero comunicar.»

—Dímelo, dímelo prontito—indicó ella, que sin saber por qué, esperaba de aquel hombre, á quien tenía en tan poco, ideas extrañas y quizás consoladoras.

—Pues lo que has hecho esta tarde favorece á tu enemiga—afirmó Rubín con severidad de médico, aguardando el efecto que tales palabras habían de hacer en ella.—Sí; favorece á tu enemiga. Tú eres tonta y no conoces la naturaleza humana. Yo, desde que entré en esta gran crisis de la razón, todo lo veo claro, y la naturaleza humana no tiene secretos para mí.

Fortunata no comprendía.

—Me explicaré mejor. Quiero decir que al maltratar á tu rival le has dado la victoria sobre ti. El hombre á quien queréis las dos pudo haber vacilado antes en elegir la que definitivamente había de merecer su amor. Ahora no vacilará. Entre una que se descompone y hace las brutaldades que tú hiciste y otra que padece y es maltratada, el amor tiene que preferir á la víctima. Toda víctima es por sí interesante. Todo verdugo es por sí odioso. En un pleito de amor, la víctima gana siempre. Esta es una verdad que está escrita en el corazón humano como en un libro, y yo leo en él tan claro como leemos una noticia en *El Imparcial*. Yo lo sé todo; nada se me oculta. Demasiadas pruebas tienes de ello.

A Fortunata le hizo esto tan mal efecto, que sintió ganas de coger la palmatoria y tirársela á la cabeza. Respondió con despecho: «Pues si gana ella, mejor. A mí no me importa nada que él la quiera ni que la deje de querer...»

—Y ahora la va á querer tanto—agregó Maxi impassible y frío,—la va á querer tanto, que los amantes de Teruel van á ser paja al lado de ellos. La querrá porque ha sido atropellada, y las víctimas siempre inspiran amor. Créetelo porque te lo digo yo, que todo lo sé. La querrá con locura, más que á ti, más que á su mujer, y hará con ella lo que no hizo con ninguna. Abandonará á su mujer y á sus padres para vivir á sus anchas

con ella... Y serán felices y tendrán mucho hijitos.

Lo que la de Rubín dijo no fué más que un mugido. Hizo el ademán de coger la palmatoria. Después se tapó la cara con la mano.

—Yo te digo estas cosas porque son la verdad, y te pego con la verdad para que la lección escuezas. Así, así es como aprendes. Bonita enseñanza, ¿verdad? Ciertamente que duele y hace sangre; pero padecer y aprender son sinónimos. Por tu bien es. Tu conciencia se purificará, y ojalá te murieras con esta pena, porque te irías derecha al cielo.

La joven lloraba con angustia, y él no parecía tenerle compasión.

—Veo que me crees y haces bien. Lo que te he dicho ha salido siempre verdad. Yo lo sé todo, y mi razón me presenta la vida como un panorama ante los ojos. Es un don que recibí de Dios. Cuando estaba loco adivinaba por inspiración, bien lo sabes, y recordarás que te anuncié todo lo que iba á pasar... La verdad venía entonces á mí envuelta en una especie de simbolismo, como las verdades reveladas á los pueblos de Oriente. Pero luego entré en la época de la razón, y la verdad se me ofrece clara y desnuda, y desnuda y clara te la digo. ¿Acerté á encontrarte cuando todos me decían que te habías muerto? ¿Acerté á descubrir lo de Aurora con los detalles de casa, hora á que se reunían, et-

cétera? Pues ya ves. Nada se me esconde, y lo que acabo de decirte es el Evangelio. Has dado la victoria á tu enemiga... aguanta el golpe. Tu víctima y tu verdugo serán felices y tendrán muchos hijos.

—Cállate, cállate ó verás...—dijo Fortunata amenazándole con el puño y tratando de vencer el terror sugestivo y supersticioso que su marido le inspiraba.—Yo también sé verdades, y te voy á decir una.

—Pues dímela pronto.

—Digo que eres un hombre sin honor...

Maximiliano se estremeció ligeramente, pero nada más. Seguía oyendo. «¿Y qué más?», dijo.

—¿Te parece poco?—prosiguió la diabla, que de rabiosa que estaba tenía espuma de saliva en los labios.—Pues Ballester y doña Guillermina lo decían hace poco: «Es un santo, pero no tiene el sentimiento del honor.» Conque ya sabes. Déjame en paz. No quiero verte más. Unos dicen que estás cuerdo y otros que estás loco. Yo creo que estás cuerdo, pero que no eres hombre; has perdido la condición de hombre, y no tienes... vamos al decir, amor propio ni dignidad... Conque ahí tienes tu lección. Aguanta y vuelve por otra. ¿Qué creías, que yo iba á sufrirte tus lecciones y no te iba yo á dar las mías?

—Lo que dices (con glacial estoicismo) es propio de una criatura llena de debilidades y de

impurezas, en quien la razón se halla en estado embrionario, y que habla y obra siempre al impulso de las pasiones y del vicio.

—¡*Tiologías!*—gritó Fortunata exaltándose y moviendo los brazos como una actriz en pasaje de empeño.—Si tú hubieras tenido tanto así de dignidad, me habrías pegado un tiro... No lo has hecho. Mejor para mí. Y otra cosa te digo: Si hubieras tenido un adarme de sangre de hombre, cuando viste á ese y á esa les habrías pegado seis tiros, dejándoles secos á los dos. Pero tú no tienes sangre. Esa santidad y esa cristianidad y esa pastelera razón, son la horchata indecente que tienes en las venas.

Izquierdo, que oía desde la puerta, se alarmó, creyendo oportuno evitar aquel coloquio que tan mal giro tomaba: «Ea—dijo entrando,—bastante hemos hablado. Y usted, señor de Maxi, haga el favor de tomar soleta...»

Le cogía por un brazo, sin que él hiciese resistencia. Rubín estaba algo aturdido, como si analizara y descompusiera en su mente las acusaciones de su mujer antes de darles la réplica que merecían. De repente, cual movida de un impulso epiléptico, Fortunata se incorporó en el lecho, echó los brazos hacia adelante, clavó los dedos de una mano en el hombro de su marido, con tanta fuerza que le tuvo como atenazado, y comiéndosele con los ojos, le gritó de este modo: «Marido mío, ¿quieres que te quiera

yo? ¿Quieres que te quiera con el alma y la vida?... Di si quieres... Yo me he portado mal contigo; pero ahora, si haces lo que te pido, me portaré bien. Seré una santa como tú... Di si quieres...»

Maxi la interrogaba con su mirada luminosa.

—Di si quieres. Verás cómo lo cumplo. Seré una mujer modelo, y tendremos hijos tú y yo... Pero has de hacer lo que te digo. Yo te juro que no me volveré atrás, y te querré. Tú no sabes lo que es una mujer que se muere por un hombre. ¡Pobretín, esa miel no la has catado nunca!... ¿No darías tú algo porque yo te quisiera como tú me querías á mí?... ¿Te acuerdas de cuando me adorabas, te acuerdas?... Pues figúrate que yo te adoro á ti lo mismo y que te llevo estampado en mi corazón, como tú me llevabas á mí...

Maximiliano empezó á inmutarse... La máscara fría y estoica parecía deshacerse como la cera al calor, y sus ojos revelaban emoción, que por instantes crecía, como una ola que avanza engrosando.

—Dí si quieres...—repetía la diabla con exaltación delirante.—Déjate de santidades, y reconciliémonos y querámonos... Tú no lo has catado nunca. No sabes lo que es ser querido... Verás... Pero ha de ser con una condición... Que hagas lo que debiste hacer: matar á esa indina,

matarla... porque lo merece... Yo te compro el revólver... ahora mismo...

Sus manos revolvieron temblorosas bajo las almohadas buscando el portamonedas. De él sacó un billete de Banco. «Toma, ¿quieres más? Compras un revólver... bien seguro... pero bien seguro... la acechas, y plim... la dejas seca... Oye otra cosa: Para que se te quiten los celitos y cumplas con tu honor como un caballero, les matas á los dos, ¿sabes?, á ella y á él, que también lo merece, y después de muertos (con salvaje sarcasmo), después de muertos, que tengan los hijos en el otro mundo... ¿Conque lo harás? Hazlo por mí, y por su pobrecita mujer, que es un ángel... Las dos somos ángeles, cada una á su manera... Dime que lo harás... ¡Y luego te querré tanto!... No viviré más que para ti... ¡Qué felices vamos á ser!... Tendremos niños... hijos tuyos, ¿qué te crees?...»

Maxi, lelo y mudo, la miraba, y al fin sus ojos se humedecieron... Se deshelaba. Quiso hablar y no pudo. . La voz le hacía gargarismos.

—Sí... quererte á ti—añadió ella.—No sé por qué lo dudas. ¡Ah!, no me conoces... no sabes de lo que soy capaz... Déjate de *tiologías*... ¡El amor! Yo te enseñaré lo que es... No lo sabes, tontín... ¡la cosa más rica...!

—Vamos, ¿qué *yeciones* son éstas?—clamó Izquierdo, tirando á Rubín de un brazo.—Basta de música... A la calle, que esta chica está mu mala.

—Tío, déjele usted, déjele usted... Es mi marido, y queremos estar juntos... ¡Vaya!...

Maxi se dejaba levantar del asiento como un saco. Se había quedado inerte. De pronto hubo algo en su espíritu que podría compararse á un vuelco súbito ó movimiento de cosas que, girando sobre un pivote, estaban abajo y se habían puesto arriba. Las manos le temblaban, sus ojos echaron chispas, y cuando dijo *matarles, matarles*, su voz sonó en falsete como en la noche aquella funesta, después del atropello de que fué víctima en Cuatro Caminos.

—Mátameles, sí...—añadió la diabla, retorciéndose las manos.—¡Hijos ella!... En el infierno los tendrá...

Cayó desplomada sobre las almohadas, chocando la cabeza contra los hierros de la cama.

Maxi alargó la mano y recogió el billete, que estaba aún sobre la colcha. Y á punto que Izquierdo le sacaba, resonó la voz de Juan Evaristo con agudísimo timbre, y entraba Segismundo, asombrándose mucho de ver al filósofo otra vez allí.

X

—¡Demonio de chico!—dijo á Izquierdo cuando volvía de acompañar hasta la puerta al señor de Rubín.—Hay que tener mucho cuidado con

él y no perderle de vista cuando entra aquí. Y ella ¿qué tal está?... Buena moza, ¿cómo va ese valor?

La joven no respondía. Estaba como aletargada. Pero el chico siguió chillando, y al reclamo de él la madre abrió los ojos, y tomándole en brazos le acercó á su seno. Ballester mandó á la criada que quitara la luz, que acaloraba mucho la alcoba, y se sentó donde antes había estado Maxi. Luego sacó una cajita de medicinas y una botellita con poción. «Aquí traigo otra antiespasmódica. La he hecho yo mismo, y traigo también el *percloruro de hierro* y la *ergotina*, por si acaso... Mucho cuidado, hija mía, mucho reposo, que las emociones y los disparates de hoy nos pueden traer un trastorno. Apuesto á que Maxi ha venido á contarle á usted alguna otra tontería. Es preciso prohibirle la entrada.»

Fortunata había vuelto á cerrar los ojos. El niño callaba y se oían sus lengüetazos.

—Buenas tragaderas tiene el amigo—dijo Ballester; y para sí, contemplando á la diabla, que dormía ó fingía dormir:—¡Qué hermosa está!... Le daría yo un par de besos... con la intención más pura del mundo... He aquí una mujer que hoy no vale nada moralmente, y que valdría mucho si reventara ese maldito Santa Cruz, que la tiene *sugestionada*... ¡Lástima de corazón echado á los perros!...

El chico rompió á llorar otra vez, y la madre parecía tan inquieta como él.

—Amigo Ballester... ¿sabe usted que me parece que me quedo sin leche?... Mi hijo chupa, chupa y no saca...

—No asustarse. Es accidental. Procure usted dormir... A ver: ¿Maxi le ha dicho á usted alguna tontería?

—Tontería, no... verdades...

—¡Verdades!... (rompiendo á reír). ¿Y cómo sabe usted que son verdades?

—Porque las grandes verdades las dicen los niños y los locos.

—Es un refrán sin sentido común. Los locos no dicen más que disparates.

—Es que mi marido no está loco... Tiene ahora mucho talento. Tal creo yo.

Juan Evaristo volvió á callar, pegándose al pezón con salvaje ahinco.

—Tome usted un poco de esta bebida. La he preparado como para usted... Está riquísima. Es preciso calmar los nervios.

La chica trajo un vaso con cucharilla, y Fortunata tomó la antiespasmódica.

—¡Qué bueno es usted, Segismundo! ¡Qué agradecida estoy á lo que hace por mí!

—Todo y mucho más se lo merece usted, carambita—replicó el farmacéutico con efusión de cariño.—Hemos de ser muy amigos.

—Amigos, sí; porque lo que es querer... No

vuelvo yo á querer á ningún hombre, como no sea á mi marido, siempre y cuando haga lo que le mando.

—¡A su marido! (tomándolo á broma). No me parece mal. Y ahora que está hecho un santo...

—Santo, no... ¡Qué simplezas dice usted!

—Santo; así como suena. De modo que será usted también santa... Pues yo seré su discípulo. Nos iremos los tres á un desierto á hacer penitencia y comer yerba.

—Cállese usted.

—Usted es la que se va á callar... á ver si se duerme y se le calman los nervios. La salida de hoy no tendrá consecuencias. ¿Sabe usted lo que venía pensando? Que si encontraba mal á la buena moza, me quedaria aquí esta noche. Y al salir de casa, le dije á mi madre que quizás no volvería. Nada, que estoy decidido á cuidarla como si fuera mi cara mitad.

—No, si no es preciso que usted se moleste. Crea que me siento regular esta noche, casi bien. Anoche ¿sabe? estaba peor.

—Pues me estaré hasta las doce ó la una. Me pondré á leer *La Correspondencia* ó á jugar al tute con el señor de Izquierdo. Y si la veo á usted tranquila y dormida, me retiraré. Si no, aquí me estoy de centinela.

Así lo hizo, y no habiendo observado hasta más de media noche nada de particular, salió de puntillas, dando á la placera instrucciones

por si la mamá ó el niño tenían alguna novedad durante la noche. El *modelo* se fué también, y Segunda se metió en su cuchitril; mas apenas había descabezado el primer sueño, la llamó Encarnación de parte de la señorita, que se sentía mal. El chiquillo soltaba todos los registros de su voz y no había manera de acallarle. Agotó la madre todos sus medios y Encarnación los suyos, que eran cogerle en brazos y dar un paso adelante y otro atrás, como si bailara, tratando de persuadirle con amorosas palabras de que los niños deben estarse calladitos.

—Paréceme—dijo Fortunata con terror—que me estoy secando.

—Pues si te secas—le contestó su tía, que hasta para consolar era regañona y desapacible, —pues si te secas, ¡demonchel, mejor; ponemos un ama, y á vivir...

—Diga usted, tía: ¿ha venido mi marido?

Segunda la miró asombrada. «¡Tu marido!... ¿Sabes la hora que es? ¿Y para qué quieres que venga acá ese tipo?»

—Tenía que hablarle...

—¡Santo Cristo de Burgos, cortinas verdes!... A buenas horas nos entra la fineza... El demonio que te entienda, chica. ¡Ahora clamas por tu marido! Para lo que ha de servirte, más vale que no parezca por acá en mil años.

—Es que le tenía que hablar. No ha estado aquí desde anoche.

Segunda la volvió á mirar, echándose á reir con descarada grosería. «Pero chica, si ha estado aquí esta noche, y se fué á las diez...»

—¡Ah! ¿esta noche ha sido? Es que confundo yo las noches... Creí que había habido un día entre medio. Cuando una está en la cama, se le va la idea del tiempo...

La criatura seguía alborotando, y su madre se quejaba de un desasosiego que no podía explicar. «¡Cuánto siento que se haya ido Segismundo! Él me recetaría alguna cosa, ó al menos, diciéndome que esto no es nada, yo me lo creería.»

Segunda propuso ir á llamarle; pero Fortunata no consintió en ello, porque una noche, dijo, se pasaba de cualquier manera. Así fué, y la verdad es que la pasaron todos muy mal, incluso Encarnación, que se dormía en pie.

A la mañana siguiente subió Estupiñá á preguntar por toda la familia, con un interés del cual Segunda sabía sacar partido. «¿Cómo ha pasado la noche la mamá? Y el niño, ¿qué tal? Ya me he enterado del *artículo* de amas, y tengo noticias de tres muy buenas: la una pasiega, otra de Santa María de Nieva y la tercera de la parte de Asturias, con cada ubre como la de una vaca suiza. ¡Género excelente!»

—Pues no está de más que usted haya dado estos pasos, D. Plácido, porque estoy en que se nos seca—dijo la placera, gozosa de meter su cucharada en aquel asunto;—y si la señora (alu-

diendo á Guillermina) quiere que se le ponga ama, yo soy de la misma conformidad.

Plácido, después de cotorrear un poco con Segunda en la puerta de la casa de ésta, bajó á la suya, y en la salita, tapizada de carteles de novenas y otras funciones eclesiásticas, estaba Guillermina, en pie, el rosario y el libro de rezos en la mano. La casera y el administrador cotorrearón otro poco, y el resultado de esta nueva conferencia fué que Rossini volvió á subir presuroso y á tener otra hocihada con Segunda en la puerta. «Dígame usted: ¿está durmiendo ahora? ¿Y el niño, mama ó no mama?» —«Pues ahora están los dos callados... *Paice* que duermen.» —«Pues silencio. Cuide usted de que no haya ruido en la casa... Yo, verá usted, como salgan los chicos del latonero á alborotar en la escalera, les deslomo.»

Y vuelta á bajar y á subir nuevamente con un mensaje. «Señá Segunda, oiga: Que no deje usted de mandar recado hoy á ese señor de Quedo, para que la vea y nos diga si traemos el ama ó no traemos el ama.» —«Bien, está bien.» —«Yo estaré á la mira; ya las tengo apalabradas, y las reconoceremos en mi casa. Buenas mujeres, y no tienen pretensiones de cobrar un sentido. Como leche, señá Segunda, como leche, creo que la asturiana nos ha de dar mejor resultado que ninguna. Tengo yo un ojo... En fin, mucho cuidado.»

Y tornó á bajar con toda su oficiosidad y diligencia, dispuesto á subir cien veces si fuese menester. Guillermina estuvo aún un ratito en casa de su amigo, el cual no sabía qué hacerse al ver su pobre vivienda honrada con persona tan excelsa. Habría traído de San Ginés, si pudiera, el trono de la Virgen del Rosario para que se sentara. Pues, digo, cuando llamaron á la puerta y fué á abrir, y vió ante sí la simpática figura de Jacinta, creyó el pobre hombre que toda la corte celestial penetraba en su casa. No dijo nada la señorita; no hizo más que sonreír de un modo que significaba: «¡Qué raro verme aquí!» Guillermina alzó la voz desde la sala, diciendo: «Pasa, aquí estoy...» Estupiñá, siempre delicado, se apartó para dejarlas hablar á solas. Parecía que la santa reprendía paternalmente á la otra: «Si ya te he dicho que lo dejes de mi cuenta. Yo me entiendo. Si te empeñas en meter la cuchara-da, creo que lo vas á echar á perder... No, no te dejo subir... ¿Te parece fácil entrar á verle sin que se entere su madre? Atrevidilla te has vuelto... ¿Que le bajen aquí? ¡Vamos, las cosas que se te ocurren...! Tiempo tienes de verle. Si empezamos á hacer disparates y á portarnos como dos intrigantas que se meten donde no las llaman, mereceremos que nos tome Ido por tipos de sus novelas. Vámonos ahora á San Ginés, y luego sabremos la opinión del señor

de Quevedo. Descuida, que no se nos morirá de hambre.»

Salieron, y Plácido se fué con ellas á la iglesia, pues aunque ya había estado en ella, érale muy grato acompañar á las señoras á misa. Oyeron dos, y antes de salir, sentadas en un banco, la Delfina dijo á su amiga: «¿Sabe usted que no he podido oír las misas con devoción acordándome de esa mujer? No la puedo apartar de mi pensamiento. Y lo peor es que lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy á decir: creo que con la justiciada de ayer, esa picarona ha redimido parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero valiente lo es. Todas deberíamos hacer lo mismo.»

La santa no respondió, porque dentro de la iglesia no gustaba de tratar ciertos asuntos de reconocida profanidad; pero cuando salían por el patio que da á la calle del Arenal, tomó el brazo de su amiguita, diciéndole: «Bueno estuvo el lance, bueno. ¡Qué par de alhajas!»

—¡Crea usted que á mí me daba una alegría cuando lo oí contar!... Habría yo dado cualquier cosa por estar presente en aquella tragedia...

—Quita allá... es repugnante... Dos mujeres pegándose...

—Será lo que usted quiera; pero desde que me lo contaron, la bribona antigua se ha creci-

do á mis ojos y me parece menos arrastrada que la moderna.

—Este mundo, hija mía, está lleno de maldades. A dondequiera que mira una, no ve más que pecados, y pecados cada vez más gordos, porque la humanidad parece que se vuelve de día en día más descarada y menos temerosa de Dios... ¡Quién había de decir que esa muchacha, esa Aurorita, que parecía tan buena, tan lista...! No, como lista, ya lo es; aunque la otra lo ha sido más... ¿Y qué dice Bárbara? Estaba encantada con ella, y todos los días iba al obrador á verla trabajar... Pero cállate, que aquí viene tu señora suegra...

Barbarita y la pareja se encontraron.

—Ya no alcanzas la del señor cura... ¡Qué horas de ir á misa!

—Pero si no me han dejado salir en toda la mañana... Mira, Jacinta: allí tienes á tu marido llama que te llama... Entré y... «Que dónde estabas tú. Que qué tenías tú que hacer en la calle tan temprano.» Conque bien puedes darte prisa.

—Que espere... Pues no faltaba más...—replicó Jacinta con tedio.—Que tenga paciencia, que también la tienen los demás.

—Y vosotras, ¿de dónde venís?

—¿Nosotras? De ver amas de cría—dijo la santa sonriendo.

—¡Amas de cría!...

—Sí, no es broma... amas, amas, amas.

—¡Qué graciosa estás hoy!...

—Pues qué, ¿no te ha dicho esta tonta que hemos encontrado otro *Pituso*?

Barbarita se echó á reir con donaire.—Pero qué, ¿os han dado otro timo?

—Quiá; ahora no. Éste es auténtico... éste es de ley; *no tiene hoja*, como el otro, por quien perdiste la chaveta.

—¡Bah!, no quiero oírte...—repuso Barbarita con humor festivo, y se separó de ellas para ir apresurada á la iglesia.

—Oye... mira...—dijo Guillermina llamándola:—Cuando salgas, date una vuelta por las tiendas. Allí tienes á tu corredor, Estupiñá el Grande. Aguarda, oye: te compras una buena cuna...

La dama se reía; todas se reían.

XI

El dictamen de Quevedo no fué alarmante con respecto á la madre; pero al chico le dió el comadrón malas noticias, anunciándole que se quedaba sin provisiones. Por la tarde Plácido comunicó á la señora que la mujer aquella se negaba á poner á su hijo en pechos de nodriza, aunque ésta fuese bajada del cielo; insistía en que tenía leche; el niño berreaba, dando á entender que su mamá faltaba descaradamente á

la verdad... «En fin, señora—agregó Estupiniá con oficiosidad sañuda,—que á esa mujer hay que matarla. Es más mala que arrancada, y lo que ella quiere es que la criaturita perezca...»

Fué allá la fundadora, y se alegró de encontrar á Ballester en la sala. «A ver si la convence usted de que no puede criar. La pobre, como tiene la cabeza un tanto débil y trastornada, se figura que le van á quitar á su hijo... Y no es eso, no es eso... Hay interés en que le críe bien.»

—Ya se lo he dicho... Casi he empleado las mismas palabras, señora... Pero si viera usted... Hállase hoy en un estado de apatía y tristeza que no me hace maldita gracia. No hay medio de sacarle una respuesta á nada de lo que se le dice. Tiene el chico en brazos, y cuando le hablan de amas ó de que ella se está secando, le aprieta, le aprieta tanto contra sí, que me temo que en una de éstas le ahogue.

—Todo sea por Dios... Entraré á ver á la fiera, y trataremos de amansarla.

Sin abandonar aquella actitud de desconfianza y miedo, Fortunata pareció alegrarse de ver á Guillermina, que la saludó con extremada amabilidad, demostrando un gran interés por ella y por su niño.

—¡Qué gusto verla á usted!—exclamó la pecadora sin moverse.—Tenía yo ganas de que viniera para decirle una cosa...

—Pues ya me la está usted diciendo, porque me voy á escape.

La infeliz joven puso el nene á su lado, mostrando menos desconfianza; pero le rodeó con su brazo en ademán de protección.

—¿Pero me le quitará?... Diga si me le quería quitar... Fuera bromas. Lo que usted me diga lo creeré.

—Muchas gracias, amiga mía... Me toma por ladrona de chiquillos. No sabía yo que soy bruja...

—No; es que... verá. Yo pensaba que me lo iban á quitar, por lo mala que he sido. Pero eso no tiene que ver, ¿verdad? Pues ahora soy mucho más mala. ¡Ay!, señora, he cometido un pecado tan grande, tan regrande, que no creo que me lo perdone Dios.

—¿Apostamos á que es cualquier tontería?— le dijo, inclinándose hacia ella y acariciándole la barba.

—¡Ay, señora, ojalá fuera tontería!... Voy á decírselo... Pero no me riña mucho... Pues anoche estuvo aquí mi marido, hablamos, y le di veinte duros para que comprara un revólver. El revólver es para matar á *ese* y á *esa*... sobre todo á la francesota, infame, traicionera...

Guillermina recibió impresión muy fuerte con estas palabras, pero hizo un esfuerzo por aparentar que no perdía su serenidad. «Fuertecillo es, sí, señora... Pero su marido de usted no

hará nada. He hablado con él y me ha parecido muy razonable.»

—La razón es su tema... pero no hay que fiar... Lo que es los tiros, crea usted que no se le escapan. Yo le calenté bien la cabeza... Toda aquella sabiduría que ahora tiene se la quité con las cosas que le dije... Se volvió loco otra vez, señora; le prometí quererle como él me quiso á mí, y crea usted que hice la promesa con voluntad.

—Me hace usted temblar (alarmándose). Vamos, el pecado ese es de lo más atroz que puede haber. Él, si los mata, peca menos que usted, por haberle mandado que lo hiciera acalorándole con promesas.

—Lo mismo me parece á mí, y por eso he estado con miedo toda la noche.

—Si usted reconoce que ha hecho mal, y le pide perdón á Dios de su mala intención y procura limpiarse de ella, Dios tendrá piedad de la pecadora.

—Es que... verá usted... estoy arrepentida por mitad. ¡Matarle á él! ¿Sabe usted que me da lástima? No, no; que no le mate... Pero lo que es á esa bribona, tramposa, embustera... ¿Pues no tiene la poca vergüenza de creer que tendrá hijos?... ¡Hijos ella!... Dígame usted: ¿qué se pierde con que se vaya para el otro mundo un trasto semejante?

Esto lo decía con tanta naturalidad, que Guillermina, por un instante, no supo si indignarse

ó tomarlo á risa. «Vaya, que las ideas de usted me gustan... Se me figura que marido y mujer allá se van... en sabiduría. Si usted no se desdice al momento de todos esos disparates, me voy y no vuelve á verme en su vida más. No se puede tolerar esto...»

—¿De modo que á esa tía *monstrua* no se le da un castigo?... Eso sí que está bueno. Y seguirá riéndose de nosotras... No lo entiendo.

—Dios es el que castiga; nosotros aprendemos. Ambas callaron, mirándose.

—Tengo que traerle á usted un confesor. Usted no está buena ni del cuerpo ni del alma. Pues digo, si lo que Dios no quiera, sobreviene la muerte á la hora menos pensada y la coge así, le cayó la lotería.

—Si me muero, me llevo á mi hijo conmigo

—dijo la diabla, volviéndole á coger y estrechándole contra sí.

—Otra barbaridad. Hoy estamos de vena.

—¿Pues no es mío? ¿No le he dado yo la vida? (con febril impaciencia y ardor).

—¡Cómo!... ¿Darle vida usted? Hija, no tiene usted pocas pretensiones. También quiere ponerse en competencia con el Creador del mundo y de todas las cosas... Vamos, lo mejor es que me eche á reir... En fin, estamos aquí como dos tontas, y hay que poner las cosas en su lugar. Tiene usted que llamar á su marido y decirle que para quererle como Dios manda, es preciso que

no mate á nadie, absolutamente á nadie. ¿Lo hará usted?

—Si usted me lo manda, sí... ¡Ay!, yo creí que matar al que nos engaña, al que nos vende, no es pecado... vamos; que no era pecado muy gordo, muy gordo. Anoche me trastorné, lo conozco; se me subió la hiel á la cabeza. ¡Le tengo tanta rabia á esa!... Digo yo que se puede tener rabia á otra persona, desear que la maten, y sin embargo, no ser una mala.

Incorporóse para expresar con mímica más persuasiva un argumento que se le había ocurrido y que creía de gran fuerza: «Vamos á ver, señora: ¿A que la dejo callada ahora? ¿A que, sabiendo usted tanto como sabe, no me devuelve ésta?»

—¿Qué?

—Esta razón. Vamos á ver. La señorita Jacinta es, como quien dice, un ángel... Todos la llaman así... Bueno; pues con todo su mérito y su *santificación*, ¿no se alegraría ella de que me quitaran á mí de en medio?

Se volvió á reclinar en las almohadas, satisfecha, esperando la respuesta, con la seguridad de que la santa no tenía más remedio que mentir para no darle la razón.

—¿Qué está usted diciendo?—replicó Guillermina indignada.—¡Jacinta desear que maten á nadie!... ¡Ó usted es tonta ó ha perdido el juicio!

—Vamos... Pues bueno, diré otra cosa (reti-

rándose á la segunda paralela después de rechazada en la primera). ¿No se alegrará la señorita de que yo me muera?...

—¿Alegrarse... de que usted se muera... de que se la lleve Dios?... (titubeando). Tampoco... tampoco... Jacinta no desea el mal del prójimo, y sabe que debemos amar á nuestros enemigos y hacer bien á los que nos aborrecen.

Con un *ju ju* melancólico expresaba Fortunata su incredulidad.

—¡Ay! ¿No lo cree?...

—¿Que me desea bien á mí! *Tie* gracia.

—Jacinta no sabe tener rencor... ni se acuerda de usted para nada...

—Pero de eso á que me mire con buenos ojos...

—Pues no faltaba más sino que la quisiera á usted como me quiere á mí... Por cierto que ha hecho la niña merecimientos para ello. Con que la perdone, debe darse por satisfecha...

—¿Y me perdona de verdad?... ¿Pero es de verdad?

—¿Pues qué duda tiene? Usted, como no sabe lo que es fe, ni temor de Dios, ni nada, no comprende esto.

—¿Y podría ser mi amiga?...

—Hija, tanto como amiga... Eso ya es un poco fuerte (no pudiendo contener la risa). Vámonos, que no pide usted poco... Ahora quiere que después de lo que ha pasado partan un piñón...

—¡Amigas!...—repitió la diabla frunciendo las cejas.—Por más que usted diga, no me puede ver, mayormente ahora que he tenido un hijo y ella no... Y lo que es ahora, ya no lo tiene, está visto... Que no le dé vueltas.

Como Ballester se acercara á la puerta de la alcoba cuando oía reir á la santa, ésta le dijo: «Entre usted si quiere divertirse, pues esto es una comedia. Su amiga de usted está por conquistar. ¡Qué ideas tiene! Por cierto que yo le voy á traer al padre Nones. Tenemos que darle una limpia buena. En fin, me retiro, que con estas tonterías se me va la mañana.»

Se levantó, y Fortunata le tiró del vestido para hacerla sentar otra vez. «Una duda me queda, señora. Sáqueme de ella.»

—Veamos esa duda... otro despropósito. ¡Ay, qué cabeza!

—Siéntese usted un momento, que le voy á hacer otra pregunta. Dígame (bajando la voz): ¿Jacinta faltó ó no faltó con aquel caballero?

—¡Ave María Purísima!... ¿Con qué caballero?

—Con aquel que se murió de repente...

—Cállese, cállese, ó le pego...

—No, si yo no lo creo ya. Lo creía; pero como fué la indecente de Aurora quien me lo dijo, ya dejé de creerlo... sólo que tenía un poquito de duda.

—¿Esa...? (con soberano desprecio). ¡Y se atrevía á decir...!

—Si es lo más mala... Usted no puede figurarse lo mala que es (con la mayor buena fe). Aquí donde usted me ve, yo, al lado de ella, soy un ángel.

—Lo creo (sonriendo). No nos ocupemos de esas miserias... ¡Jacinta faltar! Estas pecadoras empedernidas creen que todas son como ellas...

—No, si yo no lo creo, señora; si no lo creí (muy apurada). Ella fué la que lo dijo y lo creía... ¿Sabe una cosa? (Atrayéndola á sí y hablándole en secreto.) Créame esto que le voy á decir... Uno de los motivos por que le pegué fué el haber dicho eso, el haberme encajado la bola de que Jacinta era como nosotras... Y dígame: ¿no merecía el morrazo que le di con la llave por afrentar á nuestra amiguita?... ¿No lo merecía? Claro que sí...

Guillermína estaba confusa; no sabía si aprobar ó desaprobar...

—Quedamos en una cosa—dijo levantándose:—mañana vendrá el padre Nones para usted, y para este ternero un ama asturiana, que según dice Estupiñá...

—Ama, no... ¿Para qué? Si puedo... ¿No ha visto lo satisfecho que está el rey de la casa? ¿No es verdad, rico, que para nada te hacen falta amas? Su mamá, su mamá le da al niño todo lo que quiere.

—El señor de Quevedo sabe más que usted... Aquí no se hace más que lo que yo mando—

declaró la santa con aquel ademán y tono autoritarios á los cuales nadie se podía oponer.—Si de aquí á mañana Quevedo no varía de opinión, vendrá la nodriza. Usted se calla y obedece... Yo pago y dispongo. Conque á cuidarse, y ya hablaremos. El *excelentísimo* señor de Ballester queda encargado de la ejecución del presente decreto.

XII

Por la tarde llegó doña Lupe muy alarmada buscando á Maximiliano, á quien suponía allí. No pasó de la sala, ni quiso ver á Fortunata, de quien dijo que la compadecía, pero que no podía tener ninguna clase de relaciones con ella. En la sala cuchicheó *la ministra* con Segismundo, contándole lo ocurrido. Pues ahí era nada: Maximiliano había comprado un revólver... ¿Pero quién diablos le dió el dinero? Descubriólo la señora por una casualidad... Le dió el olor al verle entrar con un bulto entre papeles. Lo peor del caso fué que no pudo quitárselo. Salió escapado de la casa, y al poco rato los del herrero del bajo vinieron diciendo que le habían visto en la Ronda, pegando tiros contra la tapia de la Fábrica del Gas, como para ejercitarse... ¡Ay!, *la de los Pavos* estaba aterrada. Toda aquella sabiduría lógica que el pobre chico tenía en la cabeza, se le había convertido en

humo, sin duda. Y lo peor era que no había ido á almorzar, ni se sabía su paradero... «Tenemos que dar parte á la policía para evitar que haga cualquier barbaridad. Yo pensé que habría venido aquí, y corrí desalada... ¿Dónde demonios estará? Ballester, por Dios, averigüelo usted y sáqueme de este conflicto. Usted es la única persona que le domina cuando se pone así... Salga á ver si le encuentra; yo se lo ruego.» A esto replicó el buen farmacéutico que no podía repicar y andar en la procesión. Fuése la de Jáuregui desconsoladísima, con intento de ver al señor de Torquemada, faro luminoso que le marcaba el puerto en todas las borrascas de la vida.

Fortunata había oído la voz de doña Lupe, y cuando ésta se retiró, quiso que Ballester le explicase qué traía por allí.

—Pues nada, que *la ministra* esa quiere meter aquí las narices, y ver á usted, y hablarle y decirle cosas que sin duda la marearán.

—¡Ah!, que no entre... no la puedo ver. Creo que me pondré mala si la veo. Y de mi marido, ¿qué dijo?

—No le nombró.

—Pues tampoco á Maxi le quiero ver... No sabe usted lo mal que me sienta verle y hablar con él... Me trastorna. No les deje usted pasar. Que se vayan á los infiernos. ¡Estoy tan tranquila aquí solita con mi hijo y los amigos que

me protegen!... ¡Que no vengan, por Dios! ¿Usted me promete que no vendrán?

Lo pedía con terror suplicante. Ballester, deshaciéndose en demostraciones de caballerosidad protectora y de fraternal hidalguía, le dijo que los Rubín, grandes y chicos, así los de carne y hueso como los que tenían pechos de algodón, no entrarían en aquella alcoba sino pasando sobre su cadáver.

Toda aquella tarde estuvo la joven con la idea fija de lo antipáticos que eran los Rubín, y de lo que ella haría para no recibirlos si á verla iban. El buen Segismundo se esforzaba en tranquilizarla sobre este particular, y habiendo observado que el recuerdo de otras personas excitaba y encendía su ánimo favorablemente, le habló de doña Guillermina y de su hermosa vida. «¿Sabe lo que me dijo al salir? Pues que si se le ofrece á usted algo no estando yo aquí, avise á D. Plácido, al cual se ha encargado que se ponga á las órdenes de usted si lo necesitara.»

—Claro—dijo Fortunata, rebosando de orgullo inocente;—como que Plácido es todo *de la casa*, y desde chiquito no hace más que llevar recados de los señores y servirles en mil menudencias. Es un buen hombre, y yo le quiero mucho... Y á doña Bárbara, ¿la conoce usted? Yo tampoco... Pero cuando Jacinta y yo seamos amigas, también lo seré de doña Bárbara... Francamente, estoy admirada del cariño que le

tengo ahora á *la mona del Cielo*, cuando en otro tiempo, sólo de pensar en ella me ponía mala. Verdad que no acababa de aborrecerla; quiere decirse, que la aborrecía y me gustaba... Cosa rara, ¿verdad? Ahora seremos amigas; crea usted que seremos amigas... ¿Lo duda usted?

—¿Cómo he de dudar eso, criatura?

—Es que usted parece como que se sonríe un poquitín cuando me lo oye decir.

—Está usted viendo visiones. Bueno va...

—Pues aunque usted se guasee, seremos amigas... y nadie tendrá que decir de mí ni esto, para que usted lo sepa... Porque voy á portarme... ¡Cristo, cómo me voy á portar ahora! Mi hijo, mi hijo, y nada más... Vaya, ¿me sostendrá usted que no se sonríe ahora?

—Sí, pero es de satisfacción por verla á usted tan regenerada... ¡Quién le tose á usted ahora, hallándose en relaciones con personas de la corte celestial!...

—Y nada más... ¿Pues qué se creía usted?

Se sofocaba tanto, que el farmacéutico creyó prudente llevar la conversación á un terreno insignificante; pero Fortunata se las componía para volver á lo mismo: á que ella y la *Delfina* iban á ser uña y carne, y á que su conducta en lo sucesivo había de ser como de quien está en escuela de serafines. «Aquí donde usted me ve, amigo Ballester, yo también puedo ser ángel poniéndome á ello. Todo está en ponerse... Y

es cosa muy sencilla. Al menos á mí me parece que no me ha de costar ningún trabajo. Lo siento yo aquí *entre mí*.»

—Depende también de las personas con quien uno se junta—le dijo su amigo muy serio.—Hablemos ahora de otra cosa. De ciertos atrevimientos que yo tenía y tengo respecto á usted, no quiero decirle nada, porque se nos va á hacer santa... Aunque todo podía conciliarse, me parece á mí, ser santa y querer á este hijo de Dios... Pero en fin, vuelvo la hoja. ¿Sabe usted que si me descuido pierdo mi colocación en la botica de Samaniego? Si doña Casta sabe que estas ausencias mías son para venir á visitar á la que le tomó las medidas á su niña, al instante me limpia el comedero. Por eso no puedo tirar mucho de la cuerda, y esta noche no vendré. Tengo que quedarme de guardia. Yo rompería con todo, si no fuera porque me será difícil encontrar colocación inmediatamente, y crea usted que un período de vacaciones me balda... Por mí no me importaría; pero á mi madre y á mi hermana no quiero hacerlas ayunar. El pobre *pensador*, mi ilustre cuñado, está mal de intereses, y si yo no tiro del carro, los ayes y lamentos pidiendo pan se han de oír en Algeciras.

—Pero no sea usted tonto—dijo Fortunata con aquel arranque de generosidad que en ella era tan común.—Yo tengo *quita*. Si quiere mandar á paseo á las *Samaniegas*, mándelas. Que se

fastidien, que se arruinen, que coman piedras... Yo le doy á usted lo que necesite para su madre y para el *pensador*, hasta que encuentre otra botica... Tenga confianza conmigo... Ó *semos* ó no *semos*.

Ballester era tan delicado, que de sólo oír tal proposición, le salieron los colores á la cara, y se excusó con expresiones de gratitud. Poco después de anochecer se retiró, dando las órdenes más rigurosas á los hermanos Izquierdo con respecto á visitas. Si algún Rubin, fuese quien fuese, se presentaba, no abrir. Dejó sobre la mesa de la sala un arsenal de medicamentos, y á Fortunata le recomendó la quietud, y que *diese con la puerta del cerebro en los hocicos* á toda idea triste que se presentara.

Izquierdo se plantó de centinela en la sala, acompañado de una grande de cerveza; y por si la grande no era bastante para pasar la noche, llevó también una chica de añadidura. Segunda regresó á las diez, después de la horita de tertulia que solía pasar en el puesto de carne, y viéndolo á su sobrina muy despabilada, le dió un poco de palique: «¿Sabes á quién he visto? A la tía esa, *la de los Pavos*. Fué á buscarme al cajón, muy ofendida porque el señor Ballester no la dejó entrar á verte. Anda á caza del sobrino, que se les escapó esta mañana y todavía no ha parecido. ¿Sabes lo que me dijo? Te lo cuento para que te rías. Dice que *las Samaniegas* están tri-

nando contigo, y que la viejona aquella, doña Casta, no parará hasta no verte en el *modelo*. ¡Qué comedia! Ríete, que eso es envidia. Pues verás. La tía esa indecente, la *Fenelona*, francesa, más mala que el no comer, dice que este hijo que tienes no es hijo de quien es, sino de D. Segismundo. Tú ríete, tonta, que eso no es más que envidia.»

La prójima no chistó; pero bien se conocía que aquellas palabras habían hecho en su espíritu un efecto desastroso. Cuando se quedó sola, no le fué posible contener los impulsos de levantarse. La rabia surgió terrible en su alma, y sin reparar en lo que hacía, incorporóse en el lecho, alargando las manos á la percha para coger su ropa... «Ahora mismo, ahora mismo voy, y con esta zapatilla le aporreo la cara hasta chafarle la nariz... trasto, indecente. ¡Decir eso!... ¡una mentira tan grande! ¿Pero qué hora es? ¡Si están dando las doce! Sea la hora que quiera, saldré, no me puedo contener... Voy, entro en la casa, la saco á rastras de la cama, me paseo por encima de su alma... ¡Decir eso, decir eso!... sin creerlo, porque ella no lo cree. ¡Lo dice por deshonrarme! Antes calumnió á Jacinta, y ahora me calumnia á mí.»

Se sentó en la cama, entreviendo, á pesar de lo ofuscado que su espíritu estaba, las dificultades de la empresa. «Si lo dejo para mañana, ya no iré, porque me lo quitarán de la cabeza... Y

yo le he de refregar la jeta con la suela de mis botas. Si no lo hago, Dios mío, me va á ser imposible ser ángel, y no podré tener santidad. Como no haga esto, tendré que volver á ser mala; lo conozco en mí.»

Y tan pronto se ponía una pieza de ropa como se la quitaba, con vacilación horrible, fluctuando entre los ímpetus formidables de su deseo y el sentimiento de la imposibilidad. Por fin se vistió, y saliendo á la sala, vió á su tío dormido, de bruces sobre la mesa, junto á la luz, la botella grande á su lado, medio vacía. «Podría salir sin que me sintiera nadie... Y si despertara á mi tío y le dijera que viniese conmigo...» La idea de asociar á *Platón* á su temeraria empresa, hízole ver la realidad y lo disparatado de aquella idea. «Pues lo que es mañana temprano—se dijo volviendo á la alcoba,—mañana tempranito, antes de que salga para el obrador, voy y la acogoto...»

Al mirar á su hijo, la llama de su ira se avivó más. «¡Decir que no es hijo de su padre!... ¡Qué infamia! La despedazaría sin compasión ninguna. ¡Inocente! ¡tan chiquitito y ya le quieren deshorrar! Pero no le deshorrarán, no, porque aquí está su madre para defenderle; y al que me diga que éste no es el *hijo de la casa*, le saco los ojos. *Él* no puede haberlo dicho... A mí me la soltó, pero fué así como en broma. *Él* no puede haberlo dicho, y si yo supiera que lo ha-

bía dicho, juro por esta cruz (haciéndola con los dedos y besándola), por esta cruz en que te mataron, Cristo mío, juro que le he de aborrecer... pero aborrecerle de cuajo, no de mentirijillas... ¡Ay, Dios mío! (echándose en la cama, acongojadísima); si le dicen esta mentira tan gorda á Guillermina y á Jacinta, ¿la creerán?... Puede que sí... Todo lo malo se cree, y lo malo que de mí se diga, se cree más... Pero no; puede que no lo crean... Es muy atroz el embuste. Esto no lo puede creer nadie, no puede ser, no puede ser; y primero creerán que el mundo se vuelve del revés, y que el día se hace noche, y el sol luna, y el agua fuego. Y si alguien lo creyera, él lo desmentiría; estoy segura de que lo desmentiría. Yo no he faltado, yo no he faltado (alzando la voz), y quien diga que yo he faltado, miente, y merece que se le arranque la lengua con unas tenazas de hierro echando fuego. Quieren que yo me pierda; pero por más que hagan esos perros, no me quitarán, Dios mío, que yo sea tan ángel como otra cualquiera. Que rabien, que rabien, porque lo seré, lo seré.»

Estaba inquietísima, dando vueltas en la cama. El hijito pidió y tomó el pecho; pero no debía de encontrar muy abundante el repuesto, cuando á cada instante apartaba su boca chillando desesperadamente. A sus gritos de necesidad y desconsuelo uníanse los de su madre, que decía: «Hijo de mi alma... qué, ¿no hay?...

Esa, esa bruja ratera tiene la culpa; ella te lo ha quitado. Ya verás cómo la arregla tu mamá... Pobretín, tan chiquitito y ya le quieren deshonnar... Y mi niño es el rey de España, y nada tiene que ver con Ballester, que es su amiguito y nada más... Y mi niño es de quien es, y no hay otro en *la casa*, ni le habrá, ¿verdad?... ¿verdad, gloria, cielo, alegría del mundo?»

XIII

Todo esto era muy bonito y muy tierno; pero la leche no parecía, por lo cual Juan Evaristo no se daba por satisfecho con aquellas expresiones de tan poco valor en la práctica. Los alaridos que la madre y el hijo daban, cada uno en su registro, no despertaron á José Izquierdo, pues éste era hombre que en cogiendo la mona no le enderezaba un cañón; pero sí sacaron de su letargo á Segunda, que fué á ver lo que ocurría, y hallando á su sobrina medio vestida, se puso hecha una furia y por poco la pega. «Mira que te estrello, si das en hacer funciones de comedia —le dijo con aquellas formas exquisitas que usaba.—¿Pero no ves, burra, no ves que se te ha retirado la leche, y el pobrecito no tiene qué mamar?»

Por fortuna, entre las cosas que dejó Ballester en previsión de todos los contratiempos posibles,

había un biberón muy majo. Segunda, con determinación rápida, lo llenó de leche (de la cual tenía por casualidad un par de copas), y probó á dárselo al chico. Éste, al principio, extrañaba la dureza y frialdad de aquel pezón que en su boquita le metían. Hizo algunos ascos; pero al fin pudo más el hambre que los remilgos, y apencó con la teta artificial. «Mira, mira qué pronto se hace á todo el angelito. ¡Si es lo más noble!... Rico... ¡qué carpanta estábamos pasando!» La madre le miraba con desconsuelo, aunque contenta de que se hubiera encontrado forma y manera de vencer la dificultad. «¿Sabes una cosa? —le dijo su tía, poniéndole la mano en la cara. —Tienes calentura... Eso es por ponerte á pensar lo que no debes. ¡Si hicieras caso de mí, ahora que vas á ser la reina del mundo!... Porque lo que es tu tanto mensual te lo tienen que dar. De eso hablamos *la de los Pavos* y yo... ¡Vaya, pues no vas tú á ser ahora poco señora!... Chica, chica, no te hagas de miel; levanta tu cabeza. ¡Aire!... ¿Pues no ves que las señoronas esas te hacen la rueda? Como que serás una potentada; y yo que tú, no paraba hasta que la Jacinta viniera á besarme la zapatilla. Pues qué... ¿crees que él no ha de venir también? Ya le llamará la sangre; y en quantito que vea á este retrato suyo, se le caerá la baba... Y... chica, créemelo: hasta coche vamos á tener... ¡Qué comedia! ¡Cuando digo que estaremos en grande! Vendrá, vendrá

él, y te aseguro que si tarda cuatro días, es mucho tardar. ¿No ves que esa familia no tiene un nene que la alegre?... ¡Si se están todos muriendo de ganas de chiquillo!... Tú trabájalo bien, que nos ha venido Dios á ver con este hijo de nuestras entrañas... Yo estoy muy orgullosa, porque él, Santa Cruz es como hay Dios; pero su poco de Izquierdo no se lo quita nadie: las dos familias están de enhorabuena... Ya he empezado yo á sacudirme las pulgas, y esta tarde le eché su puntadita á Plácido para que nos diera la casa gratis... ¿Qué te crees?... Si están los Santa Cruz con tu hijo como chiquillos con zapatos nuevos... Te diré una cosa que no sabes: Ayer estuvo la Jacinta en casa de D. Plácido... Quería subir á verle; pero esa otra, la santona, le dijo que otro día, por si tú te remontabas... Conque vete enterando... ¡Ah! ¡Quién me lo habia de decir!... Todavía me he de ver yo cogida al brazo de don Baldomero, dando vueltas en la Castellana... ¡Y poco charol que me voy á dar!... Si es una co-media... Tú date tono, no seas boba... que si sabemos aprovecharnos, de esta hecha vamos para marquesas.»

Fortunata, desde que su tia empezó á hablar, lloraba á lágrima suelta; pero al oir lo de que iban á ser marquesas, una ráfaga de jovialidad pasó por encima de la onda de tristeza, y la joven se echó á reir con la cara anegada en llanto.

«No, no te rías; tanto como marquesas no, ni

para qué queremos nosotras ser *titulas*; pero lo que es nuestro coche no nos lo quita nadie... Yo te aseguro que si hoy viene la Jacinta, tiene que subir... Verás qué prontito viene el otro... Claro, cuando no esté aquí su mujer... Me *paice* á mí que su mujer, de esta hecha, se tendrá que ir á plantar cebollino. Tú, tú eres la que va á subir al trono ahora, ó no hay equidad en la tierra... Y no digan que eres casada y que tu hijo se tiene que llamar Rubín... ¡Qué comedia! Tú eres mayormente viuda y libre, porque á tu marido cuéntale como que está en gloria... Y bien saben todos que á la vuelta lo venden tinto, y el chico en la cara trae la casta, y lo que es la pensión verás cómo te la dan.»

Fortunata no se rió más, ni Segunda dijo nada que excitase su hilaridad. Hasta la madrugada estuvo la tía acompañándola, y viéndola relativamente sosegada, se fué á descabezar un sueño antes de bajar al mercado. A poco de quedarse sola, la joven sintió dentro de sí una cosa extraña. Se le nublaron los ojos, y se le desprendía algo en su interior, como cuando vino al mundo Juan Evaristo; sólo que era sin dolor ninguno. No pudo apreciar bien aquel fenómeno, porque se quedó desvanecida. Al volver en sí advirtió que era ya día claro, y oyó el piar de los pajarillos que tenían su cuartel general en los árboles de la Plaza Mayor y en las crines de bronce del caballo de Felipe III. Fué

á coger á su hijo en brazos, y apenas podía con él. Le faltaban las fuerzas; ¡pero de qué manera! Y hasta la vista parecía amenguársele y pervertirsele, porque veía los objetos desfigurados y se equivocaba á cada momento, creyendo ver lo que no existía. Se asustó mucho y llamó, pero nadie vino en su auxilio. Después de llamar como unas tres veces, fué á llamar la cuarta, y... aquello sí era grave: no tenía voz, no le sonaba la voz; se le quedaba la intención de la palabra en la garganta sin poderla pronunciar. Dió algunos toques con los nudillos en el tabique, pero al fin su mano se quedó como si fuera de algodón; daba golpes con ella, y los golpes no sonaban. También podía ser que sonaran y ella no los oyera. Pero ¿cómo no los oía Segunda, que estaba al otro lado del tabique? Luego el brazo se puso también como carne muerta, resistiéndose á moverse. «¿Será que me estoy muriendo?» pensó la joven echando miradas á su interior. Pero poco pudo ver allí, por estar el interior á obscuras ó fantásticamente iluminado. Todas sus ideas sufrieron trastornos más ó menos febriles; las imágenes se disfrazaron cual si fuesen á las máscaras, tomando cara y apariencia de lo que no eran, y la única sensación dominante con alguna claridad en aquel desorden fué la de estar inmóvil y rígida, con los movimientos involuntarios suspendidos y los voluntarios desobedientes al deseo. A su pa-

recer no respiraba; el oído y la vista daban de rato en rato alguna impresión fugaz de la vida exterior; pero estas impresiones eran como algo que pasaba, siempre de izquierda á derecha. Creyó ver á Segunda y oirla hablar con Encarnación; pero hablaban á la carrera, como seres endemoniados, pasando y perdiéndose en un término vago que caía hacia la mano derecha. El piar de pájaros también se precipitaba en aquel sombrío confin, y los chillidos con que Juan Evaristo pedía su biberón.

Pasado cierto tiempo, indeterminado para ella, recobró sus sentidos y pudo moverse, apreciando fácilmente la realidad. «¿Quién eres tú? —preguntó á Encarnación, única persona que estaba á su lado.—¡Ah!, ya te conozco... ¡Qué tonta soy! ¿No está mi tia?» Dijole la chiquilla que la señá Segunda había bajado al mercado, y que subió con la leche para el niño y después se volvió á marchar. Sacó Fortunata de aquel desvanecimiento una convicción, que se afianzaba en su alma como las ideas primarias: la convicción de que se iba á morir aquella mañana. Sentía la herida allá dentro, sin saber dónde; herida ó descomposición irremediables, que la conciencia fisiológica revelaba con diagnóstico infalible, semejante á inspiración ó nimen profético. La cabeza se le habia serenado; la respiración era fácil, aunque corta; la debilidad crecía atrozmente en las extremidades.

Pero mientras la personalidad física se extinguía, la moral, concentrándose en una sola idea, se determinaba con desusado vigor y fortaleza. En aquella idea vaciaba como en un molde todo lo bueno que ella podía pensar y sentir; en aquella idea estampaba con sencilla fórmula el perfil más hermoso y quizás menos humano de su carácter, para dejar tras sí una impresión clara y enérgica de él. «Si me descuido—pensó con gran ansiedad,—me cogerá la muerte, y no podré hacer esto... ¡Qué gran idea!... Ocurrírseme tal cosa, es señal de que voy á ir derecha al cielo... Pronto, pronto, que la vida se me va...» Llamando á Encarnación, le dijo: «Chiquilla, vete corriendito al cuarto de abajo y le dices á D. Plácido que le necesito... ¿entiendes? Que le necesito, que suba... Anda, no te detengas. Ya debe de estar ahí, de vuelta de la iglesia, tomándose su chocolate... Anda prontito, hija, y te lo agradeceré mucho.»

En el tiempo que estuvo fuera Encarnación la diabla no hizo más que dar á su hijo muchos besos, diciéndole mil ternezas. El chico estaba despierto, y callado la miraba, y aunque nada decía, á ella se le figuró que hablaba... «Estarás tan ricamente... hijo mío. No te querrán tanto como yo, pero sí un poquito menos... Me estoy muriendo... qué sé yo qué tengo... La medicina esa... yo la tomaría... ¿dónde está?... ¡Encarnación!... Pero si ha ido abajo... Parece que

me voy en sangre... Hijo mío, Dios me quiere separar de ti, y ello será por tu bien... Me muero; la vida se me corre fuera, como el río que va á la mar. Viva estoy todavía por causa de esta bendita idea que tengo... ¡Ah!, qué idea tan repreciosa... Con ella no necesito Sacramentos; claro, como que me lo han dicho de arriba. Siento yo aquí en mi corazón la voz del ángel que me lo dice. Tuve esta idea cuando estaba aquí sin habla, y al despertar me agarré á ella... Es la llave de la puerta del cielo... Hijo mío, estate calladito y no chistes, que si tu mamá se va es porque Dios se lo manda... ¡Ah!, don Plácido, ¿está usted ahí?...»

—Sí, señora—dijo el hablador entrando en la alcoba con los ademanes más officiosos del mundo.—¿Qué se le ofrece á usted? La señora me ha encargado...

—Amigo, hágame el favor de traer pluma y papel... Espere; deme la medicina... esos polvos amarillos... ¿cuáles? no sé... Pero deje, deje, que me tiene que escribir una carta.

—¡Una carta!... Pero antes... (revolviendo en la mesa de noche). ¿Qué medicamento quiere?

—Ninguno. Ya ¿para qué?... Andese pronto, que me voy... que me muero.

—¡Que se muere! Vamos... no bromea usted.

—Don Plácido, si no me sirve para esto, llamaré á otra persona. Si pudiera esperar á Bailester; pero no, no me da tiempo...

—No, hija, no hay que apurarse. Voy por el tintero.—Y no tardó cinco minutos en volver, y al entrar de nuevo en la alcoba vió que Fortunata se había incorporado en su cama con el chiquillo en brazos, y que después, entre ella y Encarnación, le ponían bien abrigadito en su cuna de mimbres, la cual venía á ser como un canasto. Le pusieron entre las manos su biberón para que no alborotase, y cubriéronle con un pañuelo finísimo de seda. Estupiñá no entendía una palabra, ni veía la relación que la pluma y papel pudieran tener con lo que veía. «D. Plácido—dijo Fortunata con mucha animación,—hágame el favor de escribir... Aquí no hay mesa. Chiquilla, tráele el tablero de las damas. Déjate de medicinas... ¿Para qué ya?... Vaya, D. Plácido, prepárese; verá qué golpe... Se me ocurrió una idea hace poco, cuando estaba sin habla, al punto que me entraba también la idea de mi muerte... Ponga ahí lo que yo le diga: «Señora doña Jacinta. Yo...»

—Yo...—repitió Plácido.

—No; hay que empezar de otra manera... No se me ocurre. ¡Qué torpe soy! ¡Ah!, sí, ponga usted: «Como el Señor se ha servido llevarme con Él, y ahora se me alcanza lo mala que he sido...» ¿Qué tal? ¿Va bien así?

—«Lo mala que he sido...»

—En fin, siga usted poniendo lo que le digo... «No quiero morirme sin hacerle á usted una

fineza, y le mando á usted, por mano del amigo D. Plácido, ese *mono del Cielo* que su esposo de usted me dió á mí equivocadamente...» No, no: borre usted el *equivocadamente*; ponga: «que me lo dió á mí robándoselo á usted...» No, D. Plácido, así no, eso está muy mal... porque yo lo tuve... yo, y á ella no se le ha quitado nada. Lo que hay es que yo se lo quiero dar, porque sé que ha de quererle, y porque es mi amiga... Escriba usted: «Para que se consuele de los tragos amargos que le hace pasar su maridillo, ahí le mando al verdadero *Pituso*. Este no es falso; es legitimo y *natural*, como usted verá en su cara. Le suplico...»

—«Le suplico...»

—Usted póngalo todo muy clarito, D. Plácido; yo le doy la idea. Pues «le suplico que le mire como hijo y que le tenga por *natural* suyo y del padre... Y mande á su segura servidora y amiga, que besa su mano...» ¿Qué tal? ¿Está con finura?... Ahora veremos si puedo echar mi nombre... Metiembla mucho el pulso... Tráigame la pluma...

Puso un garabato, y luego mandó á Estupiñá abriese la cómoda y sacara la inscripción de las acciones del Banco. Después de revolver mucho, fué encontrado el documento. «Eso—dijo Fortunata—se lo da usted á mi amiga doña Guillermina.»

—Pero no vale sin transferencia—replicó el hablador examinando el papel.

—¿Sin qué?

—Sin transferencia en toda regla.

—Pamplinas. Es mío, y yo lo puedo dar á quien quiera. Coja usted la pluma, y ponga que es mi voluntad que esas acciones sean para doña Guillermina Pacheco. Le echaré muchas firmas debajo, y verá si vale.

Aunque Estupiñá no creía válida aquella manera de testar, hizo lo que se le mandaba.

—Ahora, amigo—dijo ella, perdiendo gradualmente el uso de la palabra,—coja usted á mi hijo y lléveselo... ¡Ay!, déjemelo besar otra vez... Aguarde á que me muera... No; lléveselo antes de que venga mi tía, ó mi marido, ó doña Lupe... gente mala. Pueden venir, y ya ve usted... qué compromiso. No me dejarán hacer mi gusto, me enfadaré, y no me moriré tan santamente... como quiero morirme.

No dijo más. Plácido, acercándose á contemplarla, se asustó extraordinariamente. Creyó que estaba muerta ó que le faltaba poco para morirse; mandó á Encarnación en busca de Segunda y de José Izquierdo, y cogiendo la cesta en que Juan Evaristo dormía, la puso en la sala. «No me determino á llevármelo—pensó el buen viejo.—Pero al mismo tiempo, si esos brutos se empeñan en impedirme que me lo lleve... ¡Ah!, no; yo cargo con él, y que tiren por donde quieran.» Cogió la cesta, y bajándola á su casa con toda la rapidez que le permitían sus piernas, no

muy fuertes; azorado como ladrón ó contrabandista, volvió á subir y se aproximó á la enferma, mirándola tan de cerca, que casi se tocaban cara con cara. «Fortunata... *Pitusa*», murmuró, echando *talmente* la voz en el oído de la joven. A la tercera ó cuarta llamada Fortunata movió ligeramente los párpados, y desplegando los labios, apenas dijo: «*Nene...*»

XIV

—¡Caracoles, esta mujer se va!... ¡Y yo solo aquí con ella, y el crío allá abajo! ¡Van á decir que le he robado! Anda, los ladrones serán ellos. Que digan lo que quieran. ¿A mí, qué? Les presento el papelito firmado por ella, y en paz. ¡Pobre mujer! (contemplándola horrorizado). ¡Virgen del Carmen, si se va en sangre!... Pero esta gentuza, ¿cómo es que la abandona así? ¿No vieron el peligro? Y ese médico, ¿en qué está pensando?... ¡Qué compromiso! ¿Y qué le daría yo?... Aquí hay medicinas; se las daré. Pero ¿y si me equivoco? Cuidado con las drogas, Plácido, y no hagas una barbaridad. Esperaremos. ¡Pero qué... si cuando vengan ya estará ella en el otro barrio! Dios la perdone y le dé lo que más le convenga... Es preciso tratar de animarla... (hablándole al oído). Fortunata, Fortunatita, abra us-

ted los ojos, y no se nos muera así tan tontamente... Le traereé el Viático, siquiera la Santa Unción... ¡Eh, hija, chical!... Quiá, no se entera... Esto está perdido. Hija mía, piense usted en Dios y en la Santísima Virgen; invóqueles en esta hora tremenda, y la ampararán... Nada, como si le hablaran en griego; no oye, ó es que está tan aferrada á la maldad que no quiere que se le hable de religión. Voy á tocar otro registro (con malicia). Fortunata, buena moza, mire usted quién está aquí... despierte y verá... ¿No le conoce? Es aquel sujeto, el Sr. D. Juanito, que viene á ver á su... dama... Mírele, mírele tan afligido de verla á usted malita. (Hablando para sí.) ¡Cómo se sonríe la picarona! ¡Ah, está dañada hasta el tuétano! Abre los ojos y le busca con las miradas. Es como los borrachos, que aunque estén expirando, si les nombran vino, parece que resucitan... ¡Como no se salve ésta! Al infierno se va de cabeza... Vean qué manera de arrepentirse. Le nombro á Nuestro Divino Redentor y á María Santísima del Carmen, y como si tal cosa... Sorda como una tapia. Pero le nombro al señorete, y ya la tiene usted tan avispada, queriendo vivir; y sin duda con intenciones de pecar. ¡Ah, cualquier día se salva ésta!... Me parece que sube ya la tía. Oigo sus resoplidos, como los de una loba marina... Sí, aquí vienen (saliendo al pasillo y hablando con Segunda, que subía sofocadísima, precedida de Encarnación).

¡Vaya una calma que tiene usted! Se ha puesto muy mala, pero muy mala.

Apenas entró en la alcoba, Segunda empezó á dar gritos: «¡Hija de mi alma, me la han matado, me la han asesinado! ¡Ay, qué carnicería! ¡Cómo está!... ¡Me la han matado!... ¿Y el niño? ¡Nos le han robado, nos le han robado!...»

—Atienda á su sobrina, y vea si la puede salvar—dijo Estupiñá cogiéndola por un brazo,—y déjese de asesinatos, y de robos de hijos, y no sea usted mamarracho.

—Niña de mi alma... ¿pero qué? Fortunata... ¿te han matado, ó qué es esto? A ver, cordera, ¿tienes heridas? *Paice* que te han dado cien puñaladas... Pero estás viva. Cuéntame qué ha sido, ¿quién ha sido? ¿Y tu niño, nuestro niño, dónde está? ¿Te lo quitaron?...

—Llame usted al médico—indicó Plácido con ira.—¿Dónde vive? Yo le avisaré... Y no se cuide del niño, que está mejor que quiere y nada le falta.

—¿Pero dónde está?... D. Plácido, D. Plácido—exclamó Segunda, descompuesta y furiosa;—me parece que va usted á ir al palo... Voy á dar parte á la justicia. Usted es un foragido, sí, señor, no me vuelvo atrás... Usted nos ha birlado á la criatura.

—¡Atiza!... ¡Pero mujer de Barrabás (retirándose por miedo á que Segunda le sacara los ojos).

¿Quiere usted callarse? ¿No ve que su sobrina se muere?

—Porque usted me la ha matado, so verdugo, caribe, usted, usted.

—Dale con gracia... Habrá que ponerle un bozal. Voy á avisar á la Casa de Socorro.

—Á la cárcel... es donde tiene que ir usted.

Y en aquel momento entró José Izquierdo, á quien su hermana quiso incitar para que acometiese el bueno de Estupiñá. *Platón* vacilaba, no dando á Segunda todo el crédito que ésta creía merecer.

—Ea, que me voy cargando... y quien va á traer el juez soy yo —afirmó el anciano, dando una patada.—El chico está donde debe estar, y bien saben que yo no miento. Y si no, pregúntenle á su madre.

—Hija de mi vida—chillaba Segunda, abrazando y besando á su sobrina, que si no era ya cadáver, lo parecía.—Dinos lo que te han hecho, dímelo, corazón. ¡Ay, qué dolor de hija!...

—Usted—dijo Plácido á Izquierdo autoritariamente—corra á llamar á ese señor boticario que suele venir, el que ahora la protege. Yo avisaré á otra persona, y vamos á escape, que la muerte nos coge la delantera.

Se escabulló sin esperar la opinión de Segunda. *Platón*, comprendiendo por instinto antes que por criterio que las órdenes de Estupiñá

eran más prácticas que las de la placera, salió y fué presuroso á la calle del Ave María.

La primera persona que llegó á la casa fué Guillermina, á quien Plácido enteró por el camino de cuanto había ocurrido. Subiendo la escalera, la santa dijo á su sacristán: «Entre usted en su casa á esperar á Jacinta, que vendrá en seguida. Adviértale que no quiero que suba. En cuanto pueda bajaré yo. Á Jacinta, que no se mueva de aquí y me aguarde.»

Cuando la fundadora entró, la enferma continuaba en el mismo estado. Segunda, llena de consternación, no hablaba ya de asesinato, y aunque no acababa de comprender el *robo del chiquillo*, no se atrevió á mentarlo ante la señora casera. Había intentado hacerle tomar á Fortunata fuertes dosis de *ergotina*; pero no pudo conseguirlo. Apretaba los dientes, y no había medio de traerla á la razón. Guillermina tuvo más suerte, ó puso en ejecución mejores medios, porque logró hacerle beber algo de aquel eficaz medicamento. Hubo gran barullo, aplicación precipitada de remedios diferentes, externos é internos. La santa y la placera, ambas con igual ardor, trabajaron por atajar la vida, que se iba; pero la vida no quería detenerse, y ante la ineficacia de sus esfuerzos, las dos mujeres se pararon rendidas y desconsoladas. Fortunata miraba con expresión de gratitud á su amiga, y cuando ésta le cogía la mano, trataba de hablar.

le; pero apenas podía articular algún monosílabo. Calladas, se hablaron mirándose.

—El padre Nones va á venir—dijo la santa;—le mandé recado al salir de casa. Prepárese usted, hija mía, poniendo el pensamiento en Nuestro Señor Jesucristo; y como le pida perdón de sus pecados con verdadera contrición, se lo dará. ¿Se lo ha pedido usted?

Fortunata dijo que sí con la cabeza.

—Mi amiguita se ha enterado del regalo que usted le ha hecho, y está tan agradecida. Ha sido un rasgo feliz y cristiano.

En las nieblas que envolvían su pensamiento, la infeliz joven, al oír aquello del *rasgo*, se acordó de Feijóo y de sus prohibiciones; pero este recuerdo no la hizo arrepentirse de su acción.

—Jacinta me encarga que dé á usted las gracias. No le guarda ningún rencor. Al contrario; usted ha sabido arreglarse para dejar buena memoria de sí. Además, ella es de las pocas personas que saben perdonar. Imítela usted ahora, que no le vendría mal en este instante sofocar sus pasiones, amar á sus enemigos y hacer bien á los que la aborrecen. Hija mía (abrazándola), ¿ha perdonado usted al hombre que tiene la culpa de todos sus males y que la ha arrastrado tantas veces al pecado?

Fortunata dijo que sí con la cabeza, y sus miradas daban á entender que aquel perdón

era de los fáciles, porque el amor andaba de por medio.

—¿Perdona usted también á esa mujer de quien se suponía ofendida, y á quien usted ofendió de palabra y de obra, con ó sin motivo?»

Este perdón sí que era de los duros. Callóse la santa observando á la diabla intranquila. Ésta tenía la cabeza echada hacia atrás, moviéndola sobre la almohada con cierta inquietud, y sus miradas vagaban por el techo.

—¿Qué, duda usted?... Pues Dios, para perdonarnos, necesita saber si perdonamos nosotros antes. ¿Para qué quiere usted ahora ese odio mezquino? ¿De qué le sirve? De peso para impedirle subir al cielo. Hay que arrojar ese plomo (abrazándola con más cariño). Amiguita, hágalo por mí, por *el mono del Cielo*, que debe quedar aquí rodeado de bendiciones, no de maldiciones.

Fortunata se estremeció desde el cabello hasta los pies... Su respiración fatigosa indicaba el afán de vencer las resistencias físicas que entorpecían la voz. «No necesita usted hablar—le dijo la santa;—basta que manifieste su intención respondiéndome con la cabeza. ¿Perdona usted á Aurora?...» La moribunda movió la cabeza de un modo que podría pasar por afirmativo; pero con poco acento, como si no toda el alma, sino una parte de ella, afirmase.

—Más, más claro.

Fortunata acentuó un poquitito más, y sus ojos se humedecieron.

—Así me gusta.

Entonces resplandeció en la cara de la infeliz señora de Rubín algo que parecía inspiración poética ó religioso éxtasis, y vencida maravillosamente la postración en que estaba, tuvo arranque y palabras para decir esto: «Yo también... ¿No lo sabe usted?... soy ángel...»

Y algo más expresó; pero las palabras volvieron á ser ininteligibles, y en la cara le quedó una expresión de dicha inefable y reposada. La santa estuvo un instante sin saber qué actitud tomar.

—¡Ángel!... sí—dijo al fin,—lo será, si se purifica bien. Amiga querida, es preciso prepararse con formalidad. El padre Nones va á venir, y él le dará á usted consuelos que yo no puedo darle... Ahora recuerdo que usted tenía una idea maligna, origen de muchos pecados. Es preciso arrojarla y pisotearla... Busque, rebusque bien en su espíritu y verá cómo la encuentra; es aquel disparate de que el matrimonio, cuando no hay hijos, no vale... y de que usted, por tenerlos, era la verdadera esposa de... Vamos (con extraordinaria ternura), reconozca usted que semejante idea era un error diabólico á fuerza de ser tonto, y prométame que ha de renegar de ella y que no la olvidará cuando el amigo Nones la confiese. Mire usted

que si se la lleva consigo le ha de estorbar mucho por allá.

La *Pitusa* no expresaba nada, por lo cual su fervorosa amiga volvía al ataque con más brío y pasión: «Fortunata, hija mía, por el cariño que me tiene y que yo no me merezco, por el que yo le he tomado y que le conservaré toda mi vida, le pido que se arranque esa idea y la arroje aquí, como si fuera un adorno de los que se ponen las pecadoras, un lunar postizó, un colorete. Eso no sirve allá, como no le sirva al demonio para hacer de las suyas... Se la arranca usted, ¿sí ó no? Hágalo por mí, para que yo me quede tranquila.»

Fortunata volvió á tener la llamarada en sus ojos, al modo de un reflejo de iluminación cerebral, y en su cuerpo vibraciones de gozo, como si entrara alborotadamente en ella un espíritu benigno. La voluntad y la palabra reaparecieron, pero sólo fué para decir: «Soy ángel... ¿no lo ve?...»

—Ángel, sí; bueno, esa convicción me gusta (con inquietud). Pero yo quisiera...

Interrumpió á la señora la aparición del padre Nones, que no cabía por la puerta y tuvo que inclinarse para poder entrar. Toda la estancia se llenó de una negrura triste y severa. «Aquí estoy, *maestra*», dijo el anciano, y la dama se levantó para dejarle el asiento. Algo susurraron los dos antes de que ella se retirara. Nones ha-

bló cariñosamente á la enferma, que le miraba con empañados ojos, sin dar ninguna respuesta á sus palabras... Por fin echó una voz que parecía infantil, voz quejumbrosa y dolorida, como de una tierna criatura lastimada. Lo que Nones creyó entender entre aquellas articulaciones de indefinible sentimiento fué esto: «¿No lo sabe?... soy ángel... yo también... *mona del Cielo.*»

Y siguió su exhortación el cura, diciendo para sí: «Trabajo perdido... cabeza trastornada.»

Y en alta voz: «Ángel, sí; pero es preciso, hija mía, confesar la fe de Cristo, consagrar á ella nuestros últimos pensamientos y pedirle con el corazón que nos perdone. Es tan bueno, tan bueno, que no niega su amparo á ningún pecador que se llegue á Él, por empedernido que sea... Lo principal es tener un interior puro, un...»

La miró alarmado. ¿Había dicho algo? Sí; pero Nones no pudo enterarse. Fué sin duda aquello de *soy ángel*, y luego inclinó la cabeza como quien se va á dormir. El sacerdote la miró más de cerca, y en alta voz dijo: «Maestra, maestra, venga usted.»

Entró Guillermina y ambos la observaron.

«Creo—dijo Nones—que ha concluído. No ha podido confesar... Cabeza trastornada... ¡Pobrecita! Dice que es ángel... Dios lo verá...»

La maestra y el cura se pusieron á rezar en voz alta. Segunda empezó á escandalizar, y en

aquel momento llegaba Segismundo, quien sabedor en la escalera de lo que ocurría, entró en la casa y en la alcoba más muerto que vivo.

XV

Mientras estuvo allí el padre Nones Ballester se mantuvo en una actitud consternada, contemplando el lastimoso cuadro con el respeto que infunden los muertos, y encerrando su dolor en una compostura que tenía cierta corrección. Pero cuando no quedaron allí más testigos que la santa y Segunda, el buen farmacéutico creyó que no tenía para qué sujetar la onda impetuosa que del corazón le salía, y llegándose al cuerpo todavía caliente de su infeliz amiga, la abrazó y estampó multitud de besos en su frente y mejillas.

«¡Ah!, señora—dijo á la fundadora, secándose las lágrimas;—veo que se asombra usted de... de verme llorar así, y de estas demostraciones... Es que yo la quería mucho... era mi amiga... iba á ser mi querida... digo... no, dispense usted, éramos amigos... Usted no la conocía bien; yo sí... Era un ángel... digo, debía serlo, podría serlo; dispense usted, señora, no sé lo que me digo, porque me ha llegado al alma esta desgracia. No la esperaba... Ha sido un descuido. Ella misma, con los disparates que hacía... porque era de

estos ángeles que hacen muchos disparates... ¿me entiende usted?... ¡Pobre mujer... tan hermosa y tan buena!... La hemorragia ha provenido sin duda de no haberse verificado la involución... Me lo temía... La salida antes de tiempo, la agitación moral... Añada usted descuidos, falta de asistencia, de vigilancia y de una autoridad que se le hubiera impuesto. ¡Ah!, si yo hubiera estado aquí. Pero no podía, no podía. Mis obligaciones... ¡Ah!, señora, crea usted que tengo el corazón destrozado, y que tardaré, tardaré en consolarme de esta pesadumbre... Le había tomado yo tanto cariño, que á todas horas la tenía en el pensamiento. Mi destino me ligaba á ella, y hubiéramos sido felices, si, felices, créalo usted... Nos habríamos ido á otro país, á un país lejano, muy lejano. Con permiso de usted, la voy á besar otra vez. No la había besado nunca. No me atrevía, ni ella lo habría consentido, porque era la persona más honrada y honesta que usted puede imaginar.»

Guillermina sentía tanto asombro como lástima ante las demostraciones de aquel buen hombre que con tanta franqueza se expresaba. Poco á poco fué tomando el dolor de Segismundo acentos más tranquilos, y sentado á la cabecera del lecho mortuario habló con la santa de un asunto que necesariamente y por la fuerza de la realidad se imponía.

—¡Ah!, no, señora; dispense usted. Los gastos

del entierro los pago yo. Quiero tener esa satisfacción. No me la quite usted, por Dios...

—Pero, hijo—replicó la fundadora,—si usted es un pobre. ¿Qué necesidad tiene de ese gasto? Si no hubiera más remedio, muy santo y muy bueno. Pero no sea usted tonto y guarde su dinero, que bastante falta le hace. Esta obligación la pagará quien debe pagarla, y no digo más: al buen entendedor...

No dándose por vencido, Ballester persistió en su idea; pero Guillermina hubo de machacar tanto, que al fin se la quitó de la cabeza. Segunda y sus dos compañeras de plazuela amortajaron á la infeliz señora de Rubín, y en tanto el farmacéutico se ocupaba con incansable actividad en los preparativos del entierro, que debía de ser á la mañana siguiente. En todo aquel día no abandonó la casa mortuoria. Al mediodía estaba solo en ella, y el cuerpo de Fortunata, ya vestido con su hábito negro de los Dolores, yacía en el lecho. Ballester no se saciaba de contemplarla, observando la serenidad de aquellas facciones que la muerte tenía ya por suyas, pero que no había devorado aún. Era el rostro como de marfil, tocado de manchas vinosas en el hueco de los ojos y en los labios, y las cejas parecían aún más finas, rasgueadas y negras de lo que eran en vida. Dos ó tres moscas se habían posado sobre aquellas marchitas facciones. Segismundo sintió nuevamente deseos de besar á

su amiga. ¿Qué le importaban á él las moscas? Era como cuando caían en la leche. Las sacaba, y después bebía como si tal cosa. Las moscas huyeron cuando la cara viva se inclinó sobre la muerta, y al retirarse tornaron á posarse. Entonces Ballester cubrió la faz de su amiga con un pañuelo finísimo.

Guillermína volvió más tarde. Subía del cuarto de Plácido para decir á Ballester algo referente al entierro. Un rato hablaron, y como ella se mostrase recelosa de que el marido de la difunta fuese por allá y armara un escándalo, el farmacéutico la tranquilizó diciéndole: «No tema usted nada. Esta mañana hemos conseguido encerrarle. Está furioso el infeliz, y costó Dios y ayuda quitarle un maldito revólver que ha comprado, y con el cual quiere fusilar á las pobres *Samaniegas* y á otra persona que suele pasear por el barrio. La célebre doña Lupe estaba con el alma en un hilo. Acudimos Padilla y yo, y con gran trabajo pudimos desarmar al filósofo y encerrarle en su cuarto, donde quedó dando cabezadas contra las paredes y pegando unos gritos que se oían desde la calle.»

—Ya lo dije yo. Tanta y tanta lógica tenía que parar en eso... Conque ya sabe usted. A las diez habrá misa y responso en el cementerio. Y se ha dispuesto, por quien debe hacerlo, que el entierro sea de primera, coche de lujo con seis

caballos; irán los niños del Hospicio... Usted dirá que esta ostentación no viene al caso.

—No, yo no digo nada.

—No tendría nada de particular que lo dijera, porque á primera vista es absurdo. Pero la complicación de causas trae la complicación de efectos, y por eso vemos en el mundo tantas cosas que nos parecen despropósitos y que nos hacen reír. Vea usted por qué yo profeso el principio de que no debemos reirnos de nada, y que todo lo que pasa, por el hecho de pasar, ya merece algo de respeto. ¿Se va usted enterando?

Algo más iba á decir; pero entró Plácido, sombrero en mano, y con ciertos aires de ayudante de campo anunció á su generala que había llegado doña Bárbara.

Bajó, pues, la santa, y encontró á su amiga un poco adusta, observando los cariñosos extremos de Jacinta con aquel canario de alcoba que estaba en su poder, como si se lo hubiera encontrado en la calle ó se lo hubieran puesto en una cesta á la puerta de su casa. Algo le decían también á la señora de Santa Cruz las facciones del chiquitín; pero escarmentada y previsora, se contenía por no incurrir en la ridiculez de un chasco semejante al de marras. Estaba, pues, la señora indecisa, sin resolverse á entusiasmarse; y las razones que Guillermina le dió para convencerla no la sacaron de aquella actitud reservada y suspicaz. Los afectos que se desbordaban

del corazón de la Delfina eran combinación armoniosa de alegría y de pena, por las circunstancias en que aquella tierna criatura había ido á sus manos. No podía apartar su pensamiento de la persona que un poco más arriba, en la misma casa, había dejado de existir aquella mañana, y se maravillaba de notar en su corazón sentimientos que eran algo más que lástima de la mujer sin ventura, pues entrañaban tal vez algo de compañerismo, fraternidad fundada en desgracias comunes. Recordaba, sí, que la muerte había sido su mayor enemiga; pero las últimas etapas de la enemistad y el caso increíble de la herencia del *Pituso*, envolvían, sin que la inteligencia pudiera desentrañar este enigma, una reconciliación. Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla á orilla, con intención y deseos de darse un abrazo.

Las tres señoras dijeron á un tiempo: «¿y qué hacemos ahora?» Entablóse discusión breve sobre el punto á que llevarían aquella adquisición preciosa. Guillermina cortó las dificultades, proponiendo que le llevaran á su casa. Se dieron órdenes á Estupiñá para que fuesen conducidas también al domicilio de la santa las tres mujeres, entre las cuales sería elegida á toda conciencia la que había de criar al *mono del Cielo*.

Por la noche de aquel célebre día hubo en

la casa de Santa Cruz una escena memorable. Jacinta y su suegra cogieron por su cuenta al Delfin y le pusieron en duro compromiso, refiriéndole lo ocurrido, mostrándole la carta redactada por Estupiñá y obligándole (con lastimoso desdoro de su dignidad) á manifestarse sinceramente consternado, pues el caso no era para puesto en solfa, ni para rehuído con cuatro frases y un pensamiento ingenioso. Había faltado gravemente, ofendiendo á su mujer legítima, abandonando después á su cómplice, y haciendo á ésta digna de compasión y aun de simpatía, por una serie de hechos de que él era exclusivamente responsable. Por fin, Santa Cruz, tratando de rehacer su destrozado amor propio, negó unas cosas, y otras, las más amargas, las endulzó y confitó admirablemente para que pasaran, terminando por afirmar que el chico era suyo y muy suyo, y que por tal lo reconocía y aceptaba, con propósitos de quererle como si le hubiera tenido de su adorada y legítima esposa.

Cuando se quedaron solos los Delfines, Jacinta se despachó á su gusto con su marido; y tan cargada de razón estaba y tan firme y valerosa, que apenas pudo él contestarle, y sus triquiñuelas fueron armas impotentes y risibles contra la verdad que afluíá de los labios de la ofendida consorte. Ésta le hacía temblar con sus acerbados juicios, y ya no era fácil que el habilitado-

so caballero triunfara de aquella alma tierna, cuya dialéctica solía debilitarse con la fuerza del cariño. Entonces se vió que la continuidad de los sufrimientos había destruído en Jacinta la estimación á su marido, y la ruina de la estimación arrastró consigo parte del amor, hallándose por fin éste reducido á tan miserables proporciones, que casi no se le echaba de ver. La situación desairada en que esto le ponía, inflamaba más y más el orgullo de Santa Cruz; y ante el desdén no simulado, sino real y efectivo, que su mujer le mostraba, el pobre hombre padecía horriblemente, porque era para él muy triste que á la víctima no le doliesen ya los golpes que recibía. No ser nadie en presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio á que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. Y era tal su confianza en la seguridad de aquel refugio, que al perderlo experimentó por vez primera esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida; sensación que en plena juventud equivale al envejecer, en plena familia equivale al quedarse solo, y marca la hora en que lo mejor de la existencia se corre hacia atrás, quedando á la espalda los horizontes que antes estaban por delante. Claramente se lo dijo ella, con expresiva sinceridad en sus ojos, que nunca engañaban: «Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondás no me afectan»

nada.» Esto no era palabrería, y en las pruebas de la vida real, vió el Delfin que aquella vez iba de veras.

Durante algún tiempo el *Delfinito* siguió en casa de Guillermina, donde estaba la nodriza, hasta que enteraron de todo á D. Baldomero, y se le pudo llevar á la casa patrimonial. Jacinta vivía consagrada á él en cuerpo y alma, y tenía la satisfacción de que todos en la casa le querían, incluso su padre. A solas con él, la dama se entrenía fabricando en su atrevido pensamiento edificios de humo con torres de aire y cúpulas más frágiles aún, por ser de pura idea. Las facciones del heredado niño no eran las de la otra: eran las suyas. Y tanto podía la imaginación, que la madre putativa llegaba á embelesarse con el artificioso recuerdo de haber llevado en sus entrañas aquel precioso hijo, y á estremecerse con la suposición de los dolores sufridos al echarle al mundo. Y tras estos juegos de la fantasía traviesa, venía el discurrir sobre lo desarregladas que andan las cosas del mundo. También ella tenía su idea respecto á los vínculos establecidos por la ley, y los rompía con el pensamiento, realizando la imposible obra de volver el tiempo atrás, de mudar y trastocar las calidades de las personas, poniendo á éste el corazón de aquél y á tal otro la cabeza del de más allá, haciendo, en fin, unas correcciones tan extravagantes á la obra total del mundo, que se

reiría de ellas Dios si las supiera, y su vicario con faldas, Guillermina Pacheco. Jacinta hacía girar todo este ciclón de pensamientos y correcciones alrededor de la cabeza angélica de Juan Evaristo; recomponía las facciones de éste, atribuyéndole las suyas propias, mezcladas y confundidas con las de un ser ideal, que bien podría tener la cara de Santa Cruz, pero cuyo corazón era seguramente el de Moreno... aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido... vivir todavía, no estar gastado ni enfermo y tener la misma cara que tenía el Delfín, ese falso, mala persona... «Y aunque no la tuviera, vamos, aunque no la tuviera... ¡Ah!, el mundo entonces sería como debía ser, y no pasarían las muchas cosas malas que pasan...»

XVI

En el entierro de la señora de Rubín contrastaba el lujo del carro fúnebre con lo corto del acompañamiento de coches, pues sólo constaba de dos ó tres. En el de cabecera iba Ballesster, que por no ir solo se había hecho acompañar de su amigo el crítico. En el largo trayecto de la Cava al cementerio, que era uno de los del Sur, Segismundo contó al buen Ponce todo lo que sabía de la historia de Fortunata, que no

era poco, sin omitir lo último, que era sin duda lo mejor; á lo que dijo el eximio sentenciador de obras literarias que había allí elementos para un drama ó novela, aunque, á su parecer, el tejido artístico no resultaría vistoso sino introduciendo ciertas urdimbres de todo punto necesarias para que la vulgaridad de la vida pudiese convertirse en materia estética. No toleraba él que la vida se llevase al arte tal como es, sino aderezada, sazónada con olorosas especias y después puesta al fuego hasta que cueza bien. Segismundo no participaba de tal opinión, y estuvieron discutiendo sobre esto con selectas razones de una y otra parte; quedándose cada cual con sus ideas y su convicción, y resultando al fin que la fruta cruda bien madura es cosa muy buena, y que también lo son las compotas, si el repostero sabe lo que trae entre manos.

En esto llegaron y se dió tierra al cuerpo de la señora de Rubin, delante de las cuatro ó cinco personas acompañantes, las cuales eran: Segismundo y el crítico, Estupiñá, José Izquierdo y el marido de una de las pláceras amiga de Segunda. Ballester, afectadísimo, hacía de tripas corazón, y se retiró el último. De regreso á Madrid, en el coche, llevaba fresca en su mente la imagen de la que ya no era nada. «Esta imagen—dijo á su amigo—vivirá en mí algún tiempo; pero se irá borrando, borrando, hasta que enteramente desaparezca. Esta presunción de un ol-

vido posible, aun suponiéndolo lejano, me da más tristeza que lo que acabo de ver... Pero tiene que haber olvido, como tiene que haber muerte. Sin olvido, no habría hueco para las ideas y los sentimientos nuevos. Si no olvidáramos no podríamos vivir, porque en el trabajo digestivo del espíritu no puede haber ingestión sin que haya también eliminación.»

Y más adelante: «Mire usted, amigo Ponce: yo estoy inconsolable; pero no desconozco que, atendiendo al egoísmo social, la muerte de esa mujer es un bien para mí (bienes y males andan siempre aparejados en la vida), porque, créamelo usted: yo me preparaba á hacer grandes disparates por esa buena moza; ya los estaba haciendo, y habría llegado sabe Dios adónde... ¡calcule usted qué atracción ejercía sobre mí! Me tengo por hombre de seso, y sin embargo, yo me iba derecho al abismo. Tenía para mí esa mujer un poder sugestivo que no puedo explicarle; se me metió en la cabeza la idea de que era un ángel, sí, ángel disfrazado, como si dijéramos, vestido de máscara para espantar á los tontos, y no me habrían arrancado esta idea todos los sabios del mundo. Y aun ahora la tengo aquí fija y clara... Será un delirio, una aberración; pero aquí dentro está la idea, y mi mayor desconsuelo es que no puedo ya, por causa de la muerte, probarme que es verdadera... Porque yo me lo quería probar... y créalo usted, me hubiera salido con la mía.»

Á la semana siguiente Ballester salió de la botica de Samaniego, porque doña Casta se enteró de sus relaciones (que á ella se le antojaron inmorales) con la infame que tan groseramente había atropellado á Aurora, y no quiso más cuentas con él. Doña Lupe le rogó varias veces que fuese á ver á Maximiliano, que continuaba encerrado en su cuarto, y le daban la comida por un tragaluz, no atreviéndose á entrar ni la señora ni Papitos, porque los aullidos que daba el infeliz eran señal de agitación insana y peligrosa. Segismundo fué el primero que penetró en la estancia sin miedo alguno, y vió á Maxi en un rincón hecho un ovillo, con más apariencias de imbecilidad que de furia, demudado el rostro y las ropas en desorden.

—¿Qué?—le dijo el farmacéutico inclinándose y tratando de levantarle.—¿Se va pasando eso?... Como hace días nos quiso usted morder cuando le quitamos el revólver, y daba mordiscos y patadas y quería matar á todo el género humano, tuvimos que encerrarle. Justo castigo de la tontería... ¿Qué? ¿Ha perdido el uso de la palabra? Míreme de frente y no hagamos visajes, que se pone muy feíto. ¿No me conoce? Soy Ballester, y ahí tengo la vara aquella para enderezar á los niños mal criados.

—Ballester—dijo Maxi mirándole fijamente y como quien vuelve de un letargo.

—El mismo, ¿y qué?... ¿Quiere que le dé no-

ticias del mundo? Pues prométame tener juicio.

—¿Juicio?... Ya lo tengo, ya lo tengo. ¿Pues acaso he perdido yo alguna vez ni tanto así del juicio?

—¡Quié! Nada en gracia de Dios. ¡Usted perder el juicio! Bueno va...

—Ello es que yo he dormido, amigo Ballester —dijo Rubín con relativa serenidad levantándose.—Lo que recuerdo ahora es que yo estaba cuerdo, más cuerdo que nadie, y de repente me entró el frenesí de matar. ¿Por qué, por qué fué?

—Eso, rásquese la cabecita á ver si hace memoria... Fué porque *semos* muy tontos. Era usted el espejo de los filósofos, y ya iba para santo, cuando de repente le dió por comprar un revolver...

—¡Ah!... sí (abriendo espantado los ojos): fué porque mi mujer me dió palabra de quererme con verdadero amor, de quererme con delirio, ¿oye usted?, como ella sabe querer.

—Bueno va. Y ahora le quiere echar la culpa á la otra pobre.

—Ella, sí; ella fué. Me arrebató... y arrebatado estoy. Tengo dentro de mí el espíritu del mal... y apenas me queda un recuerdo vago de aquel estado de virtud en que me hallaba.

—¡Qué lástima, hijo, qué lástima! Tenemos que volver á las duchas y al bromuro de sodio. Es lo mejor para echar virtud y filosofía.

—Volveré—dijo Maxi con gravedad suma—

cuando haya cumplido la promesa que á mi mujer hice. Mataré, gozaré después de aquel amor inefable, infinito, que no he catado nunca y que ella me ofreció en cambio del sacrificio que le hice de mi razón, y luego nos consagraremos ella y yo á hacer penitencia y á pedir á Dios perdón de nuestra culpa.

—¡Bonito programa, sí, señor, bonito contrato! Sólo que ya no puede realizarse, porque falta una de las partes.

—¿Qué parte?

—La que ponía el amor, ese amor tan sublime y... delirante.

Maxi no comprendía, y Ballester, decidido á darle la noticia sin rodeos ni atenuaciones, concluyó así:

—Sí; su mujer de usted ya no existe. La pobrecita se nos ha muerto hace hoy ocho días.

Y al decirlo se conmovió extraordinariamente, velándosele la voz. Maxi prorrumpió en una risa desentonada. «Otra vez la misma comedia, otra vez... Pero ahora, como entonces, no cuela, señor Ballester... ¿Apostamos á que con mi lógica vuelvo á descubrir dónde está? ¡Ay, Dios mío! Ya siento la lógica invadiendo mi cabeza con fuerza admirable, y el talento vuelve... sí, me vuelve, aquí está, le siento entrar. ¡Bendito sea Dios, bendito sea!»

Doña Lupe, que escuchaba este coloquio desde el pasillo, aplicando su oído á la puerta en-

tornada, fué perdiendo el miedo al oír la voz serena de su sobrino, y abrió un poquito, dejando ver su cara inteligente y atisbadora.

—Entre usted, doña Lupe—le dijo Segismundo.—Ya está bien. Pasó el arrebató. Pero no quiere creer que hemos perdido á su esposa. Ya; como la otra vez le engañamos... Pero él tuvo más talento que nosotros.

—Y ahora también, y ahora también—afirmó Rubín con maniática insistencia.—Empezaré al instante mis trabajos de observación y de cálculo.

—Pues no necesitará calentarse la cabeza, porque yo se lo probaré... yo demostraré lo que he dicho. Doña Lupe, hágame el favor de traerle la ropita, porque no está bien que salga á la calle con esa facha.

—¿Pero adónde le va usted á llevar? (alarmada).

—Déjeme usted á mí, señá ministra. Yo me entiendo. ¿Teme que le robe esta alhaja?

—Mi ropa, tía, mi ropa—dijo Maxi tan animado como en sus mejores tiempos, y sin ninguna apariencia de trastorno mental.

Por fin se hizo lo que Ballester deseaba; Maxi se vistió y salieron. En el pasillo Segismundo comunicó su pensamiento á doña Lupe: «Mire usted, señora: yo tengo que ir al cementerio á ver la lápida que he hecho poner en la sepultura de esa pobrecita. La costeo yo; he querido

darme esa satisfacción... Una lápida preciosa, con el nombre de la difunta y una corona de rosas...»

—¡Corona de rosas!—exclamó *la de los Pavos*, que con toda su diplomacia no supo disimular un ligero acento de ironía.

—De rosas... ¿y qué más le da á usted?... (quemándose). ¿Acaso tiene usted que pagarla?... Yo hubiera querido hacerla de mármol, pero no hay posibles... y es de piedra de Novelda; tributo modesto y afectuoso de una amistad pura... Era un ángel... Sí; no me vuelvo atrás, aunque usted se ría.

—No, si no me he reído. Pues no faltaba más.

—Un ángel á su manera. En fin, dejemos esto y vamos á lo otro. Como ha de influir mucho en el estado mental de este pobre chico el convencerse de que su mujer no vive, le pienso llevar... para que lo vea, señora, para que lo vea.

Aprobó doña Lupe, y los dos farmacéuticos salieron y tomaron un simón. Por el camino iba Maxi cabizbajo, y la aproximación al cementerio le imponía, subyugando su ánimo con la gravedad que lleva en sí la idea del morir. «Adelante, niño—le dijo su amigo cogiéndole por un brazo y llevándole dentro del camposanto. Atravesaron un gran patio lleno de mausoleos de más ó menos lujo; después otro patio que era todo nichos; pasaron á un tercero en el cual había sepulturas abiertas, otras recién ocupadas,

y paráronse delante de una en la cual estaban aún los albañiles, que acababan de poner una lápida y recogían las herramientas.

—Aquí es—dijo Ballester señalando la gran losa de cantería de Novelda, en cuyo extremo superior había una corona de rosas bastante bien tallada, debajo el R. I. P. y luego un nombre y la fecha del fallecimiento.—¿Qué dice ahí?

Maximiliano se quedó inmóvil, clavados los ojos en la lápida... ¡Bien claro lo rezaba el letretero! Y al nombre y apellido de su mujer se añadía *de Rubín*. Ambos callaban; pero la emoción de Maxi era más viva y difícil de dominar que la de su amigo. Y al poco rato, un llanto tranquilo, expresión de dolor verdadero y sin esperanza de remedio, brotaba de sus ojos en raudal que parecía inagotable. «Son las lágrimas de toda mi vida—pudo decir á su amigo—las que derramo ahora... Todas mis penas me están saliendo por los ojos.»

Ballester se le llevó no sin trabajo, porque aún quería permanecer allí más tiempo y llorar sin tregua. Cuando salían del cementerio, entraba un entierro con bastante acompañamiento. Era el de D. Evaristo Feijóo. Pero los dos farmacéuticos no fijaron su atención en él. En el coche, Maximiliano, con voz sosegada y dolorida, expresó á su amigo estas ideas:

—La quise con toda mi alma. Hice de ella el objeto capital de mi vida, y ella no respondió á

mis deseos. No me quería... Miremos las cosas desde lo alto: no me podía querer. Yo me equivoqué, y ella también se equivocó. No fui yo solo el engañado: ella también lo fué. Los dos nos estafamos recíprocamente. No contamos con la Naturaleza, que es la gran madre y maestra que rectifica los errores de sus hijos extraviados. Nosotros hacemos mil disparates, y la Naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca, nos coge y nos estrella, como el mar estrella á los que pretenden gobernarlo. Esto me lo dice mi razón, amigo Ballester; mi razón, que hoy, gracias á Dios, vuelve á iluminarme como un faro espléndido. ¿No lo ve usted?... ¿pero no lo ve?... Porque el que sostenga ahora que estoy loco, es el que lo está verdaderamente; y si alguien me lo dice en mi cara, ¡vive Cristo, por la santísima uña de Dios, que me la ha de pagar!

—Calma, calma, amigo mío (con bondad). Nadie le contradice á usted.

—Porque yo veo ahora todos los conflictos, todos los problemas de mi vida con una claridad que no puede provenir más que de la razón... Y para que conste, yo juro ante Dios y los hombres que perdono con todo mi corazón á esa desventurada, á quien quise más que á mi vida y que me hizo tanto daño; yo la perdono, y aparte de mí toda idea rencorosa, y limpio mi espíritu de

toda maleza, y no quiero tener ningún pensamiento que no sea encaminado al bien y á la virtud... El mundo acabó para mí. He sido un mártir y un loco. Que mi locura, de la que con la ayuda de Dios he sanado, se me cuente como martirio, pues mis extravíos, ¿qué han sido más que la expresión exterior de las horribles agonías de mi alma? Y para que no quede á nadie ni el menor escrúpulo respecto á mi estado de perfecta cordura, declaro que quiero á mi mujer lo mismo que el día en que la conocí; adoro en ella lo ideal, lo eterno, y la veo, no como era, sino tal y como yo la soñaba y la veía en mi alma; la veo adornada de los atributos más hermosos de la divinidad, reflejándose en ella como en un espejo; la adoro, porque no tendríamos medio de sentir el amor de Dios, si Dios no nos lo diera á conocer figurando que sus atributos se transmiten á un ser de nuestra raza. Ahora que no vive, la contemplo libre de las transformaciones que el mundo y el contacto del mal le imprimían; ahora no temo la infidelidad, que es un rozamiento con las fuerzas de la Naturaleza que pasan junto á nosotros; ahora no temo las traiciones, que son proyección de sombra por cuerpos opacos que se acercan; ahora todo es libertad, luz; desaparecieron las asquerosidades de la realidad, y vivo con mi ídolo en mi idea, y nos adoramos con pureza y santidad sublimes en el tálamo incorruptible de mi pensamiento.

—Era un ángel—murmuró Ballester, á quien, sin saber cómo, se le comunicaba algo de aquella exaltación.

—Era un ángel—gritó Maxi dándose un fuerte puñetazo en la rodilla.—¡Y el miserable que me lo niegue ó lo ponga en duda se verá conmigo!...

—¡Y conmigo!—repitió Segismundo con igual calor.—¡Lástima de mujer!... ¡Si viviera!

—No, amigo, vivir no. La vida es una pesadilla... Más la quiero muerta...

—Y yo también—dijo Ballester, cayendo en la cuenta de que no debía contrariarle.—La amaremos los dos como se ama á los ángeles. ¡Dichosos los que se consuelan así!

—¡Dichosos mil veces, amigo mío—exclamó Rubín con entusiasmo,—los que han llegado como yo á este grado de serenidad en el pensamiento! Usted está aún atado á las sinrazones de la vida; yo me libérté, y vivo en la pura idea. Felicítame usted, amigo de mi alma, y deme un gran abrazo; así, así, más apretado, más, más, porque me siento muy feliz, muy feliz.

Al entrar en su casa lo primero que dijo á doña Lupe fué esto: «Tía de mi alma, yo me quiero retirar del mundo y entrar en un convento donde pueda vivir á solas con mis ideas.» Vió el cielo abierto la de Jáuregui al oírle expresarse de este modo, y respondió: «¡Ay, hijo

mío, si ya te tenía yo dispuesta tu entrada en un monasterio muy retirado y hermoso que hay aquí, cerca de Madrid! Verás qué ricamente vas á estar. Hay en él unos señores monjes muy simpáticos, que no hacen más que pensar en Dios y en las cosas divinas. ¡Cuánto me alegro de que hayas tomado esa determinación! Anticipándome á tu deseo, te estaba yo preparando la ropa que has de llevar.» Apoyó Ballester la idea que á su amigo le había entrado, y todo el día estuvo hablándole de lo mismo, temeroso de que se desdijera; y para aprovechar aquella buena disposición, al día siguiente, tempranito, él mismo le llevó en un coche al sosegado retiro que le preparaban. Maxi iba contentísimo y no hizo ninguna resistencia. Pero al llegar decía en alta voz, como si hablara con un ser invisible: «¡Si creerán estos tontos que me engañan! Esto es Leganés. Lo acepto, lo acepto y me callo, en prueba de la sumisión absoluta de mi voluntad á lo que el mundo quiera hacer de mi persona. No encerrarán entre murallas mi pensamiento. Resido en las estrellas. Pongan al llamado Maximiliano Rubín en un palacio ó en un muladar... lo mismo da.»

FIN DE LA NOVELA

Madrid.—Junio de 1887.



Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—En la calle del Ave María.....	5
II.—Insomnio.....	103
III.—Disolución.....	158
IV.—Vida nueva.....	220
V.—La razón de la sinrazón.....	238
VI.—Final.....	289

100000

100000

100000

100000

100000

100000

100000

100000

100000

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales oscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick*. *University Press*: Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes*: Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh*: Boston and London, Ginn and Co, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell*. *American Book Company*: New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.

THE HISTORY OF THE

AYUNTAMIENTO DE MADRID

THE HISTORY OF THE
AYUNTAMIENTO DE MADRID
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
TO THE PRESENT DAY
BY J. GARCIA DE HARO
VOLUME I
MADRID: 1908

THE HISTORY OF THE
AYUNTAMIENTO DE MADRID
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
TO THE PRESENT DAY
BY J. GARCIA DE HARO
VOLUME II
MADRID: 1908

THE HISTORY OF THE
AYUNTAMIENTO DE MADRID
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
TO THE PRESENT DAY
BY J. GARCIA DE HARO
VOLUME III
MADRID: 1908

THE HISTORY OF THE
AYUNTAMIENTO DE MADRID
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
TO THE PRESENT DAY
BY J. GARCIA DE HARO
VOLUME IV
MADRID: 1908

THE HISTORY OF THE
AYUNTAMIENTO DE MADRID
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
TO THE PRESENT DAY
BY J. GARCIA DE HARO
VOLUME V
MADRID: 1908

THE HISTORY OF THE
AYUNTAMIENTO DE MADRID
FROM THE FOUNDATION OF THE CITY
TO THE PRESENT DAY
BY J. GARCIA DE HARO
VOLUME VI
MADRID: 1908

TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tale of modern Spain.
Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1885.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1883.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. Paris, Giraud, 1885.

Idem id. id. Paris, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. Paris, Calmann-Levy, Editeurs, 3, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie des publications à 50 centimes, 34, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. Paris, Librairie Hachette et C^{ie}, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie Hachette et C^{ie}, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. Paris, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

de J. Reichell. Dresde y Leipsich,
Pierson's Berlag, 1886.

Electra. Traducción de Rudolf Beer.
Wiener Verlag, 1901.

Idem. Traducción de Rodolfo Beer, arre-
glada para la escena alemana por Ri-
cardo Fellner. Berlín, 1901.

Gloria. Traducción del Dr. Augus-
to Hartmann. Berlín, Verlag von L.
Schleiermacher, 1880.

El amigo Manso (Freund Manso). Tra-
ducción de E. von Buddenbrock. Ber-
lín, Verlag von Karl Siegesmund,
1894.

Trafalgar. Traducción de Hans Parlow.
Dresde y Leipzig, Verlag von Carl
Reitzner, 1896.

Marianela. Traducción de E. Plücher.
Breslau, Auerhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

Doña Perfecta. Traducción de K. A. Hag-
berg. Stockholm, Skoglunds Förlag.

León Roch. Traducción de A. P. de la
Cruz Frölich. Kjöpenhaun (Copenha-
gue). Forlag. Andr. Schous, 1881.

Torquemada en la hoguera (Torquemada
paa baalet). Traducción de Johanne
Alleu. Cristianía y Copenhague, For-
lag A. Christiansens, 1898.

En italiano:

Nazarin (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturmo, 3, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

En portugués:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhagen, Priors, 1895.



